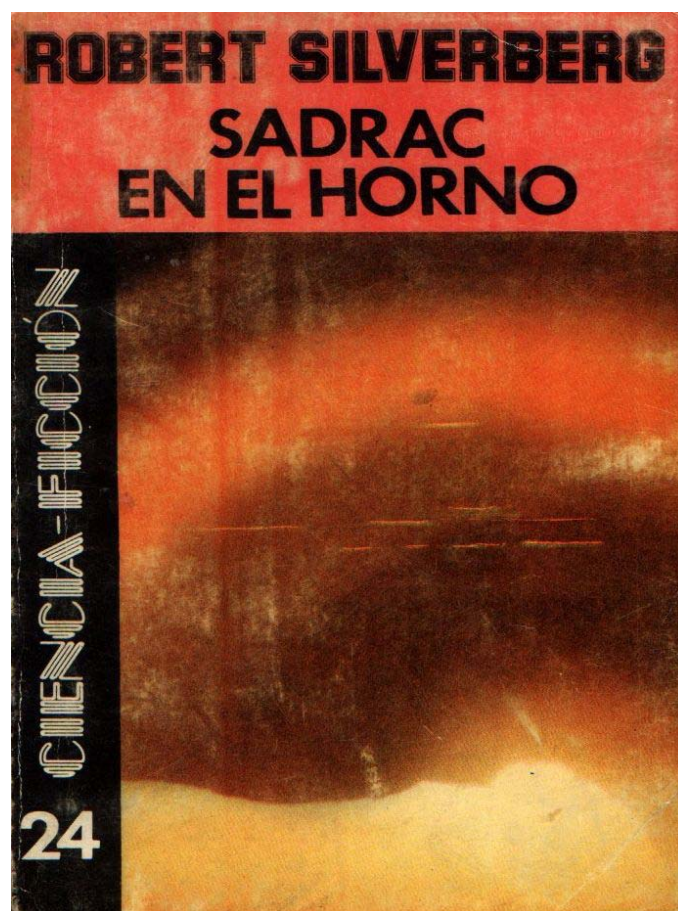

SADRAC EN EL HORNO

Robert Silverberg





Robert Silverberg

Título original: Shadrach in the furnace
Traducción: Claudia Muscat
© 1976 by Robert Silverberg
© 1978 Emece distribuidora S.A.
Av. Independencia 1668 - Buenos Aires
Edición digital: Daniel Sierras

Para Norbert Slepian

CAPÍTULO 1

Faltan nueve minutos para que amanezca en la gran ciudad de Ulan Bator, capital del mundo reconstituido. Ya hace un rato que el doctor Sadrac Mordecai se despertó. Está acostado en su hamaca, tenso y desvelado. Su mirada sombría no se aparta de la pared, en donde resplandece un círculo verde, la luminosa superficie de la pantalla informativa, que con grandes letras rojas anuncia el nuevo día:

Lunes
14 de mayo
2012

Como de costumbre, el doctor Mordecai no logró dormir más que unas pocas horas. El insomnio no lo ha dejado en paz en todo el año, lo cual ha de ser, seguramente, algún tipo de mensaje que le envía la corteza cerebral, mensaje que aún no ha logrado descifrar. Hoy, por lo menos, tiene una excusa para levantarse temprano, ya que le esperan grandes desafíos y tensiones. Es el médico personal de Genghis II Mao IV Khan, príncipe de los príncipes y presidente de los presidentes, es decir, el soberano de la Tierra. Hoy el anciano Genghis Mao será sometido a un trasplante de hígado, el tercero en siete años.

El líder del mundo duerme a menos de veinte metros de distancia de Mordecai, en la habitación contigua. Dictador y médico ocupan aposentos residenciales en el piso setenta y cinco de la Gran Torre del Khan, un soberbio edificio de paredes de ónix, cuya estructura, que se asemeja, a la de un delgado obelisco, se eleva imponente sobre la polvorienta altiplanicie marrón de Mongolia. En este preciso momento, Genghis Mao duerme profundamente; sus ojos permanecen inmóviles detrás de los párpados gruesos; la columna, totalmente relajada; la respiración, lenta y regular; el pulso, uniforme; el nivel hormonal asciende normalmente. Mordecai sabe todo esto porque en los brazos, muslos y glúteos lleva varias docenas de diminutos nódulos de percepción, insertados quirúrgicamente, que le proporcionan minuto a minuto información telemetrada sobre los signos vitales de Genghis Mao. Sólo después de un año de preparación intensiva, Mordecai logró aprender a leer la información que proporcionan estos nódulos, las contracciones y vibraciones y ondulaciones e irritaciones, que son los equivalentes analógicos codificados de los procesos físicos vitales del presidente. Ahora, sin embargo, Mordecai no tiene ninguna dificultad en percibir e interpretar la información. Un cosquilleo aquí significa trastornos digestivos, un latido allá significa oliguria, un pinchazo en algún otro lado indica desequilibrio salino. Para Sadrac es algo así como vivir en dos cuerpos a la vez, fiero ya se ha acostumbrado. De esta manera, la preciosa vida del presidente está protegida por su médico, siempre alerta. Se dice oficialmente que Genghis Mao tiene ochenta y siete años e incluso es posible que sea mayor, pero su cuerpo, un conjunto de trasplantes y órganos artificiales, tiene la fuerza y sensibilidad del de un hombre de cincuenta. El deseo del presidente es posponer su muerte hasta tanto no finalice su labor en la Tierra, lo que significa, en otras palabras, no morir nunca.

¡Con qué placidez descansa ahora! Mordecai recorre las lecturas una y otra vez: todos los sistemas autonómicos, el respiratorio, el digestivo, el endocrino, el circulatorio, funcionan a las mil maravillas. Es evidente que Genghis Mao no siente aprensión alguna por la operación a la que será sometido, ya que está acostado, como de costumbre, sobre el lado izquierdo (presión aórtica normal), no está soñando (ojos inmóviles) y emite un suave ronquido (reverberaciones en la caja torácica). Mordecai envidia la calma del presidente, para quien los trasplantes son, por supuesto, una historia ya conocida.

En el preciso momento en que amanece, Mordecai sale de la hamaca. se despereza y se dirige, desnudo, hacia el balcón, caminando sobre el frío piso de piedra de su habitación.

Sale al balcón, desde donde puede observar, en el oeste, tonalidades de azul matutino que bañan el aire claro, encrespado y frío. El viento, impetuoso, atraviesa las llanuras: una brisa intensa que se precipita por toda Mongolia desde la Gran Muralla hasta el lago Baikal. Las banderas negras de Genghis Mao en la plaza Sukhe Bator, la principal de la capital, flamean desordenadas en el vaivén del aire, y los tamariscos de flores rosadas agitan sus ramas. Sadrac Mordecai respira profundamente mientras observa el lejano horizonte, como si buscara señales de humo más allá de la China. No aparece ninguna señal, salvo los latidos y hormigueos de los nódulos que entonan el canto de la buena salud, irreprimible por cierto, de su paciente.

Todo descansa allí abajo. La ciudad entera duerme, excepto los que tienen que ir a trabajar. Los mogoles no sufren de insomnio; Mordecai, sí. Pero Mordecai no es mogol. Es un negro, negro como los negros africanos, aunque tampoco es africano. Es delgado, de extremidades alargadas, alto (unos cuantos centímetros de altura), tiene la cabellera espesa y encrespada, ojos grandes, labios carnosos, nariz ancha aunque respingada. En esta tierra, donde habitan individuos vigorosos, de piel dorada, nariz afilada, cabello lacio y brillante, el doctor Mordecai es una figura conspicua, más conspicua, quizás, de lo que le gustaría ser.

Hoy, como todas las mañanas, Sadrac hace gimnasia, desnudo, en el aire helado del balcón, rutina calisténica con la que empieza su día: flexiona abajo, arriba, abajo, arriba, acompañando con un movimiento rítmico de brazos. Tiene treinta y seis años, y a pesar de que su puesto en el gobierno le garantiza el libre acceso al Antídoto Roncevic, con lo que queda librado de la descomposición orgánica, enfermedad que obsesiona a los dos mil millones de habitantes del mundo, es hora de que comience, seriamente, a tomar medidas para proteger su cuerpo de todo lo que el tiempo puede desentrañar. Mens sana in corpore sano. Sí, Sadrac, sigue con tus flexiones y torsiones, deja que circule el líquido de tus tejidos, deja que el ying compense al yang. Mordecai goza de una salud perfecta y los órganos de su cuerpo son los mismos que tenía cuando emergió de las entrañas de su madre una helada mañana de 1976. Un, dos, un, dos, vamos, sin piedad. A veces, le resulta extraño que Genghis Mao no se despierte con esta gimnasia matutina, vigorosa y violenta. Pero, claro, la corriente de información telemetrada tiene una sola dirección y, mientras Mordecai lleva a cabo sus enérgicos ejercicios en el balcón, el presidente sigue durmiendo plácidamente, ajeno a todo lo que sucede.

Por fin, después de agitarse, transpirar, tiritar, sentirse vivo, abierto y receptivo, sin preocuparse por la prueba quirúrgica que lo aguarda, Mordecai decide que ya se ha entrenado bastante por hoy. Se lava, se viste, toma su desayuno liviano, como de costumbre, y se dispone a emprender las tareas rutinarias de la mañana.

Así pues, el doctor hace frente a la Interfaz Tres, a través de la cual entra todas las mañanas a la habitación en donde vive su amo, el Khan: Es una enorme puerta en forma de diamante, que mide dos metros y medio de altura, de cuya superficie de bronce, suave como una seda, sobresalen una docena y media de protuberancias cilíndricas de tres a nueve centímetros de alto. Algunas de ellas son radares y sensores, o audiocircuitos; otras son armas que provocan la muerte ineludiblemente, pero Sadrac no tiene idea de cuál es cuál. Esto es. perfectamente aceptable, ya que lo que hoy cumple la función de radar mañana puede llegara ser un cañón láser. Estos cambios imprevisibles son un ardid de Genghis Mao para confundir a los asesinos desconocidos a quienes tanto teme.

-Sadrac Mordecai para servir al Khan -dice Mordecai con voz firme y clara en lo que probablemente hoy sea el fonocaptor.

Interfaz Tres emite, entonces, un zumbido suave y somete el anuncio de Mordecai al análisis del espectrograma de la voz. Al mismo tiempo controla la temperatura del cuerpo

de Mordecai, la fatiga de posición, la textura olfatoria y muchos otros detalles más. En caso de que cualquier dato no responda a las características normales de Mordecai, ondulantes chorros de espuma le impedirán moverse mientras los guardias se disponen a investigar la información. Si llegara a ofrecer resistencia en esta etapa, sería inmediatamente destruido. Cinco de estas interfaces protegen las cinco entradas a los aposentos del presidente Genghis Mao. Nunca se han inventado puertas con tanta astucia e ingenio. Ni el mismo Dédalo hubiera sido capaz de idear barreras más ingeniosas para custodiar al Minotauro.

En apenas un micrón de segundo, reconocen a Mordecai y descubren que es él y no un ingenioso simulacro enviado en misión especial para matar al presidente. Con un tenue silbido de engranajes perfectamente ensamblados y un suave murmullo de cojinetes en condiciones inmejorables, la plancha externa de la interfaz se desliza, abriendo así el acceso a un cuarto interior de paredes de piedra, cuyas dimensiones son apenas más grandes que las del doctor. No es precisamente un vestíbulo para darle la bienvenida a un claustrófono. Aquí, Mordecai vuelve a detenerse y en un micrón de segundo se repite todo el proceso de vigilancia, y sólo después de ser sometido a esta segunda inspección, puede pasar a la residencia imperial propiamente dicha. "La redundancia -dijo el presidente alguna vez- es nuestro principal sendero de supervivencia." Mordecai está de acuerdo. Este complicado proceso de pasar por todas las interfaces le resulta insignificante, un elemento más de las leyes naturales del universo, tan molesto como girar la llave en la cerradura.

La habitación siguiente, una esfera cavernosa conocida como Vector de Vigilancia Uno, es, literalmente, la ventana por la que Genghis Mao ve el mundo. Un deslumbrante despliegue de pantallas de cinco metros cuadrados cada una, ordenadas en hilera, se eleva desde el piso hasta el cielo raso, ofreciendo un variado panorama de las imágenes transmitidas por los miles de ojos espías distribuidos en todo el planeta. No hay edificio público que no esté vigilado por estos ojos secretos, en todas las calles principales hay radares acechantes y, además, un cuerpo constante de ingenieros oficiales alternan la ubicación de las cámaras o instalan cámaras nuevas en lugares que carecían de control. No todos los ojos secretos mantienen una posición fija: son tantos los satélites espías que se desplazan por el espacio, que si sus órbitas se transformaran en seda, la tierra quedaría envuelta en un espeso capullo. En el centro del Vector de Vigilancia Uno hay un inmenso panel de control por medio del cual Genghis Mao controla la corriente de información que le proporcionan todos estos ojos secretos. Se sienta horas y horas en un elegante sillón similar a un trono y con sólo rápidas pulsaciones emite señales que le permiten ver, a voluntad, todo lo que sucede en Tokio y Bangkok, Nueva York y Moscú, Buenos Aires y El Cairo. La captación de las cámaras es tan aguda, que le permite ver el color de los ojos de un hombre a una distancia de cinco kilómetros.

Cuando el presidente no usa el Vector de Vigilancia Uno, las pantallas continúan funcionando sin interrupción, al tiempo que el mecanismo central recopila, sin orden ni concierto, la información que le proporcionan los dispositivos captadores. Las imágenes aparecen y desaparecen, a veces son pantallazos de uno o dos segundos, a veces se prolongan y proporcionan secuencias consecutivas. Al tener que pasar todas las mañanas por esta habitación para llegar a la de su amo, Sadrac Mordecai se ha creado el hábito de detenerse unos minutos a observar este vertiginoso y llamativo despliegue de proyecciones. En sus pensamientos, se refiere a este interludio diario como "El Control de la Sala de Traumas". La Sala de Traumas es el nombre secreto con que Mordecai denomina al mundo en general, ese gran valle de dolor y corrupción física.

De pie en medio de la habitación, Sadrac observa los pesares del mundo. Hoy, las escenas aparecen agitadas. No cabe duda de que la gigantesca computadora que maneja este sistema tiene un día alterado: los controles se dirigen sin descanso de un ojo a otro, y las imágenes aparecen y desaparecen en pantallazos alocados. Sin embargo, se

pueden distinguir algunas proyecciones claras: un perro angustiado renquea, lento, por una calle atorada con suciedad; en una cañada polvorienta, un niño negro de ojos saltones y vientre dilatado llora, desnudo, mientras se muerde el pulgar; una anciana de hombros hundidos camina por una plaza llena de guijarros en una ciudad europea, cargando bultos cuidadosamente envueltos mientras jadea agitadamente agarrándose el pecho, finalmente cae y los paquetes ruedan por el suelo. Otra pantalla refleja la imagen de un hombre de rasgos orientales, de piel curtida por el sol, de barba blanca y escasa que lleva una diminuta gorra verde; se lo ve salir de un negocio en el momento que tose y arroja bocanadas de sangre. Una multitud (¿mejicanos?, ¿japoneses?) se agrupa en torno a dos niños que, atacándose con trinchantes, tienen los brazos y el pecho cubiertos de tajos sangrientos; tres niños se acurrucan en el techo de una casa deshecha, arrastrada por la corriente de un río desbordante de aguas grises y blanquecinas; un mendigo de ojos perdidos tiende la mano, una garra acusadora; una mujer joven de pelo negro se arrodilla sobre el borde de la acera y, angustiada, se retuerce de dolor en el suelo mientras dos niños la observan.

En otra de las pantallas se alcanza a ver un automóvil que se desplaza por una carretera a una velocidad vertiginosa, para luego desaparecer en una zanja cubierta de arbustos. El Vector de Vigilancia Uno es como un inmenso tapiz lleno de compartimientos, en cada uno de ellos una historia, un fragmento de vida que constituye un tormento y un desalo al intelecto. Allí, en el resto del mundo, en la gran Sala de Traumas que es el mundo, los dos mil millones de súbditos de Genghis II Mao IV Khan mueren hora a hora, a pesar de los inmejorables intentos del Comité Revolucionario Permanente. No hay nada de nuevo en eso: todos los que viven y han vivido mueren y murieron hora a hora a lo largo de todas sus vidas. Sin embargo, en estos años posteriores a la Guerra del Virus, la muerte parece tomar características diferentes: la podredumbre en que la humanidad está inmersa evidencia una muerte mucho más inmediata y, esta cantidad innumerable de ojos que contemplan el panorama en su totalidad hace que la decadencia general sea más conmovedora. Los radares del Khan captan todo, sin hacer comentarios, sin emitir juicios, limitándose simplemente a colmar estas paredes con imágenes desconcertantes y aterradoras de la condición humana en la postguerra a comienzos del siglo XXI.

Esta habitación determina la naturaleza de los espectadores, ya que las reacciones de cada uno de ellos revelan características de su personalidad. Para Mordecai, este remolino de escenas es repugnante y fascinante al mismo tiempo, una muestra de la podredumbre y la derrota, el coraje y el sufrimiento: ama y compadece a todas esas víctimas que se reflejan en cada pantalla y, si pudiera, los abrazaría a todos, ayudaría a la anciana a levantarse, pondría monedas en la mano venosa del mendigo, frotaría el vientre dilatado del niño. Sin embargo, no puede hacerlo; su función es otra: él es por profesión y vocación un médico, es el que cura a enfermos. Para otros, el Vector de Vigilancia Uno es un teatro brutal que sólo sirve para recordarles su buena suerte: ¡Que actitud inteligente la de ellos!... Adquirir un cargo encumbrado en el gobierno para poder así disponer constantemente de los suministros del Antídoto Roncevic y gozar de la protección del presidente. libres del dolor. del hambre y de la descomposición orgánica, aislados de esa pesadilla que es la vida real. Otros no pueden soportar las imágenes que se reflejan en las pantallas. Manifiestan, en lugar de una sensación de superioridad reconfortante, un sentimiento de culpa intolerable: ellos aquí adentro, sanos y salvos, mientras los demás... Hay otras personas, sin embargo, a quienes las escenas les resultan sencillamente aburridas: muestran dramas sin argumentos, un desarrollo de acciones sin un propósito concreto, tragedias sin significado moral, jirones extraviados de la vida, una trama deshinchada. Resulta imposible, no obstante, determinar qué es la reacción de Genghis Mao ante el Vector de Vigilancia Uno, ya que el Khan, como en tantas otras instancias, se muestra inescrutable cuando maneja los controles.

Es evidente que Sadrac Mordecai no tiene apuro esta mañana, ya que permanece cinco, ocho, diez minutos en la enorme habitación. Después de todo, según la información que le suministran los pequeños nódulos que lleva injertados, Genghis Mao todavía duerme. Nadie se libra de ser vigilado en este mundo: Genghis Mao controla el mundo entero, y él, a su vez, es controlado por su médico. Mordecai, inmóvil al lado del trono tapizado del presidente, recibe información interna y externa: el desarrollo metabólico del Khan hace vibrar los nódulos, el material resplandeciente de pantallas le inunda la mirada. Está apunto de irse cuando en una pantalla, en el ángulo superior izquierdo, aparece una escena en una ciudad que, con toda seguridad, es Filadelfia, la inconfundible Filadelfia, su ciudad natal. Atraído por la imagen, se detiene. Él fue un bebé Aniversario, ya que nació en el año en que los Estados Unidos de América cumplían doscientos años de vida. Entró al mundo en la misma ciudad que Ben Franklin, en el Hospital Hahnemann. Y ahora, Filadelfia, ante sus ojos, girando en el ojo de algún satélite, ojo que acecha con una sutileza indefinible. Mordecai ve aquellos tótems que recuerda de la niñez, el City Hall, el Independence Hall, el Penn Center y la Iglesia de Cristo. Pasó mucho tiempo desde que estuvo en Filadelfia por última vez. Ya hace diez años que vive en Mongolia, y pensar que alguna vez le costó creer que existiera un lugar como Mongolia, la tierra de fantasía de Prestar John y Genghis Khan. Ahora, en cambio, la fantasía parece surgir de Filadelfia. ¿Y los Estados Unidos de América? ¿Tienen sentido estas sílabas, todavía? ¿Quién iba a imaginarse que la Constitución de Jefferson y Madison quedaría en el olvido, y que América rendiría obediencia a un soberano mogol? En realidad, eso sería exagerar la verdad, porque Mordecai sabe que los Estados Unidos, como todas las demás naciones, están regidos por una sección local del Comité Revolucionario permanente, una alianza de grupos reaccionarios y radicales que funciona a través de una serie de rudimentarias instituciones cuasidemocráticas, y que el anciano Genghis Mao, recluido en un mundo propio, no es más que el presidente del Comité: una figura remota y semimística que gobierna indirectamente y no tiene influencia inmediata alguna sobre la vida diaria de los que alguna vez fueron compatriotas del doctor Mordecai. Es probable que ningún norteamericano se detenga a considerar que Genghis Mao representa la autoridad del Comité Revolucionario Permanente y que es, por lo tanto, el único conductor del cuerpo político, en la misma medida en que nadie considera que el presidente de la mesa directiva de la compañía local de electricidad es el que suministra y controla la corriente de energía que se obtiene al pulsar una perilla. Sin embargo, Genghis Mao es la autoridad, pero no hay por qué pensar que a los norteamericanos les molestaría saber que deben rendir homenaje a un mogol. Lo que sucede es que el mundo entero ha abdicado, el juego de la política terminó, Genghis Mao gobierna porque hay negligencia, porque a nadie le importa, porque todos se alivian ante la idea de que alguien, cualquiera, esté dispuesto a cumplir la función de dictador en este mundo agotado, destrozado, cuyos habitantes mueren día a día de descomposición orgánica.

Filadelfia desaparece de la pantalla para dar lugar a una idílica escena tropical: una playa rosada, blanquecina, se extiende bajo la luz del semilunio, con palmeras frondosas y flores escarlatas y amarillas. No se ve ninguna persona; Mordecai se encoge de hombros y se va.

El aposento imperial es de estructura circular y ocupa la totalidad del último piso de la Gran Torre del Khan, a excepción de los cinco departamentos cuneiformes distribuidos, equidistantes, en torno a la circunferencia, dentando así sus bordes. Sadrac ocupa una de esas habitaciones. Mordecai atraviesa el Vector de Vigilancia Uno y se dirige hacia la habitación que está más aleada de la interfaz por la que entró. Allí, enfrenta tres puertas macizas, dispuestas a ocho metros de distancia una de la otra. La puerta de la izquierda lleva a la habitación de Genghis Mao, pero Mordecai no piensa atravesarla: hoy es conveniente que el presidente duerma todo lo que necesite. Tampoco elige la puerta del medio, que lleva a la oficina privada del presidente. Se dirige, en cambio, a la puerta de la

derecha, que abre el camino al Vector de Comité Uno, habitación por la cual tiene que pasar para poder llegar a su oficina.

Espera unos segundos mientras la puerta lo examina y aprueba. Todas las habitaciones internas de la residencia imperial están divididas entre sí por esas barreras impermeables, de menor envergadura que las puertas principales en las cinco interfaces, pero con la misma desconfianza: nadie puede Pasar de una habitación a otra sin ser controlado. Después de un momento, la puerta le da acceso al Vector de Comité Uno, una habitación amplia, iluminada, esférica como todas las habitaciones principales de la residencia de Genghis Mao. Constituye el eje del departamento, el punto central en torno al cual gira todo lo demás y, en un sentido menos literal, es el centro motor de la estructura que gobierna el planeta, el Comité Revolucionario Permanente. Día y noche llegan aquí comunicados urgentes que envían los núcleos de control del Comité en todas las ciudades; día y noche, las autoridades del Comité se sientan ante intrincados paneles de control que resplandecen con terminales de memoria, elaboran políticas y las comunican a los sátrapas de las distintas provincias. Todas las solicitudes para el tratamiento del Antídoto Roncevic se tramitan en esta habitación; todos los pedidos para trasplante de órganos, terapia regenerativa u otros servicios vitales se consideran en el Vector de Comité Uno; todas las disputas jurisdiccionales bajo la dirección local del Comité se solucionan aquí, de acuerdo con los principios de la depolarización centrípeta, la mayor ofrenda filosófica que Genghis Mao haya hecho a la humanidad. Sadrac Mordecai es un hombre ajeno a la política no está muy al tanto de las actividades que se llevan a cabo en el Vector de Comité Uno, pero como la disposición de las salas le obliga a pasar por esta habitación muchas veces al día, suele detenerse y observar a los burócratas en su trabajo, como quien examina el comportamiento de extraños insectos en un tronco a punto de desintegrarse.

Ahora no hay mucha actividad. En épocas de plena crisis, en cambio, los doce asientos del panel de control están ocupados y Genghis Mao dirige la marcha de la estrategia, desde su escritorio ubicado en el centro, donde maneja, enérgico, el formidable despliegue de sofisticados aparatos de comunicación. Ésta es una época de tranquilidad: la única crisis trascendente en el mundo es la del hígado del presidente, pero pronto será superada. Ya hace varias semanas que Genghis Mao no se ha tomado la molestia de ocupar su puesto en el Vector de Comité Uno. Prefiere cumplir con sus responsabilidades de soberano desde la otra oficina más pequeña, contigua a su habitación. Esta mañana funcionan tres paneles de control solamente. Los vicepresidentes que los manejan, dos hombres y una mujer, están agotados hasta el punto que el cansancio no les permite mantener la cabeza erguida; entre bostezos, reciben los mensajes y formulan respuestas adecuadas.

Mordecai atraviesa la habitación a paso ligero. Llega al centro de la sala y escucha que alguien lo llama. Al volverse, ve a Mangú, el heredero aparente del Khan, que viene de la oficina privada del presidente y se dirige a él.

-¿Hoy operan al Khan? -pregunta Mangú, preocupado.

Mordecai hace un gesto afirmativo con la cabeza y dice:

-Dentro de tres horas aproximadamente.

Mangú parece preocupado. Es un joven mogul, elegante y buen mozo, casi tan alto como Mordecai, rasgo poco común en los hombres de su raza. Tiene la cara redonda, rasgos agradables, simétricos, ojos vivaces y alegres. En este momento está tenso, nervioso y alarmado.

-¿Saldrá todo bien, Sadrac? ¿No hay riesgos?

-No te preocupes, que no te nombraran Khan hoy. Después de todo es un trasplante de hígado, nada más.

-¡Nada más!

-Genghis Mao pasó por muchos trasplantes de esta naturaleza.

-Pero, ¿cuántas operaciones más puede aguantar? Genghis Mao es un anciano.

-¡Será mejor que no te oiga decir eso!

-Probablemente me esté escuchando en este preciso momento -responde Mangú, indiferente. Con una sonrisa en los labios y expresión más relajada dice-: De todos modos, el Khan nunca toma en serio lo que digo. Pienso que a veces cree que soy un poco tonto.

Mordecai sonríe con cautela: a veces él también piensa que Mangú es un poco tonto, y tal vez algo más que un poco. Recuerda aquella oportunidad, unos meses atrás, en que la doctora Crowfoot de ¡Proyecto Avatar, Nikki Crowfoot, su Nikki (si no hubiera sido por la operación de Genghis Mao, habría pasado la noche anterior con ella), le contó acerca del funesto destino reservado para Mangú. Mordecai sabe, así como Mangú probablemente no lo sepa, que Genghis Mao planea ser su propio sucesor, utilizando como medio, el cuerpo joven, fuerte y sano de Mangú. Si el Proyecto Avatar llega a feliz término, y si las condiciones son favorables, la recia figura de Mangú será, en efecto, la que ocupe el trono del Khan, pero Mangú no estará allí para disfrutar de la ocasión. Para Mordecai, pues, cualquier individuo que marche alborozado hacia su propia destrucción como lo hace Mangú, sin percibir la realidad, sin sospechas, sin temores, es un tonto o peor que un tonto.

-¿Dónde estarás durante la operación? -pregunta Mordecai.

Mangú hace un gesto señalando el escritorio de comando mayor del Vector de Comité Uno.

-Allí, fingiendo ser el director del espectáculo.

-¿Fingiendo?

-Sabes que todavía tengo mucho que aprender, Sadrac. Pasarán años antes de que esté preparado para reemplazar al Khan. Es por eso que desearía que no lo sometan a todos estos transplantes.

-No lo hace por deporte -dice Mordecai- Ya hace varias semanas que el hígado no funciona bien; es hora de reemplazarlo, pero ya te dije que no debes preocuparte.

Mangú sonríe y oprime el brazo de Mordecai en un apretón afectuoso, pero doloroso al mismo tiempo.

-No lo haré. Tengo fe en ti, Sadrac, en todo el equipo de médicos que cuida de la vida del Khan. Avísame ni bien concluyan, por favor.

Se dirige a pasos agigantados hacia el puesto de comando mayor en donde jugará al monarca del mundo.

Mordecai mueve la cabeza como si lamentara todo lo que ve. Mangú es una figura atractiva, cordial y simpática. Podría decirse incluso, que es una imagen carismática. En esta época de tinieblas, en la que sólo iluminan los resplandores cadavéricos y deformados de una pesadilla, Mangú es algo así como un héroe popular. En los últimos diez meses, el joven heredero se ha transformado en el reemplazante público del presidente: ocupa el lugar de Genghis Mao en el desempeño de funciones formales, en congresos y en otras reuniones de ese tipo, y todos lo aman como nadie nunca ha amado a Genghis Mao, ni por un instante; todos aman al ostentoso príncipe que espera, tan ingenuo, sencillo y comunicativo con la plebe. Los que han observado a Mangú de cerca saben bien que es un hombre vacío, pura imagen carente de sustancia, de alma frívola y superficial, un atleta amable que vive un enigma poco razonable. Pero, si bien Mangú es una figura trivial, no es de ningún modo desdeñable. Mordecai siente verdadera compasión por él. ¡Pobre Mangú!... Preocupándose ante la posibilidad de suceder al Khan en el día de hoy sin haber concluido su aprendizaje. ¿Se imaginará alguna vez que nunca, ni en un año, ni en diez años, ni en crol años, estará preparado para ser el sucesor del Khan, que es fundamentalmente incapaz de ejercer esa terrífica autoridad de la cual es, pretendidamente, heredero? Aparentemente no, porque de lo contrario, consciente de

sus propias limitaciones, Mangú hubiera comenzado a preguntarse cuáles son realmente los planes que el Khan tiene con respecto a él, por qué Genghis Mao eligió como sucesor a un simple muchacho apuesto, completamente distinto a él en todos los aspectos mas significativos. ¿Es su intención prepararlo para ser el soberano supremo? No, no. Para ser un títere, simplemente; para bailar ante la gente y ganar su amor, y para que algún día su personalidad quede anulada, desechada y su cuerpo se convierta, entonces, en la morada de la mente astuta y el alma turbia de Genghis Mao, cuando la corteza añosa y averiada del presidente ya no pueda repararse. Pobre Mangú. Mordecai tiembla.

Se dirige de prisa a su oficina, cierra la puerta y pone las trabas.

Siente una vibración violenta y repentina en el muslo, cerca de la cadera, el lugar en donde recibe la energía producida por el cerebro de Genghis Mao: en una de las habitaciones, el Khan se está despertando.

CAPÍTULO 2

Para Mordecai, su oficina es una isla de paz en medio de la vida intensa y agitada que se lleva a cabo en la Gran Torre del Khan. La habitación, una esfera de diez metros de diámetro, tiene muchas entradas; pero están programadas para abrir paso al Khan y a Mordecai, solamente. Una es la puerta por la que acaba de entrar, que lo comunica con el Vector de Comité Uno, otra lleva al comedor privado del Khan, y otra, más alejada, lo comunica con una habitación de aislamiento hermético, que casi nunca se usa, conocida con el nombre de Refugio del Khan. La última puerta es la Interfaz Cinco, que comunica la oficina del doctor con la Sala de Cirugía, de dos pisos de alto, que ocupa una de las cuñas externas de la torre.

Recluido en su oficina, Sadrac Mordecai disfruta de unos pocos momentos de paz antes de emprender su viaje a través del trajín diario. Aunque el Khan ya se ha levantado, no hay necesidad de apurarse. Los nódulos le dicen que los lacayos imperiales entraron al dormitorio de Genghis Mao, lo ayudaron a levantarse, y ahora caminan a su lado mientras el anciano hace, como todas las mañanas, los ejercicios de pecho y balanceo de brazos, tal como se le aconsejó Mordecai (Sadrac va es capaz de relacionar las más insignificantes de las señales internas con cualquier etapa concreta de las actividades del Khan). Luego lo bañarán, después lo vestirán, y finalmente lo traerán a la Sala de Cirugía. Aunque esta mañana Genghis Mao no pueda tomar el desayuno por la operación, Sadrac Mordecai tiene una hora, por lo menos, antes de atender al Khan.

El solo hecho de estar en su oficina le levanta el ánimo. El panel oscuro y complejo, la luz mortecina, el impecable escritorio de líneas curvas y maderas exóticas, la espléndida estantería de varillas cristalinas y planchuelas de travertino, donde guarda sus textos clásicos de medicina cuyo valor es imposible de estimar, el elegante armario que aloja su vasta colección de instrumentos de medicina antiguos, todo, configura un ambiente ideal para él, para el médico que le gustaría ser, y que a veces cree ser: el amo de las artes hipocráticas, el príncipe de los doctores, el que preserva y prolonga vidas. Sin embargo, esta habitación no es, de ningún modo, un lugar para la práctica de la medicina: los únicos utensilios médicos son las antigüedades, aparatos románticos, de un exquisito arcaísmo, antiguas probetas, escalpelos y lancetas, flebotomos y electrobisturías, oftalmoscopios y desfibriladores, modelos anatómicos inadecuados y primitivos, sierras quirúrgicas, esfignionómetros, vigorizantes eléctricos, frascos con antitoxinas desactivadas, trépanos, micrótomos, todas reliquias de épocas más inocentes. Durante los últimos cinco años, Sadrac logró conseguir todos estos objetos, con el ferviente deseo de establecer un parentesco con los célebres médicos del ayer. Los libros, raros, difíciles de conseguir, hitos en la historia de la medicina, talismanes del progreso científico: Fabrica de Vesalius, De Motu Cordis de Harvey, Institutiones de Boerhaave, un libro sobre auscultación de Laënnec, otro sobre digestión de Beaumont. ¡Con qué entusiasmo los ha coleccionado, con qué veneración los ha alabado! Sin embargo, muchas veces se ha sentido culpable al mismo tiempo, ya que en esta era corrupta y desintegrada, los pocos que tienen poder y riqueza no tienen que esforzarse demasiado para aprovecharse de los débiles y los pobres. Y a Mordecai, precisamente, porque está tan cerca del trono, no le costó mucho acumular estos tesoros, se fue apoderando de ellos a medida que escapan de las manos de otros poseedores, más desafortunados, pero, tal vez, más dignos. No obstante, si todo esto no hubiera llegado a él, se hubiera perdido en el caos que inunda el mundo más allá de la Gran Torre del Khan.

La actividad profesional de Mordecai se desarrolla en la Sala de Cirugía, separada de su oficina por la Interfaz Cinco, donde no solo se llevan a cabo intervenciones quirúrgicas, sino también otros servicios médicos que Genghis Mao requiera. La oficina de Mordecai es un lugar para investigar y meditar, solamente. A la derecha de su escritorio hay un tablero que le da acceso, al instante, al banco de memoria de textos de ciencia médica.

Con sólo pulsar una tecla. o incluso decir una palabra codificada, o hacer referencia a determinada sintomatología, o al estado físico general, o a un diagnóstico presuntivo, tiene a su disposición fragmentos en forma de código de la sabiduría científica de los eones, la esencia fundamental de todos los descubrimientos, desde el Papiro de Smith, Hipócrates y Galeno hasta las últimas revelaciones de los microbiólogos e inmunólogos y endocrinólogos que trabajan en los laboratorios del Khan. Aquí está todo: encefalitis y endocarditis, gastritis y artritis, nefritis, nefrosis, neuroma, nistagmus, aspergilosis y bilharzia, uremia y xantocromía, las mil y una injurias de que la carne es heredera. ¡Qué épocas aquellas en que los médicos eran exorcistas que se vestían con plumas y se pintaban la cara y el cuerpo y alejaban los demonios batiendo tambores temerarios, y libraban solitarias batallas en contra de causas imposibles de revelar y significados indefinibles, y cortaban venas y desmenuzaban cráneos como si fuera un juego, y usaban raíces de poderes mágicos! Solos en contra de espíritus tenebrosos del mal, sin ninguna pista más que el bagaje de sabiduría sobrenatural y la intuición heredada de los antepasados. ¡Y; ahora, aquí, la máquina de las respuestas! Sólo una pulsación y ¡oh, maravilla!: etiología, patología, sintomatología; profilaxis, contraindicaciones, diagnósticos, farmacología, secuelas, la maravillosa espiral del diagnóstico y el tratamiento y la cura y la convalecencia se despliega con una sola orden. En momentos de calma, Sadrac Mordecai se divierte poniendo a prueba sus conocimientos: establece problemas hipotéticos, postula síntomas y elabora diagnósticos para luego compararlos con lo que ofrece la computadora. Hace once años que egresó de la Facultad de Medicina de Harvard y todavía sigue siendo un estudiante, siempre un estudiante.

El día de hoy no ofrece muchos momentos de calma. Hace girar su sillón hacia la izquierda y se comunica con el número telefónico de la Sala de Cirugía.

-Warhaftig -dice en tono categórico.

En un momento, la pantalla refleja el rostro plano y rústico de Nicholas Warhaftig, cirujano del Khan, veterano en cientos de transplantes cruciales. Detrás de él se ve claramente la sala de operaciones: tableros luminosos en donde funcionan cuadrantes de medición y paneles de control, el bisturí láser, la maraña ondulante del anesthesiólogo, agujas, tubos y caños. Sólo. en parte se alcanza a ver la unidad quirúrgica principal, en donde tarimas y camillas y luces en instrumentos y lienzos blancos y aparatos de acero cromado aguardan al paciente imperial.

-El Khan ya se ha levantado -dice Mordecai.

-Estamos a horario, entonces -responde Warhaftig. Tiene sesenta años, el cabello cano e imperturbable. Mordecai era todavía un estudiante idólatra cuando Warhaftig ya era el máximo erudito en transplantes. Y ahora, a pesar de que Mordecai es su superior desde el punto de vista técnico, los dos saben perfectamente cuál es, en verdad, el que tiene más experiencia profesional. Esto hace que Mordecai se sienta incomodo en su relación con Warhaftig.

-¿Podrá traerlo a las nueve en punto? -pregunta Warhaftig.

-Trataré.

-Es indispensable que lo haga -responde Warhaftig fríamente, al tiempo que hace un gesto desagradable con la boca-. La perfusión comenzará a las 9.15. El hígado todavía está congelado, y el descongelamiento siempre trae complicaciones. ¿Cómo se siente?

-Como siempre, con la fuerza de diez hombres. -¿Puede darme una lectura rápida de la glucosa sanguínea y de la producción fibrinógena?

.-Un momento, por favor -dice Mordecai. Estos son datos de los cuales no recibe telemedición directa. Sin embargo, ya está práctico en deducir las funciones físicas secundarias del presidente, de las claves que le ofrecen las respuestas metabólicas principales-. Los niveles de glucosa han disminuido a causa de la necrosis hepática general, pero es lo que se esperaba. No puedo deducir la producción fibrinógena con

exactitud, pero creo que las proteínas plasmáticas han disminuido. El porcentaje de fibrinógeno, sin embargo, no es tan reducido como el de la heparina.

-¿Bilis?

-Se observa una disminución desde el viernes, acentuándose hoy. No obstante, no se evidencian trastornos demasiado graves.

-Bien -asiente Warhaftig. Hace un gesto brusco a alguien que está fuera de cámara. Las manos del cirujano son largas y musculosas. Los dedos, de extraordinario poder y delicadeza, se asemejan a varillas flexibles y alargadas. Las manos de Mordecai, si bien no son las de un cirujano, son fuertes y estilizadas, pero, al compararlas con las de Warhaftig, las ve grotescas y robustas, como las manos de un carnicero-. Todo marcha bien aquí. Lo espero a las nueve. ¿Algo más?

-Sólo quería avisarle que el Khan se ha levantado -contesta Mordecai en tono algo cortante. Inmediatamente corta la comunicación.

A continuación, llama a la habitación del presidente y mantiene un diálogo breve con uno de los valets del Khan. Sí, Genghis Mao ya se ha levantado. Se bañó, y ahora se está preparando para la operación. En un instante comenzará su meditación matutina, pero si el doctor desea hablar con él antes, puede hacerlo. Sí, el doctor quiere tener unas palabras con el presidente. La imagen desaparece de la pantalla, y se produce una larga pausa durante la cual Mordecai siente que el nivel de adrenalina de su cuerpo comienza a elevarse. A pesar de que hace muchos años que Mordecai está en contacto con el Khan, el miedo y el pavor que Genghis Mao le inspira no ha mermado aún. Trata de calmarse con unos ejercicios de relajación, pero ya es tarde: en ese mismo instante, la cabeza y hombros de Genghis II Mao IV Khan se refleja abruptamente en la pantalla del videoteléfono.

El presidente es un hombre delgado, de piel curtida y cráneo triangular. Tiene los pómulos salientes, las cejas espesas, la mirada impetuosa, los labios toscos y delgados. Su tez es marrón más que amarilla, y su cabellera, negra y espesa, está peinada hacia atrás: desciende desde la frente y le llega casi a los hombros. El rostro del Khan inspira, paradójicamente, pavor y confianza al mismo tiempo. Es omniperceptivo y omnicompetente, capaz de asumir todo los problemas del mundo sin emitir la mínima queja, seguro de que los solucionará. En su aspecto, se reflejan los trastornos que su hígado sufrió en los últimos tiempos: la piel ha tomado un color amarillo intenso, aparte de su matiz natural, los pómulos están cubiertos de manchones, y los ojos tienen un brillo poco común. Sin embargo, siempre mantiene su porte de rey y su fuerza inagotable, la de un hombre ideado por la naturaleza para resistir y gobernar.

-Sadrac -dice. Su voz es grave, desafinada, de poco alcance dinámico. No es en realidad la voz de un demagogo-, ¿cómo estoy esta mañana?

Esta broma es una vieja costumbre entre ambos. El Khan festeja la gracia, no así Mordecai, quien logra sonreír, pero su sonrisa no es sincera.

-Fuerte y descansado. El nivel de glucosa sanguínea es un poco bajo, pero dentro de lo previsible. Warhaftig lo está esperando. Quisiera que usted esté en la Sala de Cirugía a las nueve. Mangú está en el escritorio de comando del Vector de Comité Uno. Hasta ahora, es un día tranquilo.

-Éste será mi cuarto hígado.

-El tercero, señor -responde Mordecai, amable-. He estado consultando la historia clínica: el primer trasplante fue en el año 2005, el segundo en el año 2010, y ahora...

-Recuerde, Sadrac, que nací con un hígado. Debemos tomar en cuenta eso, porque no debemos olvidarnos que soy humano, ¿no es así? Tenemos que tener presentes los órganos con los que nací.

Esta respuesta incomoda a Mordecai, que no puede eludir la mirada de Genghis Mao. Claro, es humano, nunca nos debemos olvidar de que el presidente es humano. Humano, a pesar de que el páncreas es un diminuto disco plástico, y el corazón está

constantemente estimulado, a través de finísimas agujas de plata, por bombeos eléctricos, y los riñones pertenecen a otro ser humano y los pulmones y las córneas y el colon y el esófago y la faringe y el timo y la arteria pulmonar y el estómago y el... claro, claro, es humano, sí, humano, pero a veces cuesta tanto recordarlo. Y a veces, al mirar esos ojos fríos, aterradores e irresistibles, en lugar de ver la luz providencial de la autoridad suprema, se ve una figura opaca sumergida en la fatiga, o tal vez en el terror, una figura que, al tiempo que revela un temor espeluznante por la muerte, le ofrece una cálida bienvenida. Genghis Mao está obsesionado con la muerte, por cierto. Un hombre tan aferrado a la vida, después de nueve décadas, que es capaz de someterse a cualquier tormento físico con tal de comprar otro mes, otro año. Sus ojos reflejan a gritos el enfermizo pavor que siente por la muerte. Sin embargo, al mismo tiempo, ama a la muerte, obsesionado con un final que constantemente trata de posponer, en la misma medida que un hombre obsesionado con el orgasmo lucha con gran vehemencia para retrasarlo. Mordecai ha escuchado a Genghis Mao hablar de la pureza de no ser. No es que Genghis Mao espere la llegada de la süsser Tod, no, nunca... y, sin embargo, con qué placer saborea la dulzura tentadora al tiempo que aleja sus labios de ella. Mordecai piensa que sólo un hombre como él, obsesionado por la muerte, encantado por la muerte, puede desear ser el dueño y señor del corrupto mundo de hoy. Pero, ¿cómo es posible que Genghis Mao, que se cobija como en sueños bajo la exquisita belleza de la muerte, desee con tanto fervor vivir para siempre?

-Venga a buscarme a las nueve -le dice el presidente. Mordecai asiente con la cabeza a una imagen sin vida.

CAPÍTULO 3

En el tiempo que le queda antes de ir a buscar al Khan, Mordecai cumple con una de sus responsabilidades burocráticas ordinarias: recibir el informe diario redactado por los directores de los tres grandes programas de investigación a través de los cuales Genghis Mao reúne los recursos necesarios para el desarrollo gubernamental, el Proyecto Talos, el Proyecto Fénix y el Proyecto Avatar. En su carácter de médico del Khan, Sadrac es el director principal de los tres proyectos. En función de ello, todas las mañanas dialoga con los encargados de cada uno de los proyectos, cuyos laboratorios están ubicados en los pisos inferiores de la Gran Torre del Khan.

Primero aparece en la pantalla Katya Lindman del Proyecto Talos.

-Ayer codificamos los párpados -explica Katya-. Esto es uno de los mayores adelantos en nuestro programa de conversión del modo analógico al digital. Ya tenemos la representación gráfica y los equivalentes de siete de los trescientos rasgos cinéticos básicos del presidente.

Katya es una sueca de baja estatura, cabello negro y hombros anchos. Es una persona sumamente inteligente, que se irrita con facilidad, una mujer de belleza considerable, a pesar de, o tal vez, por su boca amenazadora, singularmente salvaje, los labios delgados y dientes filosos. El proyecto que tiene a su cargo es el más complicado de los tres, un intento de crear un Genghis Mao mecánico, una entidad análoga a través de la cual el Khan seguirá gobernando después de su muerte, una marioneta, un simulacro que llevará una vida similar a la de Genghis Mao. La tecnología para crear un autómatas de ese tipo ya existe, desde luego, pero el problema es crear algo que sea superior a los robots de Walt Disney que Mordecai recuerda de su juventud, como el de Abe Lincoln, Tomás Edison y Cristóbal Colón, tan reales en el color de la piel, los movimientos y la manera de hablar. Las máquinas de Disney no bastan para satisfacer las necesidades actuales. Un Abe Lincoln de Disney sería capaz de pronunciar, sin interrupción, el discurso de Gettysburg ocho veces en una hora, pero nunca podría llegar a lidiar con una delegación de reconstruccionistas del Congreso. Un Genghis Mao de metal y plástico podría, por otra parte, recitar los principios de la depolarización centrípeta con una elocuencia cautivante, pero, ¿de qué serviría al tener que enfrentarse con una sociedad desafiante y multifacética? No, deben capturar la esencia de Genghis Mao en vida, codificarla, haciendo de ella un programa que continuará desarrollándose y respondiendo a estímulos. Sadrac Mordecai tiene dudas en cuanto al éxito de este proyecto. Como lo hace periódicamente, Sadrac le pregunta a Katya cómo marcha en su departamento la tarea de reducir a números dígitos los procesos mentales de Genghis Mao, proceso mucho más complicado que el de elaborar programas digitales de su expresión facial y sus posturas habituales. Esta pregunta, una amenaza para Katya, hace brillar sus ojos por un instante. Sin embargo, todo lo que responde es: -Seguimos insistiendo sobre ese problema. Los miembros más capacitados de nuestro personal se están dedicando a ello sin descanso.

-Gracias -concluye Sadrac. Casi simultáneamente cambia de contacto para comunicarse con el canal de Irayne Sarafrazi, la conductora del Proyecto Fénix. Es una joven gerontóloga persa, una persona menuda, casi frágil, de grandes ojos pardos, labios anchos y majestuosos, de cabello negro estirado hacia atrás. La función de su grupo es elaborar una técnica de renovación física que permita el rejuvenecimiento de las células vivas de Genghis Mao, de manera que puedan reproducirse en su propia piel cuando ya no tenga la fuerza y resistencia para aceptar transplantes de órganos. El factor principal que obstaculiza la labor de este grupo es la falta de disposición del cerebro para regenerar las células que día a día desecha. Invertir el proceso de deterioro de los demás órganos y rejuvenecerlos requiere la tarea relativamente fácil de reprogramar el ácido nucleico, pero nadie ha encontrado la manera de detener la muerte constante del cerebro

y lograr que éste se reintegre por sus propios medios. En los años que Genghis Mao lleva de vida, el peso estimado del cerebro ha disminuido en un diez por ciento con la correspondiente pérdida de la memoria y del tiempo de respuesta neuronal. No es senil, de ningún modo, pero si sigue viviendo uno o dos siglos más, como es su deseo, con el mismo conjunto cerebro-cerebelar, tiene todas las habilidades en su contra para ser víctima de cualquier deficiencia mental. Cientos de simios desgraciados se han entregado a Irayne Sarafrazi quien: conservando los cerebros en campanas de vidrio en la repisa de su laboratorio, somete a investigación el contenido craneal de los mismos. Los cerebros, así conservados, continúan con vida respondiendo a distintos estímulos, pero, aunque Irayne busca día a día distintas maneras de regenerar las neuronas, hasta el momento no se han obtenido resultados positivos. Esta mañana la doctora Sarafrazi está desanimada: sus ojos, siempre luminosos, hoy se ven opacos y cansados. EL cerebro de Pan, un chimpancé, se desintegró de pronto, justo cuando algunas células comenzaban a regenerarse.

-Estamos por comenzar la autopsia -dice Irayne Sarafrazi en un tono triste-, pero creemos que la muerte de Pan significa que nuestro programa de estímulo cerebral es erróneo. Pienso que tenemos que dejar de insistir en la regeneración de las células cerebrales y concentrarnos más en la activación de los tejidos de reserva. ¿Qué te parece, Sadrac? -Mordecai se encoge de hombros. Sabe, desde luego, que en el cerebro humano hay tejidos de reserva, cuyas células tienen como única función actuar en casos de emergencia. Sabe, también, todo lo que sé ha logrado con la rehabilitación de víctimas de ataques cerebrales y otras lesiones, orientando las vías de conducción hacia los tejidos de reserva. Sin embargo, cree que recurrir a los tejidos de reserva del cerebro es sólo una manera de retrasar el proceso de envejecimiento de las células, pero no de evitarlo. Las células seguirán muriendo, y así, aunque se rejuvenezca el cuerpo de Genghis Mao, en cincuenta, setenta o noventa años, el Khan será, eventualmente, presa de la senectud: una mente decrepita contenida en un marco vigoroso y renovado.

-La activación de los tejidos de reserva es una medida a corto plazo -dice Sadrac-. Sin la regeneración del cerebro, son muchos los riesgos que se corren, porque el cerebro de un anciano no puede funcionar en un cuerpo joven. Deja que mañana vea el informe de la autopsia del chimpancé, tal vez se me ocurra alguna idea.

Sadrac ya no puede soportar la imagen de ese rostro agobiado. Corta la comunicación con la doctora Sarafrazi y sintoniza de inmediato el canal de Nikki Crowfoot, quien aparece en la pantalla.

-¿Dormiste bien anoche, Sadrac? -pregunta Nikki con una sonrisa tierna.

La fuerza de la doctora Crowfoot y la fuerza de su interés por Mordecai brillan radiantes en la pantalla. Es una mujer corpulenta, una atleta, una cazadora, de piel tostada y pechos voluminosos. Mide casi un metro noventa de estatura; su rostro es firme, de huesos macizos, labios anchos, ojos grandes y nariz agresiva, respingada. Los padres eran de origen amerindio: la madre pertenecía a la tribu de indios navajos y su padre al grupo de Assiniboin. Nikki y Sadrac Mordecai son amantes desde hace cuatro meses y amigos desde hace más de un año. Mordecai tiene la esperanza de que Genghis Mao no sepa nada de este idilio, aunque también sabe que es ridículo pensar que el presidente no lo sospecha.

-Dormí bien, pero por un rato nada más -responde Mordecai.

-¿Estabas preocupado por la operación del presidente?

-Supongo, aunque tal vez estaba preocupado por todo en general.

-Yo podría haber ayudado a calmarlo -dice Nikki mientras se dibuja en su rostro una sonrisa astuta.

Tal vez sí. Pero mi costumbre ha sido siempre abstenerme la noche anterior a una operación del Khan, como hacen los boxeadores o los cantantes de ópera. Quizás sea una medida tonta, pero esa es mi norma, Nikki.

-Está bien, está bien. Sólo bromeaba. De todos modos podemos vernos esta noche.

-Esta noche sí, o esta tarde. A las 14.30 terminaremos con él. ¿Te gustaría venir conmigo a Karakorum, por el túnel?

-No puedo -suspira Nikki-, esta tarde tengo que hacer las pruebas de evaluación definitiva. ¿Quieres escuchar mi informe?

El trabajo de la doctora Crowfoot se superpone, en algunos aspectos, con los otros dos proyectos, ya que el Proyecto Avatar se propone desarrollar una técnica de transferencia de personalidad que hará posible que Genghis Mao -su alma, su espíritu, su persona, su esencia, todo excepto la parte física propiamente dicha- pase a otro individuo, a un cuerpo mas joven. Al igual que el Proyecto Talos, Avatar procura reducir. los patrones de respuesta mental de Genghis Mao a códigos numéricos, lo cual hace posible su programación y reproducción; por otra parte, al igual que el Proyecto Fénix, Avatar intenta darle al presidente un cuerpo nuevo y sano. Pero, mientras que Talos se propone construir un Genghis Mao mecánico que aloje el equivalente dígito codificado del Khan, Avatar piensa utilizar un cuerpo verdadero de carne y hueso; por otra parte, mientras que Fénix tiene como objetivo dar vitalidad al Khan rejuveneciendo su propio cuerpo; Avatar tiene en mente alojar la esencia del presidente en un cuerpo ya habitado por otra persona, específicamente Mangú. El proyecto de la doctora Crowfoot evitaría, en primer lugar, el acto inhumano de crear un Khan robot y, en segundo lugar, el problema del deterioro de las células cerebrales, ya que hará posible que la esencia abstracta e intangible del Khan se filtre en un cerebro joven y vigoroso. A pesar de ésta superposición, las investigaciones de cada uno de los tres proyectos se llevan a cabo en forma independiente, sin realizar intercambio de ideas. La redundancia, después de todo, es nuestro principal sendero de supervivencia.

Tal vez la única persona que sepa realmente cuál es la posición que cada uno de los proyectos ocupa en relación con los otros dos sea Sadrac Mordecai, ya que sólo él está al tanto de todas las actividades. Sabe perfectamente que el equipo de Katya Lindman está intentando algo que probablemente no de resultados positivos, ya que una máquina, aunque esté imbuida del alma de un ser humano, será siempre una máquina, incapaz de constituir un duplicado convincente del original y viable desde el punto de vista político. Con respecto al grupo de Irayne Sarafrazi, Mordecai sabe que la dificultad del deterioro cerebral, aparentemente imposible de resolver, siempre constituirá un obstáculo en la labor de dicho grupo, aunque el camino que siga sea el más razonable para brindarle a Genghis Mao la vida eterna que tanto anhela. Es consciente, asimismo, de que la técnica seguida por Nikki Crowfoot para la codificación de la personalidad ha dado más resultados que la de Katya Lindman, y que en unos pocos meses, los científicos del Proyecto Avatar podrán infundir la esencia de Genghis Mao como un baño de pintura penetrante, en la mente de un cuerpo cuyo primer ocupante ha sido destruido a través de técnicas encefalográficas que anulan la mente. Pobre Mangú, un pequeño príncipe lleno de esperanzas pero desgraciado, cuyo destino no es más que ser la tabula rasa del Khan.

El destino de Mangú no tardará mucho en dilucidarse. Mordecai escucha con fascinación estremecedora a Nikki, quien le informa acerca de las últimas maravillas que se han llevado a cabo. Han llegado al punto de codificar el alma de animales, de cuyas mentes sustraen los. patrones eléctricos únicos para transformarlos en números; esos números son, a su vez, utilizados para reproducir dichos patrones eléctricos en el cerebro de animales donantes. Codificaron la esencia de un gallo y la inyectaron en un halcón cuya mente había sido previamente anulada: el halcón ya no vuela, sino que cacarea por el gallinero batiendo torpemente sus regias alas y asustando a las gallinas aterradas. Codificaron la mente de un gibón y la alojaron en el cuerpo de un gorila: el gorila ha tomado costumbres arborícolas y se lo ve, desesperado y frenético, abriéndose paso, con bruscos movimientos de brazos, entre la copa de los árboles; la esencia del gorila, de la que fue despojado reside ahora en el cuerpo de otro mono antes un gibón, que,

apoyándose sobre sus articulaciones arqueadas, camina soberbio y pesado al nivel del suelo, de tanto en tanto se lo ve detenerse para palmear su pecho esquelético. Han logrado esto y mucho más. Ya están preparados para comenzar, en unas pocas semanas, a realizar este tipo de transferencias con seres humanos. Mordecai no le pregunta a la doctora Crowfoot quien será el sujeto experimental, ya que hay confusos problemas de ética en cuanto a esta cuestión, como sucede siempre cuando se trata de servir al Khan; por lo tanto, prefiere no cargar su conciencia con las actividades de su amada.

-Llámame cuando la operación haya terminado -le dice Nikki.

-Pero, si lo hago, interrumpiré las pruebas de evaluación definitiva.

-No afectará demasiado. Llámame. Te veré esta noche.

-Sí, esta noche -dice Sadrac con voz suave. Son las 8.55: ya es hora de llevar a Genghis Mao a la Sala de Cirugía.

CAPÍTULO 4

El hígado, la glándula más grande del cuerpo humano, es un órgano útil y complejo cuyo peso es de un kilogramo y medio, aproximadamente un dos por ciento del peso total del cuerpo. Como tal, cumple una serie de importantes funciones bioquímicas. En primer lugar, produce bilis, un líquido verde esencial para la digestión. La sangre portal que va al corazón pasa por el hígado, el cual, a modo de filtro, elimina bacterias, sustancias tóxicas, drogas y otras impurezas nocivas. La sangre recibe, además, las proteínas plasmáticas que el hígado produce, entre las cuales se encuentran el fibrinógeno, agente coagulante, y la heparina, agente anticoagulante. El hígado, a su vez, recibe azúcar de la sangre, que convierte en glucógeno y almacena hasta que el cuerpo lo necesite. El hígado también es responsable de la conversión de grasas y proteínas a carbohidratos, del almacenaje de vitaminas grasas solubles, de la producción de anticuerpos, de la destrucción de eritrocitos desgastados, etcétera.

Así, pues, el hígado cumple tantas funciones metabólicas que ningún vertebrado puede vivir más de unas pocas horas sin él. Tan fundamental es su importancia para la vida, que posee extraordinarios poderes regenerativos: si se eliminan tres cuartos del hígado, las células restantes se multiplican tan rápidamente que la glándula recupera sus dimensiones originales en el lapso de dos meses. Incluso si se destruye un noventa por ciento del volumen total del hígado, éste sigue produciendo bilis al ritmo normal. La redundancia es nuestro principal sendero de supervivencia. El hígado, no obstante, está sujeto a diversos trastornos: ictericia, necrosis, septicemia abscesos disintéricos, cáncer de los conductos biliares, etcétera. La energía total del hígado hace que soporte todos estos trastornos por lapsos prolongados, pero el poder de recuperación disminuye con la edad, como sucede con muchas otras cosas.

Genghis Mao padece de trastornos hepáticos crónicos. Para mantener en vida los órganos artificiales y transplantados contenidos en el cuerpo del presidente, el organismo debe ingerir día a día litros de medicamentos. La función del hígado es eliminar la corriente constante de sustancias químicas de alto poder, que ni el más fuerte de los hígados sería capaz de resistir. Por otra parte, debido a la presencia de tantos órganos ajenos, se producen fenómenos de interacción bioquímica, que el hígado debe contrarrestar, lo cual requiere también esfuerzo excesivo. Este bloqueo constante hace del hígado del presidente un órgano delicado, lo cual, sumado a la edad y a la complejidad contranatural de su estructura interna mixta, lleva a la necesidad de reemplazarlo periódicamente, necesidad que, precisamente, se evidencia en este momento.

Dos ayudantes corpulentos levantan la figura pequeña de Genghis Mao y la depositan en la camilla. Comienza así el viaje, ya tan conocido, desde los aposentos imperiales hasta la mesa de operaciones. A pesar de sus ojos húmedos, su aspecto febril y endeble, el Khan está alegre: entre gestos de aprobación y guiños, le dice a los ayudantes que está cómodo, emite risitas astutas e, incluso, ensaya una o dos morisquetas. Mordecai comprueba, a través de la información telemetrada que llega a sus sensores internos, la calma increíble del Khan en momentos como éste, lo cual, como siempre, lo deja maravillado. Genghis Mao sabe, seguramente, que existen bastantes probabilidades de que muera durante la operación, pero, de acuerdo con los registros de la producción somática, parece no estar consciente de ello, como si el espíritu del presidente, al estar suspendido entre el amor por la vida y el anhelo por la muerte, se mantuviera en perfecto equilibrio metabólico. Sea como fuere, Sadrac está mucho más tenso que su amo, tal vez porque considera que los riesgos de un trasplante de hígado no constituyen en absoluto una cuestión trivial y porque no está preparado, desde ningún punto de vista, para enfrentar el desafío de la incertidumbre personal en un mundo post-Genghis Mao.

La camilla donde yace Genghis Mao se desliza sobre silenciosos neumáticos desde los aposentos imperiales hasta la oficina imperial, luego se dirige al comedor privado, atraviesa la oficina de Sadrac Mordecai y, finalmente, llega a la Sala de Cirugía, sin eximirse, desde luego, del eterno control de los radares de la Interfaz Cinco. La Sala de Cirugía, que ocupa los dos últimos pisos de la Gran Torre del Khan, es un magnífico recinto en forma de tetraedro, cuya base subtiende un arco de aproximadamente treinta grados, formando así una bóveda que reviste las paredes internas de la cúspide del alargado edificio cónico. Desde la parte más alta de la habitación, penden artefactos cromados agrupados en forma de cruz, que inundan el lugar con una luz brillante, aunque no intensa. En el extremo opuesto a la entrada, se ve una plataforma que se desprende de la pared, dividiendo ese sector de la sala en dos partes. Sobre esa plataforma está ubicada la burbuja aséptica, transparente y luminosa, en donde se llevan a cabo las intervenciones quirúrgicas propiamente dichas; debajo de la plataforma que sostiene la burbuja se encuentra el aparato que mantiene la humedad, asepsia y temperatura del campo quirúrgico: un siniestro cubo de metal verde opaco, provisto de una cubierta que, según imagina Mordecai, contiene bombas, filtros, conductos de caldeos, sustancias químicas esterilizantes, humidificadores y otros equipos. En el otro extremo, hay una serie de gradas de color azul verdoso, dispuestas en forma de torre, en donde están ubicados los elementos complementarios. Todo este conjunto de aparatos ocupa una extensión de aproximadamente treinta metros. En el fondo se alcanza a ver la unidad motriz, de color ladrillo, aparatos de medición, un autoclave, un bisturí láser, la consola de anestesia, una cámara adosada a un brazo metálico y pantallas monitores, que permiten a los médicos seguir paso a paso, todo lo que se lleva a cabo en la burbuja.

Todo este material desconcierta a Mordecai. Sin embargo, tío es necesario que sepa la función que cumple cada uno de estos aparatos, ya que no será él quien lleve a cabo la intervención quirúrgica propiamente dicha: su función es actuar como parte del equipo complementario, porque con su capacidad para monitorear, evaluar y transmitir minuto a minuto, los cambios fisiológicos que se producen en el organismo de Genghis Mao, hace las veces de una supercomputadora, mucho más útil y perceptiva que cualquier aparato médico.. Los demás aparatos, desde luego, controlarán también el estado del Khan (la redundancia es nuestro principal sendero...), pero Sadrac, que se mantendrá junto a Warhaftig, recibiendo información directa de los procesos fisiológicos del presidente, podrá captar los mensajes y asesorar al cirujano con una inteligencia intuitiva y deductiva que ninguna máquina posee. Sadrac no se siente en absoluto disminuido u ofendido por cumplir el papel de una supercomputadora, ya que esa es, precisamente, la función que se le ha asignado.

La camilla se dirige zigzagueando hacia la, unidad quirúrgica y se ubica junto a la mesa de operaciones. Los brazos mecánicos de metal brillante adosados a la mesa, semejantes a los de un pulpo, comienzan a desplegarse a la manera de un telescopio, abrazan a Genghis Mao, lo levantan y lo depositan sobre la mesa. La camilla, cumplida su función, se retira. Mordecai, Warhaftig y los dos ayudantes, perfectamente esterilizados y envueltos en camisolines, entran a la burbuja aséptica. La puerta se cierra detrás de ellos, y no volverá a abrirse hasta tanto la operación no haya concluido. Se escucha un silbido: son los purificadores de aire, que están eliminando las impurezas de la atmósfera, para crear así el medio ambiente propicio para la operación.

A pesar, de la boca abierta y posición horizontal, Genghis Mao está inquieto, ansioso, anonado y alerta, sin perder detalle de todos los preparativos. Los ayudantes descubren el torso pequeño y macizo del presidente -el cuerpo de Genghis Mao es de estructura lituana, pero musculosa, con escaso tejido adiposo y poco vello; las cicatrices de las operaciones anteriores, apenas perceptibles, se entrecruzan en su piel amarillenta- y comienzan la complicada tarea de conectar los terminales de los monitores. Warhaftig palpa concentrado el abdomen del Khan y regula el filo del bisturí láser. El anestésista,

que desempeña sus funciones fuera de la burbuja, determina las combinaciones de acupuntura preliminar en su tablero.

-Conecte la perfusión, Mordecai -indica Warhaftig meditabundo. A Sadrac le alegra tener algo que hacer.

Genghis Mao tendrá que pasar unas horas sin hígado, por lo tanto es necesario utilizar un hígado artificial para mantenerlo durante la operación. A pesar de que ya hace más de cincuenta años que se desarrolla la tecnología de trasplante de órganos, todavía no se ha logrado crear un hígado artificial que funcione a la perfección. El aparato cúbico utilizado por Warhaftig es un compuesto mecano-orgánico: caños, tubos bombas y filtros de electrodiálisis mantienen purificada la sangre del paciente, pero, las funciones bioquímicas básicas del hígado, debido a que hasta el momento ha sido imposible crear un duplicado mecánico, son desempeñadas por el hígado de un perro, sumergido en una solución fisiológica caliente en el centro del aparato. Mordecai introduce hábilmente dos agujas en el brazo de Genghis Mao, una canaliza una vena y otra una arteria. Esta última parece encontrar resistencia, lo cual hace dudar a Sadrac. El presidente hace un guiño: esto es, una vieja historia para él.

-Adelante -murmura-, estoy bien.

Mordecai le hace un gesto al asistente, indicando que la conexión está lista. Casi instantáneamente, la sangre del presidente llega a las bobinas de diálisis, atraviesa el hígado canino y regresa al cuerpo del Khan. Sadrac controla constante y cuidadosamente la información telemetrada que recibe desde el interior de Genghis Mao: perfecto, perfecto, todo perfecto.

-Inmunosupresores -ordena Warhaftig.

Durante las últimas semanas anteriores a la operación el Khan debió ingerir, siguiendo las indicaciones de Mordecai, drogas antimetabólicas, aumentando gradualmente la dosis, para disminuir la inmunidad, de manera que no se produzca el rechazo. La estructura antigénica del Khan está tan debilitada que la posibilidad de rechazo es mínima. Además no se correrá ningún riesgo, ya que, en este momento, Genghis Mao está recibiendo la última dosis de sustancias antimetabólicas y corticosteroides, y un ayudante activa un nódulo que irradiará la sangre que atraviesa el hígado sustituto, de manera de destruir los linfocitos que inducen al rechazo. ¡La redundancia, la redundancia, siempre la redundancia! El corazón del Khan late con fuerza. Sadrac percibe que todo funciona a ritmo normal: la presión sanguínea el pulso, la temperatura, el ritmo peristáltico, la dilatación de las pupilas, los reflejos musculares, el tono muscular.

-Anestesia -dice Warhaftig.

El anestésista, que está ubicado en el otro extremo de la sala frente al tablero de un intrincado instrumento, mucho más complicado que un sintetizador de conciertos, se prepara para comenzar su actuación. Con sólo una sutil pulsación, las brillantes garras retráctiles de la mesa de operaciones comienzan a desplegarse y quedan suspendidas sobre el cuerpo del presidente. Activadas a control remoto por el anestésista, buscan los puntos de acupuntura, tanteando con pequeños impulsos sónicos hasta que localizan los conductos de energía neural. El anestésista, conforme con la ubicación de sus dedos metálicos, activa los generadores ultrasónicos, y los dedos, suspendidos sobre la mesa de operaciones, emiten rayos de fuerza sónica que atraviesan el cuerpo, relajado e inmóvil del Khan.. Para anestesiar a Genghis Mao, no es necesario utilizar agujas de acupuntura: sólo basta un flujo laminar de sonido de alta frecuencia que canalice los meridianos de acupuntura. Warhaftig controla las reacciones del Khan utilizando electrodos epidérmicos, coteja con el anestésista, vuelve a controlar, le pide información a Mordecai, controla nuevamente, esta vez con más detalles, para comprobar, finalmente, que no hay reacciones de dolor por parte de Genghis Mao.

Los dedos de acero del equipo de sonicupuntura resplandecen en la luz intensa del quirófano; rodean al Khan de manera tal que tienen un aspecto de anténulas, aguijones u

oviscaptos encrispados. La sonicupuntura es el método anestésico elegido por el cirujano y por el paciente, ya que Genghis Mao nunca permite que se le administre anestesia general (la pérdida de la conciencia se parece mucho a la muerte), y Warhaftig no aprueba el uso de anestésicos químicos, ya tengan efecto general o local. Sadrac comprueba que el Khan va perdiendo gradualmente la sensibilidad, a pesar de su vivacidad aterradora y de que aún está consciente. Finalmente, Warhaftig y el anestesista dan por concluido el proceso.

-Ya comenzamos -anuncia el cirujano.

Todos los aparatos quirúrgicos y el sistema de mantenimiento comienzan a funcionar al mismo tiempo. Se produce una baja de tensión, y Mordecai se imagina a la Torre vibrando por la repentina demanda de energía. A la izquierda de la mesa de operaciones está la máquina de percusión, que bombea constantemente la sangre del cuerpo de Genghis Mao para filtrarla a través de las bobinas de diálisis. A la derecha aguarda el nuevo hígado, sumergido en una solución fisiológica caliente, para mantenerlo a la temperatura del cuerpo, ya que desde que fue extraído del cuerpo donante, estuvo conservado en una solución salina congelada. Warhaftig controla por última vez el bisturí láser, oprime con su dedo largo y delgado la perilla de control, y el bisturí, entonces, emite un hilo de luz púrpura que imprime una delgada incisión roja en el abdomen de Genghis Mao, quien esta completamente inmóvil. El cirujano echa una mirada a Sadrac, que dice:

-Todos los sistemas funcionan a la perfección. Siga adelante.

Warhaftig profundiza hábilmente los cortes, al tiempo que los radares registran los estratos epidérmicos hasta el nivel celular, de manera que en el momento de volver a cerrar la cavidad abdominal, las uniones sean perfectas. Los retractores de acero se ubican automáticamente de manera tal que sujetan los laterales del torso de Genghis Mao para evitar que la incisión se abra. El Khan observa fascinado las primeras etapas, pero a medida que los órganos internos se hacen visibles, vuelve la cabeza y fija la mirada en el techo abovedado. Es probable que sus vísceras lo asusten o le repugnen, piensa Mordecai, pero más probable aun es que, después de tantas operaciones, sus órganos sencillamente lo aburran.

El hígado enfermo, pesado, fofo y negruzco ya está a la vista. Los dedos de Warhaftig, pinzas infalibles, sujetan las arterias y venas conectadas a la glándula. El escalpelo láser emite destellos agresivos que separan la vena portal, la arteria hepática, la vena cava inferior, el ligamento teres y el conducto biliar.

-Listo -murmura, al tiempo que extrae del abdomen el tercer hígado de Genghis Mao, que más tarde será sometido a la biopsia. El reemplazante, grande, voluminoso y sano, espera en un cofre de cristal.

El cirujano y su equipo se disponen a cumplir la etapa más difícil de la operación, cualquier médico es capaz de hacer una incisión, pero sólo un artista es capaz de realizar una sutura perfecta. Warhaftig une los tejidos con un soldador laser, vuelve a conectar las arterias, venas y conducto biliar al nuevo hígado. Está tranquilo, no muestra señales de fatiga. Genghis Mao, en cambio está decaído, casi en estado comatoso, boquiabierto, la mirada perdida, pero no hay por qué alarmarse: Mordecai entiende esa reacción, ya que no es la primera vez que observa al Khan en este estado. No es una señal de agotamiento ni de shock, sino una especie de ejercicio yoga por medio del cual el presidente aísla su mente de esta operación aburrida e interminable. Warhaftig, que no deja de trabajar, ya ha instalado el nuevo hígado. El pulso del Khan acelera su ritmo; es necesario tomar medidas para solucionarlo, pero no hay que preocuparse porque eso es lo que se esperaba. Warhaftig une meticulosamente el peritoneo, los estratos musculares, la dermis y epidermis, contando con la ayuda, en esta etapa, de la computadora que le suministra los datos de estratificación que ha recopilado cuando se hacía la incisión. Finalmente cierra la pared abdominal: la sutura es perfecta, apenas quedará una cicatriz. El cirujano, tranquilo y satisfecho, se retira, paró dar lugar a asistentes de menor

importancia. La operación ha durado exactamente cinco horas. Mordecai se inclina sobre el presidente para examinar su rostro. Aparentemente está durmiendo, ya que los músculos faciales están relajados y los ojos inmóviles y el pecho muestra movimientos respiratorios, elevándose a intervalos regulares; pero no, no, la sombra de Sadrac parece registrarse en la conciencia del Khan, quien, abriendo el ojo izquierdo hace el guiño característico e inconfundible; en sus labios se dibuja una sonrisa gélida:

-Y bien, un hígado más -dice Genghis Mao con voz clara y firme.

CAPÍTULO 5

Llegó la noche por fin, la labor diaria está concluida, las responsabilidades hipocráticas cumplidas. Sadrac se prepara, entonces, para compartir con Nikki Crowfoot el placer de una noche en Karakorum, la ciudad de esparcimiento reservada exclusivamente para la clase gobernante.

Tres horas después de la operación, Mordecai pasa a buscar a Nikki por el laboratorio del Proyecto Avatar, en el séptimo piso de la Gran Torre del Khan. El lugar de trabajo de la doctora Crowfoot es un salón enorme, de paredes verdes, repleto de animales enjaulados, animales locos, halcones que cacarean y gorilas arborícolas; donde no hay jaulas hay inmensos armarios con material de prueba. El aire de la habitación huele a laboratorio, un olor que Sadrac recuerda de sus épocas de estudiante en la Universidad de Harvard: una mezcla de Lysol y formaldehído y alcohol etílico y excremento de ratón y gases de mechero Bunsen y forros aislantes quemados y... Todo el personal del Proyecto Avatar ya se ha retirado, menos Nikki que, vistiendo ropa de laboratorio, trabaja concentrada entre un amontonamiento de computadoras, cabezales y pantallas de televisión que configuran una inmensa mole de cinco metros de altura. Está de pie, de espaldas a la puerta, observando explosiones pirotécnicas de color verde, azul y rojo, que vibran alocadas en el cuadrante de un gigantesco osciloscopio. Sadrac se acerca sigiloso por detrás y, sin que ella advierta su presencia desliza las manos por debajo de los brazos de Nikki y le acaricia los pechos a través de la bata. Al advertir la mano de Mordecai, un escalofrío recorre la espalda de Nikki, inmediatamente se relaja, y sin volverse, dice:

-Tonto -su voz es afectiva-, no me distraigas. Estoy probando un simulacro triple. Aquella cinta verde, abajo, es el Genghis Mao verdadero, aquella otra, arriba, la azul, es la reproducción de personalidad que hicimos en abril, y...

-Deja de preocuparte ya. Genghis Mao murió durante la operación, cuando le sacaron el hígado; la revolución empezó hace una hora. La ciudad...

Nikki aparta los brazos de Sadrac y lo mira atónita, pasmada.

-...está en llamas. Escucha, lo comprobarás por las explosiones: están volando todas las estatuas...

Nikki, que finalmente advierte la expresión de Sadrac, echa a reír.

-¡Idiota! ¡Idiota!

-No, la verdad es que está perfecto, a pesar de que Warhaftig puso el hígado al revés.

-Basta ya, Sadrac.

-Está bien. Ahora, hablando en serio, está en perfectas condiciones. Sólo tardó diez minutos en recuperarse, tanto que ahora está dirigiendo, como un payaso mogol, la actividad en el Vector de. Comité Uno.

-Sadrac...

-No puedo evitarlo. Estoy pasando por la etapa maniaca del postoperatorio.

-Bueno, yo no. Hoy tuvimos un día espantoso aquí adentro.

Sadrac comprueba, finalmente, que Nikki está realmente deprimida. Lo advierte por los ojos agotados, el rostro tenso y los hombros caídos, característica poco común en ella.

-¿Qué sucede? ¿Las pruebas no dan resultados positivos?

-No pudimos saber nada. Se arruinó una de las bobinas de realimentación y se borraron tres cintas claves. Estoy tratando de salvar lo que queda. Esto es un atraso de un mes, un mes y medio.

-¡Pobre Nikki! ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

-Sí, sácame de aquí -dice Nikki-. Necesito divertirme, distraerme, necesito tus muecas. Pero, cuéntame, ¿Cómo fue la operación, finalmente?

-Perfecta. Warhaftig es un erudito. Es capaz de hacer una implantación nuclear a una ameba y volver a extraerla con los pulgares.

-¿Y el supremo, el gran hombre? ¿Cómo está?

-Una maravilla -dice Mordecai-. Es casi obscena la manera en que este anciano de ochenta y siete años supera operaciones de este tipo cada cinco o seis semanas. - ¿Ochenta y siete? ¿Tiene ochenta y siete años?

-Esa es la cifra oficial -dice Mordecai encogiéndose de hombros-. Algunos dicen que es mayor, mucho mayor, noventa, noventa y cinco años, y otros, incluso, dicen que tiene más de cien. Se rumorea que peleó en la Segunda Guerra Mundial. Desde luego, nos estamos refiriendo al cerebro, a la epidermis y a la estructura ósea, ya que el resto de sus órganos son relativamente nuevos: un pulmón aquí, un riñón allá, arterias de dacrón; las articulaciones de la cadera son de cerámica, el esófago, de plástico, un hombro es de molibdeno y cromo y de tanto en tanto se le renueva el hígado. Realmente, no se como todo eso puede mantenerse en su cuerpo. Lo que sí puedo asegurar es que cada vez está más joven, más fuerte, más astuto. Tendrías que escuchar el ritmo espléndido de los signos vitales.

Nikki, sonriendo, coloca las manos en los muslos de Sadrac, como si quisiera localizar los nódulos.

-Sí, es una maravilla, y con la edad que tiene... En este momento está fornicando a una enfermera. A ver, espera, espera, creo que esta llegando. Ah, no, era un estornudo.

-Ahora capto una entrada de audio. -dijo Gezundheit-. Bueno, hablando en serio, ¿cómo es la vida sexual de Genghis Mao?

-Prefiero no preguntar.

-Pero, ¿acaso los nódulos no te dan información?

-Honni soit qui mal y pense -dice Mordecai-. No me cabe ninguna duda de que lleva una vida sexual espléndida, probablemente, mucho más activa que la mía.

-No tenías ninguna obligación de dormir solo anoche.

-Mi vocación me lo exige -hace un gesto señalando la puerta-. ¿Karakorum?

-Sí, Karakorum. Pero primero tengo que darme un baño y cambiarme.

Suben al departamento de Nikki, que está ubicado en el piso cuarenta y siete de la Gran Torre. Todos los miembros importantes del personal de Genghis Mao residen en el edificio, pero no todos gozan de las mismas comodidades, ya que, por ejemplo, el prestigio de la directora de un grupo de investigación, no es igual que el del médico personal del presidente. La suite de Nikki, por lo tanto, no es tan suntuosa como la de Sadrac Mordecai: tiene sólo tres habitaciones, moblaje sencillo, pisos de madera común, no tiene balcón y, por consiguiente, no tiene muy linda vista. Sadrac se acomoda en un mullido sillón de gomaespuma mientras Nikki se desviste y se dirige a la ducha. Su figura desnuda, bella e impactante, de pechos pardos, muslos exuberantes, vientre plano y rígido, despierta el deseo en Sadrac. Es alta, esbelta, de hombros abultados, cintura pequeña, caderas anchas, nalgas suaves y musculosas, cabello negro que le cubre casi toda la espalda. Al desvestirse, deja atrás la aureola del laboratorio, el aspecto tenso y fatigado del científico que no ha cumplido con su objetivo, y se transforma en algo primitivo, salvaje, rudimentario, en una Pocahontas, una Sacajewa, una Nokomis nacida de la luna. Una vez, cuando estaban juntos en la cama, él hizo una de estas comparaciones, y ella se sintió avergonzada y turbada y, en una actitud burlona y defensiva lo comparó con Otelo, y Ras Tafari y Chaka Zulu. Desde entonces, Sadrac no volvió a hacer esas comparaciones románticas del origen salvaje de Nikki, porque a él no le gusta, tampoco, que le recuerden su propio origen. Sin embargo, cada vez que ella se desnuda frente a él, Mordecai no puede dejar de ver en su figura a una princesa de una nación del pasado, a la sacerdotisa de las grandes llanuras, a la amazona encarnada de la noche pagana.

Por fin, Nikki sale de la ducha luciendo un vestido dorado, largo hasta el piso, de malla abierta que deja ver pezones achocolatados, sombras negras y azuladas del triángulo púbico, de muslos, de nalgas; una prenda provocativa y sensual, por cierto, la antítesis de la bata que usa en el laboratorio. De buena gana, Sadrac la llevaría a la cama en este

momento, pero sabe que está cansada, que tiene hambre, que todavía está preocupada por los fracasos del día y -que, por lo tanto, no está con ánimo, por ahora, para hacer el amor. Además, la conoce bien, y sabe que no le gusta mantener relaciones sexuales en horas de la tarde, que prefiere dejar la excitación erótica para la noche. Por lo tanto, Sadrac se conforma con un beso suave y juguetón y con una sonrisa cariñosa. ¡A Karakorum, entonces. A sumergirse en las profundidades de la torre para esperar el tren subterráneo que los llevará a la diversión!

Karakorum está a cuatrocientos kilómetros al oeste de Ulan Bator. El túnel que une las dos ciudades por debajo del desierto de Gobi fue cavado hace cinco años por el perforador térmico de un taladro subterráneo que, activado por energía nuclear, fue rompiendo los granitos y esquistos paleozoicos de las profundidades. En la actualidad, a pesar de los cuatrocientos kilómetros de distancia, el viaje desde Ulan Bator hasta Karakorum no dura más de una hora gracias a los trenes que se desplazan a velocidades vertiginosas, sobre carriles móviles, uniendo así la capital moderna y la antigua. Sadrac Mordecai y Nikki Crowfoot se unen a la multitud, que, en busca del placer, espera el tren que partirá en unos pocos minutos. La gente los saluda, pero nadie se acerca a ellos: hay algo sublime y misterioso en una pareja atractiva, un halo que los enmarca en un círculo gélido, impenetrable. Sadrac bien sabe que Nikki y él forman una pareja atractiva, los dos altos, ella de piel cobriza y porte vigoroso, él negro y delgado, rostros y cuerpos impactantes, elegancia y buen gusto en el vestir: Otel y Pocahontas en un paseo nocturno. Pero hay, además, otro factor que los aísla del resto: la relación de Mordecai con el Khan. Todos saben que el doctor Mordecai es uno de los pocos que tiene contacto directo con Genghis Mao y, aunque a Sadrac no le guste la idea, el Khan le ha transmitido esa especie de aureola temeraria que lo caracteriza y que hace que la gente se aleje de su alrededor. Lamentablemente no puede hacer nada para evitarlo.

El tren llega a destino. Allá van Sadrac y Nikki, a la noche de Karakorum... Karakorum. Fundada hace ochocientos años por Genghis Khan. Transformada en majestuosa capital por el hilo de Genghis, Ogodai. Abandonada, una generación más tarde, por Kublai Khan, el nieto de Genghis, quien prefirió gobernar desde Cambaluc, en China. Destruída por Kublai Khan cuando su rebelde hermano menor intentó hacer de ella un centro revolucionario. Más tarde fue reconstruida, pero finalmente abandonada para quedar así sumergida en la decadencia y perdida en el olvido. A mediados del siglo XX, un grupo de arqueólogos de la República Popular de Mongolia y la Unión Soviética redescubrieron su asiento. Y ahora tiene restaurada por decreto de Genghis II Mao IV Khan, sucesor autoconsagrado del imperio antiguo y del moderno, que desea recordarle al mundo la grandeza de Genghis y hacerle olvidar los años de letargo mogol posterior a la caída de los Khanes.

La noche de Karakorum resplandece con un brillo ultraterreno, con una majestuosa incandescencia lunar. A la izquierda de la estación están las ruinas de la vieja ciudad de Karakorum. Nikki y Sadrac se detienen a contemplarlas: sobre el pasto amarillento hay una solitaria tortuga de piedra, vestigios de paredes de ladrillos, columnas hechas pedazos. En las cercanías, se levantan stupas de piedra gris, monumentos a los lamas sagrados, erigidos en el siglo XVI. A lo lejos, al pie de las colinas reseca por el sol, se ven los edificios de estuco blanco del Centro de Agricultura de Karakorum, un grandioso proyecto de la desaparecida República Popular de Mongolia, una inmensa empresa agrícola que ocupa medio millón de hectáreas de terreno. Entre el centro de agricultura y los stupas se eleva la Karakorum de Genghis Mao, una extravagante reconstrucción de la ciudad original: el gran palacio de las mil columnas, de Ogodai Khan, renovado; el espléndido observatorio con sus cúpulas agujoneras que llegan a Dios; las mezquitas e iglesias; los coloridos alfeneques de seda de la nobleza, las casas de ladrillo oscuro de los comerciantes extranjeros; todo, atestigüa la fuerza y magnificencia del príncipe de los príncipes, Genghis Mao, quien, de acuerdo con alguna leyenda, a veces desmentida, tuvo

alguna vez un nombre mas humilde, Choijamtse u Orchirbal o Gombojab -las versiones varían según el relator- y fue un funcionario de menor jerarquía, un apparatchik insignificante en la burocracia de la antigua República Popular en los días ya pasados del marxismo, antes de que el mundo se derrumbara y se construyera en su lugar el nuevo imperio mogol.

Sin embargo, la ciudad de Karakorum, así renacida, no es simplemente un monumento estéril al pasado: por decreto de Genghis Mao, es un lugar de diversión, un parque de rebeldías y placeres, un Xanadu del siglo XXI radiante de energía frenética. En este complejo multicolor de alfeneques amarillos, verdes y escarlata, se come, se bebe, se juega; aquí están en venta las últimas invenciones, las más descabelladas; también hay cabida para el sexo en este parque: el visitante puede elegir su pareja a gusto. En Karakorum, además, se practican los ritos populares del momento: la muerte onírica, el transtemporalismo y la carpintería. Sadrac practica el rito de la carpintería y, a veces, aunque no últimamente, el del transtemporalismo, culto favorito de Nikki. Una vez, Sadrac vino a Karakorum con Katya Lindman, esa mujer salvaje y temperamental, y a pesar de la insistencia de su acompañante, se negó a probar la muerte onírica. Esta actitud de Sadrac bastó para que Katya se burlara de su timidez durante días y días, no con palabras, ya que la doctora Lindman tiene un poder especial para humillar en silencio, sino con miradas castradoras, expresiones furiosas, y una infinidad de gestos burlones.

Ahora, al pasar por el pabellón de la muerte onírica, apenas lo miran. Sadrac, tratando de alejar de su mente la imagen de la figura ardorosa de Katya Lindman, escucha a Nikki que dice:

-¿No es peligroso que te alejes de Ulan Bator, habiendo pasado tan pocas horas después de la operación?

-No precisamente. Es más, siempre salgo a la noche, después de un transplante. Es una especie de premio que me doy después de un día de mucho trabajo. Además, es el momento más adecuado para haber venido a Karakorum.

-¿Por qué?

-Esta noche el Khan está en terapia intensiva. En caso de que surja alguna complicación, las alarmas sonarán en toda la torre y algún médico auxiliar responderá al instante. Además, mi trabajo no me exige estar veinticinco horas por día al lado del Khan: no es necesario y él tampoco quiere que así sea, ¿entiendes?

El cielo se cubre de pronto de fuegos artificiales: estallidos, aros de oro y carmín, lanceros nocturnos. A Sadrac le parece ver la imagen de Genghis Mao reflejada en las alturas, pero no, no, es sólo una ilusión óptica, el dibujo es completamente abstracto, completamente.

-En caso de emergencia, te llamarán, ¿no es así? -pregunta Nikki.

-No será necesario -le explica Mordecai. El pabellón de la muerte onírica despiden una música discordante, de otro mundo, de gaitas enloquecidas. Esto le trae a la memoria una fría madrugada de invierno, en que Katya Lindman entonaba posesionada canciones en sueco. El solo recuerdo lo hace temblar. Palpa el muslo donde lleva insertados los nódulos y dice: Recuerda que recibo transmisión completa.

-¿Aunque estés aquí, tan lejos?

Sadrac hace un gesto afirmativo con la cabeza.

-El alcance de la telemedición es de unos mil kilómetros. En este momento estoy recibiendo al detalle toda la información acerca de la actividad de Genghis Mao: está descansando plácidamente, mejor dicho, dormitando; la temperatura excede en un grado a la normal; el pulso está un poco acelerado; el nuevo hígado se está integrando sin problema e incluso ya ha hecho cambios positivos en el metabolismo general. Si algo comienza a deteriorarse, lo sabré de inmediato y, si es necesario, puedo volver a la torre en noventa minutos aproximadamente. Mientras tanto, puedo controlar todo desde aquí y divertirme a gusto al mismo tiempo.

-Siempre Al tanto de su estado de salud.

-Sí, siempre. Hasta cuando duermo. Mis nódulos reciben constantemente la corriente de información.

-Tus nódulos... Cuando pienso en ellos en términos de filosofía, quedo fascinada -dice Nikki. Se detienen frente a un puesto de golosinas para comprar refrescos. El vendedor, un mogol regordete de nariz ancha, les ofrece airag, el milenario brevaje mogol de leche de yegua fermentada. Mordecai se encoge de hombros y toma un frasco para él y otro para Nikki, quien a pesar del gesto de desagrado que se dibuja en su rostro, lo bebe y dice-: Lo que quiero decir es que, al pensar en ti y en el presidente en términos puramente cibernéticos, me resulta difícil determinar dónde terminan los límites de tu individualismo y dónde comienzan los de él.

Los dos conforman una sola unidad de procesamiento de datos autocorrectiva, prácticamente un solo sistema de vida.

-Yo no lo veo así, sin embargo -le dice Sadrac- A pesar de que yo recibo una corriente constante de información metabólica del presidente, y a pesar de que esa información afecta de alguna manera el desarrollo de mis actividades y, sobre todo el de las de él, Genghis Mao sigue siendo un ser autónomo: nada menos que el presidente del CRP, con todo el tremendo poder que eso supone, y yo no soy mas que..

-No -interrumpe Nikki impaciente-, piensa en términos de un sistema integral. Supongamos que tú eres Miguel Ángel y quieres transformar un inmenso bloque de mármol en un David. La figura está dentro del mármol y tú debes liberarla con el mazo y el formón, ¿no es así? Das el primer golpe, otro pedacito; unos pedacitos más y tal vez comience a vislumbrarse el contorno de un brazo. El ángulo del formón es distinto en cada golpe, ¿verdad? Probablemente, también sea distinta la intensidad de la fuerza que empleas para golpear el formón con el mazo. Tú modificas y corriges los golpes constantemente de acuerdo con la información que recibes de la figura tallada en el bloque de mármol: la forma que va tomando el bloque, los planos de clivaje, etcétera. ¿Te das cuenta de que se trata de un sistema integral? El proceso de crear un David no consiste simplemente en que tú, Miguel Ángel, actúas sobre una masa de piedra pasiva: el mármol es una fuerza activa también, parte del circuito, en cierto sentido, es parte del sistema mental que constituye Miguel Ángel escultor, porque...

-Yo no...

-Déjame terminar. Quiero trazarte todo el circuito. Tú percibes todos los cambios que se producen en el contorno del mármol. Dichos cambios son evaluados por tu cerebro, que transmite a los músculos del brazo instrucciones acerca de la fuerza y ángulo del próximo golpe. Esto provoca un cambio en la respuesta neuromuscular en el momento en que das el próximo golpe, lo cual afecta, a su vez, la estructura del marmol, cambio que percibes y que altera la programación que elabora tu cerebro. Entonces, vuelve a corregirse la respuesta neuromuscular para el próximo golpe, y así sucesivamente, hasta que la escultura esté completa. El proceso de esculpir la estatua es un proceso de percepción y respuesta ante cada cambio, ante la diferencia de un golpe a otro, y el bloque es un elemento esencial del sistema integral.

-Sí, pero no está consciente de ello -acota Sadrac en tono suave-. El bloque de mármol no sabe que es parte del sistema.

-Eso no tiene importancia. Quiero que veas el sistema como un universo limitado. El mármol cambia y sus cambios producen cambios en la mente de Miguel Ángel, lo cual, a su vez, lleva a nuevos cambios en el mármol. Dentro del limitado universo de escultor-herramientas-mármol, es incorrecto considerar a Miguel Ángel como el "individuo", el sujeto, y al mármol como una "cosa", el objeto. El escultor, las herramientas y el mármol en conjunto, conforman una sola cadena cuyos eslabones guardan entre sí una relación causal, una sola entidad de pensamiento, acción y cambio, una sola persona, si quieres. Ahora bien, tú y Genghis Mao...

-Son dos personas diferentes -insiste Mordecai-. El proceso de realimentación no es el mismo. Si el riñón le deja de funcionar, yo reacciono hasta el punto de percibir el desperfecto, tratarlo y tomar medidas para que se le reemplace el riñón, lo cual no significa que yo también me enferme. Y si algo anda mal con mi riñón, no lo afectará a él en absoluto.

La doctora Crowfoot se encoge de hombros.

-Es verdad, pero no deja de ser un detalle trivial. ¿No te das cuenta de que la relación causal entre tú y él es mucho más íntima? La transmisión que recibes de Genghis Mao controla toda tu actividad diaria: que duermas solo o conmigo, que vayas a Karakorum o que te quedes a su lado, todo depende de la salud del presidente. Si la información que recibes de él evidencia complicaciones, te provoca trastornos somáticos; la mayor parte de tus inclinaciones y respuestas en la vida están regidas por su metabolismo, eres la continuación de Genghis Mao. Con respecto a él, su vida o su muerte depende de tu opción: hoy, es el presidente de CRP, pero mañana puede ser un cadáver más si tú dejas de percibir un síntoma clave o si adoptas un tratamiento que no es el adecuado. Eres esencial para su supervivencia, y él controla todos tus movimientos y actividades. ¡Un sistema, Sadrac, un circuito cerrado, tú y Genghis Mao, Genghis Mao y tú!

Sadrac insiste aún en que Nikki no está en lo cierto. Haciendo un gesto de desacuerdo, dice:

-La analogía se ajusta a la realidad, pero no lo suficiente como para convencerme. Es cierto que estoy equipado con extraordinarios dispositivos de diagnóstico, pero no son tan especiales: los nódulos me ayudan a responder ante un caso de emergencia más rápido que un médico común con un paciente común, pero eso es todo. Es sólo una diferencia cuantitativa. Cualquier unidad médico-paciente puede ser definida como un sistema de procesamiento de datos autocorrectivo, pero no creo que la relación entre Genghis Mao y yo cree una diferencia significativa en ese tipo de sistema. Si los trastornos de Genghis Mao se transmitieran a mi organismo, tu punto de vista sería válido, pero...

Nikki Crowfoot suspira.

-Dejémoslo pasar, Sadrac. No vale la pena discutir. En el laboratorio Avatar nos referimos constantemente al principio de que la noción general de "individuo" no tiene ningún sentido, que es necesario pensar en términos de un sistema que abarque más información, pero tal vez esté tratando de aplicar este principio en áreas en que no corresponde, aunque lo más probable es que -el único problema sea que tú y yo no logremos entendernos esta noche- cierra los ojos y aprieta los dientes, como si tratara de descargar, a través de su cerebro, las tensiones de la discusión. El cielo vuelve a iluminarse con una cortina de fuegos artificiales, de púrpura ostentoso y franjas verdes. Una música salvaje y rajante, gruñidos estridentes, perforan el aire. Nikki se relaja, por fin, y sonrío. Señalando la carpa de los transtemporalistas, radiante de luz trémula, dice:- Basta de hablar. A divertirnos, ahora.

CAPÍTULO 6

-Le explicaré la técnica de nuestro rito, si así lo desea -dice el transtemporalista. La voz, grave y compleja, característica de los mogoles; el rostro, macizo, todo nariz y pómulos; los ojos, ocultos en sombras.

-No es necesario -le explica Mordecai- Ya estuve aquí antes.

-Ah, claro, claro -se inclina en una reverencia obsecuente-. No estaba seguro de ello, doctor Mordecai.

Sadrac está acostumbrado a que lo reconozcan, ya que si bien en Mongolia hay muchos extranjeros, casi todos son blancos. Por lo tanto, no se sorprende al oír su nombre. Sin embargo, le hubiera gustado pasar desapercibido en este lugar. El transtemporalista se arrodilla y Sadrac, siguiendo sus indicaciones, lo imita. La carpa es enorme, apenas iluminada. Sadrac y el transtemporalista están en una pequeña alcoba privada, de piso de tierra, formada por gruesas alfombras que cuelgan de sogas. Sobre el piso hay una capa de peltre que contiene un velón amarillo. La llama titilante se interpone entre ellos, formando una espesa espiral de humo ácido y oscuro que se eleva para perderse en la oscuridad de la carpa. Toda la gama de olores mogoles, prístinos, que inunda el lugar, envuelve a Sadrac: el hedor de las paredes de piel de cabra, y de los que probablemente sean humo de estiércol ardiendo. El piso está cubierto de virutas de madera blanda, un lujo en esta tierra de pocos árboles. El transtemporalista está concentrado en la mezcla de los líquidos sagrados. En un recipiente alargado de peltre, vierte un líquido aceitoso de color azul y otro liviano de color escarlata, los mezcla con una varilla de marfil que dibuja divertidos remolinos. Finalmente agrega una pizca de polvo verde y amarillo. Sadrac sabe bien que todo esto es ficticio: de todas estas sustancias, una sola es la verdadera droga, mientras que todo lo demás es decorativo, pero los ritos requieren misterio y color, y estos enigmáticos sacerdotes, dueños del tiempo y del espacio, tienen que hacer todo lo posible para aumentar los efectos. Sadrac se pregunta dónde estará Nikki. Cuando llegaron a este oscuro laberinto, dos acólitos silenciosos los separaron, llevándolos entre las sombras por caminos distintos, ya que el viaje a través del tiempo no puede hacerse en compañía.

La etapa de la mezcla química ya está concluida. El transtemporalista toma la copa entre las manos y, con suavidad, se la pasa a Mordecai por sobre la vela ardiente.

-Beba -le dice. Sadrac, sintiéndose Tristán, bebe. Devuelve la copa y espera sentado.

-Deme las manos -murmura el transtemporalista. Mordecai obedece.

El mogol cubre las palmas de Mordecai con sus manos anchas, de dedos cortos, al tiempo que entona una plegaria sin sentido, palabras ininteligibles, con excepción de algunos vocablos mogoles que carecen de coherencia contextual. Mordecai comienza a sentir un leve mareo. Esta será su tercera experiencia transtemporal, la primera después de casi un año. Una vez visitó la corte del rey Balwin de Jerusalén, haciéndose pasar por un príncipe negro de Etiopía, un moro cristiano en los descomunales festines de los cruzados. Otra vez apareció en Méjico en la cúspide de una pirámide de piedra, vestido con una túnica blanca, acuchillando a un español que se revolcaba frente al altar de sacrificios de Huitzilopóchtli. ¿Qué pasará esta vez? No tendrá la posibilidad de elegir su destino: el transtemporalista lo hará por él, a través de alguna fantasía indefinible, le dirá una o dos palabras, sólo algunos indicios, mientras la droga libera a Mordecai de sus amarras y lo deja flotar a la deriva, hacia el pasado viviente. Todo lo demás quedará en manos de su imaginación y sus conocimientos históricos, unido a... ¿unido a qué? El cuerpo de Sadrac, ya bajo el efecto de la droga, está tendido en el piso de la carpa recibiendo las claves que murmura el transtemporalista. Mordecai se balancea, todo gira a su alrededor. El transtemporalista se le acerca y le habla, es casi imposible comprenderlo, que le dice, pero Sadrac debe comprender, necesita comprender...

-Es la noche del Cotopaxi -murmura el mogol-. El cielo amarillo, el sol rojo.

La carpa desaparece y Sadrac queda solo.

¿En donde está? Es una ciudad, pero no es Karakorum: es una ciudad que no conoce, un lugar subtropical, de calles angostas, colinas empinadas, portones de rejas, viñedos de flores carmín, aire claro y fresco, plazas despejadas con fuentes, fuentes majestuosas, casas blancas con balcones de hierro forjado. Una ciudad latina, intensa, vivaz, activa.

-¡Barato aquí! ¡Barato!

-Yo tengo un hambre canina.

Bocinas estridentes, ladridos de perros, alegría de niños, gritos de vendedores ambulantes, mujeres que asan trozos de carne en braseros de carbón de leña sobre las calles empedradas, un sinfín de ruidos inunda el aire. ¿Dónde está esta ciudad tan vigorosa? ¿Por qué nadie muestra signos de descomposición orgánica? Todos son sanos en este lugar, hasta los mendigos, la gente pobre. Ciudades como éstas ya no existen mas, ya no existen. Pero, claro, esto es un sueño, un sueño de una ciudad ya desaparecida, una ciudad del ayer.

-Le telefonaré un día de éstos.

-Hasta la semana que viene.

A pesar de que Sadrac nunca habló el español, reconoce las palabras, las entiende.

-¿Dónde está el teléfono?

-¡Vaya de prisa! ¡Tenga cuidado!

-¡Maricón!

-No es verdad.

Mordecai, de pie en medio del tumulto en la cima de una extensa colina, observa, impactado, el paisaje. ¡Montañas! Picos nevados que coronan la ciudad, relucientes bajo el sol del mediodía. Hace muchos años que vive en la meseta de Mongolia, y este paisaje montañoso es, por lo tanto, una cosa extraña y foco común para él. Presa de la fascinación, contempla las inmensas crestas níveas, tan colosales que parecen que fueran a desplomarse sobre el bullicio de la ciudad. ¿Qué es aquello que brota de aquel pico, la más majestuosa de las montañas? ¿Es acaso un penacho de humo? Pero no es posible distinguir humo a tanta distancia, son casi cincuenta kilómetros. Sin embargo, es humo. Sí, sí, es humo. Sadrac, entonces, recuerda las últimas palabras que oyó antes de perder el conocimiento: "Es la noche del le Cielo amarillo, sol rojo". El Cotopaxi, el gran volcán. ¿Es aquel el Cotopaxi...? Un cono perfecto, envuelto en nieve y pumita, la base oculta entre las nubes, la cúspide enmarcada en escalofriante majestuosidad por el cielo ahora oscurecido. Sadrac nunca ha visto una montaña semejante.

Detiene a un niño que pasa corriendo a su lado.

Por favor.

El niño está despavorido y aterrado. Sin embargo, se para y lo mira.

-Cómo se llama esa montaña? -Sadrac señala el volcán, nevado y colosal.

El niño sonríe, ya más calmado. Es evidente que le agrada la idea de saber algo que este extraño negro y alto no sabe.

-Cotopaxi -responde el niño.

El Cotopaxi, claro. El transtemporalista le dio la oportunidad de observar la gran catástrofe desde la primera fila. Esta es la ciudad de Quito, entonces, en la República del Ecuador, y aquella mole que arrastra nubes de humo hacia el Sudoeste, es el Cotopaxi, el volcán más célebre del mundo, y hoy es, seguramente, el 19 de agosto de 1991, un día que todos recuerdan. Sadrac sabe que en el atardecer de hoy, antes de que el sol se duerma en el Pacífico, el mundo temblará como nunca ha temblado en toda la historia de la humanidad. Un manto de fuego cubrirá a los hombres, marcando así el fin de una era. Él es el único habitante de la Tierra que lo sabe, pero no puede hacer nada, más que permanecer en medio de la colina contemplando al gran Cotopaxi, temblando a sus pies. Él también será una de las tantas víctimas del desastre de esta noche. Pero, ¿acaso es posible morir en un viaje a través del tiempo?, se pregunta Mordecai. Si esto es solo un

sueño, un sueño, un sueño, y los sueños no matan, ¿no es así? ¿Es posible morir aun cuando soñamos en una erupción, aun cuando soñamos que toneladas de lava y azufre bañan nuestro cuerpo hecho añicos?

El niño, que aún no se ha ido, no aparta sus ojos de Mordecai.

-Gracias, amigo.

-De nada señor.

El niño no se va. Tal vez espere una moneda, pero Sadrac no tiene nada para darle. Finalmente, decide irse y echa a correr a toda velocidad, se detiene después de unos metros, vuelve la cabeza, hace un gesto burlón con la lengua y reanuda la carrera para desaparecer en un callejón.

Unos minutos después, el gran Cotopaxi empieza a rugir. De uno de los cráteres secundarios comienza a brotar una columna blanca de unos cien metros de ancho.

La ciudad detiene su marcha, todo queda paralizado, excepto las miradas que giran en dirección al Cotopaxi. La columna blanca, torrente vertiginoso, ya se ha elevado a unos mil metros sobre la cúspide del Cotopaxi, y se despliega, ahora, como un gran penacho de plumas, cubriendo el cielo con un manto de vapor vivo. Mordecai alcanza a oír un zumbido bramador, como si un tren atravesara la ciudad, era un tren para gigantes, un tren titánico, a cuyo paso se alancean los faroles y vibran las macetas de los balcones hasta precipitarse en el vacío. La nube de vapor se corona de gris y colorea sus bordes con tintes rojos y amarillos.

-¡Ay! ¡El fin del mundo!

-¡Madre de Dios! ¡La montaña!

-¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Y así comienza la huida de los habitantes de Quito. No ha pasado nada aún, nada excepto un rugido y un silbido y una columna de vapor que se eleva hacia el cielo. Sin embargo, la gente de la ciudad abandona sus hogares, dejando todo o casi todo. Algunos llevan sólo un crucifijo o un gato o un niño o un manojo de ropa; se agolpan en las calles: un torrente de hombres y mujeres presas del pánico, que corren enajenados cuesta abajo, hacia el Norte, lejos de la ciudad. Nadie vuelve la cabeza para mirar, todos huyen, huyen del Cotopaxi, huyen de la aterradora nube carmín que brota de la montaña, huyen de la muerte que pronto se apoderará de la ciudad de Quito. Son inteligentes, a nadie le interesa quedarse a contemplar el espectáculo. La marea humana arrastra a Sadrac: su figura, una torre que se eleva sobre los habitantes de Quito, como el volcán sobre la ciudad. Unos lo miran extrañados, otros se aferran a él como si buscaran ayuda, como si pensarán que es un mesías negro que ha venido a guiarlos hacia la salvación. Pero Sadrac no guía a nadie: corre detrás de la multitud, huye impotente como todos los demás, con la diferencia que, de tanto en tanto, vuelve la cabeza para mirar. Cuando puede, cuando manos desahuciadas no acuden en busca de su ayuda, se detiene para contemplar el espectáculo. El volcán estalla furioso, despidiendo pumita y ceniza que el viento desparrama. El aire cambia de color, se tiñe de amarillo, y el sol se pinta con matices rojos y naranjas. La tierra parece gemir, la ciudad entera tiembla. Los habitantes de las clases más altas tratan de huir en sus automóviles, que marchan a paso lento a través de las calles, tratando de abrirse camino entre el caótico tropel de peatones: hay choques, gritos, peleas. Los autos se detienen, finalmente, y sus pasajeros se unen, despreciativos, a las filas de los humildes. Ya hace una hora o dos, o tal vez tres, que Sadrac camina como un autómatas, abriéndose paso entre la multitud. El aire, ya enrarecido y frío, está impregnado de azufre, y a pesar de que la tarde no ha promediado aún, la ciudad ya está iluminada por los faroles de la calle, ya que la lluvia de cenizas oculta la luz del sol. Las calles están cubiertas por un manto gris, como en invierno por la nieve, que llega hasta los tobillos, y el Cotopaxi sigue rugiendo y silbando, y la gente sigue su huida hacia el Norte. Mordecai sabe el destino de todos ellos, ya que con la misteriosa clarividencia del ayer y de hoy, característica de los viajantes del tiempo,

recuerda el futuro. Faltan pocas horas para que estalle la explosión que se escuchará a miles de kilómetros, el terremoto, las nubes de las venenoso, el enardecido torrente de cenizas volcánicas que empañarán la luz del sol en todo el mundo, y en esta noche del Cotopaxi, los dioses del pasado vagarán por toda la Tierra y los imperios sucumbirán. Sadrac vivió esta noche alguna vez, pero sin saber lo que hoy sabe. En algún lugar, lejos de aquí, Sadrac Mordecai, el joven de quince años, de ojos grandes, brazos y piernas robustos, está estudiando sus lecciones, soñando en la escuela de medicina, y oirá la explosión, como un ruido sordo y lejano, ya que el estruendo tendrá que atravesar todo el planeta desde Quito a Filadelfia. Tal vez piense que es una bomba terrorista, pero a la mañana siguiente, verá el cielo teñido de amarillo, y el sol transformado en un círculo rojo. Durante días y días caerá un polvo fino que adelantará los atardeceres en estos días de verano, y de Sudamérica, llegarán noticias de la terrible erupción y de los cientos de miles de vidas perdidas. Lo que Sadrac, el joven de quince años, no sabe, lo que nadie sabe, excepto este extraño que camina tranco a tranco por los suburbios del Nortede la ciudad de Quito, bajo una nube turbia y encarnada, es que la erupción del Cotopaxi es más que un evento natural: señala un apocalipsis político, el ocaso de las naciones, la víspera de la llegada de Genghis Mao.

-¡El fin del mundo!

Sí, sí, el fin del mundo.

Luego, la explosión...

Se produce en etapas: primero, cinco estampidos como cañonazos; luego, una larga pausa de silencio total, aun el rugido que ha retumbado durante horas y horas cesa de repente; después, un temblor de la tierra y un estruendo monstruoso, un estruendo como Sadrac nunca ha oído, un estruendo que rompe ventanas y destruye paredes; vuelve el silencio; vuelve el rugido; mas cañonazos, bang, bang, bang, abruptos, cortantes; inmediatamente, un segundo estrépito, cinco veces más poderoso que el primero, la gente se desploma de rodillas en el piso, las manos tapando los oídos; vuelve a reinar el silencio, un silencio nefasto, siniestro, enervante; finalmente, el ruido cumbre, un ruido que raja la tierra y quiebra el eje del planeta, una avalancha grotesca e interminable de ruidos que se estrellan contra la nuca y hacen sacudir los brazos en alocado desvarío, un ruido que arrolla la ciudad de Quito como el pie atropellador de un dios enardecido. El cielo se tiñe de negro entonces, y un torrente de fuego rojo mana del Cotopaxi y arde en terrorífico esplendor sobre el horizonte. La montaña parece desgarrarse: la cúspide se desintegra, grandes bloques de roca remontándose en las alturas, sobrevolando la ciudad. El cono perfecto, que alguna vez tuvo la gracia y belleza del Monte Fuji, ahora es una ruina, una mole hecha pedazos, apenas visible a través de las espesas nubes de ceniza y los bloques de pumita que se desplazan por el aire. Éstos son los restos del gran Cotopaxi, ya cadavérico y deformado. El aire mismo arde, la gente sigue su marcha, lenta, cada vez más lenta, arrastrándose abatida hacia una salvación que nunca alcanzará. Vomitan, las manos a la garganta, jadean, se ahogan, caen.

-Ayuda, ayuda.

Todos en busca de la ayuda que nunca llegará. Mueren uno a uno en esta tarde de sol brillante, que ya ha dejado de brillar.

Sadrac, también sofocado por este aire impregnado de cenizas y monóxido de carbón, cae, se levanta, vuelve a caer, y, finalmente, logra levantarse otra vez. Recuerda, entonces, que es médico, y se arrodilla junto a una mujer tendida en el piso. Es una niña, cuyo rostro distorsionado se ha oscurecido por la asfixia, tomando un color negro, casi tan negro como el de él.

-Soy médico.

-Gracias, señor. Gracias.

Sus ojos, clavados en Mordecai, vibran en busca de ayuda, de medicamentos, de agua, de algo, de lo que sea. Pero, ¿hay algo que él pueda hacer por ella? Sí, claro, él es

médico, pero, ¿es posible enseñarle a una moribunda a respirar el aire envenenado? La niña tiembla, está a punto de vomitar, pero -curiosamente- bosteza. Se duerme en brazos de Sadrac, pero es un sueño mortífero del cual no despertará jamás. Mordecai sabe que no puede hacer nada para salvarla. Por lo tanto la deja y se va, tapándose la nariz y la boca con el pañuelo, pero es inútil, inútil. Vuelve a caer, pero esta vez sin levantarse: es una víctima más entre otras tantas ahogadas en lágrimas y murmullos.

...Y ésta fue, entonces, la noche del Cotopaxi, noche de cenizas de huida y de muerte. Aquel niño insolente, aquellas mujeres que asaban trozos de carne en la calle, los comerciantes y los banqueros, los taxistas y los policías, aquel extraño, alto, de piel carbón, todos, unidos por la muerte.

¿Qué sentido tuvo la huida frenética? La sarna ciencia cenicienta del Cotopaxi inunda los cielos, dándole al mundo un atardecer sangriento. El fin del mundo, sí. Sadrac aparta la ceniza de su boca con manos violentas. Se oye otra explosión, esta vez más suave, porque, ¿hay, acaso, algo que pueda igualar aquel último estruendo apocalíptico e inimaginable? Otra explosión, otra más, y Sadrac sabe que continuarán durante horas y horas, tal vez durante días, disminuyendo, su intensidad. Esta noche, Ecuador no dormirá, ni tampoco Colombia, ni Venezuela, ni toda Centroamérica, ni siquiera Méjico: el trueno mortal de Cotopaxi resonará en Canadá, en la Patagonia, atravesará los mares, y al amanecer, un amanecer oscuro y polvoriento que no aceptará la luz del sol, estallará la primera revolución, el putsch en Brasil, y los insurrectos aprovecharán la extraña oscuridad y el terror universal para dar el golpe, anhelado y esperado golpe. Luego se producirá la reacción en cadena estimulada por los brasileños: la sublevación en la Argentina, en Nicaragua, en Algeria, en Indonesia, una rebelión sangrienta surgida del Cotopaxi, cada gota, una clave que inundará nación tras nación; el gran cataclismo volcánico, un símbolo: la crisis económica de la década del setenta, las represiones y escasez y decadencia en la década del ochenta, que lleva, inexorablemente, al caos mundial de 1991, la revolución total, la larga Walpurgisnacht desencadenada, en grado inmensurable, por la erupción.

...Y ésta fue, entonces, la noche del Cotopaxi. Los dioses enardecidos sacudieron el mundo y destruyeron las naciones. Mordecai baja la cabeza, cierra los ojos, se entrega a la nube de cenizas, fragante y cálida, que flota sobre su cuerpo. Esta es la noche del Cotopaxi, sí, el fin del mundo, el pitar del último clarinete, la apertura de la séptima brecha, y Mordecai fue parte de todo esto, sintió el sabor del volcán y ahora... ahora duerme.

CAPÍTULO 7

Mordecai sale de la carpa de los transtemporalistas y permanece de pie, esperando a Nikki en el camino de piedras que hay ala salida. Todavía está aturdido, su boca conserva aún el sabor acre del Cotopaxi. Entre la multitud que se dirige al ostentoso mundo de los pabellones de juego, en el extremo Oeste del complejo recreativo, Mordecai distingue algunas caras conocidas, miembros del personal de Genghis Mao. Allí va Frank Ficifolia, un hombre pequeño de cara ancha, encargado de la sección comunicaciones y diseñador del Vector de Vigilancia Uno. Detrás de él pasa Gonchigdorge, un edecán mogul vestido con un extraño uniforme, como el de las historietas, cargado de cintas y medallas. Más allá, Sadrac alcanza a ver a Eyuboglu, un turco de tez pálida, y al griego Ionigylakis, un hombre corpulento; ambos son vicepresidentes del Comité. Todos saludan a Mordecai, cada uno con su estilo característico: Ficifolia, cálido y efusivo; Gonchidorge, casual, sin cumplidos ni ceremonias; Eyuboglu, prudente, e Ionigylakis, bullicioso. Sadrac no hace más que mover la cabeza y forzar una sonrisa pétrea. Soy médico. Todavía oye el tronar de la tierra. En ese momento, desearía estar solo. Por lo menos en Karakorum, tiene derecho a la intimidad, especialmente ahora. Su conciencia permanece aún en los suburbios de Quito, enterrada bajo un manto de ceniza caliente. Siempre se experimenta una impresión de cambio repentino al salir de un ritual transtemporalista, pero esto es demasiado, es como emerger del seno materno. Está débil y turbado, incapaz de cumplir con los ritos sociales. Todo lo afecta, el olor á azufre, la pumita polvorienta, la ineludible modorra, pero, sobre todo, esa terrible vivencia de la transición, la visión de un mundo que muere y otro, nuevo y extraño que nace...

De la carpa de los transtemporalistas, sale un individuo que Sadrac conoce, pecho de paloma, dentadura terriblemente desordenada, cejas pelirrojas, espesas e impactantes. Es Roger Buckmaster, un inglés experto en microingeniería, muy competente, por cierto. Es una persona huraña, un hombre que muy poca gente ha llegado a conocer bien. Se plantifica a la salida de la carpa, a unos pocos metros de Sadrac Mordecai, hundiendo los pies, firme y decidido, en las piedras del camino, como si temiera perder el equilibrio. Tiene el aspecto embotado de un hombre que acaban de echar de un bar por haber bebido unas cuantas cervezas de más.

Mordecai, que conoce demasiado bien la turbación que se experimenta al salir de la carpa, comprende la conducta de Buckmaster y, a pesar de que su relación con Roger es algo distante y de que en este preciso momento tiene muy poco interés en conversar con él algo lo impulsa a cruzar su mirada vacilante con un gesto amable. Sonríe y lo saluda, pensando que, una vez cumplida, su obligación social. podrá aislarse en su propio caos y fatiga mental.

Buckmaster, sin embargo, mirándolo con agresividad luminosa dice:

-¡Pero si es el negro miserable! -la voz potente, flemática, aguda, una voz nada amistosa-. ¡Sí, es él! ¡El negro miserable!

-¿Negro miserable? Escúchame, ¿me dijiste...?

-Negro. Miserable.

-Sí, eso es exactamente lo que escuché.

-Negro miserable. Maldito como el as de espadas.

-Esto es realmente cómico. Roger, ¿te sientes bien?

-Maldito. Negro y maldito.

-Sí, sí, te escuché bien, no cabe duda de que te escuché bien -dice Sadrac. Siente un latido tenue en el lado izquierdo del cráneo. Lamenta haber saludado a Buckmaster y desearía que desapareciera en este mismo instante. El desprecio racial es más ridículo que el insulto, ya que Sadrac nunca ha unido motivos para estar a la defensiva por su color, pero está azorado por este ataque gratuito y todavía no ha logrado disipar el efecto de su poderosa experiencia transtemporal; por lo tanto, no tiene ningún interés en discutir

con un payaso embravecido como Buckmaster, y menos en un momento como éste. Tal vez lo que tenga que hacer es ignorarlo. Entonces, decide cruzarse de brazos, alejarse unos metros y apoyarse contra un poste de luz.

Ante el silencio de Sadrac, sin embargo, Buckmaster continúa.

-¿No te sientes ahogado en vergüenza, Mordecai?

-Suficiente, Roger...

-¿No te sientes culpable por todos y cada uno de los actos inmundos de tu vida páfida?

-Tranquilízate Buckmaster. ¿Qué has estado bebiendo allí dentro?

-Lo mismo que todos los demás: la droga, nada más que la droga, la droga del tiempo, o como quieran llamarla. ¿Qué crees?, ¿que me dieron hachís? ¿Crees que tengo algunos whiskys de más? ¡No, no, es sólo la bebida del tiempo, que me abrió los ojos, por si lo quieres saber, y ahora veo todo muy claro! Buckmaster avanza hacia Sadrac y se detiene cuando sólo treinta centímetros los separan. El dolor de Sadrac es cada vez más intenso, como si trataran de hundirle un clavo en el cerebro a martillazos: Buckmaster, la mirada penetrante, dice entre gritos y rugidos:

-¡Vi cómo Judas vendió a Cristo! Estuve allí, en Jerusalén, en la Última Cena, los vi comer. Eran trece, ¿me entiendes? Yo mismo serví el vino, ¿me escuchas bien? Vi la sonrisa falsa de Judas, vi cuando murmuraba al oído de Cristo y luego los vi juntos en el jardín, Getsemaní, ¿sabes?, afuera en la oscuridad...

-¿No quisieras un tranquilizante, Roger?

-¡Vuela de aquí, tú y tus píldoras inmundas!

-Estás demasiado excitado. Deberías tratar de calmarte.

-Mírenlo, haciéndose el doctorcito conmigo. Conmigo. No, no me doparás, tendrás que escuchar atentamente todo lo que te diga.

-Otro día -dice Sadrac, que está atrapado entre Buckmaster y el poste de luz. Se desliza hacia un costado y, en un grosero ademán, hace un gesto como si Buckmaster fuera un vapor nocivo que quiere espantar-. Estoy cansado ahora. Yo también tuve un viaje terrible. Si no te importa, no puedo aguantar una situación de este tipo en este momento. ¿Esta claro?

-Pues te la aguantarás, y muy bien, ¿oyes? Te tengo aquí y me escucharás. Lo vi todo, vi cuando Judas se acercó a El y lo besó en el jardín y le decía Señor, Señor... tal como lo dice la Biblia, y después vi a los soldados romanos que arrestaban a Cristo. Traidor, miserable y maldito. Yo lo vi todo, estuve allí, y ahora sé qué es la culpa. ¿Y tú? ¡Qué va, tú no lo sabes, porque eres tan culpable como él, de otra manera, pero de la misma calaña, Mordecai!

-¿Yo? ¿Yo igual a Judas?

Sadrac abatido menea la cabeza. Los borrachos lo enervan, aun cuando se emborrachan con la droga de los transtemporalistas.

-No entiendo nada de esto. ¿A quién se supone que traicioné?

-A todos, a la humanidad entera.

-Y dices que no estás borracho.

-Nunca estuve tan sobrio. ¡Ah, ahora veo todo claro!

¿Quién lo mantiene con vida? Contéstame. ¿Quién está a su lado, dándole inyecciones, medicamentos, píldoras, recurriendo a ese inmundo cirujano cada vez que necesita un corazón nuevo, o un riñón? ¿Eh, eh?

-¿Quieres que el presidente se muera?

-¡Claro que sí!

Sadrac no sabe qué decir. Es evidente que Buckmaster se ha vuelto loco después de su experiencia en la carpa de los transtemporalistas; por lo tanto, -ya no puede- estar enojado con él. Este hombrecito furioso debe protegerse de sí mismo.

-Te arrestarán si sigues comportándote así -le dice Sadrac-. Puede estar escuchándonos.

-Si está rendido, medio muerto por la operación -replica Buckmaster-. ¿Crees que no lo sé? Le han hecho un trasplante de hígado hoy.

-Aun así, hay ojos espías por todas partes, aparatos registradores. Tú mismo diseñaste algunos de ellos, Buckmaster.

-No me importa. Que me oiga.

-Conque te has convertido en un -revolucionario, ¿eh?

-He abierto los ojos. Lo que vi en la carpa fue una revelación. La culpa, la responsabilidad, el mal...

-¿Piensas que el mundo marcharía mejor si Genghis Mao muriera?

-¡Sí! ¡Sí! -pita Buckmaster enfurecido-. Nos está explotando a todos para vivir eternamente. ¡Transformó el mundo en un manicomio, en un zoológico inmundo! Mira, Mordecai, podríamos reconstruir el mundo entero, podríamos distribuir el Antídoto y curar a todos los habitantes del planeta, no solamente a los pocos privilegiados, podríamos volver a lo que éramos antes de la Guerra, pero no, no, estamos gobernados por ese inmundo Khan mogol. ¿Te das cuenta? ¡Un mogol centenario que quiere vivir para siempre!

Si no fuera por ti, se hubiera muerto hace cinco años. Sadrac, espantado se lleva las manos a la frente: sabe adónde quiere llegar Buckmaster. Ahora, más que nunca, desea escapar de esta conversación. Buckmaster es un tonto y su agresión es vulgar e incontestable. Hace tiempo ya que Sadrac analizó lo que Buckmaster acaba de decir, pensó en los problemas morales, pero los descartó. Es cierto que no está bien servir a un dictador maldito, que no es digno de un joven negro, sincero y aplicado, que quiere hacer el bien, pero, ¿por qué pensar que Genghis Mao es un dictador maldito? ¿Hay, acaso, alguna otra alternativa en su gobierno, aparte- del caos? Si Genghis Mao es inevitable, como las fuerzas naturales, como el amanecer, como las gotas de lluvia, entonces no hay razón de sentirse culpable por servirlo: cada uno hace lo que considera apropiado, cada uno vive su vida, cada uno acepta su karma, y si Mordecai es médico, su función es curar, sin tomar en cuenta los distintos aspectos de la identidad de su paciente. Esto no es, de ningún modo, un razonamiento superficial para Sadrac, sino una manera de declarar que acepta su destino. Se niega a asumir cargos de culpas que carecen de sentido, y no dejará que nadie, y menos Buckmaster, lo ataque por cosas absurdas y lo acuse de ser leal con quien no debería serlo.

Mordecai advierte que Nikki acaba de salir de la carpa de los transtemporalistas y permanece de pie, las manos en las caderas, esperándolo.

-Perdóname, tengo que irme -le dice a Buckmaster. Nikki parece transfigurada: los ojos encendidos, la cara iluminada con un sudor embelesado, todo su cuerpo brilla. Sadrac se dirige hacia ella, que apenas mueve la cabeza cuando lo ve acercarse. Está lejos de aquí, perdida en alguna fantasía.

-Vamos -le dice Sadrac-, Buckmaster está enloquecido esta noche, realmente insoportable.

Sadrac está a punto de tomar la mano de Nikki, cuando oye el grito de Buckmaster, que corre hacia ellos.

-¡Espera! ¡Aún no terminé, tengo que decirte algo más, negro miserable!

-Está bien -dice Sadrac encogiéndose de hombros-. Te doy un minuto más. ¿Qué es lo que me quieres decir, exactamente?

-Que no lo atiendas más.

-Soy médico, Buckmaster, y él es mi paciente.

-Precisamente por eso es que te acuso de miserable. En el mundo hay billones de personas que necesitan atención, y tú eliges nada menos que a el, condenándonos a dos décadas más de Genghis Mao.

-Si no estuviera yo, lo atendería alguna otra persona -responde Sadrac con suavidad.

-Pero ahora lo atiendes tú. Tú. Por lo tanto eres tú el responsable.

-¿Responsable de qué? -pregunta Sadrac azorado, desconcertado por la fuerza y persistencia del ataque de Buckmaster.

-De que el mundo sea lo que es: un caos desangrante. La continua amenaza universal de la descomposición orgánica veinte años después de la Guerra del Virus. El hambre, la pobreza. Dime, ¿no estás avergonzado? ¿Tú, que tienes las piernas repletas de maquinillas que marcan minuto a minuto la presión sanguínea del presidente, para que puedas acudir en su ayuda lo antes posible en caso de peligro?

Sadrac mira a Nikki en busca de auxilio, pero ella no ha vuelto aún a la realidad, no ha advertido la presencia de Buckmaster.

-¿Quién diseñó esa maquinaria, Roger? -estalla Mordecai, ya enfurecido.

Buckmaster se echa atrás, las mejillas enrojecidas, lágrimas histéricas le iluminan los ojos: Mordecai puso el dedo en la llaga.

-¡Yo! ¡Yo lo hice! ¡Sí, y lo admito, yo construí tus sucios nódulos! ¿Acaso crees que no sé que yo también soy culpable? ¿No te das cuenta de que sólo ahora lo entiendo? Pero ya saldré de esto, ya dejaré de ser uno de los responsables.

-La manera en que te comportas, Buckmaster, es realmente suicida -Sadrac señala las siluetas oscuras al borde del camino, miembros del personal jerarquizado que rondan en la oscuridad, desde donde contemplan el rapto lunático y encolerizado de Buckmaster, pero nadie se acerca,- por temor a ser registrado por algunos de los ojos espías-. Mañana, el presidente recibirá un informe de todo lo que has dicho, Roger. Té estás destruyendo.

-Yo lo destruiré a él, a ese vampiro que nos tiene a todos como rehenes, a nuestros cuerpos, a nuestras almas. Cuando ya no le sirvamos, nos dejará caer a todos en la podredumbre...

-No seas melodramático. Si servimos al Khan, es porque estamos preparados para hacerlo, y éste es el lugar más adecuado para -aplicar nuestros conocimientos -dice Mordecai en tono categórico-. Si crees que hubiera sido mejor vivir en Liverpool o en Manchester en un sótano -hediondo, con los intestinos perforados, ¿por qué no lo hiciste?

-No me provoques, Mordecai.

-Pero si es la verdad. Es una suerte estar aquí. En este mundo de locos, somos los únicos que nos comportamos como personas cuerdas. Sentirnos culpables es un lujo que no nos podemos dar. ¿Quieres abandonar al Khan, ahora? Bueno, vete, Roger, vete, pero sé que mañana, cuando estés más tranquilo, habrás cambiado de idea.

-No necesito tus consejos.

-Trato de protegerte, trato de hacerte callar, de que dejes de gritar esas tonterías peligrosas.

-Y yo trato de que cortes el contacto que te une a Genghis Mao, que nos liberes de él.

Buckmaster, gime, tiene la cara enrojecida, la mirada perdida.

-Por lo tanto crees que estaríamos mejor sin él. ¿Qué otra alternativa propones, Buckmaster? -pregunta Sadrac-. ¿Qué tipo de gobierno sugerirías? Vamos, contéstame, estoy hablando en serio. Ya me insultaste bastante; ahora hablemos con calma y razonando. ¡Te has vuelto revolucionario!, ¿no es así? Bien. ¿Cuáles son tus planes? ¿Qué es lo que quieres?

Buckmaster, sin embargo, no tiene ningún interés en mantener una discusión filosófica. Lo mira a Mordecai con ojos amenazantes, casi con asco, pensando en palabras que, al pronunciarlas, no son más que gruñidos incoherentes; cierra y abre los puños continuamente, se balancea de una manera inquietante, sus mejillas enrojecidas han tomado un color escarlata. Sadrac, ya cansado de comprenderlo, se da media vuelta, la toma a Nikki del brazo y empieza a caminar. Buckmaster corre detrás de ellos en una embestida alocada y torpe, lo torna a Mordecai por los hombros y trata de voltearlo.

Sadrac gira con gracia, apenas se inclina y se libera de las manos de Buckmaster y, cuando éste intenta atacarlo, lo toma por la cintura, lo hace girar y lo mantiene inmóvil entre sus brazos. Buckmaster se retuerce, patatea, escupe, pero Sadrac es demasiado fuerte para él.

-Tranquilo -murmura Mordecai-, tranquilo. Relájate. Aleja la furia, Roger, aléjala.

Mordecai sostiene a Buckmaster como a un niño histérico; finalmente, cuando siente que se ha aflojado y tranquilizado, lo suelta, se aleja unos pasos y pone las manos en posición de defensa a la altura del pecho, preparado para otra embestida, pero Buckmaster está abatido. Se aleja de Mordecai, los hombros encorvados como los de un hombre vencido, se detiene después de unos pasos, frunce el ceño y dice entre dientes:

-Muy bien, Mordecai, miserable. Quédate con Genghis Mao. Lavale los pies. ¡Verás lo que te pasa! ¡Terminarás en el horno, Sadrac, en el horno, en el inmundo horno!

Sadrac echa a reír: la tensión ha desaparecido.

-El horno, me gusta eso, Buckmaster, es muy literario.

-¡Sí, terminarás en el horno, Sadrac!

Mordecai, sonriendo, toma el brazo de Nikki, quien aún se ve radiante, embelesada, perdida en raptos trascendentales.

-Vamos -le dice-, no puedo soportar un minuto más aquí.

-¿Qué quiso decir con eso del horno, Sadrac? -pregunta Nikki con voz suave, como entre sueños.

-Referencia Bíblica. Sadrac, Masach y Abednego.

-¿Quiénes?

-¿No lo sabes?

-No, Sadrac... Es una noche tan hermosa. Vayamos a algún lado a hacer el amor.

-Sadrac, Masach y Abednego son tres personajes de la Biblia que aparecen en el Libro de Daniel, tres hebreos que se negaron a adorar a la estatua de oro del ídolo de Nabucodonosor. El rey, entonces, ordenó que los arrojaran a un horno ardiente, pero Dios envió un ángel que los acompañara y el fuego no los dañó. Es raro que no conozcas la historia.

-¿Y qué les pasó?

-Ya te dije, mi amor, el fuego no los dañó, ni un solo cabello quemado. Nabucodonosor, entonces, los mandó llamar y les dijo que Dios era muy poderoso y les otorgó cargos importantes en la provincia de Babilonia. Pobre Buckmaster, tendría que darse cuenta de que un Sadrac no tiene por qué temerle a los hornos. ¿Cómo fue tu viaje, mi amor?

-¡Ah, maravilloso, Sadrac, maravilloso!

-¿En dónde estuviste?

-En la ejecución de Juana de Arco. La vi arder. Fue hermoso verla sonreír mirando al cielo -mientras caminan Nikki se acerca más y más a Sadrac-. Éste es el viaje más estimulante que hice -su voz se escucha como desde lejos, desde algún sueño. Es evidente que la fogata la ha dejado impactada-. ¿Adónde podemos ir, Sadrac? ¿En dónde podemos estar solos?

CAPÍTULO 8

Sadrac está hastiado de Karakorum después del encuentro con Buckmaster, y ahora ve cómo este día de tanta trabajo ha agotado su vigor y apagado su alma: si pudiera, subiría al tren subterráneo y se dejaría arrastrar hasta Ulan Bator, hasta su hamaca, para gozar, por fin, de un sueño profundo y reconfortante. Pero no puede negársele a Nikki, tan misteriosamente exaltada y radiante de deseo, no está preparado para desilusionarla. Por lo tanto, se dirigen tomados del brazo hacia el refugio para amantes, en el extremo Norte del gran complejo recreativo, una brillante cúpula geodésica de color-naranja y verde. Con sólo pulsar una tala de la placa de admisión, Sadrac reserva una habitación en la que permanecerán tres horas.

La habitación no es extraordinaria. Ocupa un pequeño sector de la vasta cúpula, el techo abovedado, las paredes granuladas de un púrpura azulado, una cama, un lavatorio, un placard. Sí; es cierto, nada extraordinario pero ¿Para qué más? ¿Para qué más...? Nikki, a cuatro metros de Sadrac, se quita su única prenda, el vestido de malla dorada. Su cuerpo desnudo irradia una ola de energía seductora que oscila crepitante en el espectro erótico. Es tan potente esta irradiación, que Sadrac se olvida de su fatigó, transforma al Cotopaxi y a Buckmaster en un pasado ya lejano, y cruza la habitación en busca de su presa: bocas que se encuentran, manos que acarician pechos. Nikki lo abraza, luego se aparta por un momento y ofrece su cadera izquierda al contraceptron que está junto al lavatorio: oprime el botón y recibe el baño bondadoso de una suave radiación esterilizante; luego, vuelve a él. En la cadera cobriza, brilla una estrella verde de nueve puntas, el símbolo anti-emb que indica que la radiación ha cumplido con su función. Nikki lo desviste y se llena de gozo al ver su erecta virilidad. Ésta no es Juana de Arco, de ninguna manera; una guerrera, tal vez, pero no una virgen...

Caen en la cama. Como de costumbre, las manos de Sadrac, hábiles como las de Warhaftig, comienzan de inmediato con los juegos preliminares, fiero Nikki, con un suave movimiento de hombros, le indica que puede saltar esa etapa y pasar directamente al acontecimiento principal.

Mordecai, entonces, entra en el refugio abierto oculto entre los muslos de Nikki en un impulso pródigo que los llena a ambos de placer. Algunas cosas nunca cambian. A sólo cuatrocientos kilómetros al Oeste, hay un hombre a quien ya se le han cambiado cuatro hígados y siete riñones, y en una carpa que está a pocos metros de esta cama, se vende una droga que permite a los hombres ser testigos de la traición del Salvador, y en Ulan Bator hay una maquina que transmite imágenes instantáneas de todo lo que sucede en el resto del mundo. Sólo dos generaciones atrás, todo esto hubiera sido considerado un milagro; sin embargo, en este mundo del año 2012, infestado de milagros, no ha habido aún cambios tecnológicos significativos en cuanto al acto sexual. Sí, claro, hay drogas que, según dicen, realzan las sensaciones y hay otras tantas supercherías bioquímicas que a veces usan los más sofisticados, pero no son más que versiones actualizadas de todo el material accesorio que se viene usando desde la época medieval. La operación básica aún no ha sido digitada o miniaturizada o encuadrada o futurizada: sigue siendo lo que era en la época de los australpitecos y los pitecantropoides, vale decir, la desnudez de dos cuerpos que se oprimen uno contra el otro.

Los cuerpos de Nikki y Sadrac se aferran uno al otro, el cure que abraza al ébano en el antiguo rito. Sadrac se sorprende por la intensidad de su pasión. Tal vez esta energía provenga de Nikki, a través de una misteriosa transferencia telepática, o quizá sea su propia energía, que estaba reservada en algún rincón de su cuerpo. Cualquiera sea su fuente, Sadrac está agradecido. El rito concluye al fin, y Sadrac se desliza en un profundo sueño que es interrumpido sólo por el timbre suave, aunque ineludible, que indica que ya es hora de dejar la habitación. AL despertar, Sadrac se encuentra cálidamente abrigado por los pechos de Nikki que sonrío en una expresión de felicidad y que, sin duda, hubiera

pasado la noche entera acunándolo. La idea es maravillosa, pero, de todas maneras, la noche ya casi ha terminado. Entre mimos se levantan, se bañan, se visten y apenas tomados de la mano, salen al encuentro de la yerta oscuridad salpicada de luna. Como dos niños que no se convencen ante la idea de terminar el recreo, entran sin pensarlo a un garito, a una taberna, a una sala de baile, los tres lugares atestados de hombres y mujeres, corruptos tal vez, en busca de la diversión, pero no permanecen más que unos pocos minutos en cada lugar y, finalmente, admiten que ya ha sido bastante por hoy. A la estación, entonces. Falta poco para que amanezca. Sobre la plataforma de trenes hay un inmenso globo verde y luminoso, suspendido del techo: el televisor público que transmite noticias de última hora. Sadrac lo mira entre bostezos y se encuentra con el rostro serio, sincero y joven de Mangú, quien, aparentemente, está diciendo un discurso. A medida que Mangú habla, Sadrac advierte que se trata del clásico discurso del Antídoto Roncevic, que, por tradición, Genghis Mao pronuncia cada cinco o seis meses, pero que esta vez, según parece, ha sido delegado a su heredero aparente. "...descubrimientos científicos de gran envergadura", dice Mangú, "...en pos del progreso... transformaciones cualitativas fundamentales en a tecnología de producción... los esfuerzos incesantes del Comité Revolucionario Permanente... la conducción tenaz y perseverante de nuestro amado presidente Genghis Mao... ya no puede haber dudas... se distribuye en gran escala por todo el mundo... combatir el flagelo de la corrupción orgánica... las reservas aumentan día a día... pronto llegara el momento en que... hombres felices y sanos..."

Sadrac alcanza a oír el vozarrón de un hombre robusto, de mejillas sonrojadas y ojos saltones que está a unos pocos.. metros de él:

-Ya lo creo. En unos noventa o cien años.

-Cállate, Bela -le dice alarmada la mujer que lo acompaña.

-Pero si es la verdad. Es mentira que las reservas aumentan día a día. Yo mismo vi las cifras, y te aseguro que son cifras fidedignas.

Este individuo es Bela Horthy, un físico húngaro, rudo pero alegre, creador de la inmensa usina de fusión de Bayan Hongor que suministra energía a casi todo el sector asiático de Noreste. Además, es el ministro de Tecnología del Comité Revolucionario Permanente, y a Sadrac, aunque le resulta interesante lo que este hombre acaba de decir, no deja de chocarle que una persona tan relacionada con el gobierno haga ese tipo de comentario subversivo y difamatorio en la vía pública. Sí, claro, estamos en Karakorum y es obvio que Horthy está bajo el efecto de algún alucinógeno muy potente pero sin embargo, sin embargo...

-Las reservas del Antídoto se mantienen estables a lo sumo, e incluso diría que se observa una leve disminución -continúa Horthy, elaborando las palabras con exagerada precisión, característica de las personas que están bajo el efecto de una intoxicación-. Mangú miente con el objeto de calmar al pueblo. Cree que diciéndoles esas cosas los hará feliz y hará que lo amen. ¡Puff! -la mujer, ya desesperada, trata de hacerlo callar. Es pequeña, de conformación compacta, el centro de gravedad de su cuerpo está, por lo tanto, cerca del piso; su rostro está en parte oscurecido por un dominó verde, llamativo y adornado, pero Sadrac, después de un momento advierte que se trata de Donna Labile, personaje no menos importante que Horthy, de hecho, la ministra de Demografía cuya función es mantener un balance razonable entre la natalidad y la mortalidad. Enmascarada o no, es ella; la delatan las mandíbulas feroces. Sadrac observa que Horthy también lleva una máscara en la mano izquierda, tal vez piense que la tiene puesta. Donna intenta sin éxito, quitarle el antifaz de la mano y colocarlo en su lugar, pero Horthy la aparta bruscamente y, dirigiéndose a Mordecai, lo saluda con una reverencia tan majestuosa que casi cae a las vías. Donna Labile, aleteando el antifaz desechado, revolotea alrededor como un insecto enfurecido. -¡Ah, doctor Mordecai! -dice Horthy a los gritos-. ¡El devoto Esculapio de nuestro presidente! ¡Es un gusto saludarlo! "...el apogeo de nuestra interminable lucha en contra..." dice Mangú desde la esfera resplandeciente.

-¿Usted cree todas esas pavadas, Mordecai? -dice Horthy, señalando la imagen del heredero aparente.

Mordecai tiene sus sospechas acerca de la sinceridad del Khan con respecto al plan de distribución universal del Antídoto Roncevic, pero son sospechas con muy poco fundamento y, de todas maneras, éste no es un lugar para expresarlas. En tono suave dice:

-No soy miembro del Comité, doctor Horthy. La única información interna que recibo se refiere a cosas como, por ejemplo, el balance endocrino de Genghis Mao.

-Pero supongo que debe tener una opinión, ¿no es así?

-Sí, pero la opinión que yo pueda tener no está fundamentada y, por lo tanto, carece de valor.

-¡Qué diplomático, por Dios! dice Horthy con desprecio.

-No haga caso, por favor -ruega Donna Labile-. Esta noche se ha excedido en placeres. Demasiado kot y yipka, dulces y drogas que lo han vuelto loco. Está poniendo en juego toda su carrera...

-Hoy parece ser una noche especial para eso -comenta Sadrac.

-Un engaño sucio -continúa Horthy rudamente al tiempo que agita el puño en dirección a la pantalla. Tiembla, transpira. A través del rubor de sus mejillas, brota una blanca palidez-, cruel, siniestro, bestial... -y así continúa con una serie de adjetivos sibilantes, ininteligibles, en húngaro tal vez, que concluye en sollozos. Donna Labile, entretanto, desaparece, pero vuelve después de un momento acompañada por dos hombres altos que visten un uniforme gris y azul: son dos policías de la Brigada de la Paz. A Sadrac le resulta extraño ver a una pareja de policías en Karakorum, ya que siempre pensó que era una ciudad libre, sólo vigilada por los ojos espías secretos y receptores de audio, pero no por policías y menos por individuos tan repelentes como éstos. Son idénticos: los dos feos, caras grises, ojos grises, cabezas planas, motudas, cuerpos extraños, desproporcionados, puras piernas y nada de cintura. Parecen seres de otro mundo con características humanas, caminan a trancos como un par de robots defectuosos. Es probable que el Comité, ante la escasez de voluntarios, esté preparando un clan de monstruos para que presten servicios policiales. Rodean a Horthy y le hablan en voz baja, apremiante. Uno de ellos, arrebatando el antifaz de las manos de Donna Labile, cubre la cara de Horthy con ademanes inquietos, casi bruscos. Luego, deslizando sus brazos por debajo de los del ministro de Tecnología, lo levantan, de manera tal que los pies apenas llegan al piso, y se dirigen hacia una puerta pintada de gris, en el otro extremo de la plataforma. Mordecai tiene dudas en cuanto al arresto de Horthy: tal vez fue instigado por Donna Labile, o lo más probable es que lo lleven a algún cuarto que esté fuera de escena antes de que siga gritando cosas comprometedoras para su carrera.

"...una época gloriosa en la espléndida historia de la raza humana..." -concluye Mangú efusivo.

El tren subterráneo llega a destino. Los sobrevivientes de la orgía nocturna de Karakorum comienzan a moverse en el interior, lentos y adormecidos.

CAPÍTULO 9

Ya amaneció. Antes de dirigirse a su habitación, Sadrac visita al Khan. A pesar de que los nódulos le dicen que todo marcha a la perfección, se siente obligado a hacer una visita personal a su paciente después del paseo. Genghis Mao duerme plácidamente: el nódulo electroencefalográfico implantado en el glúteo de Mordecai, vibra rítmicamente con las pacíficas ondas delta del presidente. Toda la información telemetrada que llega a Sadrac es alentadora. La presión sanguínea, normal; los pulmones, desprovistos de líquido; la temperatura ha vuelto al grado normal; la actividad cardíaca, excelente; la producción biliar, perfecta. Es obvio que el nuevo hígado ya se ha instalado y ha comenzado a subsanar los deterioros de las últimas semanas. Sadrac atraviesa la Interfaz y entra en la habitación en la que duerme el Khan, envuelto en ese intrincado capullo que es el equipo de mantenimiento de terapia intensiva. Las lecturas biométricas en el panel del equipo de mantenimiento, confirman al instante el diagnóstico que Sadrac elaboró a larga distancia: el presidente se recupera magníficamente. No fue necesario recurrir al equipo de emergencia, ni a la carpa de oxígeno ni a la máquina de electrodiálisis ni al oxigenador corazón pulmón ni a los otros doce o catorce instrumentos. He aquí al presidente a este hombre de unos noventa años tal vez, relajado, una tenue sonrisa se dibuja en sus labios delgados. Sólo han pasado dieciséis horas después de la operación y ya casi ha recuperado sus fuerzas para retomar el ritmo intenso de la vida normal. De más está decir, sin embargo, que no hay nada de normal en el cuerpo de Genghis Mao, que ha sido tantas veces reconstruido con la ayuda de órganos ajenos y sanos: como un rey caníbal, se deleita con la carne de héroes, consumiendo sus fuerzas para transformarlas en propias. Y además, Sadrac supone, la mente contenida en ese pequeño cráneo triangular posee una virtud que no admite la debilidad física, que la destierra completamente del ciclo metabólico. El doctor permanece unos minutos de pie al lado de la cama, admirando la fortaleza física de Genghis Mao, esperando tal vez el típico guiño del presidente, pero el sueño se ha apoderado de él por completo.

A su habitación, entonces. El perfecto estado de Genghis Mao le permite ahora retirarse a descansar todo lo que sea necesario hasta recuperar las horas de sueño perdido, así tenga que dormir hasta las dos de la tarde. Se desviste y se acomoda en la hamaca, tratando de no despertar a Nikki que, hace un rato ya, dormita acurrucada. Se arrima a ella con delicadeza, las piernas y muslos de Sadrac al amparo de la espalda y nalgas cobrizas de Nikki. El sueño, por fin, se adueña de su conciencia.

Unas horas más tarde, se despierta sobresaltado por una convulsión interna tan violenta que casi cae de la hamaca. Un geiser de adrenalina inunda la corriente sanguínea de Sadrac, su cuerpo entero tiembla y late; todos los sistemas en marcha en un violento arranque de alarma. Instantáneamente, Sadrac comienza a elaborar el autodiagnóstico, considerando y descartando en menos de un segundo posibilidades tales como una trombosis coronaria, una hemorragia cerebral, un edema pulmonar, pero a medida que la atronadora taquicardia comienza a apaciguarse y la respiración retoma el ritmo normal, comprueba que no es más que un estado de shock que lleva a un clásico síndrome de enfrentamiento-huida. AL instante, empero, se da cuenta que nada tiene que ver con su cuerpo. Acaba de recibir una violenta sobrecarga a través del sistema de telemedición que lo une a Genghis Mao.

Se levanta de un salto, y la hamaca queda oscilando en agitado vaivén.

-¿Sadrac? -balucea Nikki medio dormida- ¿Sadrac, qué pasa?

Mordecai detiene la hamaca al tiempo que murmura una disculpa.

-Hay problemas con el Khan -dice, mientras busca a tientas la ropa desparramada en el piso. Ya está completamente despierto, pero su cuerpo está tan saturado de producción hormonal originada por la sorpresa y la alarma, que las manos le tiemblan y su mente alterada se niega a concentrarse en la simple tarea de vestirse. ¿Se trata acaso de alguna

falla en el funcionamiento del equipo de terapia intensiva? ¿Acaso fue un asesino que entró en la habitación de Genghis Mao? El presidente está con vida aún (lo comprueba la telemedición), y el momento de alarma, cualquiera sea su causa, ya se está disipando, puesto que la producción biofísica vuelve a la normalidad, a pesar de que hay indicaciones de una continua hiperestesia neurasténica asociada a irregularidades vasomotoras y cardiovasculares.

Ésta es la primera vez que las señales de Genghis Mao afectan a Sadrac de esta manera; todavía sigue mareado. En este estado y semidesnudo -solo se ha puesto los pantalones- se dirige a la Interfaz.

-Sadrac Mordecai para servir al Khan -dice. Espera unos minutos, pero nada sucede. Repite la contraseña, esta vez con más impulso. La puerta permanece cerrada-. ¡Pero, vamos maquina estúpida! ¡El Khan puede estar muriéndose y tengo que ir a atenderlo! - las luces se encienden, los radares comienzan a funcionar, pero la puerta no se abre. Sadrac se da cuenta, entonces, que el sistema de la Interfaz está funcionando bajo el programa de seguridad, por medio del cual el control de la entrada y salida de personal es mucho más estricto que de costumbre. Esto confirma la hipótesis de Sadrac: probablemente se trate de un asesinato. Sadrac grita, hace ademanes, golpea la superficie de la Interfaz e incluso le hace gestos, pero es obvio que el sistema de seguridad está ocupado en otros asuntos y no lo dejará pasar. Finalmente -ya han pasado cuatro o cinco minutos- la puerta se abre. La información que recibe del Khan es constante, al menos: los signos del presidente indican. que aún está perturbado y sobreexcitado por la alarma, pero se recupera gradualmente.

La inspección no está concluida, sin embargo: Sadrac, ya al borde de la histeria, debe permanecer un minuto más en la pequeña cámara de retención. Libre por fin, se dirige a paso ligero a la habitación de Genghis Mao, atravesando la sala, desierta en este momento, del Vector de Vigilancia Uno. No ha librado todo los obstáculos aún, ya que la Interfaz que lo comunicará, por fin, con la habitación de Genghis Mao debe realizar los controles necesarios, que, afortunadamente, no duran más que un micrón de segundo, como de costumbre. Entra a la habitación y encuentra a Genghis Mao vivo y despierto, sentado en la cama, rodeado de cinco o seis sirvientes y otros doce o más individuos, todos miembros del Comité, que giran a su alrededor en frenético nerviosismo, lo cual es muy perjudicial en esta etapa de la recuperación del presidente. Mordecai ve, entre otros, al General Gonchigdorge, al vicepresidente Ionigylakis, al jefe de seguridad Avogadro, e incluso a Bela Horthy, ojeroso y abombado después de los excesos de anoche. Un incesante ir y venir de gente que espanta a Sadrac. Hay tanta gente alrededor de la, cama que Mordecai no logra acercarse al Khan, cuya voz clara, aunque débil, se destaca entre el alboroto general.

-Es terrible, terrible -dice Ionigylakis, meneando la cabeza como un oso herido.

-¿Qué pasa? -le pregunta Sadrac.

-Mangú -responde Ionigylakis abruptamente- ¡Asesinaren a Mangú!

-¿Qué? ¿Cómo?

-Por la ventana... por el balcón -gesticulando con sus brazos corpulentos, el griego imita la acción, la ventana abierta, los cortinados flotando en el viento, la inclinación del cuerpo al caer desde el piso setenta y cinco, el aterrizaje abrupto, el impacto y, finalmente, el rebote del cuerpo destrozado.

Sadrac tiembla.

-¿Cuándo sucedió?

-Hace diez minutos, quince. Horthy justo llegaba al edificio y vio todo.

-¿Quién le avisó al Khan? ¿Horthy?

-¿Cómo habría de saberlo? -dice Ionigylakis encogiéndose de hombros.

-Tendría que haber esperado.. El shock con este tipo de noticias...

-Yo me di cuenta de lo que ocurría cuando se iluminaron las luces de emergencia en el Vector de Comité Uno. Después todos empezaron a correr como locos y luego entraron aquí.

-¡Qué locura! -dice Sadrac frunciendo el ceño-, hacer tanto ruido, alterar el sistema nervioso del Khan, impregnar el ambiente con bacterias infecciosas en potencia. ¿Pero es que nadie tiene un poco de sentido común? Estamos poniendo en peligro la vida del presidente en este caos. Ayúdeme a despejar la habitación.

-¡Pero el Khan mandó llamar a esta gente!

-No importa. No la necesita. Yo soy responsable de la salud del Khan y quiero que se vaya todo el mundo excepto... a ver... excepto Avogadro y Gonchigdorge y tal vez Eyuboglu.

-Pero...

-No hay peros que valgan. El resto debe volver al Comité de Vigilancia Uno por si surgen más problemas. ¿Qué pasaría si esto es una sublevación revolucionaria mundial? ¿Quién enfrentará la crisis si todos ustedes están acá? Vayan, vayan. Quiero despejar la habitación. Saque a todos de aquí. Hágame el favor, es una orden.

Ionigylakis titubea un momento, pero después hace un esto afirmativo con la cabeza y comienza a empujar a todos hacia la puerta, explicándoles con voz enérgica que deben abandonar la habitación. Entretanto, Sadrac llama al jefe de seguridad y le dice que ubique a dos de sus hombres en el hall para evitar la entrada de visitantes.

Sadrac se acerca a la cama. Genghis Mao está abatido y tenso, la frente húmeda y brillante, la tez pálida y grisácea, respira agitado y su mirada, siempre activa, vibra con una intensidad maníaca. El sistema de mantenimiento de terapia intensiva comienza a funcionar y le proporciona una corriente de glucosa, cloruro de sodio y plasma sanguíneo. Sadrac echa un vistazo a las lecturas del panel de instrumentos e, integrando esa información con la telemedición de sus módulos, determina el nivel de potasio sanguíneo del presidente, el magnesio plasmático, la permeabilidad capilar, la vasoconstricción arteriolar y la presión venosa. Luego realiza los ajustes manuales necesarios de la dosis de medicación.

-Trate de relajarse -le dice a Genghis Mao- Apóyese en el respaldo de la cama. Afloje brazos y piernas.

-Lo mataron -dice el Khan con voz renca- ¿Escuchó? Lo tiraron por la ventana.

-Sí, ya sé. Acuéstese, por favor, señor.

-Los asesinos no pueden haber salido del edificio aún. Yo mismo supervisare la investigación. Lléveme al Vector de Vigilancia Uno, Sadrac.

-No será posible, señor. Debe quedarse en cama.

-No se dirija a mí de esa manera. ¡Avogadro! ¡Avogadro! ¡Ayúdeme a sentarme en la silla de ruedas!

-Lo siento, señor -murmura Sadrac, mientras hace señas por detrás a Avogadro para que ignore los órdenes de Genghis Mao. Al mismo tiempo, oprime un pedal que envía una corriente de calmante 9-pordenone al cuerpo de Genghis Mao- Las consecuencias pueden llegar a ser fatales si sale de la cama ahora, señor. ¿Me entiende? Corre peligro de muerte.

Genghis Mao lo entiende. Vuelve a hundirse en la almohada y hasta parece tranquilizarlo el hecho de que alguien lo domine. A medida que la droga hace efecto, su rostro se relaja y toma un aspecto más calmado. Sadrac advierte que Genghis Mao está mucho más débil de lo que indica el panel de instrumentos.

-Lo mataron -repite el Khan pensativo y divagante-. No era más que un niño y lo mataron. No tenía enemigos -los labios del anciano comienzan a temblar y sus ojos se llenan de lágrimas. Sadrac queda azorado. ¿Qué es esto? ¿Acaso Genghis Mao quiere probar que es capaz de sentir verdadera emoción? ¿Es posible que un dolor cuasipaternal embargue al presidente, cuando precisamente él planeaba un destino

nefasto para Mangú? O la operación de ayer lo ha debilitado hasta el punto de despertar en él un sentimentalismo poco común y un cariño excesivo, o Mordecai ha malinterpretado la señal: en lugar de pena, lo que el Khan siente es miedo; ha tomado conciencia de que su persona está en peligro, de que si los asesinos pudieron llegar a Mangú, bien podrían llegar a los aposentos sagrados del Khan. Sí, tiene que ser eso. El presidente está enfurecido y atemorizado, pero como está tan abatido físicamente a causa de la operación, su furia y temor se transforman, por un momento, en dolor. Y efectivamente, después de un momento el Khan recupera la calma. Con voz fresca, grave y controlada, dice:

-Este es el primer ataque en contra de nuestro gobierno que se lleva a cabo con éxito. Es algo sin precedentes, por lo tanto, debemos enfrentarlo con fuerza para demostrar que nuestro vigor y autoridad no serán superados -le indica a Avogadro que se acerque a la cama y comienza a dictar planes de arrestos masivos, interrogatorios a subversivos sospechosos, estrictas medidas de seguridad en toda la torre así como también en toda la capital. El tono de su voz, más que el de un anciano acongojado, es el de un déspota amenazado. La muerte de Mangú, ya no cabe dudas al respecto, le afecta poco o nada, ya que Mangú era un ser insignificante, pero su desaparición presagia una brecha en el poder del Khan y será necesario, por lo tanto, imponer un régimen de terror.

Genghis Mao continúa absorto elaborando planes maléficos. De pronto, levanta la vista en dirección a Sadrac, como si acabara de advertir su presencia, y le dice en tono amigable:

-Tiene el torso descubierto, doctor. ¿Por qué?

-Todo esto me tomó muy de sorpresa y apenas tuve tiempo para vestirme. Supe que algo andaba mal cuando una terrible convulsión interna me despertó.

-Sí, cuando Horthy me dio la noticia del asesinato me agité mucho.

-Estas malditas puertas me tuvieron esperando durante cinco minutos. Tenemos que hacer algo con respecto a eso. Algún día habrá un problema grave que requiera mi presencia de inmediato, y si Interfaz Tres hace lo de hoy, llegaré demasiado tarde.

-Mmm. Sí, eso tenemos que hablarlo.

El Khan parece atraído por el torso desnudo de Sadrac. Lo contempla casi con admiración, examinando la fuerte musculatura de su vientre, los brazos largos y delgados, la espalda ancha y corpulenta. Sadrac sabe que su físico es atractivo, de contextura compacta y estilizada, cubierto por un suave manto de piel chocolate, un cuerpo atlético y elegante, casi el mismo de hace veinte años atrás, cuando era un respetable estudiante deportista y un jugador de básquetbol pasable. Sin embargo, hay algo misterioso e intimidatorio en esa mirada acechante.

-Tiene un aspecto muy saludable, Sadrac -dice el Khan con voz casi jovial.

-Trato de mantener mi estado, señor.

-Es usted un médico inteligente. Muchos de sus colegas se ocupan de la salud de todos menos de la de ellos. Pero, ¿cómo es que todavía estaba en la cama a estas horas de la mañana?

-Estuve en Karakorum hasta tarde -confiesa Sadrac.

Genghis Mao estalla en carcajadas.

-¡Vida pródiga y licenciosa! ¿Así es cómo mantiene su estado, Sadrac?

-Bueno...

-Tranquilo. Es sólo una broma -el humor del presidente ha dado un vuelco tremendo. Esta burla molesta, esas bromas sutiles..., es realmente asombroso, cuesta creer que hace sólo un momento lloraba por la muerte de Mangú-. Puede ir a su habitación a ponerse la camisa, si quiere. Creo que puedo prescindir de usted por unos minutos, Sadrac.

-Preferirla quedarme un rato más, señor. No tengo frío.

-Como guste -Genghis Mao parece perder interés en Sadrac. Se dirige nuevamente a Avogadro, que aún está de pie al costado de la cama, y comienza a enumerar, una tras otra, nuevas medidas de represión que serán puestas en práctica de inmediato. Cuando termina con el jefe de seguridad, llama al vicepresidente Eyuboglu y traza de improviso un detallado programa para la canonización virtual de Mangú: un entierro colosal y pomposo, un período prolongado de duelo; se cambiarán los nombres de caminos y ciudades en las capitales más importantes, se levantarán monumentos conmemorativos, imponentes y espléndidos ¿Y todo esto para un joven tan insignificante? ¿Para qué? Todo este despliegue funerario, piensa Sadrac, es digno de un semidios, de un Augusto César, de un Sigfrido, e incluso de un Osiris. ¿Por qué? No tiene sentido, a menos que Mangú fuera la extensión simbólica de Genghis Mao, el eslabón que lo une con el mañana, la esperanza de la reencarnación física.

Sí, Sadrac acaba de entenderlo todo: no es en honor a Mangú que Genghis Mao ordena este engrandecimiento póstumo, extravagante y ridículo, sino a su persona misma.

CAPÍTULO 10

El jefe de seguridad, un hombre de huesos macizos, corpulento, perspicaz, de ojos grandes e inexpressivos y boca singular, esta de pie en el pasillo, esperando que Mordecai salga de la habitación del Khan. Mangú ha, muerto, sí; pero, ¿fue realmente un asesinato? Avogadro no está tan seguro de ello.

Por fin, Sadrac sale del aposento imperial y Avogadro, retirándolo hacia un costado le pregunta con voz muy suave:

-¿El Khan está tomando algún medicamento que pueda ocasionarle trastornos mentales?

-No precisamente. ¿Por qué?

-Es la primera vez que lo veo tan alterado.

-Y también es la primera vez que asesinan al virrey.

-¿Qué le hace pensar que se trata de un asesinato, y no un suicidio?

-Bueno... porque... Ionigylakis lo dijo... porque... -Sadrac se detiene confundido-. ¿Acaso no fue un asesinato?

-¿Quién puede saberlo? Horthy vio a Mangú precipitarse en el vacío. Punto. No vio a nadie que lo empujara. Ya hemos hecho todas las pruebas de los monitores de los radares del personal y no se ha registrado la entrada o salida de ningún individuo desautorizado y no hay evidencias de que alguien haya subido al piso setenta y cinco.

-Tal vez se trate de alguien que permaneció oculto toda la noche -sugiere Sadrac.

Avogadro suspira. Parece un poco sorprendido por el comentario de Sadrac.

-Deje que sea yo quien cumpla la función de detective, doctor. De mas está decir que también verificamos las actividades del día de ayer.

-Siento haberlo...

-No quise ser sarcástico. Lo que quiero decir simplemente es que hemos considerado casi todas las posibilidades, las mas obvias al menos. No es fácil para un asesino entrar al edificio, y dudo mucho de que alguien lo haya hecho. Eso no descarta, desde luego, la posibilidad de que el asesino de Mangú haya sido una persona cuya presencia en el edificio no llame la atención, como por ejemplo, el general Gonchidorge, o usted o yo...

-O Genghis Mao -interrumpe Sadrac- Pudo muy bien escurrirse inadvertido desde su habitación a la de Mangú y empujarlo por la ventana.

-Veo que interpreta mi idea. Lo que quiero decir es que cualquiera de los que están aquí arriba pudo haber sido el asesino de Mangú. Sin embargo no. hay ninguna evidencia. Como usted sabe, todas las puertas del edificio registran la entrada y salida de individuos. Nadie entró a la habitación de Mangú esta mañana, ni por el lado de la Interfaz ni por el ascensor. Los núcleos de localización están completamente en blanco. El último en entrar a la habitación fue Mangú, alrededor de la medianoche. De acuerdo con las investigaciones preliminares que se han llevado a cabo hasta el momento, no hay rastros de intrusos en la habitación, no hay huellas digitales extrañas, ni partículas de caspa, ni cabellos, ni hilachas. Tampoco hay señales de lucha. Mangú era un hombre fuerte, ¿se da cuenta? y hubiera ofrecido resistencia ante un ataque.

-¿Sugiere que se trata de un suicidio, tal vez? -pregunta Sadrac.

-Sí, exactamente. Al igual que todos mis hombres, considero que es la teoría mas aceptable con respecto a este punto. Pero, el presidente está seguro de que fue un asesinato. Tendría que haberlo visto antes de que usted llegara: estaba histérico, furioso, parecía un loco. Como usted comprenderá, el hecho de que el presidente crea que fue un asesinato, redundo en perjuicio de mis hombres y del mío también, ya que nuestra función aquí es, precisamente, evitar todo tipo de ataque. Pero hay algo mas importante aparte de la posibilidad de perder mi trabajo, doctor. Todo este plan ridículo que el Khan está organizando, la "depuración", los arrestos, los interrogatorios, las medidas de represión, todo, una empresa costosa, desagradable y muy complicada que, según mi opinión,

carece absolutamente de sentido. Lo que quiero saber -continúa Avogadro- es si usted cree que hay alguna posibilidad de que el presidente, una vez recuperado, esté dispuesto a adoptar una actitud más sensata con respecto a la muerte de Mangú:

-No lo sé, pero no creo. Nunca cambia de idea una vez que ha tomado una determinación.

-Pero la operación...

-Sí, la operación lo debilitó, sin duda. Física y psicológicamente, pero eso no significa que haya perdido la razón. Él siempre ha tenido esta obsesión con los asesinos, y es obvio que, al dar por sentado que Mangú fue asesinado, Genghis Mao satisface una especie de necesidad interna; una suerte de proyección de la fantasía, algo muy oscuro y complejo. Creo que aun en perfecto estado de salud hubiera hecho la misma suposición. Por lo tanto, pienso que su recuperación per se no sea un factor que lo haga reconsiderar la muerte de Mangú. Todo lo que puedo sugerirle es que espere tres o cuatro días hasta que el presidente recupere las fuerzas necesarias para retomar sus actividades. Sólo entonces, usted podrá informarle acerca de los hallazgos de toda la investigación, y explicarle de manera terminante que no hay evidencia de asesinato. Confíe en que la sensatez básica del Khan lo ayudará a convencerse, por fin, de que Mangú se suicidó..

-¿Y si traigo el informe esta misma tarde?

-No. No está preparado para tantas tensiones. Además, ¿usted cree que la investigación podrá estar concluida para esta tarde? No. Le aconsejo que espere por lo menos tres días. Cuatro o cinco si es posible.

-Y mientras tanto -dice Avogadro-, habrá que reunir a todos los sospechosos, investigar, interrogar, castigar a inocentes, y tras hombres gastarán energías en la estúpida persecución de un asesino que no existe.

-¿Y no puede suspender la "depuración" por unos días?

-El Khan dio la orden de empezar de inmediato; doctor.

-Sí, lo sé, pero...

-Él Khan dio la orden de empezar de inmediato y así lo hicimos.

-¿Ya?

-Sí. Ya hace diez minutos que comenzaron con los arrestos. Yo se lo que significa una orden del presidente. Podría dilatar el proceso del interrogatorio para evitar en lo posible que se castigue a los prisioneros hasta tanto el Khan no esté enterado de todas mis averiguaciones sobre la muerte de Mangú, pero no tengo autoridad para ignorar las instrucciones -y agrega con voz serena-: ni lo intentaría siquiera.

-Habrá "depuración" entonces dice Sadrac, encogiéndose de hombros-. Lo siento tanto como usted, supongo. Pero no hay manera de evitarlo, ¿no es así? Y si el Khan se empeña en creer que Mangú fue asesinado, hay muy pocas esperanzas de que usted lo convenza de que fue un suicidio, ni esta tarde, ni mañana, ni la semana que viene. Lo siento.

-Yo también -dice Avogadro-. Bien, gracias por haberme escuchado, doctor.

Avogadro se aleja, pero luego se detiene, vuelve la cabeza, la mirada calculadora y penetrante.

-Ah, algo más doctor -dice- ¿Usted no sabe, por casualidad, si Mangú tenía alguna razón para matarse?

Sadrac queda pensativo, analizando todo lo que sabe.

-No -responde después de un momento-, no. Ninguna... que yo sepa.

Una vez terminada su conversación con Avogadro, se dirige al Vector de Vigilancia Uno. La sala está atestada de gente, todos miembros del personal jerárquico. Sadrac comienza a sentirse algo ridículo, paseándose por las oficinas con el pecho descubierto. El general Gonchigdorje está sentado en el ostentoso trono del presidente, palmoteando con sus manos regordetas el enorme tablero que controla todo el funcionamiento del

aparato espía. A medida que el general oprime los botones, el Vector de Vigilancia Uno vibra con imágenes de la vida diaria de la Sala de Traumas, imágenes que aparecen y desaparecen, temblorosas. El desordenado despliegue de secuencias que ofrecen las pantallas es tan vertiginoso como cuando la máquina funciona a su antojo. Tiene que suceder, ya que Gonchigdorge maneja los controles sin orden ni concierto, con impaciencia ofuscada, como si esperara descubrir un complot revolucionario, escarbando el mundo aquí y allá con palas descontroladas y enloquecidas hasta encontrar un grupo de desesperados enarbolando un estandarte que diga "SOMOS CONSPIRADORES". Pero las pantallas se limitan a reflejar la historia humana de siempre: gente que pelea, que trabaja, que sufre, que muere.

Horthy se acerca silencioso a Mordecai y le dice casi con alegría: -Ya comenzaron los arrestos.

-Ya sé. Me lo dijo Avogadro.

-¿Le dijo que tienen un sospechoso?

-¿Quién?

Una aureola psicodélica revolotea aún en torno a Horthy, quien, en una expresión de cansancio, se frota delicadamente los ojos saltones y enrojecidos.

-Buckmaster -dice-. El dé microingemería. ¿Lo conoce?

-Sí. Lo conozco. Trabajé con él.

-Anoche, en Karakorum, lo escucharon hacer unas declaraciones terribles. Gritaba a los cuatro vientos que derrocaran a Genghis Mao, pronunciándose en favor de la subversión. Finalmente, lo arrestaron, pero después lo dejaron en libertad porque llegaron a la conclusión de que estaba borracho.

-¿A usted le sucedió lo mismo? -pregunta Sadrac en voz baja.

-¿Yo? ¿A mí? No entiendo.

-En la estación del subterráneo. ¿Recuerda que estuvimos juntos mientras transmitían el discurso de Mangú? Usted hizo algunos comentarios acerca del programa de distribución del antídoto y después los policías...

-No -dice Horthy-. Debe estar equivocado, doctor. -Su mirada se fija en Sadrac y no se aparta de él. Es una mirada intimidatoria, fría y hostil, a pesar de los ojos consumidos y empañados.- La persona con la que usted estuvo anoche en Karakorum no era yo, doctor Mordecai -dice finalmente, en tono categórico.

-Pero, ¿usted no estuvo allí anoche?

-No era yo.

Mordecai acepta la grotesca indirecta y decide no insistir más en la cuestión.

-Mil disculpas. Hablemos de Buckmaster. ¿Por qué creen que él es el culpable?

-Por la forma extraña en que se comportó anoche.

-¿Eso es todo?

-Si desea más información deberá preguntarle a la gente de seguridad.

-¿Lo vieron cerca de la habitación de Mangú cuando sucedió el asesinato?

-No sabría decirle, doctor Mordecai.

-Muy bien.

En una de las pantallas se refleja, en repulsivo primer plano, la imagen de una niña vomitando. Es el vómito causado por la descomposición orgánica de color rojo, vivo y brillante.

Horthy parece regocijarse con el panorama, como si esa horrenda escena no tuviera nada de extraño para él.

-Algo más -dice Sadrac- ¿Usted vio a Mangú precipitarse en el vacío, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y luego le avisó a Genghis Mao?

-Primero le avisé a los guardias que estaban en el vestíbulo de entrada.

-Por supuesto.

-Y luego subí al piso setenta y cinco. La gente de seguridad ya había clausurado la entrada, pero logré entrar lo mismo.

-¿Fue directamente a la habitación del Khan?

-Que estaba bajo custodia triple -dice Horthy haciendo un gesto afirmativo con la cabeza-. Para que me dejaran pasar tuve que insistir en mis privilegios ministeriales.

-¿Genghis Mao estaba despierto?

-Sí. Leyendo los informes del CRP.

-¿Cómo calificaría usted el estado general de salud del presidente en ese momento?

-Muy bueno. Estaba pálido y débil, pero eso es normal si se tiene en cuenta que estaba recién operado. Me saludó y por la expresión de mi rostro se dio cuenta de que algo andaba mal. Me preguntó qué ocurría y yo le dije todo lo que había pasado.

-¿Qué le dijo?

-¿Y qué cree usted que pude haberle dicho? -dice Horthy impetuoso-. Que Mangú había caído de la ventana de su cuarto, naturalmente.

-¿De esa forma se lo dijo? ¿"Mangú ha caído de la ventana de su cuarto"?

-Algo así.

-¿No hizo ningún comentario acerca de la posibilidad de que lo hubieran empujado?

-¿Por qué todas estas preguntas, doctor Mordecai? -Por favor. Esto es, importante. Necesito saber si fue por sus propias conjeturas que el Khan llegó a la conclusión de que lo de Mangú fue un asesinato, o si se lo insinuó usted sin darse cuenta.

Horthy mira a Sadrac Mordecai con ojos siniestros.

-Me limité a decirle lo que vi-: a Mangú que caía en el vacío. Eso es todo. No saqué ninguna conclusión acerca de cómo había sucedido. Supongamos que alguien lo haya empujado, ¿usted cree que yo hubiera podido distinguirlo a cuatrocientos metros de altura? Ni siquiera distinguí a Mangú, que no era más que un puntito flotando en el cielo, un muñeco. Me di cuenta que era él cuando ya casi había llegado al piso -un brillo desconcertante ilumina los ojos de Horthy, quien, acercándose a Mordecai dice, en un tono casi melodioso-: ¡Tenía una expresión tan serena, doctor Mordecai! Flotaba en el aire, los ojos enormes, los cabellos revoloteando en el viento, en sus labios una sonrisa. Sí, creo que sonreía. ¡Sonreía! Luego el impacto.

-Qué extraño -interrumpe Ionigylakis, que, evidentemente; ha estado escuchando la conversación-. Si alguien lo hubiera empujado por la ventana, ¿creen ustedes que hubiera tenido una expresión tan alegre?

Sadrac hace un gesto de desacuerdo.

-No creo que Mangú estuviera consciente aún, cuando Horthy lo reconoció. La expresión serena era probablemente debida al atontamiento provocado por la aceleración de la caída.

-Tal vez -dice Horthy en tono enérgico.

-Siga -le dice Sadrac-. Le dijo -al Khan que Mangú había caído por la ventana. ¿Qué pasó después?

-Se incorporó tan bruscamente que pensé que se rompería todo el instrumental médico que lo rodeaba. Su rostro se enrojeció, y empezó a transpirar y a jadear. Ah, fue terrible, doctor Mordecai. Estaba tan sobreexcitado que pensé que se moría. Agitaba los brazos, hablaba de asesinos... de pronto, volvió a hundirse en la almohada, se llevó las manos al pecho...

-Estaba tan sobreexcitado que usted pensó que se moría -dice Sadrac-, pero no se le ocurrió en ningún momento que, en el estado de salud del presidente, no era prudente, importunarlo con noticias de ese tipo.

-Uno no piensa con lucidez en momentos así.

-Pero cuando uno ocupa un puesto que involucra mucha responsabilidad...

-No siempre nuestra decisión es la más sensata -replica Horthy-. Especialmente en un caso como el mío. Nadie hubiera podido pensar con claridad cuando estuvo a punto de

morir aplastado por un cuerpo que se desplomaba desde las alturas y cuando se da cuenta de que el cadáver que acaba de caer es el de una importante figura del gobierno, de hecho el virrey, y cuando uno sospecha que esa muerte es un asesinato, el comienzo de una revolución y cuando...

-Está bien -dice Sadrac- Está bien. El Khan logró sobrevivir este shock innecesario, pero lo que usted hizo, Horthy, es muy peligroso. Peor aún, es una torpeza, una gran torpeza. -Sadrac frunce el ceño.- ¿Así que usted cree que se trata de una conspiración?

-No sé. No es más que una posibilidad.

-Tanto como lo es la hipótesis del suicidio.

-¿Usted cree, Sadrac? -dice Ionigylakis.

-Avogadro está convencido de ello.

-Sin embargo, los hombres de Avogadro han arrestado a Buckmaster.

-Ya lo sé. Ese pobre diablo enloquecido. Le tengo lástima -Conchigdorge sigue impaciente manipulando la botonera. En las pantallas, se reflejan imágenes horripilantes: rostros distorsionados, como si las lentes de los ojos espías los enfocaran muy de cerca. Horthy, respondiendo al llamado de Donna Labile, que le hace señas desde el otro extremo de la sala, se aleja con aire majestuoso, pero antes mira a Sadrac con ojos fríos, una mirada inexplicable. Sadrac ya no encuentra nada de lógico en todo el comportamiento de Horthy, pero de pronto eso no importa, ya nada importa. Esta sala es un manicomio este dinamismo frenético lo confunde. Él es demasiado cuerdo y demasiado humano para este ambiente. Sadrac ya comienza a sentir frío con el torso desnudo. De pronto, las imágenes desaparecen de las pantallas, que se iluminan con rayas zigzagueantes azules, verdes y rojas. El general Gonchigdorge, en su torpe persecución de conspiradores, ha roto algo.

-¡Ficifolia! grita el general- ¡Que suba Ficifolia! ¡Hay que reparar la maquina!

Ficifolia, que ya estaba en la sala, se dirige refunfuñando en voz baja hacia el general entronizado, abriéndose paso entre la multitud. AL pasar junto a Sadrac, se detiene y le dice en voz baja:

-En este momento, están interrogando a su amigo Buckmaster. Supongo que no llorará por eso.

-Al contrario. Anoche, Buckmaster no estaba en sus cabales y ahora pagará por su comportamiento.

-Me dijeron que es Avogadro el que interroga. Avogadro cree que fue un suicidio.

-Yo también -dice Ficifolia, y se va.

Sadrac, ya cansado de estar en este lugar, se dirige a la Interfaz. Vuelve la cabeza y contempla el espectáculo por última vez: un tumulto agitado, ondas multicolores vibrando en las pantallas, Gonchigdorge gritando como un niño enfierecido, Horthy y Labile absortos en una discusión intensa y misteriosa, enfatizada por agresivas gesticulaciones ítalohungaras, Ionigylakis destacándose entre la multitud y anunciando su confusión a gritos, Frank Ficifolia en cuclillas frente a un panel abierto insertando una llave larga y delgada en un turbulento espagueti de un circuito de burbuja. En este mismo momento, en algún recóndito lugar de este enorme edificio, Avogadro, que no cree que se haya cometido un asesinato, se prepara, sin embargo, para torturar a Roger Buckmaster, presunto de haber cometido el asesinato, aun cuando se sabe casi con seguridad que Buckmaster no pudo haber asesinado a nadie esta mañana. Y en el grandioso aposento del Khan, ya superado el estado casi fatal de shock de acuerdo con el tikiti-tak que vibra a través del cuerpo de Mordecai, el anciano presidente planea con calma devoción irracional la mejor manera de consagrar la memoria del virrey difunto y de destruir a los supuestos asesinos. Basta, basta ya. Esto es demasiado. Sadrac pide salida a la Interfaz, que se abre con deliciosa rapidez, dándole acceso a la cámara de retención y luego a su departamento.

¡Aquí sí reina la paz! Nikki, que ya se ha levantado acaba de salir de la ducha y ahora está secándose en medio de la habitación: desnudez, belleza, gotas de humedad que aún brillan en la piel suave y tersa, pezones tiosos y empequeñecidos por la frescura del aire.

-Hoy llegaré tardísimo al laboratorio -dice en tono casual-. ¿Qué pasó?

-Pregúntame que es lo que no pasó. Mangú ha muerto, el Khan estuvo a punto de morir de una apoplejía cuando se enteró, arrestaron a Buckmaster, se dispuso una "depuración" general de subversivos, Horthy está...

-Un momento grita Nikki azorada-. ¿Mangú muerto? ¿Cómo?

-Cayó. por la ventana. Lo empujaron o se tiró.

-Ah -dice en un suspiro-. Ay, Dios. ¿Cuándo sucedió eso?

-Hace una hora, aproximadamente.

Hace un bollo con la toalla y la tira en un rincón. Comienza a pasearse por la habitación como urja tigresa confundida. De pronto, se da media vuelta y pregunta:

-¿Qué ventana?

-La de su cuarto -responde Mordecai turbado por el impetuoso torrente de preguntas.

-¿Cayó desde el último piso? Se habrá hecho pedazos.

-Me imagino, pero ¿qué...?

-¡Ay, Sadrac! ¿Mi proyecto!

-¿Qué pasa con tu proyecto?

-Es una barbaridad, lo sé. Pero, ¿Qué pasará con mi proyecto ahora? Sin Mangú...

-Ah -dice Sadrac en tono grave-, no había pensado en eso.

-Él iba a..

-Sí, no lo digas.

-Mi reacción es horrible.

-Pero, ¿el proyecto contaba con Mangú como único receptor?

-...No necesariamente, pero... ¡oh, al diablo con el proyecto! -se agacha en el piso cubriéndose los pechos con los brazos. Tiembla-. No entiendo. ¿Quién habría querido matar a Mangú? ¿Qué es lo que pasa? ¿Se trata acaso de una revolución, Sadrac?

-Mangú pudo haber matado a Mangú -le dice Sadrac-. No se sabe todavía. Los hombres de Avogadro no han detectado aún señales de que alguien haya querido entrar por la fuerza a su departamento.

-¿Y para qué arrestaron a Buckmaster, entonces?

-Por las estupideces que dijo anoche en Karakorum, supongo. Pero no arrestaron a Horthy, y lo que él dijo fue tan subversivo como lo de Buckmaster. Horthy está aquí, en el Vector de Vigilancia Uno. El fue quien le dio la noticia de Mangú a Genghis Mao y el imbécil casi lo mata de un shock.

-Tal vez eso era lo que quería -dice Nikki con ojos sombríos.

CAPÍTULO 11

Poco a poco, vuelve a reinar la paz. Es evidente que la conmoción de esta mañana no ha traído, finalmente, consecuencias graves. Los mensajes que reciben los nódulos internos de Mordecai indican que el Khan se esta recuperando, que la crisis ya está superada. Ya es el mediodía, y Sadrac está en su habitación preparándose, por fin, para la jornada. Se ha puesto la ropa de trabajo, de un color neutro grisáceo. Se siente desarraigado, desorientado: durmió demasiado después de tantos meses de insomnio, la siesta en Karakorum en brazos de Nikki, y luego- las horas de sueño en su habitación, que fueron bruscamente interrumpidas. Su mente, pues, está confundida, pero de alguna manera se las arreglará para fingir lucidez durante el día.

Se dirige a su oficina y, como de costumbre, atraviesa el Vector de Vigilancia Uno, dónde, por fin, ha vuelto a reinar la quietud: la comitiva de payasos ya se retiró, Gonchigdorge, Horthy, Donna Labile y todos los demás; sólo quedan tres subalternos, dos policías y un lugarteniente de Avogadro que miran con ojos brillantes y pensativos el colorido y agitado mosaico que vibra en las pantallas. Mucha información de golpe. Ven tanto que ya ni saben lo que ven.

Pasa por el Vector de Convite Uno, pero esta mañana tan agitada, Sadrac no tiene ningún interés en inmiscuirse entre los políticos. Por lo tanto, se dirige directamente a su oficina, atravesando primero la oficina vacía de Genghis Mao y el majestuoso comedor del Khan: Como siempre, Sadrac se siente reconfortado por la intimidad de sus talismanes, sus libros, su colección de instrumentos de medicina, guardados en cajas que recorre una a una. Toma el devaricador, un siniestro fórceps de cucharas acodadas utilizado para separar heridas. Piensa en Mangu, en su cuerpo estrellado contra el pavimento de mármol y piedras. La imagen se borra. Examina la sierra cortametales con que los cirujanos del siglo XVIII hacían las amputaciones. Piensa en Genghis Mao, lívido, los ojos húmedos, ordenando arrestos masivos. "Decapítenlos". Ésa puede muy bien ser la próxima orden. ¿Por qué no? Acaricia una muñeca anatómica boloñesa del siglo XV, un elegante homúnculo de marfil, femenino -¿cuál será el femenino de homúnculo?, se pregunta Sadrac. ¿Homúncula? ¿Eminácula? -con sólo una leve presión, el pecho de la muñeca se levanta, dejando al descubierto el corazón, los pulmones, los órganos abdominales e incluso un feto acurrucado en el útero como un canguro en la bolsa de la madre. Y los libros, oh, sí, los libros tan preciados y añejos, antes en manos de grandes médicos de Viena, Montreal, Savannah, Nueva Orleans. ¡Philonium Pharmaceulicum et Cheirurgicum de Valesco de Taranta, 1599! ¡Gynaecología Histórico-Medica de Martin Sehurig, 1730, rico en detalles de defloración, seducción, peros captivus y otras maravillas! Y aquí está el viejo libro de Rudolf Virchow: Die Cellular-pathologie, que afirma que todo organismo viviente es "un estado de células en que cada estado es un ciudadano", y que una enfermedad es "un conflicto de ciudadanos provocado por la acción de fuerzas externas". ¡Aux armes, citoyens! ¿Qué nombre hubiera dado Virchow a los hígados transplantados, a los pulmones ajenos? Los hubiera llamado mercenarios contratados, seguramente: visitantes de Hesse en la metáfora médica. Las guerras celulares son honestas al menos, sin defenestraciones indignas ni francotiradores apostados en puntos estratégicos. Y aquel otro libro inmenso es de Grootdoorn, Iconographia Medicalis, exquisitos grabados antiguos. Aquí están San Cosme y San Damián en un retrato del siglo XVI, injertando la pierna de un moro muerto a una víctima de cáncer. Profético. Un póstumo trasplante realizado en año 500 d. C. aproximadamente, por nada menos que los médicos sagrados. Si alguna vez llego a encontrar el original de este grabado, piensa Sadrac, se lo regalaré a Warhaftig para Hanukkah.

Le lleva media hora poner al día la historia clínica de Genghis Mao: dicta un informe sobre la operación de hígado y agrega una posdata en la que hace referencia ala breve

alarma de esta mañana. La historia clínica del Khan será, alguna vez, un clásico de la medicina, junto con el Papiro de Smith y Fabrica. Por lo tanto, Sadrac prepara su lugar en la historia de su arte, elaborando cuidadosamente cada palabra. Justo cuando termina con el informe, Katya Lindman lo llama por teléfono.

-¿Puedes venir al laboratorio Talos? -le pregunta-. Me gustara mostrarte nuestro último simulacro.

-Sí. ¿Te enteraste de lo de Mangú?

-Por supuesto.

-No pareces muy preocupada.

-¿Que era Mangú? Mangú era una ausencia, y ahora la ausencia está ausente. Su muerte fue mucho más trascendental que toda su vida.

-No creo que él viera las cosas de ese punto de vista.

-Eres tan compasivo, Sadrac -dice Katya en ese tono insulso que, como Mordecai sabe, reserva para las burlas-. Me gustaría amar a los hombres como lo haces tú.

-Te veré en quince minutos, Katya.

El laboratorio de Katya, en el noveno piso de la Gran Torre, es una maraña impenetrable de cables, conectores, barras colectoras, coaxiales, obleas de burbujeo, todo un engranaje electrónico rapaz de destruir a un brontosaurio. Entre todo este laberinto caótico, se asoma Katya Lindman, que se acerca a Sadrac con su andar característico, zancadas precipitadas, atropelladoras. La doctora Lindman es el símbolo de la actividad, de la energía, la típica mujer de ciencia. Viste una pollera corta de tela marrón, una blusa blanca y un delantal color lavanda descotado. Ni los muslos desnudos, ni la pollera ceñida, ni la unión de los pechos parcialmente descubiertos, mitiga el efecto austero, sin gracia y grotesco de todo el conjunto. Katya no es, de ninguna manera, una mujer que proyecta sexualidad. Tampoco necesita hacerlo con Sadrac, ya que, aunque él no logre comprender la razón, Katya le inspira una suerte de autoridad física maligna. Siempre que se encuentra en compañía de ella, siente que debe estar a la defensiva de ese algo indefinible.

-Mira -le dice Katya con aire triunfador, extendiendo el brazo en un ademán majestuoso como si arrollara el aire. Sadrac sigue con la vista el trayecto del brazo de Katya, que se detiene finalmente en una especie de entarimado, el único claro en la maraña electrónica, sobre el cual se eleva entronizado el modelo del autómatas Genghis Mao, iluminado por un reflector y conectado a la unidad de potencia por un grueso cable amarillo y rojo. El autómatas, mas grande que el Genghis Mao real, es una imitación maciza del presidente, de material plástico estructurado sobre una armazón de metal. El rostro es realmente una réplica convincente, los hombros y el pecho también parecen humanos, pero la parte inferior, debajo del diafragma, es una estructura incompleta de apoyaderos y alambres y circuitos descubiertos, desprovista de piel e incluso de la musculatura mecánica interna que se observa en la parte superior. Sadrac contempla el presidente artificial, que extiende el brazo derecho en dirección a él y agitando la mano en un gesto de impaciencia, típicamente humano, le ordena que se acerque.

-Acércate -dice Katya Lindman.

Sadrac camina unos pasos, pero cuando está a tres o cuatro metros de distancia del robot se detiene y espera. La cabeza del robot gira lentamente en dirección a Mordecai. Los labios comienzan a moverse hacia atrás en una mueca cruel:.. no, es una sonrisa, la inconfundible sonrisita gélida y terrible de Genghis Mao, esa sonrisa afectada de autoaprobación que se dibuja lentamente abultando las mejillas curtidas, una sonrisa regia, una sonrisa despótica y monstruosa. Los rasgos retoman su posición original casi imperceptiblemente, casi sin transición. Ahora el robot frunce el ceño y la cólera de Genghis Mao oscurece la habitación. "Decapítenlos." Sí, eso es. Luego, otra sonrisa, una sonrisa fría, porque, ¿qué otra sonrisa se puede esperar de Genghis Mao? Una sonrisa helada que, sin embargo, tranquiliza. La sonrisa del robot es una pavorosa réplica de la

sonrisa de Genghis Mao. Por último, el guiño, el famoso guiño del Khan, ese movimiento astuto del párpado que cancela toda la ferocidad, que disipa el terror, que comunica un sentimiento redentor de perspectiva y autoadmiración: "No me tomes tan en serio, amigo, no siempre soy el megalómano que tú crees". Y finalmente, cuando el guiño ya cumplió con su función y el terror que Genghis Mao puede generar con una mirada ha desaparecido, el rostro retoma su expresión original, fría, remota y extraña.

-¿Y bien? -pregunta la doctora Lindman después de un rato.

-¿No habla?

-Todavía no. El audio es una de las cosas más fáciles de lograr. Por ahora no nos preocupamos por eso.

-¿Este es todo el espectáculo, entonces?

-Así es. Pareces desilusionado.

-Esperaba algo más. Ya lo vi sonreír.

-Pero el guiño no. El guiño es nuevo.

-Aun ase, Katya... agregas una plumita aquí, otra plumita allá, pero nunca terminas el águila.

-¿Qué esperabas? ¿Ver un Genghis Mao que hable o que camine? ¿Esperabas que concluyera todo el simulacro en una noche? -Es obvio que la desilusión de Sadrac la enerva. Su boca se mueve en articulaciones nerviosas, echando los labios hacia atrás, dejando al descubierto las encías de donde se desprenden incisivos puntiagudos-. Todavía estamos en las etapas preliminares. Yo pensé que te gustaría el guiño. A mí me gusta, me gusta el gueto, Sadrac -su voz se suaviza y la expresión se calma, finalmente. A Sadrac le parece oír el cambio en el mecanismo interno de Katya-. Siento haberte hecho perder el tiempo. Estaba contenta con el guiño y quería compartir mi alegría contigo:

-Es un guiño fantástico, Katya.

-Como tú sabes, el proyecto Talos será más importante, ahora que Mangú ha muerto. Todo lo que la doctora Crowfoot ha estado haciendo hasta ahora tenía como objetivo integrar la personalidad del presidente con las respuestas neuronales de la mente y el cuerpo vivo de Mangú, pero eso ya no tiene sentido, habrá que descartar ese proyecto.

Sadrac sabe lo suficiente acerca de la actividad de Nikki como para ser consciente de que Katya está equivocada: Mangú era, en efecto, el modelo sobre el cual se elaboraba el programa de codificación de la personalidad del Proyecto Avatar, pero no significa que Mangú fuera el único cuerpo donante, ya que si se realizan los ajustes apropiados al proyecto, éste podrá ser reestructurado en torno a otro cuerpo donante. Pero no hay necesidad de decírselo a la doctora Lindman, si ella quiere creer que su proyecto, hasta ahora periférico, se ha transformado de pronto en la mayor esperanza de Genghis Mao de sobrevivir después de la muerte. Es obvio que, en los últimos minutos, ella se ha esforzado fiara mostrarse menos intimidatoria, menos agresiva, y así es como él la prefiere; por lo tanto, no hará nada que pueda incitarla a reaccionar o a exasperarse.

El ánimo de Katya ha cambiado hasta el punto que ahora parece estar coqueteando. Sí, su voz ha tomado un tono vivaz, juvenil, poco característico en ella. Lo lleva a Sadrac por todo el laboratorio en un paseo agitado y sin sentido, mostrándole diagramas de circuito, calas con plaquetas de memoria, prototipos de pelvis y columna vertebral del próximo modelo de Genghis Mao y otros efectos del proyecto Talos que no tienen importancia significativa en este momento. Finalmente, Sadrac se da cuenta de que la única intención de Katya es detenerlo, gozar de su compañía unos minutos más. Esto lo desconcierta: por lo general, la doctora Lindman se muestra agresiva y dominante, pero ahora se comporta con timidez, como si quisiera coquetear. Se acerca furtivamente a Sadrac, lo mira con ojos penetrantes y respira con intensidad. Mientras examinan una serie de diagramas dispersos sobre la mesa, ella roza con sus pechos el codo, de Mordecai, que no logra entender la actitud de Katya, como nunca ha logrado entender

otras tantas de sus actitudes. ¿Acaso espera que él suspire, que transpire, que se inquiete, que se abalance sobre su cuerpo palpitante? Cualquiera sea el plan que Katya esté organizando, Mordecai no logrará descubrirlo, ya que en ese momento suena el chirrido de la alarma de bolsillo, que aparentemente, ha estado tratando de localizarlo por todo el edificio. Sadrac conecta el teléfono portátil y se escucha la voz de Avogadro.

-¿Puede venir al Vector de Seguridad Uno, doctor?

-¿Ahora?

-Si es posible.

-¿Qué sucede? -pregunta Sadrac.

-Hemos estado interrogando a Buckmaster y surgió su nombre.

-Ah. Ah. ¿Yo también soy uno de los sospechosos ahora?

-No precisamente. Un testigo, tal vez. ¿Podemos contar con su presencia dentro de cinco minutos?

-Tengo que irme -dice Sadrac dirigiéndose a Katya, que está sonrojada y excitada-. Era Avogadro. Es algo sobre la investigación del caso Mangú. Parece urgente.

El rostro de Katya se oscurece. Comprime los labios, pero sólo se limita a decir que espera verlo pronto y oculta su desilusión detrás de una máscara de desinterés. Una vez en libertad, Sadrac siente que todo su cuerpo se expande, como si en compañía de Katya hubiera estado contraído bajo una intensa presión.

Mordecai nunca ha tenido oportunidad de ir al piso sesenta y cuatro, donde se encuentra el Vector de Seguridad Uno. Por lo tanto, no sabe qué es lo que encontrará allí, además de los utensilios corrientes que puede llegar a usar un detective que protege las personas físicas de Genghis Mao y del CRP. Seguramente, el lugar está repleto de lupas, de almohadillas para las impresiones digitales, fotos de subversivos famosos adheridas en pizarras, manojos de expedientes y copias, terminales de electrodos y aparatos espías. Tal vez todo eso esté en el Vector de Seguridad Uno, pero, si es que lo está, Mordecai no lo ve. En la mesa de recepción lo saluda un joven oriental, felino y de voz suave -su aspecto revela que no es mogul; probablemente sea chino- que lo conduce por un laberinto de pasillos con paredes lisas. Esto podría muy bien ser la central de una compañía de seguros, de un banco, de una casa de cambio, piensa Mordecai al ver el nido de pequeñas oficinas en donde trabajan los burócratas sumergidos en pilas de papeles.

Finalmente, llegan a la celda de interrogatorios donde lo están esperando Avogadro y Buckmaster; sólo entonces, Sadrac siente que está entre defensores de la ley. La habitación es realmente claustrofóbica, rectangular, sin ventanas, con paredes verdes y sucias y un cielo raso bajo del cual se desprenden brazos metálicos móviles, en cuyos extremos cuelgan reflectores. Las luces están ubicadas frente a Buckmaster, que está tendido en una silla angosta y dura con apoyabrazos de aluminio y respaldo alto, detrás del cual desaparecen los cables de los electrodos conectados a las muñecas y sienes de Buckmaster. Es obvio que ya hace unos cuantos minutos que Avogadro lo está interrogando, porque está pálido y transpirado y tiene la cara cubierta de manchones, los ojos vidriosos y la expresión abatida.

Avogadro, que está de pie junto a Buckmaster, está lívido, molesto y desgastado, aunque no tan abatido como el sospechoso.

-Esto es un manicomio -murmura el jefe de seguridad, dirigiéndose a Sadrac- Cincuenta arrestos en una hora. Todas las celdas de interrogatorio están repletas y todavía siguen llegando sospechosos. Lunáticos, mendigos, ladrones, toda la resaca de Ulan Bator. Y los radicales, por supuesto. Yo voy de celda encelda, de celda en celda, y ¿para qué? ¿Para qué? -una risa áspera-. Habrá kilos de carne para el depósito de órganos antes de que todo esto termine -se vuelve lentamente hacia Buckmaster. Su figura pesada se mueve como arrastrada por doble gravedad ¿Bien, Buckmaster? Tiene visitas. ¿Lo reconoce?

-¿Para qué me lo pregunta si sabe que lo conozco? -dice Buckmaster, sin apartar la mirada del piso.

-Dígame quién es.

-Déjeme en paz.

-Dígame quien es -la voz de Avogadro, aunque abatida, es apremiante y amenazadora.

-Mordecai. Sadrac Inmundo Mordecai.

-Gracias, Buckmaster. Ahora dígame cuándo lo vio al doctor Mordecai por última vez.

-Anoche -la voz resquebrajada y enfermiza de Buckmaster apenas se oye.

-Más fuerte.

-Anoche.

-¿En dónde?

-¡Usted sabe en dónde, Avogadro!

-Quiero que me lo diga usted.

-Ya se lo dije.

-Dígamelo otra vez. Delante del doctor Mordecai.- Dígamelo.

-¿Por qué no me descuartizan y terminamos con todo esto de una vez?

-Es peor para usted, Buckmaster, si se comporta así. Y peor para mí, también.

-¡Qué pena!

-Yo no tengo nada que ver con todo esto. No soy el que toma las decisiones -dice Avogadro.

-¿Y yo? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? -dice Buckmaster, levantando la cabeza. Su mirada es fría, furiosa y penetrante-. Ya conozco el juego. Me interrogarán por un rato, me acusarán de conspirador y me sentenciarán a muerte y luego, al depósito de órganos, ¿no es verdad? ¿No es verdad? Y seré un cadáver pero no un cadáver muerto: mi cuerpo mantendrá la temperatura normal, seguiré respirando y el organismo seguirá funcionando. Seré parte de las reservas, fiara que cuando Genghis Mao necesite un pulmón, un riñón o un corazón recurran a mi cuerpo, ¿No es verdad?

-Buckmaster...

-Genghis Mao teme que disminuyan las reservas -continúa Buckmaster, riendo entre dientes-, y como no puede aprovecharse de la pobre gente que día a día muere de descomposición orgánica en todo el mundo, recurre a nosotros, a su propia gente, ¿no es verdad? Muy bien, ¡que me lleven al depósito! ¡Qué me conviertan en alimento para caníbales! Pero terminemos con esta farsa de una vez por todas. Terminen con estas preguntas idiotas.

Avogadro suspira.

Continuemos, entonces. Usted vio al doctor Mordecai en...

-Timbuku.

Avogadro hace una seña con la mano izquierda, y un individuo que está sentado frente a una consola de control, en el otro extremo de la habitación, oprime un botón. Buckmaster se sacude y corcovea y un espasmo breve, pero terrible, cubre el costado izquierdo de su rostro.

-¿En dónde lo vio?

-En Piccadilly Circus.

Avogadro vuelve a levantar la mano izquierda, esta vez más alto. Vuelven a activarse los controles. Se repite el espasmo facial, mucho más intenso que el anterior. Sadrac Mordecai comienza a inquietarse, se apoya en un pie, luego en el otro.

-Quizás no sea necesario... -dice en voz baja.

-Sí, es necesario -le dice Avogadro-. El proceso de interrogatorio debe cumplirse al pie de la letra -luego se dirige a Buckmaster-. Estoy dispuesto a seguir con esto todo el día. Me aburre, pero es mi trabajo. Si es necesario lastimarlo, lo lastimare, si me obliga a dejarlo inválido, pues quedará inválido, porque no puedo hacer otra cosa. ¿Me entiende? No puedo hacer otra cosa. Bien, usted se encontró con el doctor Mordecai en...

-Karakorum.

-¿En qué parte de Karakorum?

-AL salir de la carpa de los transtemporalistas.

-¿A qué hora, aproximadamente?

-No sé. Era tarde, pero antes de la medianoche.

-¿Es verdad lo que dice Buckmaster, doctor Mordecai? Piense que grabaremos todo lo que usted conteste.

-Todo lo que ha dicho hasta ahora es verdad -responde Sadrac.

-Bien. Adelanta, Buckmaster. Repita lo que me dijo hoy. Usted se encontró con el doctor Mordecai y, ¿qué le dijo?

-Dije una serie de estupideces.

-¿Qué clase de estupideces, Buckmaster?

-Cosas sin sentido, Aún estaba bajo el efecto de la droga transtemporalista.

-¿Qué fue exactamente lo que le dijo al doctor?

Buckmaster, silencioso, no aparta la mirada del piso.

Avogadro levanta la mano derecha casi hasta la altura del hombro. El asistente activa los controles y Buckmaster da un salto como si acabaran de acuchillarlo, agitando el brazo derecho como una víbora enfurecida.

-Contésteme, Buckmaster. Por favor.

-Lo acusé de hacer el mal.

-Siga.

-Le dije que era un Judas.

-Y un negro miserrable -dice Sadrac. Avogadro lo codea sútilmente, indicándole que su intervención es inoportuna.

-Dígame exactamente de qué lo acusó al doctor Mordecai.

-De hacer su trabajo.

-¿Qué quiso decir?

-Lo acusé de mantener al Khan con vida. Le dije que si el presidente no había muerto hacía cinco años, era por culpa de él.

-¿Es verdad eso, doctor Mordecai? -pregunta Avogadro.

Sadrac duda antes de responder. En realidad, no querría colaborar para que envíen a Buckmaster al depósito de órganos. Pero sería una tontería tratar de protegerlo en este momento. Sabe que el incidente de anoche fue grabado y revisado. Buckmaster es el único culpable de su condena. Por lo tanto, ya no hay esperanzas de salvarlo, ni con una mentira, y si pudiese lo único que lograría es poner en peligro su propio pellejo.

-Si, es verdad -responde finalmente.

-Muy bien, Buckmaster. ¿Entonces usted lamenta que Genghis Mao no haya muerto hace cinco años?

-Déjeme en paz, Avogadro.

-Contésteme. ¿Usted quiere que el presidente se muera? ¿Es ésa su posición?

-¡Anoche estaba drogado!

-Ahora no está drogado, Buckmaster. ¿Cuál es su actitud con respecto al presidente, en este momento?

-No sé. Sencillamente no lo sé.

-¿Lo ve como un enemigo, quizás?

-Quizás. Mire, Avogadro, no me obligue a hablar más. Ya estoy en sus manos, esta noche me entregarán a los caníbales. ¿No le basta con eso?

-Podemos terminar con todo esto cuanto antes, siempre que usted colabore.

-Muy bien -dice Buckmaster. Levanta la cabeza, demostrando que aún tiene dignidad-. No tengo nada en contra del régimen de Genghis Mao, pero no estoy muy de acuerdo con la política que sigue el CRP. Lamento haber dedicado tanto esfuerzo para servirles. Reconozco que anoche estaba sobreexcitado y que le falté el respeto al doctor Mordecai,

de lo cual estoy muy avergonzado. Pero, a pesar de eso, ¡escúcheme bien, Avogadro!, a pesar de eso no fui desleal en ningún momento. No sé nada acerca de la muerte de Mangú. Juro que no tengo nada que ver.

Avogadro hace un movimiento afirmativo con la cabeza y, dirigiéndose a Mordecai, pregunta:

-¿El prisionero mencionó a Mangú anoche?

-Creo que no.

-¿No puede dar una respuesta más precisa?

Mordecai queda pensativo unos minutos, al cabo de los cuales responde:

-No. Por lo que puedo recordar, no mencionó a Mangú.

-¿Hizo alguna amenaza en contra de la vida de Genghis Mao?

-Ninguna que yo recuerde.

-Piense, doctor.

Sadrac meneaba la cabeza.

-Usted tiene que entender, Avogadro, que yo también estaba bajo el efecto de la droga transtemporalista y no presté mucha atención a lo que dijo Buckmaster. Sí, criticó al gobierno, pero no creo que haya hecho amenazas directas. No.

-Tendré que refrescarle la memoria, entonces -dice Avogadro al tiempo que le hace una seña a su asistente. A continuación se oye un sonido sibilante y, de un parlante invisible, el sonido de una voz, extraña y familiar al mismo tiempo. Es la voz de Sadrac.

-...La manera en que te comportas, Buckmaster, es realmente suicida. Mañana el presidente recibirá un informe de todo lo que has dicho, Roger. Te estás destruyendo.

-...Yo lo destruiré a él. A ese vampiro que nos tiene a todos como rehenes a nuestros cuerpos, a nuestras almas...

-Otra vez -dice Avogadro-. Esa última parte.

-...Yo lo destruiré a él. A ese vampiro que nos tiene a todos...

-¿Reconoce esas voces, doctor?

-La mía y la de Buckmaster.

-Gracias. La identificación es importante. ¿Quién fue el que dijo "Yo lo destruiré a él"?

-Buckmaster.

-Sí. Gracias. ¿Era ésa su voz, Buckmaster?

-Usted sabe que sí.

-¿Una amenaza en contra de la vida de Genghis Mao, tal vez?

-Estaba sobreexcitado y, además lo dije en sentido figurado.

-Sí -interviene Sadrac-. Así es como lo entendí yo. Yo insistí en que dejara de gritar esas estupideces. No veo que sea una amenaza tan seria como para tomarla en cuenta. ¿Tiene una cinta de toda la conversación?

-Sí, íntegra -responde Avogadro-. Tenemos muchas conversaciones grabadas y hemos apartado las que nos parecían subversivas.. Ésta fue una de las primeras que apartamos. El espectrograma de la voz indicaba que se trataba de usted y de Buckmaster, pero, desde luego, su corroboración directa es muy útil...

-Claro -dice Buckmaster- como si fueran a hacer un juicio, con jurado y abogados. Como si no me fueran a transformar en un cadáver antes del amanecer.

-¿No dijo nada acerca de Mangú ¿no es así? -pregunta Sadrac.

-No. Por lo menos, no se, grabó nada.

-Era lo que yo pensaba. ¿Entonces, por qué retenerlo?

-¿Por qué defenderlo, doctor? De acuerdo con la cinta, él lo insultó y lo ofendió.

-Sí, No crea que lo he olvidado, pero, sin embargo, no guardo rencor. Anoche se comportó muy mal conmigo, pero no creo que el hecho de que se haya comportado mal conmigo sea una razón lo suficientemente válida como para enviarlo al depósito de órganos.

-¡Repítelo! -grita Buckmaster-. ¡Por Dios, repítelo!

-Por favor -dice Avogadro. La reacción de Buckmaster parece causarle dolor. Le hace una seña a su asistente, quien, activando los controles correspondientes, libera a Buckmaster de los electrodos y de las correas. Dos ayudantes de seguridad lo ayudan a levantarse y lo sacan de la habitación. Antes de llegar a la puerta, Buckmaster vuelve la cabeza: tiene la cara húmeda, distorsionada por el miedo, los labios le tiemblan, está a punto de llorar.

-¡Yo no soy el asesino! -grita. Finalmente desaparece arrastrado por los ayudantes.

-Él no es el culpable -dice Sadrac- Estoy seguro de eso. Anoche estaba fuera de sí, desvariaba y gritaba, pero no es un asesino. Tal vez no esté conforme con el régimen de Genghis Mao, pero no es un asesino.

Avogadro se hunde en la silla en donde estaba sentado Buckmaster y, jugueteando con los electrodos, enroscándose los cables en los dedos, dice:

-Ya lo sé.

-¿Qué harán con él?

-Y, lo llevarán al depósito de órganos. Antes del amanecer, probablemente.

-¿Pero por qué?

-Genghis Mao escuchó la grabación y considera que Buckmaster es peligroso.

-¡Dios mío!

-Discuta con Genghis Mao, si quiere.

-Parece que todo esto no le preocupa, Avogadro -dice Sadrac.

-No hay nada que yo pueda hacer, doctor.

-¡Pero no podemos dejar que lo asesinen!

-¿No podemos?

-Yo no puedo.

-Si quiere tratar de salvarlo, vaya a hablar con el Khan.

Le deseo suerte.

-Pero podría intentarlo. Tan sólo intentarlo.

-Buckmaster le dijo que era un negro miserable y un Judas, dice Avogadro.

-Pero por eso no voy a permitir que lo descuarticen. -Usted no permite nada. Las cosas son así y punto. El problema es de Buckmaster, ni suyo ni mío.

-Ningún hombre es una isla.

-¿Es posible que haya escuchado eso antes?

-¿Pero no está preocupado? -le dice Sadrac mirándolo fijamente-. ¿No le importa la justicia?

-La justicia es para los abogados y los abogados son una especie extinguida. Yo no soy más que un funcionario de seguridad.

-Usted dice eso, pero no lo piensa.

-¿Ah, no?

-Por Dios, Avogadro. No empiece con eso de "Yo no soy más que un policía". Usted es demasiado inteligente para pensar así, y yo soy demasiado inteligente para creerle. Avogadro se incorpora. Se ha enroscado dos cables alrededor del cuello. Parece un payaso cómico y ridículo con la cabeza inclinada hacia un costado como un ahorcado. - ¿Quiere que vuelva a pasar la cinta de Buckmaster? Hay una parte en la que usted dice que nosotros no somos culpables de que el mundo este como está, que aceptamos nuestro drama, que todos servimos al Khan, porque no nos queda otra salida. La otra alternativa es morir de descomposición orgánica, ¿no es así? Por lo tanto, bailamos al son del Khan y no nos cuestionamos problemas de moral, ni nos preocupamos por culpas o responsabilidades.

-Un momento. Usted lo dijo. Esta en la cinta, dottore. Ahora se lo digo yo a usted. Ya no puedo darme el lujo de tener remordimientos. Perdí ese derecho desde el momento que empecé a trabajar para el Khan. Por lo tanto, no puedo detenerme a considerar si hice bien o mal al mandar a Bucky al depósito de órganos.

-¿Ha visto alguna vez un depósito de órganos?

-No -responde Avogadro-, pero me dijeron...

-Yo sí. Es una sala larga, silenciosa, como la habitación de un hospital, pero muy silenciosa. Sólo se escucha el murmullo de la maquinaria que mantiene a los cadáveres con vida. Hay una doble hilera de tanques abiertos separados entre sí por un pasillo ancho. En cada tanque hay un cuerpo que flota en líquido fisiológico caliente azul y verde, un baño nutritivo. El piso está colmado de tubos intravenosos, como un espagueti rosado. Entre cada par de tanques, hay máquinas de diálisis. Antes de colocar el cuerpo en el tanque correspondiente, matan el cerebro, lo anulan a través del foramen magnum, pero el resto sigue viviendo, Avogadro. Vegetales en forma de animales. Sólo Dios sabe lo que perciben, pero viven, necesitan alimentarse, digieren, excretan. El cabello y las uñas siguen creciendo, las enfermeras afeitan y acicalan los cuerpos periódicamente. Están todos ordenados según el tipo de sangre y el tipo de tejido, disponibles para cada trasplante. Gradualmente los van despojando de sus miembros y órganos, esta semana un riñón la semana que viene un pulmón, y así los reducen poco a poco a torsos. Les quitan los ojos, los dedos, los órganos genitales, el corazón, el hígado...

-¿Y? ¿Qué me quiere decir con eso, doctor? ¿Qué los depósitos de órganos son lugares horribles? Ya lo sé, pero es la mejor manera de conservar los órganos para luego utilizarlos en trasplantes. ¿No es preferible hacer recircular un cuerpo que desperdiciarlo?

-Y transformar a un inocente en un zombie, cuyo único propósito es ser un receptáculo viviente de órganos en reserva.

-Buckmaster no es inocente.

-¿Y es culpable? ¿Culpable de qué?

-De- tener una mala opinión, de tener mala suerte. Buckmaster ya está perdido, doctor.

-Avogadro se pone de pie y apoya ligeramente la mano en el brazo de Sadrac-. Usted es un hombre sensato, ¿no es así, dottore? Buckmaster pensó que usted era un cínico malvado, un sirviente desalmado del Anticristo, pero no, se equivocó: usted es un hombre decente, atrapado en una época sucia, que trata de dar lo mejor de sí. Y bien, doctor, yo soy como usted. Y repito sus palabras: sentirnos culpables es un lujo que no nos podemos dar. Amén. Ahora vaya y deje de preocuparse por Buckmaster. Buckmaster buscó su propio destino. Y cuando oiga las campanas, recuerde que las campanas doblan por el, y eso no lo disminuirá ni a usted ni a mí, porque ya nos hemos disminuido todo lo posible -la sonrisa de Avogadro es cálida, casi compasiva-. Vaya, doctor. Vaya y descanse, que yo tengo mucho que hacer. Aún tengo que interrogar a doce sospechosos antes de la cena.

-Y el verdadero asesino de Mangú...

-Fue el mismo Mangú, estoy seguro. Pero eso no significa nada para mí. Yo seguiré buscando al culpable y seguiré con los interrogatorios y seguiré condenando a inocentes al depósito de órganos, hasta que me den la orden de parar. Ahora vaya, doctor, Vaya, vaya.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente, circula la noticia de que habían enviado a trece conspiradores al depósito de órganos, incluyendo a Buckmaster, el promotor de la rebelión. Este tipo de rumores suele ser exacto, por lo general, pero Sadrac Mordecai, que no se resigna a aceptar la idea, decide consultar al registrador maestro de personal, para averiguar dónde está Buckmaster. Marca el código del departamento de ingeniería, pero la computadora maestra le informa que Buckmaster ha sido trasladado al Departamento 111. Sadrac marca ese código, entonces, y confirma lo que ya suponía: Departamento 111 es la manera elegante de referirse a los depósitos de órganos. Buckmaster ha pasado a formar parte de las reservas humanas. Le han anulado el cerebro a través del foramen magnum. Pobre tonto. Pobre infeliz.

Como todas las mañanas, Sadrac visita al Khan, pero prefiere no traer a colación el tema de Buckmaster, que ya ha pasado a un segundo plano. Los ojos del presidente brillan con satisfacción lunática, desbordantes de pasión y vehemencia.

-¡Hemos aniquilado a los conspiradores!-declara al verlo entrar a Sadrac- ¡Hemos castigado a los culpables! Hemos combatido la amenaza a nuestro régimen. Nada ni nadie podrá desafiar los principios de la depolarización centrípeta -su cuerpo vetusto rebosa triunfante de buena salud, que vibra en los nódulos de Sadrac como un caudal embravecido de energía renaciente.

Sadrac, entonces, se dispone a extraer muestras de sangre, a administrar los medicamentos del día, a controlar los reflejos, pero el presidente, sumergido bajo un pilón de heliografías de los distintos modelos del monumento de Mangu, apenas le presta atención, como si no advirtiera su presencia, como si Sadrac no fuera más que un mucamo que esta cambiando las sábanas. Es obvio que en este momento lo único que lo preocupa es la deificación del difunto heredero. Mientras canturrea una canción que no existe, Genghis Mao examina los bosquejos que crujen sobre la cama. sobre la almohada, sobre las rodillas huesudas: los analiza desde distintas perspectivas, los aprueba, los desecha, los deja caer, garabatea acotaciones al margen, murmura comentarios personales.

-¡Ja! ¡Éste me gusta! -estalla finalmente en un grito de admiración- Es una copia adaptada de la Gran Pirámide de Gizeh, pero dos veces más grande. De cada una de las cuatro caras se desprende una estatua de Mangú de veinte metros de altura. ¿Qué le parece? -le entrega el dibujo a Sadrac en un movimiento súbito e impulsivo-. fue idea de Ioniylakis, que como todos los demás, se basa en monumentos antiguos, tratando de mejorarlos. ¿Qué le parece este dibujo Sadrac?

-Bien... eeh... las estatuas... en fin... creo que rompen la línea de la pirámide, ¿no le parece?

-¿Y eso qué importa?

-Las pirámides son tan bellas -dice Sadrac-, tan compactas...

-La pirámide original es un concepto ya agotado -irrumpe el presidente-. Lo que me gusta de este monumento es precisamente el contraste de ángulos, el declive de la cara de la pirámide en oposición a la estatua erecta que se desprende de ella. ¿Se da cuenta? Mangú elevándose hacia arriba, hacia los costados alejándose del centro... ¡es centrípeta, Sadrac! ¿Se da cuenta?

-Yo diría que es centrífugo, señor.

Genghis Mao queda azorado, mirando a su médico como si éste lo hubiera golpeado.

-¿Centrífugo? ¿Centrífugo? ¿Está hablando en serio? -estalla en una carcajada frenética- ¡Ah, una broma! ¡Es una broma! ¡Este Sadrac tan formal y serio haciendo bromas! Dígame, Mordecai, ¿usted cree que Mangú sufrió al morir?

-Supongo que su muerte habrá sido instantánea. Dudo que estuviera consciente al caer. La aceleración...

-Claro. Mire este otro, por favor, un obelisco helicoidal.

Según dice aquí, mide novecientos metros de altura, es una gran espiral de metal a través de la cual se desplaza un campo magnético, y en cuyo vértice hay una descarga constante de destellos luminosos...

-Si me permite, señor, debo aplicarle la inyección de tritetrozol...

-Después, Sadrac.

-El nivel de absorción es apenas más elevado que el adecuado para aplicarle la infección. Si me permite su brazo...

-...y este otro también me gusta, sí. Un sarcófago gigante de alabastro con incrustaciones de ónix...

-Cierre el puño, señor.

-...construiré una tumba digna de...

-Contenga la respiración, por favor. Cuente hasta cinco.

-...una escalera digna de, Alejandro el Grande, de Tutankamón e incluso de Genghis Khan, Sí. ¿Por qué no? Mangú...

-...y relájese, ahora, señor...

-...Ch'in Shih Huang Ti. ¡Ése es nuestro prototipo! ¿Lo conoce, Sadrac?

-¿Señor?

-A Ch'in Shih Huang Ti.

-Creo que...

-El primer emperador de la China, el Unificador, el constructor de la Gran Muralla. ¿Sabe como lo enterraron? -Genghis Mao comienza a revolver la pila de documentos desparramados en la cama y finalmente saca un manojo de grabados de color verde claro y los despliega frente a Sadrac- Lo enterraron en un palacio construido en la cima de una gran colina de arena en el sur del río Wei, al pie del monte Li. ¿O era monte Wei, río Li? Wei. Li. En el palacio, había un mapa del relieve de la China moldeado en bronce, con ríos, llanuras, montañas, valles. El Yangtzé y el Huang Ho tenían canales de cuatro metros de profundidad que contenían mercurio. En la orilla de los ríos había modelos de ciudades y palacios, y toda la estructura estaba coronada por una cúpula brillante de cobre tallado, donde estaban representadas la luna y las constelaciones. ¡El ataúd del Primer Emperador, entonces, flotaba en uno de los ríos de mercurio, Sadrac!;Un viaje interminable, silencioso y fluido, a través de la China! ¡Oh, Sadrac, quiero que me bañen en mercurio, que el lecho de mi muerte sea de mercurio! ¿Ve el ataúd? AL costado, hay un poderoso arco listo para arrojar una flecha a cualquier intruso. También hay trampas y puñales ocultos para atacar a los posibles profanadores, y también hay máquinas tronadoras... y cientos de esclavos y oficiales enterrados en la colina, junto a Ch'in Shih Huang Ti para servirlo, sí. ¡Es grandioso! ¿Qué le parece, Sadrac, si construyo esto para Mangú? -el presidente parpadea, frunce el ceño, se humedece los labios. Sadrac percibe un cambio en la temperatura epidérmica y en la presión sanguínea-. Pero, si construyo semejante tumba para Mangú, ¿qué clase de tumba tendré que construir para mí? Porque, de más está decir que yo merezco una tumba mucho más majestuosa. Pero que... que... -una enorme sonrisa dibuja el rostro del presidente-. ¡Hay tiempo para pensar en eso! ¡Veinte, cincuenta años! ¿Por qué habría de pensar ahora en tumbas para Genghis Mao? Es a Mangú a quien enterramos. ¡Le daremos la tumba más suntuosa! -el anciano apila las heliografías a un costado, como dando por concluida la etapa-. Ya son cuarenta y uno los conspiradores enviados al depósito de órganos, Sadrac.

-Tenía entendido que eran trece.

-Cuarenta y uno, y aún no hemos terminado. Le dije a Avogadro que teníamos que juntar cien. ¿Se imagina la cantidad de hígados en reserva? ¿Los metros y metros de intestino! Me encantan los depósitos de órganos, Sadrac. Usted sabe que odio el desperdicio en cualquiera de sus formas. Hay que conservar, porque conservar es algo así como... es poesía. Cuarenta y un cadáveres más. Hemos sofocado la amenaza al

gobierno -la voz del presidente se vuelve grave, hueca-. Pero Mangú... ¿qué le han hecho a Mangú? Mi otro ser, la parte de mi ser que iba a reencarnarse en él, mi príncipe, mi virrey...

-Señor, tal vez se esté sobreexcitando.

-Me siento perfecto, Sadrac.

-Un poco de descanso, sin embargo...

-¿Descanso? No necesito descansar. Me siento tan bien que podría levantarme de la cama y correr de aquí a Karakorum. Descansar, ¿para qué? ¿Está preocupado por mí, Sadrac? -la risa del presidente estalla, explosiva, resonante-. Me siento perfecto. Nunca me he sentido mejor. Deje de preocuparse, Sadrac. Parece una anciana. ¿Usted es cristiano, Sadrac?

-¿Señor? -dice Sadrac confundido.

-Cristiano. Cristiano. ¿Acepta al único Hijo de Dios como nuestro Salvador? ¿Qué le pasa? ¿No oye? ¿Tiene problemas auditivos? Le voy a decir a Warhaftig que le cambie los tímpanos. Le pregunté si es cristiano.

Sadrac está desconcertado.

-Bien...

-Usted lo sabe. Lo sabe. Pater noster qui estás en los cielos. Ave María, llena eres de gracia. Todos aquellos que coman mi carne y beban mi sangre tendrán la vida eterna, y subirán a los cielos en el último día. Usted conoce estas palabras, ¿no es así Sadrac? Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Ite missa est. ¿Y bien?

-Bien, mis padres me llevaban a misa a veces, pero en realidad no puedo decir que...

-Muy mal. ¿No es creyente, entonces?

-Tal vez lo sea en el sentido restringido de la palabra, pero...

-Que yo sepa, la palabra tiene un solo sentido.

-Entonces, debo decir que no soy creyente.

-Bien, santificado sea tu nombre. ¿Le gustaría ser Papa?

-¿Señor?

-Pero, ¿eso es lo único que sabe decir? ¿Señor? ¿Señor? -Genghis Mao mimifica la obsecuencia de Sadrac con ferocidad arrasadora. El rostro del Khan arde y el pulso es cada vez más acelerado-. El reino y el poder. Ah, y la gloria. Ustedes, los cristianos me entienden. Yo soy el camino, la verdad y la vida, dice el Señor, y sólo a través de mí llegarán al Padre -esta explosividad maníaca inquieta a Mordecai, quien, simulando examinar la base del sistema de mantenimiento, oprime el pedal de 9-pordenone para aumentar la dosis de tranquilizante del Khan. Genghis Mao se incorpora y grita: ¡Contésteme sí o no, pero basta de señor! ¡Papa! Le pregunte si le gustaría ser Papa! El Papa ha muerto y los cardenales, que se reunirán este verano, me pidieron que nombre al próximo Papa. Les enviaré el nombre de mi médico, mi hermoso médico negro, ¿sí? Le Pape noir. Il Papa negro. Hubo tantos santos negros, ¿por qué no habría de haber un Papa negro? Podríamos llamarlo por su nombre, que es parte del poder y la gloria. ¿Y Papa Legba? ¿Eh? ¿Eh? -Genghis Mao aplaude- ¡Papa Legba!

Es el nuevo hígado, piensa Sadrac. ¿Le habrán transplantado el hígado de un loco?

-Yo no soy Católico Romano -responde Sadrac con suavidad.

-Podría convertirse. Eso no cuesta nada. Una semana de preparación le bastará para aprender todas las oraciones y lo demás Kyrie eleison. Credo in unum Deum. Om mani palme hum.

Hay algo nefasto en este discurso demente. El cambio repentino de un tema a otro, el torrente turbulento de fantasía, la súbita efusividad verbal, no inspiran confianza con respecto a la estabilidad mental de Genghis Mao. Éste es el hombre que gobierna el mundo, piensa Sadrac; sí, aunque parezca mentira.

-Si me nombra Papa, ¿quién será su médico? -dice.

-Usted, desde luego.

-¿Desde Roma?

-Trasladaríamos el Vaticano a Ulan Bator.

-Aún así, señor, no creo que pueda desempeñarme con eficiencia en los dos trabajos al mismo tiempo.

-¿Un joven como usted? Ya lo creo que podría. ¿Cuántos años tiene, treinta y cinco, treinta y seis, algo así? Usted sería un Papa formidable, Sadrac. Yo también me convertiría al Catolicismo, y usted sería mi confesor. No rechace la oferta, Sadrac. Aquí no tiene mucho que hacer. Necesita distraerse. Se pasa el día atendiéndome, porque de otra manera caería en el ocio. ¿Qué necesidad tiene de saturarme con medicamentos? ¿Por qué me mira así?

-Preferiría que no me nombrara Papa, señor.

-¿Última palabra?

-Sí.

-Muy bien. Nombraré a Avogadro, entonces.

-El es italiano, al menos.

-¿Cree que estoy loco, Sadrac?

-Señor, creo que se está exigiendo demasiado. Debe permanecer dos horas en reposo absoluto. Si usted me permite, le daré una píldora para dormir.

-No le permito. Váyase a Karakorum y diviértase.

Gonchigdorge será Papa. Sí, un mogol. ¿Le gusta? A mi me gusta la idea. Santificado en las alturas, el Padre Genghis, Temujin, ¿le gusta? Déjeme, Sadrac. Me pone hermoso. No estoy loco. No me estoy exigiendo demasiado. Estoy angustiado por la muerte de Mangú. Lamento su desaparición y haré que el mundo entero lo recuerde para siempre.

¡Todo un día por delante y ya enviamos cuarenta y un conspiradores al depósito de órganos! ¿Por qué no se va a Karakorum, Sadrac?

Los niveles metabólicos aumentan cada vez más. Sadrac está alarmado. Vuelve a manipular el pedal del tranquilizante. El anciano ya debe estar ahogado en 9-perdenone, pero de alguna manera el estado maníaco del presidente vence el efecto del tranquilizante. Finalmente, el Khan parece calmarse y Sadrac se va. A pesar de que está preocupado, confía en que el temperamento de Genghis Mao se estabilizará por un rato. Cuando está por salir, el presidente lo llama y grita:

-¡O Rey de Inglaterra! ¿Qué opina? ¡Pronto habrá una vacante en Windsor!

CAPÍTULO 13

Por lo general, Sadrac pasa sus noches libres con Nikki Crowfoot, pero no siempre: no son marido y mujer, no están casados. Sadrac ama a Nikki, o cree que la ama, lo cual significa exactamente lo mismo para él. Esto, sin embargo, no quita la posibilidad de que Sadrac salga con otras mujeres, como por ejemplo esta noche, que ha ido a Karakorum con Katya Lindman, a quien nunca ha logrado evadir por un período prolongado. Hoy, entonces, es Katya quien está en ascensión como un maligno Saturno que se eleva hacia la casa de Acuario. Nikki está en otra parte; Sadrac no sabe en dónde y, por lo tanto, está libre, disponible y vulnerable. Hoy es Katya la dueña de la noche.

-¿Vendrás conmigo a la carpa de la muerte onírica, Sadrac? -pregunta Katya. Su voz es tan grave y potente que anula la voluntad de Sadrac, quien decide finalmente entregarse a los misterios de la muerte onírica. ¿Por qué no? La respuesta afirmativa de Mordecai ilumina los ojos oscuros de Katya con alegría salvaje y diabólica.

El pabellón de la muerte onírica es una enorme carpa negra con franjas anaranjadas, sostenida por una cantidad innumerable de postes. A la entrada, se alza la imagen de la cabeza de un carnero, una figura pesada, tétrica, agresiva, que hace sangrar el aire fresco de la primavera con sus cuernos enroscados, macizos y descollantes. Sadrac sabe que el carnero es Amón-Ra, el dios del miedo, el rey del sol, el patrono de la muerte onírica. Según dicen, este culto tiene sus orígenes en los ritos secretos que se practicaban durante la Quinta Dinastía del Egipto faraónico, a orillas del río Nilo, río lento y abrumador. Sadrac, que recuerda la atmósfera tétrica de la carpa de los transtemporalistas, se sorprende al comprobar que el interior del pabellón de la muerte onírica resplandece con una intensa luminosidad que brota de los distintos accesorios distribuidos por todo el lugar: arañas que cuelgan del cielo raso, lámparas de pie, reflectores; una esplendorosa cascada de cuentas refulgentes que hacen arder el aire con un brillo enceguedor, azul blanquecino, desterrando las sombras del reino de AmónRa, el rey del sol.

Se les acerca una figura enmascarada, la de una esbelta joven oriental, cuya única vestimenta es un lienzo de color blanco que le rodeó las caderas, y una inmensa máscara dorada, la imagen de una leona, que descansa sobre los hombros delgados. Entre los delicados pechos desnudos, reposa un colgante de oro refulgente, la cruz ansata. La joven no habla, pero, con gestos expresivos, conduce a Katya y a Sadrac a través de la carpa entre hombres y mujeres que duermen sobre mullidos colchones de algodón blanco, rodeados por altas barreras de. soga dorada entrelazada en barras de ébano. AL llegar a un compartimiento vacío, el que ocuparán Mordecai y la doctora Lindman, se detienen. En el interior del cubículo hay dos colchones ubicados uno al lado del otro junto con la indumentaria ritual prolijamente doblada, y un baúl de madera trabajada donde, según las indicaciones de la guía, guardarán la ropa de calle. Katya comienza a desvestirse sin rodeos, y después de un momento Sadrac la imita. Es obvio que la guía no tiene interés alguno en la desnudez de la pareja, puesto que permanece de pie en un costado. Sadrac se siente ridículo vistiendo la indumentaria del rito: una pieza de lienzo, del tamaño de un pañuelo, que le cubre las nalgas y los muslos, sujeta al cuerpo por un cordón que rodea las caderas. En el pecho, lleva dos tiras angostas, una de color verde y otra azul, dispuestas en forma de cruz, que Sadrac sujeta con la ayuda de la joven guía.

Katya sonríe. Su desnudez despierta el deseo en Sadrac, un deseo apagado, carente de amor y aun de alegría. El triángulo público una parva densa, oscura y rizada que se desparrama entre los muslos, ejerce una atracción terrible que exalta en Sadrac el anhelo de enterrar su sexo en medio de esa selva, de hundirse como un puñal en las profundidades implacables de Katya, y permanecer allí, inmóvil. La doctora Lindman lleva un taparrabos similar al de Sadrac y un colgante idéntico al de la guía, que, en lugar de cubrir su cuerpo desnudo, lo realza. Como siempre, Mordecai se siente perturbado por la

figura de Katya, de caderas anchas y nalgas voluminosas. Parecen las formas de una campesina, el centro de gravedad bajo, el ombligo oculto entre los pliegues del vientre adiposo, y los pechos abundantes y alargados. Es un físico fuerte, corpulento y poderoso, aunque de ninguna manera atlético: una versión exagerada de la Venus, similar a los dibujos prehistóricos de las cavernas de Cro Magnon. Sadrac supone que lo que más lo incomoda es ese contraste entre la figura sensual, robusta y corpulenta, y los labios voraces y dientes filosos, amenazantes. La boca de Katya no corresponde al arquetipo que el resto de su cuerpo proyecta, y esta contradicción hace que Sadrac la vea como un ser extraño. Falsus in uno, falsus in omnibus, tal vez.

La guía los invita a arrodillarse sobre el colchón y les entrega a cada uno un talismán de metal lustrado que, a primera vista, parece un simple espejo: una plancha lisa y brillante, en cuyo contorno hay pequeños grabados de motivos egipcios, el Horus, escarabajos, serpientes, escorpiones, abejas, el ibis de Thot, entremezclados con diminutos jeroglíficos agoreros; pero, a medida que Sadrac observa el amuleto con más detenimiento, advierte unas líneas punteadas, casi invisibles, que forman dibujos extraños, girando en el centro de la planchuela. También comprueba que estas líneas se hacen visibles sólo cuando sostiene el amuleto de tal manera que quede en ángulo recto con respecto a una lámpara que brilla sobre el compartimiento; y que, moviendo apenas la planchuela, hace que las líneas se muevan, que giren de izquierda a derecha formando un remolino, un torbellino que...

...lo atrae hacia el centro del disco.

Entonces aquí recurren al hipnotismo en lugar de las drogas, piensa Sadrac vanidoso, Sadrac el estudioso, el científico, el observador de los fenómenos humanos. De pronto se siente atrapado, no puede resistirse, algo lo envuelve, lo atrae y él está impotente, es un punto en el espacio cósmico, un átomo, un fantasma...

...hace sólo un momento, se maravillaba por el ingenio del mecanismo y ahora algo lo apresa, lo retiene, lo atrae, y no es capaz de elaborar un razonamiento objetivo, anima una vagala blandula, hospes comesgue corporis...

A medida que Sadrac se sumerge en el inconsciente. La sacerdotisa -no sabe de qué otra manera llamarla- comienza a entonar una canción rítmica, incompleta y evasiva, una amalgama de palabras inglesas y mogoles y de lo que probablemente sea egipcio faraónico; invocaciones a Set, Athor, Isis, Anubis, Bast. Lo rodean figuras místicas envueltas en sombras repentinas, el dios con cabeza de halcón, el gran chacal, el simio con cara de perro, el escarabajo enorme e inquieto, deidades disecadas que intercambiara comentarios sagaces en lenguas oscuras, que mueven la cabeza en gestos de aprobación, que señalan. Aquí está Padre Amón llamándolo ardiente como la luz solar, turbulento como la piel del sol. Aquí está la bestia sin rostro, irradiando torrentes de flama estelar. Aquí está el dios enano, el bufón, el defensor de los muertos corcoveando, ahogado en carcajadas. Aquí está la diosa con cuerpo de mujer y tres cabezas de serpiente. Los dioses bailan, ríen, beben, escupen, lloran, aplauden. La sacerdotisa sigue cantando, y sus palabras, que se deslizan una tras otra en la mente de Sadrac, se han apoderado de él, lo dominan. Mordecai apenas las comprende, todas las estructuras se han disuelto, han perdido sus formas, pero, de alguna manera remota, sabe que algo lo maneja, lo atrae, que esta joven amarilla, desnuda y esbelta, lo entrega a un mundo desconocido, a través de una melodía imperturbable que describe determinadas actitudes hacia la vida y la muerte, que da forma a la experiencia que Sadrac vivirá en las próximas horas.

Sadrac se mece en la brisa escatológica: la joven sacerdotisa es su dueña, lo guía, lo conduce, lo (leva hacia caminos desconocidos. Una fuerza suave y mansa lo separa de su ser. Nunca había sentido algo semejante, ni en la carpa de los transtemporalistas, ni con ninguna de las drogas psicodélicas tradicionales, ni con kot, ni con yipka. Esto es

nuevo, único, un desprendimiento de masas, un desarraigamiento de la carne, una liberación, un alivio. Sabe que se está... ¿muriendo?

Sí, se está muriendo. Esto es lo que ofrecen en este rito: la muerte, la experiencia de alejarse de la vida, de hacer que la vida se aleje de él. Siente como si su cuerpo no existiera, ya ha pasado la barrera de sensaciones externas. Ésta es la muerte verdadera, la separación inevitable hacia la que se encaminó su vida a través de todos sus días. No es un simulacro, no hay trucos de hipnotismo: ésta es la muerte, la muerte verdadera; Sadrac se va, se va para siempre, aunque un recóndito lugar de su mente está consciente, por supuesto, de que se trata de un sueño, un pasatiempo nocturno. Sin embargo, más allá de esa conciencia yace una noción que considera la posibilidad de que Sadrac esté soñando que está soñando en el amuleto, en la carpa y en la joven oriental, de que haya caído en la ilusión de una ilusión y de que realmente se esté muriendo, aquí, ahora. Pero eso no importa.

¡Qué fácil es morir! Una bruma gris, fresca y húmeda rodea la figura de Sadrac, una niebla en la que todo desaparece, Anubis y Thot, Katya y la sacerdotisa, la carpa, el amuleto; una niebla que invade y penetra el cuerpo de Sadrac hasta transformarlo en aire gris. Sadrac ya es parte de la bruma y flota en el vacío. ¿Y a esto le teme tanto Genghis Mao? ¿A ser un globo y nada más que un globo, a ser una figura de helio rodeada por una piel que no existe, a ignorar responsabilidades, a liberarse y flotar, flotar? Genghis Mao es tan pesado que debe ser difícil transformarlo en aire. Sadrac no tiene problemas: atraviesa el centro del vacío y vuelve a emerger entre la niebla en el extremo opuesto. Ya ha recuperado su forma humana y está completamente desnudo, sin trapos ajustados a la cintura. Lo acompaña Katya, que también está totalmente desnuda. A sus pies, yacen los cadáveres desechados, relajados, inertes, como si durmieran, como si respiraran lenta y rítmicamente. Pero no, no es así: están realmente muertos, completamente muertos, muertos. Sadrac Mordecai contempla su cadáver.

-Qué tranquilo que es este lugar dice Katya.

-Y limpio. Han purificado el mundo para nosotros.

-¿Adónde vamos?

-A cualquier parte.

-¿Al circo? ¿A la plaza de toros? ¿Al mercado? ¿A cualquier parte?

Se alejan en el vacío. La joven oriental los saluda. Se pierden, flotan en el aire apacible y fragante. Los árboles están florecidos de capullos de fuego, chispitas inquietas que adornan las ramas, que se desprenden y navegan a la deriva, que giran y giran hasta llegar a Katya y Sadrac, y rozar su piel y hundirse plácidamente en sus figuras incorpóreas. Sadrac contempla una llanita encarnada que atraviesa el pecho de Katya y luego vuelve a emerger por entre sus hombros, cae lentamente, se agota y se renueva en un diminuto retoño que restalla en una llamarada florida. Katya y Sadrac ríen como niños, se desplazan por todo el continente. Las arenas del Gobi relucen chispeantes y la Gran Muralla se extiende frente a ellos como una serpiente ondulante, una serpiente de piedra.

-¡Pero si son el Negro Jim y la pequeña Nell!-grita Ch'in Shih Huang Ti que está de pie sobre la Gran Muralla. Al verlos llegar, baila de alegría y se quita el sombrero. Las trenzas largas y elaboradas revolotean al son de la danza.

-Chop chop -dice Sadrac- ¡Kung po chi ding!

-¿Dónde queda la salida? -pregunta Katya.

-Por allí -le explica el Primer Emperador-. Pasando las cadenas y las barreras de hierro.

Cruzan el portón. Del otro lado de la Gran Muralla hay inmensos arrozales que resplandecen bajo el sol rosado. Mujeres campesinas vestidas con trajes negros y anchos sombreros de culí, trabajan laboriosas, se agachan, siembran, se agachan, siembran; el agua les llega a los tobillos. Se escucha un coro invisible: melódico crescendo de voces celestiales. Katya hace un bollo de barro amarillo que toma del suelo y se lo tira a Sadrac.

¡Glop! Mordecai la imita. ¡Glip! Se embadurnan con barro, uno al otro, se abrazan, se deslizan, flamean. ¡Dulce lodo! Ríen, juegan, caen, ruedan hasta zambullirse en los arrozales, acompañados por la danza de las jornaleras. ¡Huang! ¡Ho! Katya se acerca a Sadrac y abre las piernas, que, como tenazas, oprimen las caderas de Mordecai. Hacen el amor en el barro como dos búfalos en celo. Se abrazan, ruedan y ruedan, braman, se revuelcan en el lodo primitivo: un baño gratificante, un baño de nostalgia. Vientre contra vientre. Sadrac siente que su rígido órgano no le pertenece, que es algo compartido, un nexo independiente que se desliza hacia atrás y hacia adelante en un movimiento ligero y recíproco que une los dos cuerpos entrelazados. Sin alcanzar el orgasmo, se levantan, se bañan y se van a Nueva York. Un viento cálido sopla en la ciudad de los rascacielos, una lluvia de confites los baña, una lluvia que quema y lastima. Los habitantes les dan la bienvenida. Todos sufren de descomposición orgánica aquí, pero lo toman como algo natural, nadie se alarma. Los cuerpos de los neoyorkinos son transparentes, una transparencia que le permite ver a Sadrac los órganos lesionados, las zonas corruptas y putrefactas, las erupciones y erosiones y supuraciones de los intestinos, pulmones, tejido vascular, peritoneo, pericardio, bazo, hígado, páncreas. La enfermedad se anuncia a través de ondas que irradian pulsaciones electromagnéticas, que golpean en el alma de Sadrac. Rojo rojo rojo. La gente de esta ciudad está totalmente enferma, de pies a cabeza, y, sin embargo, están felices, como si no tuvieran motivos para no estarlo. Sadrac y Katya pasean por la quinta Avenida. La piel de Sadrac se ha vuelto blanca y los labios delgados. El pelo lacio y largo le cubre la cara y no lo deja ver. Luego se aparta el cabello de los ojos y comprueba que Katya es negra, qué tiene la nariz ancha y gruesa, nalgas esteatópigas, un manto interminable de piel chocolate, labios de rubí, de miel.

-¡Pun! -grita Katya.

-¡Tang! -contesta Sadrac.

-¡Hop!

-¡Cha!

Bailan entre espadas y ananás. Sadrac la vende a Katya como esclava y la rescata con su primogénito.

-¿Estamos realmente muertos? -le pregunta Sadrac

-Como estacas.

-¿Es siempre tan divertido morirse?

-¿Te estás divirtiendo? -le pregunta Katya.

Ahora están en Méjico. Vegetación exótica y perfumada. Es primavera y los cactus están en flor: tronquitos altos, verdes y espinosos coronados por agitados ramilletes de fragantes pétalos amarillos. Anillos y espirales vestidos de espinas que estallan en coloridos copetes de blanco y rojo. Katya y Sadrac se pasean entre las pitahayas, como sonámbulos, a paso lento y frenético al mismo tiempo. De tanto en tanto, se detienen a hacer el amor. Sadrac seguiría toda la noche bailando esta danza singular. Atraviesan los Pirineos y encuentran a Pancho Sánchez, regordete y grasiento, quien los baña de vino verde que brota de una cantimplora de cuero. Pancho ríe con carcajadas estridentes, al tiempo que bebe el vino que se derrama por los pechos de Katya, quien, también entre carcajadas, lo aleja de su lado. Luego, en un intrépido salto mortal, Pancho vuela a Andorra; Katya y Sadrac lo siguen. EL pueblo los recibe ardoroso, y en su honor acuñan monedas conmemorativas de alto valor.

-Yo creía que la muerte era: algo más serio, -dice Sadrac.

-Y lo es -replica Katya.

Están muertos, y aun así pueden ir a cualquier parte, pero el viaje es vacío. Están en un banquete, y comen hilos de aire, tan. sólo, que no tienen la dulzura de los copos de azúcar. Sadrac quiere algo más sustancioso: y los sirvientes le traen piedras. El color de su piel vuelve a teñirse de negro. Genghis Mao, que está sentado en un trono de jade reluciente de diez metros de altura, también es negro. Todos son negros: Ficifolia,

Buckmaster, Avogadro, Nikki Crow-foot. Mangú es el más negro de todos. Sí, son negros,-pero no tienen el color de los negros africanos: son negros-negros, negros como el ébano, negros como un cuarto oscuro, negros como el aire que separa los mundos. Negros como el carbón. Parecen seres de otra galaxia, y Sadrac se paseó entre ellos, batiendo palmas y rozando codos. Hablan el idioma de los negros mezclados con mogol, ríen y cantan, se arrastran y se sacuden. Ficífolia toca la guitarra, Buckmaster el birimbao, Avogadro el banjo, Sadrac el bongó y Katya la pandereta.

Despójate de tu cuerpo, hombre.
Olvídate de tus huesos.
Es tan... fácil morir.
Tan alegre... la muerte.
Hombre, hombre, hombre.

-Pensándolo bien -dice Sadrac-, esto no me gusta mucho. Estamos haciendo el ridículo.

-Todo tiene su esencia.

-No me siento cómodo. No puedo evitarlo.

-Ni aun estando muerto puedes despojarte de tu esencia, ¿no es así? -Katya lo toma de la mano y lo conduce a través de desiertos de arena resplandeciente, a través de un río de aguas blancas y encrespadas, a través de un espeso matorral de zarzas aromáticas. Finalmente, llegan al océano, a la gran madre salada, donde permanecen recostados, mirando el sol.

-¿Hasta cuándo dura esto? -pregunta Sadrac en tono sereno:

-Para siempre.

-¿Cuándo se acaba?

-Nunca.

-¿Hablas en serio?

-La naturaleza del ser. La muerte no es más que una sucesión de vida a través de distintas formas.

-No lo creo. Dopo la morte, nulla.

-¿Y en dónde estamos ahora, entonces?

-Soñando.

-Sí, los dos en el mismo sueño. No seas tonto. De la superficie mansa del mar, brotan fauces dentadas de los tiburones. Sadrac no les teme: no lo dañarán, después de todo, él está muerto y además, es doctor en medicina. Sadrac se inunda de océano hasta que las aguas se retiran para dejar lugar a una orilla arenosa y brillante, en donde aletean los tiburones, tragándose cangrejos y estrellas de mar. Sadrac ríe. ¡Esta muerte es verdadera, real! El viento gélido del norte ruge en las laderas de los Himalayas, y Sadrac y Katya continúan incansables escalando la montaña por el cráter del norte, aferrándose a la superficie rocosa, pitón por pitón. Sus ojos no se apartan de la formidable cúspide cónica que se eleva sobre el valle como una gigantesca protuberancia; tiemblan a pesar de la indumentaria de abrigo; empuñan las hachas, ya casi heladas por el frío, con manos abatidas; los tanques de oxígeno oprimen implacables los hombros doloridos. Sin embargo, siguen ascendiendo hacia ese vertiginoso mundo a siete mil metros de altura, donde sólo los intrépidos hombres de las nieves se atreven a subir. La cima de la montaña ya se hace visible. Katya y Sadrac alcanzan a ver inmensas grietas, pero no se alarman, ya que aunque los pitones y espolones no sirvan de nada, no tendrán más que dar un brinco gigantesco para obviar las áreas peligrosas. Todo es muy fácil para ellos. Sadrac nunca se había imaginado que la muerte fuera un lugar tan frívolo. El cielo comienza a oscurecerse, y se oye una música solemne. Sadrac siente que avanza con más lentitud, que la energía que lo ha estimulado hasta el momento desaparece para

transformarse en una serenidad glacial, en una inexistencia egipcia. Se fusiona con Ptah y Osiris. Se convierte en un melodioso Mammon erigido a orillas del poderoso Nilo, alejado del tiempo. Katya le hace un guiño que Sadrac devuelve con un gesto de desaprobación: la muerte es algo serio, no es para divertirse. Ya llegó... ya llegó el momento de la muerte, éste es el evento principal: Sadrac ya no se mueve, ya está imbuido por la muerte. La razón, nula; los signos vitales, muertos. Hic jacet. Nascentes morimur, finisque ab origine pendet. Mors omnia solvit. Trombones, por favor. Missa pro defunctis. Requiero aeternam dona eis, Domine. Este lugar es tranquilo. Cuando hablan, hablan en sánscrito, arameo, sumerio o latín, por supuesto. Thot habla en latín, y otros idiomas, desde luego, pero los dioses también tienen sus preferencias. ¡Qué dulce que es estar inmóvil y pensar, si es que se piensa, en idiomas que uno ya no entiende! Nullum est jamdictum quod poro dictum est prius. ¡Qué sonido tan melodioso! Por favor, podrían aumentar el volumen de los clarinetes:

Dies iráe, dies illa
Solvat saeculum in favilla
Teste David curo Sybilla

Las voces disminuyen gradualmente. La música se vuelve mortecina y abstracta a medida que se desvanece. Los instrumentos emiten sonidos huecos, una silueta de sonidos vacía por dentro; ya no son sonidos, sino que se han transformado en ideas de sonidos. A lo lejos, el coro reza palabras antiguas y terribles que crujen tenues, chirriantes, estilizadas, mordaces y penetrantes:

¡Quantus tremor est futurus
Quando Judex est venturus
Cunda stricte discussurus!

De pronto reina el silencio. Sadrac está en paz: ha alcanzado la esencia de la muerte onírica, el final de la lucha y de la búsqueda. La carrera ha terminado. Si quisiera, podría ir a Bangkok, a Addis Abeba, a San Francisco, a Bagdad, a Jerusalén; pero, ¿para qué?, si todos los lugares se han fusionado en un solo universo. Es mejor permanecer aquí, en el punto estático e inmóvil, envuelto en el plumón dulce y suave de la tumba. Consummatum est. Sadrac está en perfecto equilibrio: ya ha muerto, por fin, y sabe que dormirá para siempre.

Se despierta al instante: la mente clara y alerta, como un retintín de campanas penetrantes. El pene, excitado por el deseo tal vez, o por ese poder ciego que atrapa a los hombres en los sueños, Corma una pequeña pirámide en la falda del taparrabo. Katya, que está tendida en el piso apoyada sobre los codos, lo mira. Una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios delgados. La espalda desnuda, ancha y corpulenta, las nalgas compactas y robustas atraen a Sadrac: la tranquilidad de la muerte onírica. desaparece para dar lugar a -un ferviente deseo, un deseo que lo domina..

-Vamos -dice en tono áspero.

-Bien, vamos -dice Katya.

-Estamos cerca del refugio para amantes.

-No. No vayamos allí -dice mientras se viste. La guía enmascarada está en el otro extremo del pasillo, recibiendo a los recién llegados. El resplandor del aire encandila a Sadrac, que aún tiene la sensación de ver a Thot y Anubis acechando en las cercanías. Trata de recuperar el equilibrio ya esfumado, de regresar al punto estático de la muerte, pero sabe que para poder lograrlo por sus propios medios; tendrá que participar en muchas sesiones de la muerte onírica.

-¿Adónde, entonces? -pregunta.

-A la torre. Odio hacer el amor en hoteles. ¿No lo sabías?

Pues entonces Sadrac tendrá que sofocar sus deseos una o dos horas más. Tal vez eso sea el mensaje que le deja la muerte-onírica: postergar el placer, purificar el espíritu. O tal vez no. El contraste entre el ambiente luminoso. de la carpa de la muerte onírica y la oscuridad de la calle estremece a Sadrac. Es una noche fría, demasiado fría para esta época del año: indicios de nieve en el aire, copitos que lastiman la brisa. Apenas se dirigen la palabra en el viaje de vuelta, pero, ya cerca de la estación de Ulan Bator, Sadrac dice:

-¿Estabas allí realmente?

-¿En tu sueño?

-Sí. Cuando encontramos a Pancho Sánchez. Y al Primer Emperador. Y cuando fuimos a Méjico.

-Eso lo soñaste tú -dice Katya-. Yo soñé otra cosa. -Ah. Ah. Yo no estaba seguro, pero todo parecía tan real: estabas conmigo y me hablabas.

-Sí, siempre pasa lo mismo en los sueños.

-Pero, sabes, me sorprende que haya sido tan divertido. Casi frívolo.

-¿Esa es la impresión que tuviste?

-Sí. Sólo al final todo tomó un tono solemne y calmo.

Pero hasta entonces me pareció...

-¿Frívolo?

-Muy frívolo, Katya.

-Mi sueño fue solemne todo el tiempo. Sereno. -¿Cada uno tiene una experiencia distinta?

-Por supuesto -responde Katya-. ¿Qué creías?

-¿Creías que yo estaba contigo en el sueño, que te hablaba, que compartíamos las mismas experiencias?

-Confieso que sí.

-No. No estuve allí.

-Claro, me imagino -Sadrac se ríe-. Estaba inconsciente. Ahora dime: ¿el hecho de que tu sueño haya sido solemne y el mío divertido, dice algo de tu personalidad, de mi personalidad?

-No, Sadrac.

-¿Nada?

-En absoluto.

-¿Acaso no expresamos algo de nuestras caracteres en los sueños que elegimos?

-No -responde Katya.

-¿Cómo puedes estar tan segura?

-Nosotros no elegimos los sueños. Los elige un extraño. Eso es todo lo que sé. La joven de la máscara nos dice lo que tenemos que soñar, nos da las pautas generales, el tono.

-¿Y el contenido? ¿No lo elegimos nosotros?

-Sólo en parte. Las instrucciones de la guía se infiltran en nuestra razón. Sin embargo... sin embargo...

-¿El sueño es siempre el mismo?

-¿En cuanto al contenido? ¿En cuanto al tono?

-En cuanto al tono.

-El sueño es siempre diferente -explica Katya-. La sensación que se experimenta, sin embargo, es siempre la misma, porque la muerte es siempre igual. En cada sueño pasan cosas diferentes, pero al final todas te llevan al mismo lugar, de la misma manera.

-¿Al punto estático?

-Podríamos llamarlo así. Sí. Sí.

-¿Y el significado de mi sueño...?

-No -interrumpe Katya-. No se puede hablar de significados. En la muerte onírica no hay palabras del oráculo. El sueño no tiene significado -el tren subterráneo llega a la estación de Ulan Bator. Vamos -dice Katya.

Suben al departamento de Katya, dos pisos más abajo que el de Nikki. Es un lugar oscuro: tres habitaciones pequeñas en donde cortinados pesados y tiesos bloquean la entrada de luz. Una vez más, están desnudos uno frente al otro, una vez más, Sadrac siente la atracción irresistible que ejerce el cuerpo macizo y corpulento de Katya. Se acerca rígido hacia ella, la abraza, hunde los dedos en los hombros y la espalda rolliza, pero una fuerza irreprimible lo aleja de esa boca aterradora. Sadrac se acuerda del sueño, de la alegría que experimentaba cuando hacía el amor con Katya en los arrozales, en las fragantes noches de Méjico. Caen en la cama. pero, a pesar de que él le acaricia los pechos, a pesar de que hunde la cara entre los muslos fríos y suaves, y a pesar de que se abalanza hacia ella con aparente frenesí, la presencia física de Katya lo castra, lo aniquila, lo debilita. o es la primera vez que esto sucede: cada vez que hacen el amor - muy esporádicamente-, surgen este tipo de dificultades, dificultades que Sadrac rara vez experimenta con otras mujeres. Katya no se incomoda en absoluto por esta situación: con un leve puñetazo, lo aparta a Sadrac de su lado y luego, inclinándose hacia adelante, comienza a besarle con su boca siniestra, salvaje y filosa, lo envuelve con astucia. Sadrac se relaja, ya no le aterran los dientes de Katya, sólo siente labios y lengua, labios y lengua, cálidos y húmedos, que, por fin, logran excitarlo. Katya, entonces, se incorpora deslizándose sobre el cuerpo de Sadrac -se trata, evidentemente, de una maniobra que practica con frecuencia-, para luego descender sobre él, en una embestida súbita e inesperada: un jinete poderoso que se agazapa sobre Sadrac meciendo su cuerpo en apasionado vaivén, con las rodillas flexionadas y las nalgas tensas. Los primeros espasmos del éxtasis laten en la nariz de Katya, distorsionando su rostro. Sadrac la observa, contemplando los párpados comprimidos y la sonrisa feroz que se dibuja en sus labios, y luego, cerrando los ojos, se entrega por completo a la unión sexual. Una energía pavorosa recorre el cuerpo de Katya, que cabalga enardecida irguiendo la espalda de manera que el único punto de contacto entre los dos cuerpos es el pubis. Luego, extendiendo las piernas hacia atrás, oprime su cuerpo contra el de Sadrac. Sí, Katya domina, Katya avasalla a Sadrac entre sus piernas, pero él no se siente en absoluto disminuido. Finalmente, Katya da la señal, una carcajada grotesca, que los une en el clímax culminante.

Después de un breve sueño, Sadrac se despierta y. la encuentra a Katya llorando. ¿Katya llorando? ¡Qué extraño! Nunca se había imaginado que Katya fuera capaz de llorar.

-¿Qué pasa?

Katya menea la cabeza.

-¿Katya...?

-Déjame. Por favor.

-¿Qué te pasa?

-Tengo miedo por ti -dice entre sollozos con la cabeza hundida en la almohada.

-¿Miedo? ¿Por qué? ¿De qué?

Lo mira y menea la cabeza. Se muerde los labios, y su boca se transforma de pronto en la boca de un niño, una boca mansa. Está realmente asustada.

-¿Katya?

-Por favor, Sadrac.

-No entiendo.

Permanece callada. Menea la cabeza. Menea la cabeza.

CAPÍTULO 14

Sólo después de una semana y media Sadrac vuelve a ver a Nikki, que dice estar muy ocupada con los problemas del laboratorio: como consecuencia de la muerte de Mangú, es necesario corregir el sistema del Proyecto Avatar y hacer los ajustes compensatorios adecuados para el nuevo cuerpo donante; por lo tanto, está tan agotada al final del día que prefiere quedarse a descansar. Sadrac, sin embargo, tiene la impresión que Nikki trata de evitarlo, porque siempre fue una persona sociable, aun en las épocas de más trabado. Las salidas con Sadrac eran un desahogo, un escape. ¿Por qué, entonces, se muestra tan reservada y distante? Mordecai está desconcertado. Sabe positivamente que el hecho de que él haya salido con Katya Lindman no es el motivo, ya que no es la primera vez que sale con otras mujeres. Nikki también suele salir en compañía de otros hombres, pero ese tipo de cosas nunca afectó la relación de la pareja. Es obvio que algo está fallando, pero Sadrac no sabe de qué se trata.

El estado crítico de la salud del presidente le hace olvidar temporariamente los problemas con Nikki. Durante los últimos días, Genghis Mao estuvo trabajando en su oficina, visitando el Vector de Vigilancia Lino y dirigiendo las actividades del Comité desde la sala principal. Hasta el momento su recuperación era satisfactoria y, por lo tanto, no había porqué prohibirle que se levantara. Pero ahora, sin embargo, los nódulos internos del doctor Mordecai indican la presencia de algunos trastornos: pulsaciones epigástricas, un leve murmullo sistólico y stress circulatorio general. Sadrac, no tendría que haber permitido que el presidente reanudara sus actividades habiendo pasado tan poco tiempo después de la operación. Mordecai, entonces decide hablar con el Khan, que está en su oficina ocupado con la deificación de Mangú y con la captura de asesinos. No tiene el menor interés de dialogar con su médico acerca de sus síntomas; por lo tanto, ante las preguntas de Sadrac, se limita a responder, en una brusca declaración, que se siente mejor. Lo único que lo preocupa en este momento es su trabado. Ya han arrestado a ciento ochenta y dos conspiradores, de los cuales noventa y siete fueron declarados culpables y enviados al depósito de órganos.

-Los pulmones, riñones e intestinos de todos estos criminales -dice el Khan orgulloso- pronto servirán para prolongar las vidas de los leales miembros del gobierno. ¿Acaso no hay algo de justicia poética en todo esto? Todo es centrípeto, Sadrac. Todos los antagonismos se reconcilian.

-¿Ciento ochenta y dos conspiradores? -pregunta Sadrac-. ¿Es posible que para tirar a un hombre por la ventana hayan hecho falta tantos individuos?

-¿Quién puede saberlo? El crimen en sí tal vez fue perpetrado por dos o tres solamente, pero lo más probable es que hayan necesitado toda una organización de conspiradores para alterar los sistemas de seguridad, para distraer a los guardias, para desviar las cámaras. Calculamos que unos doce conspiradores se encargaron solamente de retirar de la plaza los cadáveres de los asesinos que saltaron por la ventana.

-¿Saltaron? ¿Para qué?

Una sonrisa suave se dibuja en los labios de Genghis Mao.

-Hemos llegado a la conclusión de que los asesinos, después de empujar a Mangú, saltaron por la misma ventana, para evitar que los capturaran en el edificio. Los cómplices, entonces, recogieron los cadáveres y eliminaron todo rastro de muerte.

-Pero, señor -dice Sadrac, mirándolo fijamente-, Horthy dice que vio un solo hombre que caía en el vacío.

-Horthy no se quedó en la plaza y, por lo tanto, no sabe lo que sucedió después.

-Aun así...

-Si los asesinos de Mangú no saltaron después de empujarlo -dice Genghis Mao con los ojos iluminados por el brillo del razonamiento-, ¿qué pasó con ellos, entonces? Después del crimen no encontraron a ningún sospechoso en toda la torre.

Sadrac no encuentra una respuesta apropiada. Sabe que cualquier comentario complicara la situación.

-Señor, me gustaría hablar de su salud -dice después de un momento.

-Ya le dije que me siento perfecto.

-Los síntomas que he detectado, señor, son bastante serios.

-¿Síntomas de qué? -estalla Genghis Mao.

Sadrac cree que se trata de un aneurisma en la aorta abdominal: una alteración en las paredes del gran vaso que transporta la sangre del corazón. Le pregunta a Genghis Mao si ha sentido algún malestar extraño, y el presidente admite, finalmente, que en los últimos días tuvo dolores de espalda. Esto, obviamente, contradice lo que Genghis Mao ha dicho hace sólo un momento, pero Sadrac no hace ningún comentario al respecto: la confesión del presidente le da cabida suficiente para ordenarle que vuelva a la habitación a descansar.

A través de la sonda que canaliza la aorta de Genghis Mao, Sadrac confirma su diagnóstico. Es probable que, a causa de la operación de hígado se hayan formado coágulos en la corriente sanguínea del presidente; y que uno de esos coágulos se haya alojado en las paredes de la aorta abdominal, formando así la infección. Tal vez sea otra la causa, pero, de todas maneras, será necesario operar, porque se trata de un tumor en formación. En el caso de algún otro paciente, tal vez sería preferible dejar que se expandiera el aneurisma, ya que una operación tan próxima a un trasplante de órganos es sumamente riesgosa. Sin embargo, como se trata de Genghis Mao, para quien las operaciones son algo natural, Sadrac se muestra casi indiferente ante la idea de volver a abrirlo. Por otra parte, el aneurisma se ha alojado tan cerca del hígado que Warhaftig podrá extraerlo a través de la misma incisión del trasplante, ya que todavía no se ha cicatrizado.

La noticia, empero, altera a Genghis Mao.

-Ahora no tengo tiempo para operarme -dice irritado. Aún no hemos terminado con la búsqueda de conspiradores, y ése es un problema que debo seguir muy de cerca. Además, la semana próxima, será el funeral público de Mangú y pienso presidirlo en persona. Yo...

Es sumamente peligroso, señor.

-Usted siempre me dice lo mismo. A veces pienso que se divierte diciéndomelo. Usted es muy inseguro, Sadrac. ¿Acaso cree que lo voy a despedir si todas las semanas no me descubre algún problema en el organismo? No, Sadrac, usted me cae bien.

-Yo no invento los problemas, señor.

-Aun así. ¿No podemos esperar uno o dos meses?

-Si esperamos tanto tiempo, será necesario hacer un corte nuevo en un tejido ya cicatrizado.

-¿Qué problema hay? Tengo tantos cortes que uno más...

-Además de eso, los riesgos...

-Sí, sí. Los riesgos ¿Qué riesgos corro si no me operan? -¿Sabe lo que es un aneurisma, señor?

-Más o menos.

-Es un tumor que contiene sangre o un coágulo de sangre que está en contacto directo con las paredes de una arteria y causa deterioros en los tejidos que lo rodean. Imagínese que es un globo que se va inflando gradualmente. cuando un globo se infla demasiado, explota.

-Ah.

-El aneurisma podría romperse, finalmente. En los intestinos, en el peritoneo, en la pleura o en los tejidos retroperitoneales. O podría causar una embolia en la arteria mesentérica superior, produciendo así un infarto intestinal. Incluso la aorta podría

romperse espontáneamente. Son muchas las cosas que pueden suceder, y todas traen consecuencias fatales.

-¿Fatales?

-Indefectiblemente fatales. Primero se siente un dolor muy intenso y luego, la muerte.

-¡Ah! ¡Ah! Entiendo.

-Y eso puede ocurrir prácticamente en cualquier momento.

-¡Ah!

-Sin preaviso.

-Entiendo.

-Una vez que el aneurisma explote, no podremos hacer nada. No habrá forma de salvarlo, señor.

-Ah. Entiendo.

Pero, ¿entiende realmente? Sí, claro que entiende. Imágenes de aneurismas en erupción inundan la mirada mortífera de Genghis Mao. Las mejillas curtidas y enjutas se contraen en profunda reflexión; el gesto sombrío dibuja surcos en la frente de bronce. El Khan está preocupado: no esperaba enfrentarse con la muerte, la muerte en potencia, desde luego. Ahora, como siempre, la idea de que Genghis II Mao IV Khan partirá para siempre, lo aterra. La Revolución Permanente que ha transformado a este mundo deplorable necesita un Líder Permanente. A pesar de que Genghis Mao dijo más de una vez, repitiendo las palabras de Mao I, que cuando un hombre participa en una revolución adquiere una inmortalidad revolucionaria, trasciende la muerte física viviendo indefinidamente en el fermento de la revolución que él ha ayudado a crear, es obvio que el presidente prefiere, en su caso, una especie de inmortalidad menos metafórica. Frunce el ceño y suspira. Finalmente, da su consentimiento para esta nueva interrupción quirúrgica de su labor revolucionaria.

Convocan al cirujano. Se lleva a cabo una reunión, se reorganizan los planes, y Sadrac y Warhaftig le explican al Khan todos los detalles de la operación: será necesario empalmar los vasos sanguíneos que rodean el aneurisma para bloquear la circulación temporariamente, mientras Warhaftig extrae el tumor y coloca una prótesis de dacrón o teflón.

-No -dice el Khan-. Una prótesis, no. Pueden hacer un injerto de tejidos, ¿no es así? No hay mayores problemas de rechazo con el tejido arterial. Es como unir un tubo de goma.

-Pero el dacrón y el teflón han dado buenos resultados -dice Warhaftig.

-No. Ya basta de plástico. Quiero una arteria de verdad. Los depósitos de órganos están sobrecargados de material. Quiero una aorta de algunos de los conspiradores que acabamos de arrestar -dice Genghis Mao con ojos resplandecientes.

Warhaftig lo mira a Sadrac Mordecai, que se encoge de hombros.

-Como usted guste -dice el cirujano.

Al mediodía, Sadrac almuerza con Katya, y después de comer, van a caminar a la plaza Sukhe Bator. Desde la noche que fueron juntos a Karakorum, se ven con más frecuencia que antes, aunque no volvieron a hacer el amor desde aquella vez. Sadrac la nota más amable, menos agresiva, pero no sabe si es él que ha cambiado su actitud hacia ella o si es Katya que se comporta de manera diferente. Si bien es cierto que desde que la vio llorar la mira con otros ojos, también es cierto que Katya se muestra más cálida y afectuosa, tanto que Sadrac sospecha y teme que se esté enamorando de él. Sin embargo, hay algo oculto en la intimidad de Katya, algo que se resiste a revelar, una zona de silencio que se declara enemiga del amor. Sadrac nunca ha observado una actitud semejante en Nikki Crowfoot en las épocas en que su relación con ella marchaba sin problemas.

El sol del mediodía brilla en el aire suave y cálido. Flores doradas iluminan los arbustos en las vasijas de terracota que adornan la plaza. Katya y Sadrac caminan uno al lado del otro, pero los cuerpos no alcanzan a tocarse. Katya ya se enteró de que el Khan será

sometido a una nueva operación: como siempre las noticias no tardan en difundirse en la Gran Torre del Khan, y sobre todo aquellas que se refieren a la salud de Genghis Mao.

-Dime, ¿qué es un aneurisma? -pregunta Katya. Sadrac, entonces, le da una explicación complicada y describe la oración que llevarán a cabo. Están de pie cerca del lugar donde cayó Mangú. Cuando termina, Sadrac mira hacia arriba y trata de imaginarse a dos o tres criminales que, después de asesinar a Mangú, se lanzan en el vacío, mientras los cómplices salen de su escondite para recoger los cuerpos desmenuzados y escapar con ellos. No tiene sentido, piensa Sadrac. Cuesta creer que haya sido el gobernador del mundo quien elaboró con suma seriedad y cautela esa teoría tan ridícula. No tiene sentido. No tiene sentido.

-Han arrestado a casi trescientas personas hasta ahora, de las cuales noventa y siete fueron enviadas al depósito de órganos. Pensar que la semana pasada Buckmaster estaba vivo, dueño y señor de su cuerpo como cualquiera de nosotros... y ahora... Tal vez mañana utilicemos parte de su cuerpo para la operación de Genghis Mao. Y los arrestos continúan.

-Sí, eso es lo que escuché. Los hombres de Avogadro pasan día y noche arrestando gente. ¿Cuándo darán la orden de parar?

-Cuando Genghis Mao decida que han arrestado a todos los conspiradores, supongo.

-¡Conspiradores! -dice Katya con voz áspera y severa: Por un momento su rostro retoma aquel aspecto aterrador e intenso-. ¿Qué conspiradores? ¿Qué conspiración? Todo esto es una locura. Mangú se suicidó.

-Entonces, tú también crees que Mangú se suicidó.

-¿Si lo creo? Estoy segura -dice en voz baja, ocultando el rostro como si temiera que las cámaras de la Gran Torre le leyeran los labios.

-Hablas como si hubieras estado con él cuando se tiró.

-No seas tonto.

-¿Cómo puedes saber que se suicidó, entonces?

-Lo sé. Lo sé.

-¿Acaso estabas con él cuando...?

-Desde luego que no -dice Katya.

-¿Entonces, cómo estás tan segura de lo que dices?

-Tengo mis motivos. Motivos suficientes.

Tú sabes algo que la gente de seguridad no sabe. ¿No es así?

-Sí -responde Katya.

-¿Por qué no lo dices, entonces, antes de que Avogadro arreste al mundo entero?

Katya permanece en silencio por un momento.

-No -dice por fin-. No puedo. Si lo hago me destruiría.

-No entiendo.

-Me entenderías si te contara la historia -Katya lo observa con detenimiento-. ¿Prometes no decir nada si te lo cuento?

-Si eso es lo que quieres.

-Siento que debo contárselo a alguien. Me gustaría contártelo a tí, porque te tengo confianza, Sadrac. Sin embargo, tengo miedo.

-Si prefieres no..

-No. No. Te lo contaré. Ven, crucemos la plaza. Mantengámonos de espaldas a la torre.

-Pero si es lo mismo: las cámaras están distribuidas por todas partes y, de todos modos, no creo que puedan captar todo.

Atraviesan la plaza. Katya levanta el brazo y, tapándose la cara con el puño, como si se frotara la nariz, dice:

-Estuve con Mangú la noche antes de su muerte. Hablamos del Proyecto Avatar y le dije que él iba a ser el donante.

-¡No, mentira!

Katya frunce el ceño en un gesto de afirmación.

-No podía seguir callando, Sadrac. Fue un lunes a la noche. Creo que al día siguiente operaban a Genghis Mao, ¿no es así? Si. Esa noche Mangú había preparado un discurso, algo acerca de la distribución mundial del Antídoto. Luego salimos a tomar algo juntos y él me dijo que tenía miedo de que el Khan muriera durante la operación y que él tuviera que quedarse a cargo de todo-. No estoy preparado, decía, no estoy preparado. Después la conversación se desvió al tema de los tres proyectos y él hablaba mucho del Proyecto Avatar: cuál sería su función en el gobierno si transplantaban lamente de Genghis a otro cuerpo; si después de la transición, seguiría siendo el virrey del Khan, y cosas así. Te aseguro Sadrac, que era tristísimo, patético, verlo tan preocupado, tratando de imaginarse cuál sería su futuro, elaborando toda clase de hipótesis y posibilidades. AL final, no pude soportar más y le dije que depara de preocuparse, que estaba perdiendo el tiempo, que después de la transición ya no iba a existir, que Genghis Mao lo utilizaría a él como cuerpo donante.

Sadrac queda azorado ante la confesión de Katya. Apenas puede hablar; le tiemblan las piernas; un frío helado le recorre el cuerpo.

-¿Cómo pudiste hacerlo? -dice.

-No sé. Fue una reacción espontánea: las palabras brotaban desde adentro, ya no podía seguir callando. No podía seguir soportando la pena de ver al pobre Mangú, predestinado a la destrucción». tratando de entender su futuro, de ver cuál sería su función en los próximos años. Yo sabía que, si el Proyecto Avatar se llevaba a cabo, Mangú no tendría futuro. Todos lo sabíamos menos él. No pude seguir callando.

-¿Qué pasó después?

-Se quedó callado, los ojos muertos, vacíos, en blanco, un abismo en la expresión. Después de un rato me preguntó cómo lo sabía y le respondí que mucha gente lo sabía. Quiso saber si tú también estabas enterado y le dije que creía que sí. Él quería hablar con Nikki, pero le recordé que estaba contigo en Karakorum. Luego me preguntó qué pensaba yo acerca de Avatar. En realidad, yo no sabía si el Proyecto Avatar se llevaría a cabo con éxito, pero le explique que tenía mucha fe en mi proyecto y que con un poco de suerte, Talos iba a superar a Avatar, que todo era cuestión de tiempo. Ahora, Avatar es más importante que Talos, y si en los próximos meses le sucede algo grave al Khan, habría que acelerar la actividad de Avatar, porque el autómatas de Talos necesita por lo menos un año más de elaboración y el Proyecto Fénix ofrece muy pocas esperanzas. Mangú se quedó pensando y pensando. Luego dijo que el hecho de ser o no el cuerpo donante no le importaba, que lo que más le afectaba era que Genghis Mao le había hecho creer que sería el heredero, mientras que, por otro lado, aceptaba que hicieran con él lo que, en otras palabras, equivale a un asesinato. Eso era lo que le dolía, dijo, no la idea de morir o de dar su cuerpo para Genghis Mao, sino que le hayan hecho trampa, que lo hayan tratado como un zongo. Después se levantó, me dio las buenas noches y se fue. Caminaba despacio, muy despacio. Lo que pasó después, no lo sé. Supongo que habrá pasado la noche entera pensando en todo lo que habíamos hablado, pensando en cómo lo habían engañado, en cómo lo preparaban para la matanza, como a un corderito premiado. A la mañana siguiente se suicidó.

-A la mañana siguiente se suicidó -dice Sadrac- Sí. Sí. Todo tiene un poco más de sentido ahora. A veces es difícil afrontar la verdad.

-Por lo tanto no hubo ningún conspirador. La única conspiración es la locura de Genghis Mao. Los trescientos arrestados son inocentes. ¿Cuántos de ellos fueron enviados al depósito de órganos? ¿Noventa y siete? Inocentes. Todos inocentes y yo no puedo hacer nada, sino callar y limitarme a contemplar esta locura. Dicen que el Khan se niega incluso a considerar la hipótesis del suicidio.

-Sí, se empeña en creer que fue una conspiración -dice Sadrac- Se divierte castigando a los culpables.

-Y si le contara lo que acabo de contarte a tí, me mandaría matar.

-Sí, mañana mismo estarías en el depósito de órganos. O tal vez te elegiría como donante para Avatar.

-No -dice Katya-, eso es muy difícil.

-¿Por qué no? Se adecuaría a su filosofía. Respondería a sus principios de la depolarización centrípeta, ¿no crees? Tu lengua suelta le costo el cuerpo de Mangú, y entonces te utilizaría a ti como reemplazante. Se ajusta perfectamente a sus ideales.

-No seas tonto, Sadrac. Eso es imposible. Genghis Mao es un bárbaro, ¿no es así? Es mogol y cree que es la reencarnación de Genghis Khan, por lo tanto, nunca permitiría que lo trasplanten al cuerpo de una mujer.

-Sin embargo, estás equivocada. Los khanes mogoles no hacían diferencias por sexo. Al contrario, recuerdo haber oído que los mogoles se dejaban gobernar por regentes femeninas cuando se debilitaba la línea masculina. De más está decir que tendría problemas de adaptación, por supuesto, el cambio de sexo, los reflejos físicos, y un sin fin de cosas masculinas de las que tendría que olvidarse...

-Basta ya, Sadrac. Es ridículo pensar que el Khan me elegirá a mí.

-Pero es divertido pensar...

-A mí no me divierte -se detiene, gira la cabeza y lo mira a Sadrac con ojos sombríos. Está pálida y tensa-. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos detener estos arrestos espantosos?

-No hay forma de lograrlo. El proceso tiene que cumplir su desarrollo.

-¿Qué sucedería si le mandamos un anónimo al Khan, diciéndole que Mangú se enteró de cuál sería su destino, que alguien le dijo que lo utilizarían para...?

-No. No serviría de nada. Genghis Mao lo ignoraría, o bien daría la orden de iniciar un proceso de interrogatorio masivo a todos los que podrían estar al tanto de la actividad de Proyecto Avatar.

-Pero, ¿si siguen con los arrestos?

-No creo que eso dure mucho más, porque Avogadro ya no tiene a quien arrestar.

-¿Y los prisioneros que aguardan la sentencia?

Sadrac suspira.

-No podemos ayudarlos. Están perdidos. Ya no hay nada que hacer. De alguna u otra manera, Katya, todos nosotros estamos aguardando la sentencia.

Sadrac, obsesionado por la imagen de Mangú lastimosamente engañado, despojado de sus ilusiones, confrontado con la triste realidad, pasa toda la tarde pensando en la actitud de Katya. ¿Por qué la doctora Lindman le reveló su verdadero destino? ¿Por compasión? Dios mío, ¿acaso pensó realmente que lo ayudaría, o que le haría un bien si le contaba todo? ¿Es posible que no se haya dado cuenta de lo cruel y desalmada que era su actitud? No, no puede ser. Ella sabía, seguramente, que un hombre como Mangú, afable, superficial, conformista, que soñaba con la fantasía irrealizable de ocupar, algún día, el puesto más poderoso del mundo, creyendo que gozaba del aprecio, y aun del cariño, de Genghis Mao, se derrumbaría por completo si la estructura de esa fantasía se hacía pedazos... Ella lo sabía.

Claro que lo sabía... Una hora después de haber almorzado con Katya, Sadrac comprende, finalmente, todo el plan. La doctora Lindman, como buena ajedrecista que es, había previsto todas las consecuencias de la jugada. Decirle a Mangú la verdad, simulando compasión y franqueza. Mangú, por humillación, indignación, miedo, incluso por venganza, o por lo que fuera, se suicida, alejando así su cuerpo del alcance de Genghis Mao. Sin Mangú, entonces, se retrasa la actividad del proyecto Avatar, que pasa a un segundo plano perdiendo su primacía sobre el Proyecto Talos: la derrota de Nikki Crowfoot, rival de Katya Lindman. Sadrac, por otra parte, ya alejado de Nikki por alguna misteriosa razón, es atraído inevitablemente hacia Katya, que sigue en ascensión. Claro. Claro. Y todo lo demás, la falsa preocupación de Katya por las desafortunadas víctimas

del arresto, y la congoja por el pobre Mangú... todo parte del juego. Sadrac tiembla. Aun en el clima repugnante y perverso de la Gran Torre del Khan, esto es un plan monstruoso, y la doctora Lindman es una figura maligna, adversa y maquiavélica, la consorte perfecta del mismo Genghis Mao, o incluso el receptáculo ideal para la mente siniestra y extraviada del viejo ogro. ¡Sí! Por un momento, Sadrac piensa seriamente en la posibilidad de sugerirle al Khan que use a Katya como reemplazante de Mangú: Una elección apropiada, señor, muy centrípeta, responde perfectamente a sus principios. Sin embargo, hay algo que lo confunde, algo que no termina de aclararse: ¿por qué la doctora Lindman le ha contado todo a él?; Es posible que, siendo Katya un monstruo tan calculador, no haya calculado la posibilidad de que Sadrac, tarde o temprano, descubriría su personalidad siniestra? ¿Acaso era ese su objetivo? ¿Por qué? Esta reflexión tan compleja lo aturde.

Quiere volver a Nikki, pero Nikki continúa distante, ni siquiera lo ha llamado por teléfono en los últimos días. Sadrac la llama, entonces, con el pretexto de que necesita una actualización de las actividades del Proyecto Avatar. En la pantalla del vídeo-teléfono aparece la imagen de uno de los asistentes del laboratorio, un tal doctor Eis de Francfort, típicamente teutónico, de ojos azules, pálidos y cabellos suaves y rubios. AL verlo a Sadrac, el asistente hace un gesto de... ¿sorpresa?, ¿espanto? ¿desagrado? frunciendo el ceño y los labios. Inmediatamente corrige la expresión y hace un saludo formal e indiferente.

-¿Puedo hablar con la doctora Crowfoot, por favor? -dice Sadrac.

-Lo siento. La doctora Crowfoot no está. Tal vez yo pueda ayud...

-¿Volverá por la tarde?

-La doctora Crowfoot no vendrá en todo el día, doctor Mordecai.

-Necesito verla.

-Está en su departamento, doctor. Está en cama y pidió que la dejaran descansar.

-¿Esta enferma? ¿Qué le pasa?

-Un leve malestar. Fiebre y dolores de cabeza. Me pidió que si usted llamaba, le dijera que todavía estamos analizando los problemas de recalibración, pero que por el momento no hay nada que informar, ni...

-Danke, doctor Eis.

-Bitte, doctor Mordecai -responde el doctor Eis en tono cortante, al tiempo que Sadrac borra la imagen.

Marca el número de Nikki, pero, no, ya está cansado de excusas y evasiones y rodeos y frialdades. A ella le resulta muy fácil negarse por teléfono. Esta vez irá directamente a su habitación, aunque no lo hayan invitado.

Toca el timbre, pero Nikki no le abre, a pesar de que a través de la pantalla de la puerta puede comprobar quién está afuera. Después de un momento dice:

-¿Qué quieres, Sadrac?

-El doctor Eis me dijo que estabas enferma.

-No es nada grave. Sólo un malestar.

-¿Puedo entrar?

-Estaba tratando de dormir un poco, Sadrac.

-No me quedará mucho tiempo.

-Pero no me siento bien. Preferiría estar sola.

Sadrac está a punto de irse, pero, a pesar de que sabe que esta insistencia maníaca no le hará nada bien, le cuesta irse sin verla.

-Por lo menos déjame ver si puedo recetarte algo, Nikki. Soy médico, después de todo.

Se produce un silencio prolongado. Sadrac ruega que no suba ningún conocido. No le gustaría que lo vieran en el hall, pidiéndole a Nikki que lo deje entrar, como un Romeo enfermo de amor. Finalmente, la puerta se abre y Sadrac entra.

Nikki está en la cama, realmente enferma: la cara colorada y afiebrada, los ojos húmedos e inflamados. Contra la voluntad de Nikki, Sadrac abre la ventana para renovar el aire ya enrarecido y congestionado de la habitación. Nikki se incorpora en la cama, temblando bajo la frazada. Sadrac advierte que está desnuda.

-Deberías ponerte el pijama si tienes frío -le dice.

-No. Odio usar pijamas. No sé si tengo frío o calor.

-¿Me dejas revisarte?

-No estoy enferma, Sadrac.

-No importa, quiero asegurarme.

-¿Temes que se trate de descomposición orgánica?

-Un control no cuesta nada, Nikki. Es sólo un momento.

-Es una lástima que no puedas elaborar un diagnóstico a través de tus aparatitos internos, como lo haces con Genghis Mao. De esa manera no tendrías que molestarme para nada.

-No. No puedo -dice Sadrac- Pero de todas maneras, te aseguro que haré una revisión rápida.

-Está bien -acepta Nikki finalmente. Durante toda la conversación, Nikki no lo ha mirado a Sadrac ni una sola vez, y esto lo perturba-. Adelante. Juega al doctor conmigo, si es necesario.

Sadrac la destapa, y al hacerlo, siente una curiosa inhibición, como si el alejamiento de los últimos días le hubiera quitado de alguna manera los privilegios tradicionales de que gozan los médicos. La actitud del doctor Mordecai, sin embargo, es perfectamente lógica, ya que el único paciente que ha atendido, desde que egresó de la escuela de Medicina, ha sido Genghis Mao, y, hasta que lo nombraran médico personal del Khan, se dedicó exclusivamente a investigaciones gerontológicas. Por lo tanto, nunca ha experimentado la indiferencia que muestran los médicos frente a un cuerpo desnudo, pero además este paciente es Nikki Crowfoot, la mujer que ama, y su figura desnuda es más que un objeto para Sadrac Mordecai. Finalmente, logra adquirir su calidad de profesional y la examina sin perturbarse, transformando los pechos de Nikki en dos montículos de carne y los muslos, en columnas de piel y músculos. Controla el pulso, palpa el abdomen y el pecho, y comprueba que el autodiagnóstico que había elaborado Nikki es exacto: no hay principios de desgaste orgánico, se trata tan sólo de un malestar insignificante, unas líneas de fiebre, pero nada serio. Con la ayuda de medicamentos, un par de píldoras y algo de descanso, podrá recuperarse en un día o dos.

-¿Satisfecho? -dice Nikki en tono burlón.

-Dime, Nikki, ¿te cuesta tanto aceptar el hecho de que tú me preocupas?

-Te dije que no tenía nada grave.

-No importa. Me preocupo igual.

-¿El hecho de revisarme, entonces, te tranquiliza?

-Supongo que sí -admite Sadrac.

-En este momento estaría profundamente dormida si tú no hubieras venido a ofrecerme la gracia de tu poderosa habilidad profesional.

-Lo siento.

-Está bien, Sadrac.

Nikki se acurruca debajo de las frazadas, dándole la espalda a Sadrac, que permanece silencioso junto a la cama: querría hacerle mil y una preguntas, imposibles de formular, quiere saber qué sombra se ha interpuesto entre los dos, qué frialdad distante y misteriosa ha transformado a Nikki, por qué no lo mira a los ojos cuando le habla. Después de un momento se limita a preguntarle cómo marcha el Proyecto Avatar.

-¿No hablaste con Eis? -dice Nikki-. Estamos recalibrando. Nos llevará bastante tiempo hacer las correcciones necesarias para el nuevo donante. Realmente es un trabajo agotador.

-¿Cuánto tiempo les llevará, exactamente?

Nikki se encoge de hombros.

-Con un poco de suerte, un mes. O tres, o seis. Todo depende.

-¿De qué?

-De... de... ¡Ay, por Dios! Mira, Sadrac, realmente no tengo ganas de hablar de mi trabajo en este momento. Me siento mal. ¿Sabes lo que es sentirse mal? Me duele la cabeza. Me duele el estómago. Siento hormigueos en todo el cuerpo. Quiero descansar. No quiero hablar de mis problemas de investigación.

-Lo siento.

-Me haces el favor de irte.

-Sí. Sí. Te llamaré mañana ala mañana para ver cómo sigues, ¿eh?

Nikki hunde la cabeza en la almohada y murmura algo ininteligible.

Sadrac se dirige hacia la puerta y, en un último intento de acercamiento dice:

-Ah... ¿escuchaste lo que se rumorea sobre la muerte de Mangú?

-No escuché nada -responde Nikki con voz quejosa e indiferente-, pero, adelante, cuéntame de qué se trata.

-Dicen que. Mangú se suicidó porque alguien del Proyecto Talos le dilo que él iba a ser el donante para Avatar -Sadrac elabora las palabras con cautela, para no sentir que está violando la confianza de Katya Lindman.

Nikki se incorpora, lo mira a Sadrac con ojos enormes. Su rostro se ilumina en una expresión de alarma.

-¿Qué? ¿Qué? ¡No lo sabía!

-Son rumores.

-¿Y quién se lo dijo?

-No se sabe.

-Fue Lindman, ¿no es cierto?

-Son sólo rumores, Nikki. No hay nombres y, además, no creo que Katya sea capaz de hacer algo tan poco digno de un profesional.

-¿Ah no?

-No creo. Si lo que dicen es verdad, habrá sido algún empleadito ambicioso, algún programador de tercera. Si es verdad, porque, tal vez, no haya nada de cierto en todo esto.

-Pero, parece cierto -el cuerpo brillante de Nikki palpita bajo una película de sudor-. Es lo mejor que se le pudo haber ocurrido a Lindman para perjudicarme. ¡Oh! ¡¿Por qué no lo pensé antes?! ¿Cómo no me di cuenta de...?

-Cálmate, Nikki. Estás enferma.

-Cuando la vea, te aseguro que...

-Por favor -dice Sadrac- Acuéstate. No sé para qué hablé. Tú sabes el tipo de rumores que corren por este edificio. Estoy convencido de que Katya no pudo...

-Ya veremos -interrumpe Nikki en tono siniestro. Poco apoco recupera la calma-. Es probable que tengas razón. Pero aun así, Sadrac, aun así, tendríamos que haber mantenido absoluta reserva. ¿Cuánta gente sabía que Mangú era el donante? ¿Cinco, seis, diez personas? Por menos que hayan sido, era demasiado, demasiado. Para el próximo donante... -Nikki tose y vuelve a acurrucarse en la almohada, dándole la espalda a Sadrac- ¡Ay, Sadrac, me siento mal! ¡Vete! ¡Por favor, vete! Mira cómo me has perturbado con lo que me dijiste. Tú... ¡oh!...

-Lo siento -vuelve a decir Sadrac- No quise...

-Adiós, Sadrac.

-Adiós, Nikki.

Sadrac desaparece de la habitación, como si escapara. Al salir al hall, se detiene y se aferra a una de las barras de la escalera. Necesita calmarse. Es obvio que esta visita no ha ayudado en absoluto a mejorar su estado mental. AL contrario, porque Sadrac es

plenamente consciente de que la actitud de Nikki hacia él no fue de ninguna manera amable, sino indiferente y aun hostil, como si apenas pudiera tolerarlo.

Se dirige inmediatamente a verla a Katya: es indispensable que lo haga. La doctora Lindman no esperaba volverlo a ver tan pronto. Lo recibe cálida, con fogosidad evidente, como si diera por sentado que Sadrac ha venido a hacer el amor. Pero el doctor Mordecai, que no está con ánimo para expresiones eróticas, se libera diplomáticamente del abrazo de Katya, y, con firmeza sutil, se mantiene a una distancia prudencial. En pocas palabras, con voz grave e impetuosa, Sadrac la entera de la conversación con Nikki, haciendo hincapié en que el "rumor" que él había inventado no comprometía a Katya en absoluto.

-Pero seguramente Crowfoot adivinó enseguida que había sido yo, ¿no es así?

-Creo que sí. Yo le discutí que era inconcebible que tú fueras capaz de hacer semejante cosa, pero ella...

-Ahora sabe que lo hice, y me odiará para siempre y hará todo lo que pueda para vengarse. Muchas gracias.

-Debes reconocer, sin embargo -dice Sadrac, sereno-, que su indignación es justificable, porque al haberle dicho la verdad a Mangú, perjudicaste de alguna manera el plan de Avatar.

-Se lo dije por lástima -afirma Katya en tono categórico.

-¿Por lástima, sólo por lástima? ¿No pensaste en ningún momento que él podría reaccionar de una manera que alteraría el programa de Avatar y, por consiguiente, ocasionaría problemas para Nikki Crowfoot?

Katya permanece en silencio por un momento.

-Debo reconocer que lo pensé -admite finalmente-, pero como una consideración muy secundaria, Sadrac. Muy, muy secundaria. No fue por eso que le dije la verdad a Mangú, sino porque, sabiendo lo que sabía, no podía seguir mirándolo a los ojos, escuchándolo hablar de su futuro. Si no lo prevenía, me hubiera sentido. plenamente responsable de lo que iba a sucederle. ¿Puedes creérmelo, Sadrac? ¿Qué clase de demonio crees que soy? ¿Acaso piensas que mi vida empieza y termina en estos proyectos dementes de Genghis Mao? ¿Crees que mis únicas motivaciones son el Proyecto Talos, el desempeño de mi carrera y la forma de hundir a Nikki Crowfoot? Dime, ¿es eso lo que crees?

-No sé. Supongo que no.

-¿Supones?

-No, no pienso eso de ti.

-Magnífico. Estupendo. Gracias. ¿Y qué pasará ahora? ¿Acaso Nikki me denunciará a Genghis Mao?

-No existen pruebas de que tú hayas hablado con Mangú -replica Sadrac-. Y ella lo sabe, así como sabe que si te acusa, dirán que lo hizo por rivalidad profesional. Realmente no creo que tome ningún tipo de represalia. Lo único que dijo fue que mantendría absoluta reserva con respecto al próximo donante, para evitar que vuelva a...

-Es demasiado tarde -dice Lindman.

-¿Ya han elegido al próximo donante?

-Sí.

-¿Y tú sabes quién es?

-Sí.

-No creo que tengas inconveniente en decírmelo -dice Sadrac.

-No sé si debo hacerlo.

-¿Acaso piensas decírselo a él?

-Si lo hago, ¿volverías a decir que es un acto premeditado?

-No sé. Depende de las circunstancias. ¿Quién es? Los labios de Katya tiemblan, su cuerpo entero tiembla.

-Tú -responde.

CAPÍTULO 15

Parece una broma, una broma de mal gusto. Sadrac es incapaz de aceptarlo, a pesar de la convicción y la seguridad de la voz estridente, aguda y casi desesperada de Katya, la misma voz con que Roger Buckmaster trataba de negar su complicidad en la muerte de Mangú, esa voz que dice: "¡Ustedes no me creerán aunque jure y perjure lo que digo, pero les aseguro que es verdad, es verdad, es verdad, es verdad!"

Y si es verdad que eligieron a Sadrac como próximo donante, entonces se explica por qué Nikki trata de evitarlo; por qué se muestra tan fría y distante cuando habla, por que no lo mira a los ojos...

-No -dice Sadrac-. No te creo.

-Y, bueno. No me creas.

-Es absurdo, Katya.

-Desde luego que es absurdo. Tan absurdo como la idea, de que un día te irán a buscar para conectarte electrodos al cerebro y anular todo rastro de Sadrac Mordecai y verter el alma de Genghis Mao en tu magnífica figura color café, y convertirlo en un hombre nuevo.

-Mi magnífica figura color café -dice Sadrac- está repleta de aparatos médicos, complicados e irremplazables, que registran todos los movimientos del metabolismo de Genghis Mao. Roger Buckmaster tardó dos años en diseñar y construir todo ese sistema, Warhaftig tardó semanas para implantarlo en mi cuerpo, y yo tardé un año para aprender a usarlo. Y gracias a esos aparatitos, Katya, puedo proteger la salud de Genghis Mao como nadie ha controlado a ningún paciente en toda la historia de la medicina. ¿Crees tú que habiendo tantos cuerpos para elegir, Genghis Mao permitiría que me elijan a mí como donante para Avatar, a mí que soy indispensable para su...

-¡Piensa, Sadrac, piensa! Avatar se llevará a cabo sólo cuando el cuerpo actual de Genghis Mao esté al borde de la muerte, y una vez que trasladen el alma de Genghis Mao a tu cuerpo, él ya no necesitará de tus fantásticos aparatitos. No necesitará de tus servicios, y más aún, Sadrac, no necesitará de los servicios de ningún médico durante años y años. Y cuando los necesite; puede encontrar otro médico, puede encontrar otro Buckmaster que construya un sistema nuevo. Probablemente ya esté entrenando a otro médico para que te reemplace, en Bulgaria o Afganistán. ¿Recuerdas lo que dice siempre sobre la redundancia, Sadrac? Él sendero de supervivencia. Genghis Mao sabe muy bien lo que es la supervivencia, Sadrac.. Lo sabe mejor que tú.

Sadrac abre la boca como si quisiera hablar, pero sin decir palabra, la vuelve a cerrar.

-Si Avatar se lleva a cabo -dice Katya-, serás tú el donante. Lo juro.

-¿Cuándo lo decidieron?

-Hace más de una semana. Yo lo supe unas pocas horas antes de que fuéramos a Karakorum.

Claro, reflexiona Sadrac, fue precisamente después de ese día que Nikki empezó a rechazarlo y a excusarse. Mordecai, entonces, recuerda que aquella noche, después del viaje de la muerte onírica, estuvo en esta misma habitación, la habitación de Katya, y que al despertar, la encontró llorando a su lado y que ella, sin más explicación, le dijo que tenía miedo por él. Sí. También recuerda aquel monólogo lunático de Genghis Mao en el que decía que lo iba a nombrar Papa o Rey de Inglaterra... ¿Qué significaba esa conducta del Khan? ¿Acaso era una manera indirecta y solapada de ponerlo al tanto del nombramiento verdadero? Y recuerda, también la mirada de interés y admiración de Genghis Mao ante el torso desnudo de Sadrac. Sí, estaban en la habitación del Khan y acababan de enterarse de la muerte de Mangú. El solo recuerdo de la voz del presidente le hieló la sangre: Tiene un aspecto muy saludable, Sadrac. Claro, el Khan ya sabía que Mangú habla muerto y estaba tendiendo las redes para conseguir un nuevo donante.

Piensa en los gritos de Buckmaster: ¡Terminarás en el horno, Sadrac, en el horno, en el inmundo horno!

-No. No. No. No puedo creerlo -dice Sadrac.

Tendrás que creerlo.

-No le veo sentido. Sinceramente, no entiendo nada de todo esto.

-¿Te asusta, Sadrac?

-No, en absoluto -extiende las manos: firmes, firmes como las de Warhaftig- ¿Ves? Estoy totalmente tranquilo. La noticia no me ha afectado, como si no la hubiera captado, como si no fuera real.

-Pero es real, Sadrac.

-¿Nikki lo sabe?

Por supuesto.

-¿No fue ella quien me eligió, verdad?

-Genghis Mao te eligió.

-Sí. Era lo que me imaginaba. Sí -Sadrac se ríe-. ¿Te das cuenta de que hablo como si lo creyera, como si en el fondo lo aceptara?

-¿Qué vas a hacer, Sadrac?

-¿Hacer? ¿Hacer? ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que haga lo que hizo Mangú?

-Tu no eres Mangú.

-No -dice Sadrac- Y aunque tuviera pruebas evidentes, aunque me dieran un pergamino rubricado y firmado por Genghis Mao, que certifique mi nombramiento para Avatar, no elegiría el camino de Mangú. No, soy suicida, desde ningún punto de vista. Tal vez reaccione más tarde. Primero tengo que sentir algo. Por ahora no siento nada: no siento que me traicionaron, no siento que estoy en peligro, y creo que ni siquiera estoy sorprendido.

-¿No ocurrirá que quieres ser el donante para Avatar?

-Quiero ser el doctor Sadrac Mordecai. Ahora, y siempre.

-Entonces cuida de la salud de Genghis Mao. Mientras su cuerpo funcione, no necesitará el tuyo. Mi función será, entonces, perfeccionar el simulacro del Proyecto Talos lo antes posible, de manera que no sea necesario llevar a cabo el Proyecto Avatar. ¿Sabes una cosa?, creo que Genghis Mao realmente preferiría llevar a cabo la idea de Talos, porque el hecho de transferirlo a una máquina perfecta e imperecedera, responde a sus delirios paranoicos. Aun tu bellissimo cuerpo se deteriorará y perderá fuerzas algún día y él lo sabe. Sabe que tu vigor y tu buen estado físico no durará más de veinte o treinta años, y que luego se repetirá la misma historia: transplante de órganos, drogas, operaciones. El simulacro de Talos, en cambio, le evitará todos esos problemas. El Proyecto Avatar es, por lo tanto, un plan que se aplicará sólo en caso de imprevistos, es una redundancia a la que el Khan espera no recurrir, y es por eso que elige como donantes a personas que valora, como tú y Mangú. Es una especie de honor, a su manera, una bendición del Khan, que no hay por qué asociarla con la idea de peligro. Eso es lo que quise explicarle a Mangú, que no era un hecho que Avatar se llevara a cabo, pero él...

-¿Por qué me contaste esto, Katya?

-Por la misma razón que se lo conté a Mangú.

-¿Para hundir el Proyecto Avatar?

Los ojos de Katya se iluminan con esa ferocidad que la caracteriza.

-No seas maldito. ¿Acaso piensas que yo quiero que te suicides?

-¿Qué has conseguido, contándome la verdad?

-Quiero que estés preparado, Sadrac, quiero que sepas el peligro que corres. Mientras exista la más remota posibilidad de que se aplique el plan de Avatar, tú...

-¿Y a ti que te importa? ¿Eres tan sensible, acaso, que no te gusta salir con hombres que ignoran su destino?

-Ésa es una de las razones -dice Katya serena-. Odio vivir una mentira.

-¿Cuáles son las demás razones?

-Te amo -responde Katya.

Sadrac la mira perplejo: -¿Cómo?

-¿Qué crees, que no soy capaz de amar? ¿Acaso sólo sirvo para construir autómatas? ¿Eh? ¿Piensas que no tengo sentimientos?

-No quise decir eso, pero... siempre te mostraste tan fría, tan indiferente, tan rigurosa. Aun cuando... -se detiene, pero decide continuar-. Aun cuando hacíamos el amor. Nunca me inspiraste calidez emocional, sólo, en fin, sólo pasión física.

Tú amabas a Nikki y si me comprometía contigo lo único que iba a ganar era sufrir: tú no tenías interés en mí, salvo para ir a Karakorum de vez en cuando, para hacer el amor de vez en cuando.

-¿Y ahora?

-¿La amas a Nikki todavía? ¿No crees que ayudó a que te traicionaran? Ella habló con Genghis Mao, ella supo desde el principio que el Khan te había elegido a ti como donante para Avatar, supongamos que trató de que el Khan cambiara de idea, pero como no lo logró, aceptó la orden. Su carrera es más importante que tu vida. Pudo haberte dicho: Esto es lo que quiere hacer Genghis Mao, pero yo no puedo hacerlo, me rebelaré, Sadrac. Vayámonos de este horrible lugar. ¿Te lo dijo? No, simplemente se limitó a alejarse de ti, porque se sentía culpable, ¿no es así? No por amor, sino por vergüenza, por remordimientos.

Sadrac menea la cabeza turbado.

-No es verdad; Katya.

-Todo lo que te dije hoy es verdad.

-Pero Nikki...

-Nikki le teme a Genghis Mao. Igual que yo, igual que tú, igual que todos los habitantes de esta ciudad, que todos los habitantes del mundo. Ésta -es una forma de medir su amor por ti: el temor que le inspira el Khan es más poderoso. Si yo hubiera estado en su lugar, probablemente habría hecho la misma elección, pero, afortunadamente, no se trata de mi proyecto, no tengo que enfrentarme con la opción de traicionarte o desafiar al Khan. Estoy libre para actuar a sus espaldas, para prevenirte y para que puedas, así, tomar tus decisiones. Pero... fijate qué curioso: Nikki. tan cariñosa, cálida, bella y esbelta no duda en traicionarte, y Katya, tan fea, amarga y rencorosa, arriesga su vida para prevenirte.

-Tú no eres fea -murmura Sadrac.

Katya se ríe. Luego se sienta en el borde de la cama y, tirando del brazo de Sadrac dice:

-Ven -oprime la cabeza de Mordecai contra sus pechos-. Descansa. Piensa. Planea tu futuro, Sadrac. Sino lo haces, estarás perdido -dice, acariciando la frente dolorida de Sadrac.

Permanecen así sentados. durante un largo rato. De pronto, Sadrac se pone de pie, se quita la ropa y le hace un gesto a Katya para que lo imite. Mañana será la operación del Khan, fiero, por primera vez, el doctor Mordecai ignora el acontecimiento. Y por primera vez, también, el cuerpo macizo de Katya se ha vuelto curiosamente sumiso, atrapado entre los brazos largos, negros y delgados de Sadrac, que oprime su esbelta figura contra el pecho mullido de Katya y se pierde entre sus piernas, inmóvil, recuperando las fuerzas necesarias para, finalmente, empezar a moverse.

Esa noche, como de costumbre, Sadrac logra conciliar el sueño sólo de a ratos. AL día siguiente, el día de la operación del Khan, se despierta y comienza su actividad matutina como lo hace habitualmente: hace gimnasia, desayuna, se viste, pide salida a Interfaz Tres, se detiene a observar los distintos episodios de la Sala de Traumas a través del Vector de Vigilancia Uno: las pantallas le ofrecen imágenes movilizadas de los dos mil millones de habitantes del inundó, tal vez un veinte por ciento de ellos, atacados por el

flagelo de la descomposición orgánica, muertos en vida, tambaleándose de dolor, con los órganos perforados, lesionados, putrefactos. Y los demás, tal vez la mayoría, que viven aún a las sombras de la enfermedad universal, llevan, con tétrico coraje, una apariencia de vida normal, esperando el torrente de sangre y el ardor en las entrañas, mirando a los semidioses de Ulan Bator con ojos de envidia y aturdimiento, mientras que él, el ágil Sadrac Mordecai, el bello médico del Khan, no tiene mayores preocupaciones, salvo la de ser desalojado de su cuerpo atlético, expulsado de su negra figura fiara que un usurpador mogol pueda ocupar su cráneo. Además de eso, Sadrac, todo esta perfecto. ¿Verdad? Sí, sí, por supuesto, señor.

Concluido el interludio en el Vector de Vigilancia Uno, Sadrac se dirige a la habitación del Khan para escoltarlo en el paseo en camilla, ya tan conocido y tradicional, desde los aposentos imperiales hasta la Sala de Cirugía. Se pregunta cual será su reacción cuando enfrente a Genghis Mao cara a cara. Ahora que sabe la verdad, su expresión lo traicionará, seguramente, y el Khan, astuto desde hace casi noventa años, advertirá de inmediato que la víctima elegida ya conoce sus planes infames. Pero Sadrac se equivoca, porque su misteriosa serenidad de espíritu no lo abandona cuando enfrenta la mirada del Khan: el presidente es el paciente, él es el médico, los sensores siguen vibrando, transmitiendo información. Eso es todo, nada ha cambiado en su relación con Genghis Mao. Sadrac lo mira al Khan y piensa: Tú estás tramando apoderarte de mi cuerpo, pero al pensarlo, no siente nada, nada, como si no fuera verdad.

-Y, Sadrac. ¿cómo estoy esta mañana? -pregunta Genghis Mao en tono jovial.

-Espléndido, señor. Como nunca.

-¿Me quitarán el corazón?

-Sólo la aorta, esta vez -dice Sadrac, al tiempo que le hace una señal a los asistentes para que conduzcan la camilla.

Y así pues, todos reunidos una vez más en la Sala de Cirugía: el presidente, el médico, el cirujano, el anestesista, las enfermeras y los ayudantes, todos esterilizados, con su camisolín y barbijo. La habitación, como siempre, está iluminada con luces resplandecientes; la transparente burbuja aséptica se cierra y las computadoras empiezan a funcionar, brillando con coloridas lucecitas verdes, rojas y amarillas; los filtros comienzan a filtrar y las bombas a bombear; la nueva sección aórtica (¿la de Buckmaster?) descansa en su recipiente, fresca y saludable, lista para ser instalada en el abdomen de Genghis Mao.

Warhaftig, confiado y sereno, se prepara una vez más para abrir el cuerpo enjuto y pequeño de Genghis Mao.

-¿Presión sanguínea? -pregunta.

-Normal -responde Sadrac.

-¿Respiración?

-Normal.

-¿Plaquetas?

-Normal. Normal. Todo normal.

Sadrac sabe que si Genghis Mao llega a morir en la operación, el Proyecto Avatar dejaría de ser una amenaza: ninguno de los tres proyectos está preparado aún para ser llevado a la práctica, y si Genghis Mao no sobrevive a la operación, no habrá esperanzas de reencarnación y probablemente desaparecerá el Comité Revolucionario Permanente, y todo el frágil sistema de la depolarización centrípeta se transformará en polarización centrífuga y se hundirá en el caos al instante en que la legendaria figura de Genghis Mao desaparezca de escena. A Mordecai le resultaría muy fácil hacer que eso suceda: codearlo a Warhaftig, por ejemplo, en el preciso momento en que manipula el bisturí laser sobre el abdomen de Genghis Mao; luego podrá deshacerse en disculpas, pero el daño ya estará hecho. Otra manera más sutil de lograrlo sería suministrarle al equipo de médicos información errónea, datos inexactos del organismo de Genghis Mao: todos

confían en el doctor. Mordecai y nadie, por lo tanto, se tomará el trabajo de controlar sus datos con las cifras que indican los telemidores o registradores. De esa manera, pues, podría ocasionarle al presidente daños irreparables, como por ejemplo, escasez de oxígeno, que le causaría la muerte antes de que Warhaftig advierta lo que sucede. Luego las disculpas: "Realmente, no entiendo cómo los nódulos han recogido información tan desafortunada". No tiene por qué temer que le hagan un juicio por mal ejercicio de la profesión, ya que, una vez destruido Genghis Mao, se derrumbará toda la estructura y nadie se pronunciará en contra de Sadrac cuando eso suceda. Pero no, Sadrac Mordecai no hará tal cosa, no provocará la muerte de Genghis Mao, de ninguna manera, ni aun sabiendo que el presidente se propone activar el Proyecto Avatar antes del martes próximo. El doctor Mordecai, en peligro o no, es ante todo, un médico, un médico dedicado a su profesión, lo suficientemente joven e ingenuo, todavía, como para responder con seriedad a su juramento hipocrático, bajo el cual declaró mantener puras y sagradas su vida y su arte, y prometió servir a los enfermos y abstenerse de todo daño y deshonestidad intencional. Así sea, entonces. Sadrac Mordecai, doctor en Medicina, graduado en la Universidad de Harvard en el año 2001, no violará la fe sagrada: Genghis Mao es su paciente; Genghis Mao no morirá en manos de Sadrac Mordecai. Tal vez este razonamiento sea ridículo, pero no deja de exaltar su honor profesional.

La operación se lleva a cabo sin mayores inconvenientes. Un corte aquí, un corte allá, y Warhaftig extrae la sección de la aorta atacada por la infección, una soldadura aquí, otra allá y el injerto ya está instalado. La circulación se mantiene en actividad por medio de oxigenadores corazón-pulmón. El Khan observa todo el proceso, consciente y alerta, haciendo gestos de aprobación mientras Warhaftig ejecuta admirables verónicas y entrechates y passades. El presidente entiende a la perfección todo lo que sucede: ha insto a tantos cirujanos operando (más que yo, piensa Sadrac) que bien podría llevar a cabo una intervención quirúrgica sin que nadie lo dirija. Los elegantes dedos de Warhaftig cierran la incisión. Puesto que sólo han pasado dos semanas desde la operación de hígado, los tejidos están sensibles y enrojecidos, y, por lo tanto, será necesario tomar medidas profilácticas especiales, qué Warhaftig lleva a cabo con su delicadeza característica. La aprobación del Khan se refleja en su sonrisa amplia.

-Buen trabajo -le dice a Warhaftig-. Las dos orejas y la cola.

Sadrac se va, llevándose la aorta que acaban de extraer del abdomen de Genghis Mao. Aunque Warhaftig no le pide explicaciones, Sadrac le dice que se la lleva para someterla a algunas pruebas. ¿Pero qué datos nuevos puede obtener acerca de esta porción de tejido viejo y marchito, de este tubo agotado? Como todo coleccionista apasionado, Sadrac quiere conservar esta pieza auténtica del cuerpo auténtico de Genghis II Mao IV Khan, como un ornamento para su pequeño museo de souvenirs médicos. Una reliquia de uno de los pacientes más famosos de toda la humanidad. Sadrac conoce una historia, probablemente una historia apócrifa, que cuenta cómo el médico que llevó a cabo la autopsia de Napoleón extrajo el pene imperial y lo conservó como un recuerdo del difunto emperador. Luego lo donó a un colega, quien finalmente lo vendió a un precio descomunal, y así fue pasando de la colección de un médico a la colección de otro, hasta que desapareció por completo en la confusión de alguna guerra del siglo XX. Asimismo, se han elaborado historias en torno a extravagantes fragmentos del cuerpo de Hitler, Stalin, Jorge Washington y Catalina la Grande. Sadrac lamenta no haber llegado a tiempo para poder reunir algunos de los órganos realmente significativos del Khan, como por ejemplo, un riñón, o un pulmón o el corazón o el hígado; cuando él adquirió su puesto actual, los órganos originales de Genghis Mao ya habían sido extraídos y reemplazados, algunos más de una vez, a través de transplantes. Sadrac no ve ningún valor en conservar en su colección el cuarto hígado de Genghis Mao, o el octavo bazo, o el decimotercer riñón. No obstante, reconoce que todos estos residentes temporarios del Khan están mucho más íntimamente ligados a Genghis Mao que, por

ejemplo, sus pantuflas o su reloj pulsera. Con todo, prefiere conservar somatoplasma verdadero y, por lo tanto, lo mejor que puede hacer ahora es apoderarse de un trozo de aorta auténtica.

Allí está el aneurisma, grande y maduro, a punto de reventar. Unos días más y pudo haberse roturado. ¡Plop! Y adiós Genghis Mao. El presidente y Mangú pudieron haber compartido el funeral del sábado si Sadrac no hubiera sentido extrañas vibraciones en los sensores que controlan el sistema circulatorio y si no hubiera adivinado el significado del mensaje interno. Sí, le salvé la vida al Khan una vez más, y una vez más se ha recuperado, y una vez más goza de perfecta salud. Perfecto. Perfecto. ¡Que viva quinientos años y que yo siga siendo su medico para siempre!

CAPÍTULO 16

Sadrac está solo en su oficina, reflexionando entre sus reliquias médicas, y sus libros y sus valiosos instrumentos y el fragmento de aorta que acaba de embotellar. Todo esto le inspira seguridad y cómoda protección. La alarma causada por la noticia de Avatar ya se disipará. Después de todo, el Khan es conservador: cualquiera sea la tentación que lo impulsa a alojarse en el marco joven, fuerte y vital de Sadrac, Genghis Mao se aferrará, mientras pueda, a su cuerpo mogol, a su bien amada y vigorosa figura llena de remiendos. Y en los próximos meses, o tal vez años, Sadrac tratará de lograr que la fantasía del Khan se aleje por completo del Proyecto Avatar y se concentre en el Proyecto Talos, lo cual supone trancar las investigaciones de Nikki Crowfoot, pero Mordecai, que ya ha reflexionado mucho sobre el tema, no se siente culpable por su actitud.

Sadrac coloca la aorta en un lugar destacado de su biblioteca. Con el pasar de los siglos, tal vez se transforme en un objeto sagrado, conservado en un relicario de platino y marfil; y los serviles adoradores cantaran las gracias al gran Sadrac Mordecai por haber salvado este trozo de carne divina para la posteridad. ¿Quién sabe? Hay una historia apócrifa según la cual los órganos originales de Genghis Mao están preservados bajo tierra en un laberinto secreto, conservados en frío o quizás en vivo, con el fin de utilizarlos, eventualmente para hacer una reproducción asexual del Khan. Sadrac, sin embargo, duda de que eso sea cierto, ya que si el Khan tuviera verdadero interés en ser reproducido asexualmente, se habrían reunido sumas presupuestarias para financiar la investigación pie tejidos, y, según lo que Sadrac sabe, no se han tomado medidas a ese respecto. O, probablemente, se habrían creado duplicados de Genghis Mao conservados, en perfectas condiciones genéticas, dentro de receptáculos contenidos en tanques de suspensión, esperando que se les dé vida.

Muchas veces, Mordecai pensó en escribir una monografía científica sobre su paciente, una biografía médica de Genghis Mao, un informe completo de los miles de transplantes e implantaciones, de la infinidad de malabarismos quirúrgicos que son responsables de la longevidad del Khan y tal vez de su vitalidad aterradora. Ninguna de las obras de la bibliografía médica universal sería comparable a ésta, ni aun el estudio de Beaumont sobre el aparato digestivo de Alexis St. Martin, ni el de Lord Maron sobre Churchill. ¿Acaso hubo alguna vez dedicación médica tan constante y duradera, concentrada en un único propósito, el de mantener vivo y sano a un ser humano? Lo que se ha logrado hasta el momento está ya a la vera del milagro, pero los verdaderos milagros ocurrirán en el futuro, a medida que Genghis Mao, para quien los años no pasan, siga viviendo, eternamente renovado, hasta llegar a cumplir cien años, ciento diez, ciento veinte...

Sin embargo, hay otra idea que lo atrae aún más a Sadrac: la de no sólo escribir un estudio médico, sino también un relato completo de la vida de Genghis Mao. No existe una biografía del presidente, sólo hay panfletos publicitarios muy generales que no proporcionan detalles de la vida del Khan sino simples enumeraciones de sus logros políticos y otros eventos externos. Es como si Genghis Mao sintiera una especie de temor supersticioso de que su alma quede capturada en el papel. De ahí que el vehemente capricho de Sadrac sea fijar al Khan en palabras, perpetuarlo con magia literaria. Es una manera de dominar al hombre más poderoso del mundo, aunque más no sea de un modo metafórico.

El problema es que no hay fuentes disponibles de donde obtener material. Los bancos de computación de Ulan Bator están atestados de información acerca de la vida privada de todos los seres vivos, menos de Genghis Mao. Basta oprimir el botón correspondiente para obtener el relato de todos los sucesos que se deseen, excepto sucesos de la vida de Genghis Mao, que nadie ha llegado a conocer y que, probablemente, nunca se lleguen a conocer. Sólo se tiene información de sus actuaciones públicas más significativas y elementales, de su proclamación de la filosofía de la depolarización centrípeta, de la

fundación del CRP, y de su nombramiento para el cargo de la presidencia. El resto sigue siendo un secreto oculto en la oscuridad. ¿Cuándo nació? ¿En qué lejano pueblo? ¿Cómo fue su infancia? ¿Qué ambicionaba cuando niño? ¿Cuál era su nombre verdadero, en la época de la antigua República Popular, antes de autoproclamarse Genghis Mao? ¿Cual fue su labor en los primeros años de su carrera? ¿Qué clase de educación recibió? ¿Viajó alguna vez al extranjero? ¿Se casó? ¿Tuvo hijos...? Si, ésa es una buena pregunta... ¿Hay, acaso, en algún lugar de Mongolia, hombres o mujeres de mediana edad, que son, de hecho, hijos naturales de Genghis Mao? Y si los hay, ¿saben quién es su padre? Nadie es capaz de responder a todas estas preguntas, a no ser con el escaso fundamento, de lo que han oído decir, o basándose en historias apócrifas o leyendas. Genghis Mao ha ocultado su pasado con tanto recelo, que el éxito rotundo de ese intento de reserva absoluta evidencia una suerte de locura.

¿Pero hay, acaso, alguien en el mundo que desee realmente borrar todo rastro de su vida privada? Dicen que los criminales se sienten de alguna manera impulsados a regresar al lugar del crimen. Es posible que aquellos que se empeñan en mantenerse a las sombras del misterio tiendan, para fines históricos, a revelar sus propios enigmas en un relato secreto de lo que han tratado de ocultar durante toda su vida. ¿Habrá entonces un lugar en el que Genghis Mao conserve una crónica secreta de todo lo que sus súbditos ignoran? Un diario, por ejemplo, un diario íntimo que revele la esencia del alma enmascarada de Genghis Mao. En la fantasía de Sadrac se refleja su imagen frente a ese documento oculto en algún recóndito y pequeñísimo ángulo del banco de memoria de una computadora, en el que se refleja la esencia viva y veraz de la vida de Genghis Mao, sus confesiones, sus memorias al descubierto. De ellas, el leal doctor Sadrac Mordecai elaborará la primera y única narración verdadera del hombre siniestro y extraño que vino a dominar a la civilización agonizante en los comienzos del siglo XXI.

Pero no, ese diario no existe. Sólo los ladrones y delincuentes comunes pondrían en peligro su seguridad por un mero impulso. Sadrac conoce muy bien a Genghis Mao como para ser consciente de que si el Khan quiere mantener su vida en secreto, se cuidará muy bien de no sellarla en memorias que podrían caer en manos de extraños. La vida privada de Genghis Mao es tan enigmática como su vida pública: una caja vacía dentro de otra caja vacía. Pero a Sadrac no le importa. La fantasía lo nombra autor de la biografía del Khan, y, por lo tanto, perpetuará las memorias del presidente, inventando las fuentes que Genghis Mao omitió proporcionar. Sadrac da rienda suelta a su imaginación y, del crisol de su cerebro palpitante, brotan las palabras que darán forma al diario del Khan.

11 de noviembre de 2010

Hoy es mi cumpleaños. Hoy Genghis Mao cumple ochenta y cinco años. No. No. Genghis Mao tiene... ¿qué... veinte años? Sí, aproximadamente. Es Dashiyin Choijamste quien cumple ochenta y cinco años. Dashiyin Choijamste, que vive en mi interior como un mellizo del alma. ¿Quién recuerda a aquel bebé, pequeño y rozagante, en brazos de su padre? Ya han pasado tantos años. Fue una noche de invierno de 1925, en el pueblo de Dalan-Dzadagad, al Sur del Gobi. DalanDzadagad, donde estuve por última vez hace quince años. Mi pueblo natal; pero, ¿quién lo sabe? ¿Quién sabe algo de mi pasado? Yo lo sé. Hoy Dashiyin Choijamste cumple ochenta y cinco años. ¿Cuántos de los que nacieron el 11 de noviembre de 1925 están aún con vida? No muchos, no. Y los que quedan son decrepitos vejesterios. Yo, en cambio estoy en la flor de la vida. Yo, Dashiyin Choijamste, hijo de Yumzhaghiyin Choyamste, director de la estación experimental para la cría de camellos en Bogdo-Goom. Yo, Genghis Mao, me siento fuerte, sí, tengo ochenta y cinco años y me siento vigoroso. No todo es a causa de los trasplantes, no: es la herencia, la sangre tártara. No olvides que cuando estalló la Guerra del Virus tenías casi setenta años y, sin embargo no eras viejo, estabas lleno de vigor, no te faltaba ningún diente, tenías el cabello negro azabache y caminabas veinte kilómetros por semana.

Todavía no te habían hecho ningún trasplante. Todavía eras Dashiyin Choijamste. ¡Qué extrañas suenan esas sílabas, aunque así te llamaste más de seis décadas! Sobreviví la Guerra del Virus sin que me atacara la podredumbre. Todos se desplomaban a mi alrededor. Náuseas por doquier. Los trasplantes llegaron más tarde, mucho más tarde, con el tiempo. Llegaron después del poder. El poder. He alcanzado el más encumbrado de los poderes. Y ahora, sabios médicos apuntalan mi vigor.

Podría vivir muchísimos años más.

¿Y mi infancia? ¿Qué recuerdo de mi infancia? ¡Cuánta nieve se acumula en ochenta y cinco años! Me parece ver la cara de mi padre, delgada como la mía, cejas espesas, pómulos salientes. Yumzhaghiyin Choijamste de la estación experimental para la cría de camellos en Bogdo-Goom, más tarde Héroe de la Orden de Lenin. Herido en la batalla de Khalkhin Gol en 1948, luego nombrado secretario del Departamento de Agricultura... Ves, padre, cómo recuerdo. ¡Recuerdo todo! El padre de Genghis Mao murió en 1948 en una colisión aérea, entre Moscú y Ulan Bator, de regreso a su hogar después de haber asistido a una conferencia sobre trigo. Estos malditos aviones soviéticos, siempre con accidentes. ¿O era un jet? Hace tanto tiempo... Para ese entonces ya había jets. ¿No es así? Los Ilyushins, los Tupolevs. Podría buscarlo. Ya hace sesenta y dos años que está muerto, Yumzhaghiyin Choijamste. Los niños que nacieron la noche de tu accidente ya son ancianos. Y yo; padre, todavía estoy aquí. Yo soy Genghis Mao. Te recuerdo en la estación experimental. Yo estoy de pie en la nieve y mi padre está a mi lado, tirando de las vendas del camello, que se eleva por encima de mí como una montaña, la cara larga y rústica, los labios de goma, una mirada dulce y opaca que expresa una suerte de desprecio. El camello se inclina hacia mí y desliza su enorme lengua por mis mejillas y mis labios. ¡Un beso! Huelo su aliento agrio, escucho la risa de mi padre, que me toma entre sus brazos y me aprieta con todas sus fuerzas. ¡Qué enorme que es! Más grande que el camello, para mí. Yo tengo tres o cuatro años. ¿Y mi madre. Mi madre? No llegué a conocerla. Murió cuando yo era un bebé, atropellada por una manada de yacs, durante una tormenta de nieve. Me he olvidado hasta de tu nombre, madre. Podría buscarlo, ¿pero dónde... dónde..?

Sadrac se detiene, piensa, reflexiona. ¿Es plausible? ¿Tiene coherencia interna? El tono está bien, ¿pero qué pasa con los hechos? Sadrac probará distintas maneras: tal vez cambiando los detalles mas significativos, logre algunas diferencias. Veamos...

17 de octubre de 2012.

Hoy es mi cumpleaños. Genghis Mao cumple noventa y dos años, aunque se dice oficialmente que tengo sólo ochenta y siete. Por otra parte, hay algunos que creen que tengo más de cien años, lo cual supone que nací en 1905, aproximadamente. ¿Acaso son capaces de creer semejante cosa? ¿Ya no es bastante con haber nacido en 1920? Wilson, Clemenceau, Henry Ford, el General Pershing, Lloyd George, Lenin, Trotsky, Sukhe Bator... todos hombres de mi época. Y yo estoy vivo aún, en el año 2012 d. C. Yo, ex Namsan Gombojab, nacido en Sain-Shanda, hijo menor del pastor Khorloghiyin Gombojab, quien...

No. No tiene mucha importancia cambiar los detalles. Que su nombre original sea Choijamste, Gombojab, Ochirbal, que haya nacido en 1925, 1920, 1915; que haya desempeñado su carrera en el Ministerio de Defensa, en el Departamento de Redistribución Agraria, en la Administración de Telecomunicaciones, lo mismo da. Por más ornamentos y detalles que agregues, Sadrac, no habrá diferencia. Las pautas esenciales del alma de Genghis Mao son mucho más profundas y significativas, y tu tema, Sadrac, son las percepciones del Khan, su forma de mirar el mundo, no los datos triviales de época y lugar.

14 de mayo de 2012

Han transcurrido sólo dos horas desde que concluyó el trasplante de hígado, y he aquí a Genghis Mao, viejo y curtido, aún con vida, sí, y por muchos años más. Está alerta, lúcido, desbordante de energía. Estoy orgulloso de él, de su vitalidad inagotable, de su inacabable capacidad de recuperación. ¡Salud, Genghis Mao! ¡Ah! Siento dolores en el abdomen, pero ésa no es razón para quejarse: el dolor es la señal de que vivimos, de que sentimos, de que respondemos a los estímulos. La pesadez provocada por los trastornos del hígado anterior ya está desapareciendo. Siento que mi organismo se purifica. Es como si estuviera a dos metros de altura, flotando sobre la cama, revoloteando sobre la espléndida maquinaria que nutre mi figura con líquidos curativos. ¡Qué bello es el dolor, ese latido silencioso, bum, bum, bum, una campana que repica en el interior del anciano Genghis Mao, impulsándolo a vivir muchos años! ¡Diez mil años para el Emperador! Mis sabios médicos han triunfado una vez más. Warhaftig, Mordecai.

Mis médicos. Warhaftig no es más que una máquina. Me aburre, pero es perfecto. Me encanta ver cómo sus manos desaparecen en el hueco de mi vientre y luego vuelven a aparecer, retirando el bulto enfermo, rojo y blando, para desecharlo a un costado y luego reemplazarlo por un órgano nuevo. Warhaftig nunca falla pero es feo, con esa nariz plana, esos labios caídos. Tiene la piel blanca, enfermiza y mortecina. Un genio, pero feo y aburrido, tan sólo una máquina. Me pregunto si Warhaftig habrá sido joven alguna vez. ¿Escondido detrás de un arbusto, espionando a una mujer desnuda que se está bañando en un arroyo? No, es incapaz de hacerlo. ¿Riendo, revolcándose en el pasto? ¿Warhaftig? Nunca.

Sadrac es más interesante. Estilizado, inteligente, el cuerpo bello y fuerte, la mente fresca y clara. Su presencia deleita la mirada. La piel negra. La primera vez que vi un negro tenía cuarenta años. Fue una delegación de Guinea que había venido a visitar el departamento a mi cargo. Recuerdo sus caras brillosas, casi púrpuras, sus cabelleras espesas y onduladas, sus vestiduras tribales. Los ojos eran blancos, resplandecientes, las palmas rosadas como las de los gorilas, las voces graves y extrañas, extrañas. Hablaban francés. Sadrac es distinto a aquellos africanos, sólo comparten esa especie de inteligencia seria y perspicaz. Sadrac es marrón, no es negro, es muy alto, muy-americano, no hay vestigios de selva en su figura. Me habla como a un niño, como a un bebé travieso. Siempre preocupado por mi salud. Es consciente, formal, dedicado a su profesión, ingenuo. Es demasiado cuerdo para vivir entre todos nosotros. Le falta... ¿qué es lo que le falta? Oscuridad. Pero, ¿puede faltarle oscuridad a Sadrac? Sí. Oscuridad interior es lo que le falta: en su alma no habitan los demonios. Tal vez lo esté subestimando. Los demonios habitan, seguramente en todas las almas, aun en la del robot Warhaftig, aun en la del sereno y alegre Sadrac Mordecai. Es muy joven y eso me gusta. Es, por lo menos cincuenta años menor que yo, y, sin embargo somos contemporáneos, somos dos individuos del momento actual y hasta hace relativamente poco, nadie nos conocía, ni a él ni a mí, a pesar de que yo esperé mucho tiempo para llegar a ser lo que soy, y él, tan joven, ya ha realizado su ideal. Su sonrisa es sincera. No hay cinismo en su persona, hasta el momento. A pesar de haber vivido la Guerra del Virus y todos los acontecimientos desagradables que la sucedieron, Sadrac es tranquilo, tiene fe en el futuro, su único deseo es curar a los enfermos. No dudaría en curar ni aún a los que esclavizaron a sus antepasados. Yo, en cambio, me vengaría mil veces de los opresores. Lo que sucede es que yo soy tártaro de naturaleza, y los tártaros somos feroces, somos los lobos del Gobi, mientras que él es hijo de apacibles campesinos. Todas las mañanas va al Vector de Vigilancia Uno y se detiene a contemplar al mundo inmerso en la podredumbre. No sé lo que piensa. Yo lo miro mientras mira, y veo su rostro delgado y expresivo, sus ojos tristes y sagaces. Sé que las imágenes lo lastiman. Es un hombre compasivo, infantil. No es un santo, pero lleva la esencia de los mártires en su persona.

23 de enero de 2012

Reunión plenaria del Comité. Horthy, Labile, Ionigylakis, Eyuboglu, Lapostolle, Farinosa, Parlator, Blount. Los burócratas más destacados. Moscardones, moscardones, moscardones, y yo los escucho, sin escucharlos. Son máquinas. El Comité mismo es una máquina que yo construí, un mecanismo frágil e inútil, como un reloj sin agujas. Cuando yo me muera, si me muero, el día que me muera el Comité se derrumbará. Hoy deje que Mangú presidiera la sesión. Poco a poco hago que se acostumbre a la responsabilidad y a la sombra de autoridad que nunca tendrá. Está fascinado con esta multitud de burócratas aburridos, estos apparatchiks, como un niño que, fascinado por el zumbido de moscas que revolotean en el estiércol, no se fija en el estiércol. ¿Era esto lo que yo tenía en mente cuando tomé las riendas del mundo, que iba a crear un Comité Revolucionario Permanente de moscas revoloteando en el estiércol? ¡Revolucionarios! Lapostolle duerme; Farinosa se retuerce esa larga nariz y no piensa en otra cosa que Karakorum; el estómago de Ionigylakis retumba en burbujeos. Debería haber nombrado a más mogoles como miembros del Comité: estos extranjeros blancos no tienen dinamismo. Pero necesito a los mogoles en otra parte. No querría que se transformaran en moscardones. ¡Roncan, roncan, roncan! Hoy ha vuelto a nevar. Podría escaparme de la reunión del Comité, salir del edificio sin que nadie me vea, y encontrarme con la nieve, recostarme en ella, rodar, embriagar el aire con copos blancos. Cabalgar toda la noche, sin montura; dejar que las herraduras se hundan silenciosas en la blancura, hombre y bestia atravesando la estepa sin pausa, un mendrugo para mí, una bota de piel de cabra llena de airag para beber en el camino... Yo, que soy un anciano, seguiré siendo joven por siempre jamás. ¡Y ellos, ellos son viejos! Pero, seguramente, Sadrac me prohibiría salir. Yo gobierno al mundo, y él me gobierna a mí. ¿Y si insisto? ¿Acaso tengo que soportar a esos moscardones, cuando el Gobi está cubierto de nieve fresca? Podrá reemplazar un riñón dañado. Sí, eso es lo que le diré. O no costará nada curar la nariz congelada de un anciano. Sí. Sí. Iré. Debo escapar de este aburrimiento.

¿Era esto lo que tenía en mente cuando tomé las riendas?

¿Qué era lo que tenía en mente? ¿Acaso tenía algo en mente además de la idea de que todo se esta desintegrando y de que era mi labor evitar que el mundo desapareciera por completos. Creo que eso fue lo único que pensé. El mundo esta sumergido en el caos. ¡Cómo aborrezco el desorden! Todo era confusión, todo estaba alterado: muerte de pueblos y naciones; malones de hombres descontrolados que se arrastraban por el mundo, la simplicidad había desaparecido de la Tierra. Amo la simplicidad, una estructura sencilla y organizada, armónica y satisfactoria, una nación, un gobierno, un código de leyes, todo unificado hacia un horizonte. Yo tenía setenta y tres años, y desbordaba de vigor; el mundo tenía millones de años, y estaba consumido por el agotamiento. Yo no podía soportar el caos. Pienso que todos aquellos que llegaron a gobernar el mundo no lo hicieron porque amaban el poder, sino porque odiaban el caos. Napoleón, Atila, Alejandro Magno, el gran Genghis, y aun Hitler, ese pobre demente, deseaban la sencillez, la simplicidad, tenían visión de! orden; sí, y la única manera de lograr ese orden era imponerse sobre el mundo. Eso es lo que hice yo. Claro que, finalmente, la mayoría de ellos empeoró el caos que querían eliminar y tuvieron que eliminarse a ellos mismos. Hitler, por ejemplo. Yo no cometí ese error. Lucho en contra de la entropía, me ofrezco, ofrezco a Genghis II Mao IV Khan como el símbolo de la unificación, el centro de la energía mundial, el cristal de la simplicidad. Pero, ¡oh Padre Genghis, estas sesiones plenarias, estos moscardones revoloteando en el estiércol! Padre Genghis, ¿tuviste alguna vez a un Horthy que te sermoneara? ¿Tuviste que aguantar a un Parlato o. a un Blunt, mientras soñabas en un caballo veloz y en la brisa helada? ¡Oh! ¡Oh! ¿Fue para esto que me hice cargo del caos de un mundo putrefacto que se hacía pedazos?

Sadrac se pone de pie. Ya es hora de terminar con esta fantasía y disponerse a cumplir con las responsabilidades y obligaciones. Tiene que redactar algunos informes y

supervisar proyectos: por empezar, debe actualizar la historia clínica de Genghis Mao con un relato conciso del trasplante de aorta de hoy, lo que significa cotejar una serie de textos impresos y seleccionar, de esa información fragmentaria y no elaborada, los puntos significativos de un esquema médico eficaz. Muy bien. Oprime las teclas correspondientes para obtener los detalles de la operación de esta mañana, pero no puede concentrarse en su tarea: la voz de Genghis Mao invade su mente como en sueños, dictándole jirones extraviados de memorias imaginarias:

27 de mayo de 1998

Esta mañana, el gobierno de la República Popular ha quedado acéfalo, y pienso que en muy pocas horas se derrumbará por completo. Shirendyb el quinto primer ministro en las últimas seis semanas, ha muerto anoche de descomposición orgánica. Ya no queda nadie en el politburó; el presidium está totalmente destruido. Las calles de Ulan Bator están atestadas de gente, un torrente lento y constante de carretas tiradas por bueyes y carros en condiciones deplorables que, en busca de asilo, se dirigen a... ¿a dónde? En todas partes es lo mismo. Esto es el fin, la muerte de nuestra sociedad. Hace sólo diez años pensaba que el cambio radical era imposible. Luego estalló el volcán, reinó el terror, las rebeliones, la Guerra del Virus, la descomposición orgánica, y tres mil millones de seres humanos han muerto, y las instituciones se derrumban como enormes edificios endebles en un terremoto. No me iré de Ulan Bator. Creo que por fin me ha llegado el momento, pero el gobierno que proclamaré no se llamará república popular.

16 de noviembre de 2008

Para celebrar el décimo aniversario de mi reingreso, viajé a Karakorum y presidí la inauguración del nuevo complejo recreativo. Me invitaron a participar de los entretenimientos que llaman "muerte onírica" y "transtemporalismo". Elegí la muerte onírica. La irresistible fascinación de lo mórbido, especialmente, la ilusión de lo mórbido. El rito se lleva a cabo en una tienda repleta de motivos pseudoegipcios. Antiguos dioses monstruos suspendidos como gárgolas. Me parecía sentir el olor al barro del Nilo, y el zumbido de las moscas en el aire. Sirvientes enmascarados, luces brillantes. Se deshacían por atenderme. Yo era el único visitante que estaba allí, desde luego. Dejé que me hipnotizaran custodiado por un cuerpo de selectos guardias de seguridad. La sensación de la muerte. La idea es convincente. (¿Quién de nosotros, los vivos, sabe cómo es?) Después un sueño. Pero el mundo que vi en el sueño es el mismo mundo que veo cuando estoy despierto. Me prometieron ilusiones y fantasías surrealistas. No vi nada de eso. ¿Acaso me engañaron? ¿O es que tienen miedo de dejar que Genghis Mao experimente la verdadera sensación?

4 de junio de 2010

Hoy inició sus actividades el nuevo médico Sadrac Mordecai, un nombre extraño. Americano, inteligente, formal. Me tiene terror, pero ya se le pasará. ¡Está tan tenso cuando está conmigo! Se ha especializado en gerontología, y durante varios años fue miembro del personal del Proyecto Fénix. Esta mañana le dije: "Usted y yo haremos un pacto. Usted cuida de mi salud, y yo de la suya. ¿Qué le parece?" Sonrió, pero su sonrisa transparentaba una especie de turbación. Tal vez fui algo torpe.

Sadrac logra de alguna manera concluir la actualización de la historia clínica y comienza con la próxima tarea que consiste en la lectura del informe del proyecto a cargo de Irayne Sarafrazi. No hay nada nuevo: Fénix continúa desvirtuado por los problemas del deterioro de las células cerebrales y, como lo había previsto Sadrac, hay muy pocas esperanzas de obtener resultados satisfactorios. De todas maneras, debe leer el informe y pensar en alguna observación alentadora. La voz solapada, sin embargo, continúa

retumbando en su cabeza, y lo distrae con arranques de fantasía. Sadrac sigue trabajando con tenaz perseverancia, tratando de ignorar la estática mental.

15 de mayo de 2012

¡Una noticia horrorosa! Asesinaron a Mangú. Horthy irrumpe en mi habitación, y, entre gritos histéricos, me dicte algo de cuerpos que caían en el vacío. ¿Cómo es posible? Entraron en el dormitorio de Mangú sin que nadie los advirtiera, lo llevaron a la ventana y... ¡abajo! ¡Oh, qué amargura, qué terrible! ¿Qué haré ahora? Han frustrado el plan que tenía preparado para Mangú. Sadrac me dice que el Proyecto Fénix está obstaculizado por problemas biológicos, probablemente para siempre. El Proyecto Talos avanza con lentitud, y, en realidad, nunca me gustó la idea de Talos. El único recurso, por lo tanto, es Avatar, y Avatar sin Mangú...

Ya sé. Utilizaré a Sadrac. Bella figura... Me sentiré feliz en ella. Y negra. Una novedad. Debo experimentar todas las variedades de las razas humanas. Tal vez, cuando el cuerpo de Sadrac envejezca, me traslade a un cuerpo blanco... ¿por qué no al de una mujer... o al de un gigante... o un enano...? Hay muchas posibilidades.

Sadrac ha sido un compañero agradable y un muy buen médico. Pero hay otros médicos, y la compañía cada vez me interesa menos. Quizá me sienta culpable por destruirlo, pero sólo por un rato, por un día tal vez, o por dos. Debo superar esos sentimientos.

16 de mayo de 2012

Sigo pensando en la elección de Sadrac como reemplazante de Mangú. No puedo evitar los remordimientos. ¿Pero por qué? No es mi intención asesinarlo, sino ennoblecerlo, transformando su cuerpo en portador de inmenso poder. Sé que él podría decirme que, si bien lo que me propongo hacer no es un asesinato, en el cabal sentido de la palabra, es una forma de esclavitud, y su raza ya ha tenido que soportar muchos años de esclavitud. Pero Sadrac no es uno de sus antepasados, y además, la Guerra del Virus ha saldado la vieja deuda, destruyendo a esclavos y patrones sin discriminación, matando a generales y a niños. Los que siguieron viviendo después de la guerra, lo han hecho en calidad de sobrevivientes, nada más, individuos sin pasado, liberados a un nuevo sistema de cosas en el que la historia nace fresca y virgen cada día. ¿Qué significado tienen hoy los pecados de aquellos que sometieron a los negros a la esclavitud? La sociedad, la trama de relaciones que se fue desarrollando bajo el estímulo de la esclavitud y sus consecuencias, y aun de la emancipación y sus consecuencias, ya han desaparecido. Yo soy Genghis Mao y exijo el cuerpo de Sadrac Mordecai. No tengo por qué contrariarme por culpas ajenas. No soy alemán: puedo condenar a los judíos si es necesario, sin tener que disculparme por los pecados del pasado. No soy blanco, y por lo tanto, estoy en plena libertad de esclavizar a un negro. El pasado ya no existe, las páginas de la historia están vacías. Por otra parte, si las normas de la historia siguen en vigencia, yo soy mogul: mis antecesores esclavizaron a la mitad del mundo. ¿Por qué habría de ser menos, entonces? El cuerpo de Sadrac Mordecai será mío.

27 de mayo de 2012

Controlé las cintas de las distintas conversaciones de esta semana y descubrí que Katya Lindman le dijo la verdad a Sadrac, que será el próximo donante para Avatar. Katya habla demasiado, no quería que Sadrac lo supiera, pero lo dejaré pasar. Ahora que lo sabe todo, debo controlarlo de cerca. Los pesares de la humanidad me han hecho conocer el arte de gobernar. O, para ser más rudo, me encanta verlos aterrorizados. ¿No es horrible mi actitud? Sí. ¿Pero, acaso no he ganado el derecho de entregarme al placer de pasatiempos maquiavélicos? Yo, que soporté la carga del poder durante catorce años. No fui ni Hitler ni Calígula, pero, sin embargo, el poder me autoriza a gozar de ciertos

entretenimientos, como recompensa por soportar esta carga y esta terrible responsabilidad. Lo extraño es que Sadrac no está aterrorizado aún. Su serenidad me desconcierta. Seguramente no cree que lo que le dijo Katya es la verdad. Aun no lo ha asimilado, pero lo hará. Espera. Tan sólo espera, que tarde o temprano reaccionará.

De pronto, este juego deja de ser un entretenimiento para Sadrac. Ya no hay nada de divertido en estos hábiles ejercicios de paralaje irónica, en estos experimentos de perspectiva psicológica. La distancia entre él y su fantasía se ha acortado de pronto y lo lastima hasta lo más hondo de su ser, lo hiere, lo hiere con asombrosa intensidad. En los últimos diez minutos logró perforar su imperturbable ecuanimidad y no sólo está aterrorizado ahora, sino que tiene el alma hecha pedazos, presa del dolor, el miedo y la indignación. Siente que todos han conspirado en su contra para venderlo. Él, el ingenioso, mundano, elegante, sensible y devoto Sadrac Mordecai, es otro negro más, disponible para el sacrificio, Esa es la realidad, si lo que le dijo Katya es cierto... si es cierto... si es cierto. Sadrac está atormentado. Aquí, ahora, esto es el horno de fuego ardiente del Libro de Daniel. Sí, y él está entre las llamas. La sombra siniestra de Genghis Mao pesa sobre Sadrac. Un día vendrán a buscarlo, le conectarán electrodos al cerebro y anularán su alma, única e irremplazable, para filtrar, en su lugar, la mente ladina de ese viejo mogol. ¿Así sucederá? Sí, eso es lo que dice Katya. ¿Y es posible creer semejante cosa? ¿Hay que creer semejante cosa? Tiembla. El terror lo azota como un torbellino helado. Paz. Por favor, un poco de paz: podría inyectarse una dosis del tranquilizante de Genghis Mao, una buena dosis de 9-pordenone o algo más fuerte, pero a Sadrac no le gusta tomar calmantes en plena crisis. Necesita estar más lúcido que nunca.

¿Qué hará?

Sabe cuál es el primer paso que debe dar, y también sabe que debió haberlo dado ayer: irá a verla a Nikki Crowfoot otra vez. Necesita hacerle algunas preguntas.

CAPÍTULO 17

Nikki está pálida y demacrada. Aunque todavía no está totalmente repuesta del malestar de ayer, es obvio que ya se siente algo mejor. Se comporta como si supiera la razón de la visita de Sadrac, a quien le bastan unas pocas expresiones rudas para obtener la respuesta que no quiere escuchar. Sí, es verdad. Sí. Sí. Nikki balbucea una confesión perdida entre rodeos y evasiones. Sadrac la escucha y luego le reprocha sereno:

-Podrías habérmelo dicho antes -sus ojos se clavan en los de Nikki, quien esta vez no aparta la mirada: ya no hay secretos entre los dos, ya ha admitido la monstruosa verdad; por lo tanto, puede mirarlo de frente otra vez.

-Pudiste habérmelo dicho -dice Sadrac-. ¿Por qué no me lo dijiste, Nikki?

-No pude. Era imposible.

-¿Era imposible? ¿Era imposible? No, no era imposible: todo lo que tenías que hacer era abrir la boca y dejar que brotaran las palabras. "Sadrac, creo que debo prevenirte..."

-Basta -estalla Nikki-. A mí no me parecía tan fácil.

-¿Cuándo lo decidieron?

-El día que enviaron a Buckmaster al depósito de órganos.

-¿Tuviste algo que ver con la selección?

-¿Eso es lo que crees, Sadrac?

-Hace tiempo aprendí que los culpables suelen responder a preguntas comprometedoras con otra pregunta.

Nikki se disculpa de inmediato, sin sentirse dolida por este ataque de Sadrac. Es una mujer fuerte, y, ahora que Sadrac la ha desenmascarado, mantiene la calma y la serenidad.

-Genghis Mao te eligió. Ni siquiera me consultó -dice Nikki en tono aplomado.

-Muy bien.

-Debes creerlo.

Sadrac afirma con la cabeza.

-Lo creo.

-¿Y bien?

-¿Intentaste hacerle cambiar de idea, cuando supiste que me había elegido a mí?

-¿Conoces a alguien que haya podido cambiar una determinación de Genghis Mao?

-¿Te das cuenta, Nikki, que frenas mis preguntas con las tuyas?

Esta vez, la puñalada se clava en la serenidad que Nikki acababa de recuperar. Aparta su mirada de Sadrac y dice, con indiferencia:

-Está bien. No traté de discutir con él, no.

Sadrac permanece en silencio unos minutos y luego dice:

-Pense que te conocía muy bien, Nikki, pero estaba equivocado.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pensé que eras la clase de persona que ve al ser humano como un fin, no como un medio. Nunca creí que fueras capaz de permitir que destruyeran a tu... eh... a un buen amigo..., sin mover un dedo para salvarlo, sin ni siquiera decirle una palabra de lo que sabías, ni insinuarle la verdad, tratando, incluso, de eludirlo, como si desde el momento que fue elegido, hubiera dejado de existir para ti, como si temieras contagiarte de su mala suerte.

-¿A qué se debe este sermón, Sadrac?

-Se debe a que todo esto me duele en el alma, a que alguien que yo amaba me traicionó, a que no puedo herirte como me heriste tú a mí.

-¿Qué hubieras querido que hiciera?

-Lo correcto.

-¿Y qué es lo correcto?

-Pudiste haberte enfrentado a Genghis Mao. Pudiste haberle dicho que no ibas a participar de la matanza del hombre que amabas. Pudiste haberle hablado de nuestra relación y decirle que no eras capaz de... ¡Por Dios, Nikki, no tendría que explicarte todo esto!

-Estoy segura de que Genghis Mao está bien enterado de nuestra relación.

-¿Y me eligió a mí, deliberadamente, para poner a prueba tu lealtad? ¿Para ver cómo reaccionarías si tenías que elegir entre el hombre que amabas y tu laboratorio? ¿Acaso fue uno de sus jueguitos psicológicos?

Nikki se encoge de hombros:

-Es perfectamente concebible.

-Entonces, es posible que hayas elegido mal. Quizás intentó medir tu sensibilidad de ser humano y no tu lealtad a Genghis Mao. Y ahora que ha comprobado lo fría, desalmada e insensible que eres, es probable que no quiera tener a alguien como tú a cargo de...

-Basta, Sadrac dice Nikki, casi vencida por este ataque constante, mesurado, sereno y despiadado de Sadrac. Con labios temblorosos, y conteniendo el llanto, dice:- Por favor. Basta. Basta. Has conseguido lo que querías.

-¿Crees que mi actitud es cruel? ¿Acaso no tengo derecho a estar indignado contigo?

-No había nada que hacer.

-¿Nada?

-Nada.

-¿Y si amenazabas con renunciar?

-Me hubiera dejado renunciar. No soy indispensable. La redundancia es...

-Y tu sucesor hubiera seguido con el proyecto, utilizándome a mí como donante.

-Supongo que sí.

-Aun así, Nikki, aunque nada hubiera cambiado, ¿no te hubieras sentido con la conciencia más limpia, habiendo ofrecido resistencia?

-Quizás, pero nada hubiera cambiado.

-Al menos, hubieras podido prevenirme para que huyera de Ulan Bator. Hubiéramos huido juntos, si tu renuncia te traía problemas con Genghis Mao. Pero no valía la pena destruir tu carrera por mí, ¿no es así?

-¿Huir? ¿Adónde? ¿No piensas que Genghis Mao nos hubiera vigilado a través del Vector de Vigilancia Uno, o de algún otro aparato espía, y nos hubiera dado dos días de vacaciones, y después hubiera mandado a dos policías que nos trajeran de vuelta?

-Puede ser.

-No, puede ser que no. Yo hubiera terminado en el depósito de órganos y tú como donante de Avatar, igual que ahora.

-Por lo tanto -dice Sadrac, después de analizar las palabras de Nikki-, daba lo mismo decírmelo o no. ¿Es eso lo que me quieres decir?

-Daba lo mismo para ti -responde Nikki-, pero no para mí. De una manera perdía mi trabajo y mi pellejo; de la otra, puedo vivir unos años más.

-Sea como fuere, hubiera preferido que me lo dijeras tú.

-En lugar de Katya.

-¿Cuándo te dije que fue Katya? Nikki sonrío.

-No fue necesario que me lo dijeras, querido.

19 de agosto de 2009

Es verano en Ulan Bator, y en la mitad del globo. Hoy es un hermoso día. En el Vector de Vigilancia Uno se reflejan distintas imágenes de amantes que caminan del brazo por las calles de París, Londres, San Francisco, Tokio. Miradas tiernas, besos cariñosos, golpeteo de cadera con cadera al caminar. Todos bailando la danza del amor, aun los que padecen de descomposición orgánica, aun los que se acercan, poco a poco, a la muerte.

¡Tontos! Yo conozco esa danza, la conozco desde hace cuarenta o cincuenta años. Sí, sí, los primeros encuentros, las tensiones y evaluaciones del comienzo: los amagos y rechazos, el calor del contacto, la disolución de barreras, el primer abrazo, las palabras tiernas, las promesas, la, sensación de complicidad, dos contra el mundo, la fe en que este amor durará para siempre, el descubrir que no, el fracaso, las discusiones, la separación, la herida que se cierra poco a poco, el olvido... Sí, sí, Genghis Mao ya bailó alguna vez la danza del amor, mucho antes de ser Genghis Mao, él ya conoce el juego. Hace tiempo o. ¿Y para qué? El amor es anestesia para calmar el dolor del ego. Un lubricante para las necesidades biológicas. Una diversión, una distracción, una tontería. Cuando me di cuenta de lo que era, renuncié a él, y no me arrepiento. Miren a esos enamorados paseando juntos. "Amor Eterno." Como si cualquier cosa pudiera ser eterna. ¿El amor eterno? ¿El amor? Pero si el amor es una sensación inestable, una tontería termodinámica, dos fuentes de energía, dos soles que tratan de establecer su órbita uno alrededor del otro, con el afán mutuo de entregarse calor y luz. ¡Qué bello, qué ilógico! Tarde o temprano el sistema se destruye por la fuerza de la gravitación, y uno de ellos aniquila al otro, o comienzan a girar en forma de espiral hasta que se produce el impacto, o se apartan uno del otro. Un desperdicio de energía, un desborde. inútil de fuerza vital. ¿Amor? ¡Hay que abolirlo! Si tan solo pudiera.

4 de enero de 1989

He completado el texto de mi doctrina, y, cuando llegue el momento adecuado, la presentaré ante el mundo. Hoy, cuando concluía los últimos párrafos, pensé en un nombre para mi teoría: se llamará depolarización centrípeta, que defino como la invención de una unanimidad de irreconciliables a través de la ilusión del logro de los objetivos exclusivos que todos tienen en común. Arrasará el mundo como lo hicieron alguna vez las hordas del Padre Genghis.

Sadrac decide buscar protección, aunque más no sea transitoria, en el culto de la carpintería. Hasta ahora, este rito de última moda no era más que un entretenimiento para él, una fuente de descanso y liberación, no un centro cuasi místicos como opinan muchos de sus adictos, pero ahora, consumido y desesperado perdidas la calma y serenidad que lo caracterizaban, se entrega por completo a la plena intensidad del rito. Se siente oprimido por el mundo que lo rodea. Aparentemente, todo sigue igual y nada cambiará: continuará con su rutina, con su actividad profesional, con sus ejercicios de gimnasia, con su colección y con sus viajes a Karakorum. En los últimos dos días, sin embargo, consciente del espantoso destino que Genghis Mao- ha preparado subrepticamente para él, Sadrac ha descubierto que el ritmo cotidiano y agradable de la vida ya no le basta para mantener su aplomo. Su alma se ha imbuido de miedo y dolor, y sabe que el único antídoto es someterse a una fuerza superior a el, incluso superior a Genghis Mao, una especie de poder que lo envuelva todo. Tal vez logre ese sometimiento a través de la carpintería. Con martillo y clavos, entonces, con formón y azada, con garlopa, serrucho y lezna, intenta encontrar la salvación o, por lo menos, trata de liberarse temporariamente de esta angustia.

Esta vez, Sadrac no ira, como es su costumbre, a la inmensa y majestuosa capilla de carpintería de Karakorum, porque la característica atmósfera carnavalesca del lugar tiende a trivializar todo lo que allí hace, ya se trate de practicar el rito de la carpintería o de la muerte onírica o del transtemporalismo o simplemente de hacer el amor. Hoy, está realmente desmoralizado y, por lo tanto, no desea la capilla más suntuosa, sino la más accesible, la que le ayude, cuanto antes, a sofocar su dolor espiritual. Así pues, elige un lugar de Ulan Bator, a orillas del río Tuula, en una de las calles de imponentes edificios macizos de estuco blanco construidos en los últimos días de la República Popular de Mongolia.

Es una capilla austera y funcional, carente de todo tipo de iconografía religiosa o seudoreligiosa. Salas enormes, sin adornos, potentes tubos fluorescentes, olor a aserrín y a aceite de limón: todo conforma un ambiente que bien podría ser el de un taller de carpintería común y corriente, si no fuera por el silencio y la especial concentración con que trabajan los hombres y mujeres sentados en los bancos. Sadrac debe abonar a la entrada, pero lo que paga no es, de ninguna manera, el rito en sí, sino un cargo por servicios que cubre el costo del alquiler de las herramientas, madera y mantenimiento. Lo conducen hasta un armario donde intercambia la ropa de calle por un limpio overol. Luego elige un banco vacío, donde lo aguardan herramientas brillantes, perfectamente lubricadas, ordenadas con un sentido de la simetría y la prolijidad que es netamente japonés: formones de distintos tamaños dispuestos en una hilera definida, un surtido variado de martillos y mazos, un manojo de calibradores, taladros, tenazas, compases, falsas escuadras, limas, escuadras y reglas. Este despliegue premeditado de material, tan surtido y abundante, tiene como objeto impresionar al adorador con la esencia sacerdotal del oficio, su antiguo linaje, y su complejidad.

Nadie le dirige la palabra. Nadie lo mira, ni tampoco lo harán: toda persona que entra en esta sala, debe permanecer aislada con sus herramientas y madera. A medida que Sadrac se prepara para entrar en el estado inicial de meditación, una extraña solemnidad lo embarga. Antes venía a la capilla tan sólo para relajarse un par de horas, cortando y uniendo madera, y consideraba esta experiencia como un mero entretenimiento, al mismo nivel que un partido de golf o de billar. Así, lograba concentrarse en la primera etapa de la ceremonia de una manera casual y agradable, aceptándolo como parte de la tradición, en la misma medida que un jugador de golf, para entrar en ambiente, revolea el palo antes de pegarle a la pelotita, o un jugador de billar apunta cuidadosamente el taco de billar antes de tirar. Esta vez, en cambio, respetuoso del rito, concentrado en la reflexión, circunspecto y meditabundo, oprime las palmas contra la mesa de trabajo e inclina la cabeza, consciente de la esencia sagrada que lo rodea y que poco a poco se filtra en su alma.

Lo primero que debe considerarse en esta etapa son las herramientas, su forma y su esencia divina. Lo fundamental es visualizarlas y nombrarlas: ésta es una sierra común, ésta una sierra para juntas, ésta una barrena de mano, éste un punzón para clavos. Luego el adorador debe abstraerse pura y exclusivamente en la función de las herramientas, para lo cual es necesario imaginarlas en acción, lo que, a su vez, requiere la concentración en determinadas técnicas básicas de carpintería y ebanistería: la confección de cajas y espigas, la construcción de vigas y marcos, el ensamblaje de láminas de madera, ajuste de riostras, codales y cuñas. Esta etapa de la meditación es la más prolongada y la más intensa. Sadrac ha oído decir que algunos adictos al culto dedican toda la energía de su adoración a esta etapa, y que nunca utilizan, de hecho, las herramientas y la madera, sino que simplemente practican una comunión mental que los satisface plenamente. Nunca le fue posible entender cómo podían lograr semejante cosa, pero ahora, que está aquí sentado, empalmando espigas y cajas imaginarias, lengüetas y ranuras, tallando e ingleteando, descubre que puede prescindir perfectamente del trabajo manual verdadero, si uno logra compenetrarse de lleno con la meditación.

Sadrac es consciente de todo eso, pero de todas maneras se dispone a llevar a cabo la etapa terminal de la meditación, que consiste en penetrar en la madera, la esencia madre. Se trata, también, de un ejercicio con estructura propia, cuyo primer paso es imaginar árboles, no cualquier árbol, sino árboles de un determinado tipo de madera, lo cual será elección del adorador. Sadrac, por ejemplo, elige pino o abeto, por lo general, aunque a veces se le antojan maderas más exóticas como ébano, caoba, teca, palisandro. Es indispensable ver el árbol, imaginarlo desmontado, llevarlo al aserradero, esperar que se estacione y contemplar, finalmente, el trozo de madera acabada, las vetas, la textura, la humedad, la vulnerabilidad de contracción y abaleo, y todas sus características y bellezas

particulares. Y entonces, sólo entonces, cuando se siente el sabor de la madera, cuando la herramienta imaginaria arde en las manos, llega el momento de ponerse de pie, ir al depósito, elegir una madera y comenzar, por fin, a trabajar.

Ya en esta etapa, Sadrac sabe cuáles serán las características de la ceremonia que hoy practicará. No hará un trabajo de ebanistería ornamentada, sino de carpintería pura, sencilla y austera, un trabajo que afecte la esencia de la forma: construirá la cimbra para una bóveda de material, que ya se ha dibujado en su mente con nervaduras y ligamentos, puntales y apoyaderos, listones y cuñas; ha calculado la curvatura, el tramo, la altura del empino, la línea de imposte, todo en un súbito arranque de visión mental, y ahora sólo tiene que cortar, limar y martillar, y cuando haya terminado, desarmará todo, quemará el aserrín como culminación de la ceremonia, y luego se marchará, ya sereno y despejado.

Una especie de energía ardiente lo inunda: trabaja a toda prisa, del depósito al banco, del depósito al banco; en la boca, un manojo de clavos de seis tamaños diferentes; no se detiene ni por un instante, y aun así, no hay nada de violento en su tarea, ya que el objeto de esta sesión es, precisamente, lograr la paz espiritual. Por lo tanto, el trabajo debe realizarse con ligereza, pero sin atropellos. Sadrac construye sereno. El propósito de la obra está contenido en su propia esencia sin extenderse más allá de su función espiritual, ya que nadie usa lo que construye, nadie se lleva consigo lo que ha armado en la capilla de carpintería, en la misma medida en que nadie trabaja con herramientas propias. Después de todo, no se trata de sustituir el trabajo manual que no se ha hecho en casa, sino de ejercitar la habilidad para unir, y experimentar así la conexión del universo. El trabajo que se hace en la capilla es, de hecho, algo incidental, un medio para un fin, y de ninguna manera se lo debe considerar como una meta en sí. Esta es la primera vez que Sadrac logra entender la naturaleza de este rito, ya que hasta ahora se deleitaba ante el trabajo como elemento físico, martillando y uniendo, apreciaba la obra como recompensa estética, como algo macizo y atractivo que tomaba forma entre sus manos, y siempre lamentó tener que desarmarlo, como lo exige la ceremonia. Lo que ocurre es que la carpintería era para Sadrac algo tan superficial como un partido de tenis o de golf o un paseo en bicicleta, y nunca había experimentado los alcances más profundos del espíritu, que según había oído, alcanzaban los demás adictos. Ahora sí, logra esos alcances o, por lo menos, se aproxima a ellos, penetrando en dimensiones inesperadas que disipan sus temores y resentimientos y lo purifican. Lo mismo, probablemente, haya sentido el Creador, cuando le daba forma al mundo en un tranquilo atardecer, experimentando una sensación de plena identificación con la tarea, una sensación de absoluta impersonalidad, la sensación de ser tan sólo el portador de la gran fuerza hacedora que flota a través del universo. No cabe duda, sin embargo, de que se alcanza el mismo estado de paz a través de un partido de tenis o de golf o de un paseo en bicicleta. La forma de lograrlo es lo de menos: lo más importante es el estado mental hacia el cual se encaminan los pensamientos. Sadrac observa el arco, que va tomando forma. No es su arco, sino el arco, el prototipo de todos los arcos, el arco donde descansa la bóveda de los cielos, y él y el arco se han vuelto un solo ser, y Sadrac Mordecai de Ulan Bator, soporta todo el peso del cosmos, Pero no siente la carga. ¿Acaso un arco se queja por el peso que sostiene? El arco, si es un arco bien construido, transmite el peso a la tierra y la tierra tampoco se queja, sino que imparte la presión de su carga a las estrellas, que la aceptan complacientes, puesto que ni la carga ni el peso existen, sólo se siente el flujo y reflujo de la sustancia entre los miembros enlazados de esa gran y única entidad que es la matriz de todo. ¿Si uno es capaz de percibir esa sensación, entonces, es acaso tan grave el hecho de que el cuerpo de un individuo, que aloja en ese momento un patrón de respuestas llamado "Sadrac Mordecai", aloje dentro de poco tiempo otro patrón de respuestas llamado "Genghis Mao"? Ese tipo de transformaciones carecen de significado, ya que no ocurre ningún cambio: se trata simplemente de transferencias y no de

transformaciones. La única realidad es la realidad del flujo eterno. Sadrac flota en la pureza de la armonía y la paz.

El arco esta terminado. Sadrac admira ligeramente la perfección de su estructura; luego, en un mar de serenidad, lo derriba de un golpe y lleva los pedazos al depósito de material sobrante.

¿Acaso el solo hecho de que los componentes del arco se hayan desintegrado significa que el arco ya no existe? No. El arco existe, y brilla en la mente de Sadrac con la misma intensidad que cuando acababa de concebirlo. El arco existirá siempre. El arco es indestructible. Sadrac vuelve a colocar las herramientas en el orden impecable en que las encontró, recoge el aserrín, y para concluir el rito, lo quema en la urna. Una vez que el banco queda totalmente limpio, se arrodilla, inclina la cabeza, y permanece en esta posición durante un minuto o dos. Ya ha alejado toda turbación y pena, tiene la mente en blanco, una tabula rasa, y está totalmente recuperado. Finalmente, se va.

Por todas partes hay imágenes de Mangú, la cara del apuesto mogol estampada en las fachadas de los edificios y reflejada en grandes estandartes que, atados a los postes de luz, se elevan imponentes sobre las calles. En la intersección de tres avenidas importantes, se ven hombres que trabajan activos, levantando la armadura de lo que, sin duda, será una inmensa estatua del virrey desaparecido. El proceso de la canonización ha avanzado considerablemente. Es evidente que día a día la memoria de Mangú se impone en la conciencia de los ciudadanos de la capital mundial, y, sin duda, de los ciudadanos del resto del mundo. El recuerdo de Mangú, ahora que ha muerto, ha adquirido un poder y una presencia, de la cual Mangú nunca había gozado en vida: se ha transformado, indudablemente, en un semidiós aniquilado, en Balder, en Adonis, en Osiris, la promesa desangrada de la primavera que pronto volverá a surgir.

Sadrac, recuperada su frescura y agilidad vivaz, camina hacia el río, silbando una deliciosa musiquita romántica que, según cree, es una melodía de Rachmaninov. Mientras camina, advierte que alguien lo sigue: es un hombre que salió de la capilla de carpintería después de él. Pero Sadrac no se preocupa. Por ahora, nada lo preocupa, al contrario, se deleita con todo lo que lo rodea; la llanura, las colinas, el aire fresco y suave de la primavera, la idea de que un individuo lo está siguiendo, aun con la ridícula ubicuidad de Mangú, cuyos rasgos suaves y simétricos están presentes en todas partes, en buzones, en los cestos de residuos, en el pequeño muro blanco del bulevar que bordea el río, en banderas y banderines. Todo está hecho en tonos de amarillo, el color de luto de los mogoles, que ofrece una curiosa característica de brillo y festividad, como si estuviera por comenzar un desfile en honor a Mangú, seguido por la segunda llegada del glorioso virrey. Sadrac sonríe. Apoya su figura longilínea contra el muro del bulevar para apreciar la belleza del río, la corriente turbulenta, que, acelerada por la creciente de primavera, avanza con intensa energía entre un vaivén de remolinos. Sadrac imagina los filamentos y zarcillos de los arroyos tributarios que se extienden alrededor del canal que baila a sus pies, aunando estas tierras áridas, trayendo alegres el agua de la montaña, entregándosela al río y luego al mar, un inmenso sistema arterial que abastece a esa entidad viva y palpitante que es la tierra. La imagen reconforta su alma de médico, y hasta le parece escuchar la respiración del planeta, y aun los latidos del corazón terrestre, tam-tom, tam-tom, tam-tom.

El individuo que lo ha estado siguiendo aparece ahora en el bulevar y se ubica a la izquierda de Mordecai. Los dos, uno al lado del otro, contemplan el río en silencio. Después de un momento, Sadrac arriesga una mirada furtiva y descubre que el hombre es Frank Ficifolia, el experto en comunicaciones, el diseñador del Vector de Vigilancia Uno. Ficifolia es bajo, de rasgos y líneas redondeadas, un hombre capaz, de unos cincuenta años aproximadamente, sociable y conversador, y, por lo tanto, este silencio poco característico en él resulta significativo. Al entrar a la capilla de carpintería, a Sadrac le pareció ver a alguien que podía ser Ficifolia, pero, cumpliendo con las normas del culto,

no volvió a mirarlo para comprobar de quién se trataba. Ahora, confirma su suposición, pero, cumpliendo también con ciertas normas, aunque de otra índole, no le dirige la palabra a Ficifolia: en este mundo vigilado y enloquecido de Genghis Mao, a menudo ocurren situaciones como éstas, en las que alguien se acerca con el deseo de hablar sin que adviertan que mantiene una conversación. Muchas veces, Sadrac ha mantenido largos diálogos con personas que ni siquiera lo miraban y aun con personas que le daban la espalda para disimular. Por lo tanto, ignora la presencia de Ficifolia, continúa contemplando el río embravecido y espera.

Finalmente, Ficifolia dice, a propósito de nada y sin mirar a Sadrac:

-No puedo entender cómo es que todavía está aquí.

-¿Cómo?

-En Ulan Bator. Esperando la guillotina. Yo en su lugar me escondería, Sadrac.

-Entonces, sabe...

-Lo sé, sí. Varias personas lo saben. ¿Qué piensa hacer?

-No sé. Seguramente me quede donde estoy para pensar un poco. Tengo que evaluar una serie de cosas.

-¿Evaluar? ¿Evaluar? ¡Era de suponer que usted diría algo así! -Ficifolia trata de no mostrarse agresivo, pero no puede controlar sus emociones. Levanta la voz y gesticula exaltado-. ¿Quiere que le diga una cosa? Usted nunca perteneció a esta ciudad, porque no reúne los requisitos necesarios, no es lo suficientemente loco. Es tan sereno, tan racional, analiza demasiado las cosas, y ahora quiere detenerse a hacer evaluaciones cuando están a punto de eliminarlo. Dígame, ¿cómo aterrizó aquí? Éste es un lugar para dementes. Lo digo en serio, Sadrac. Es un manicomio dirigido por lunáticos, y el lunático que preside es el más loco de todos, y usted está fuera de lugar aquí. ¿Puede haber algo más loco que un mundo podrido gobernado por burócratas ahogados en Antídoto y dirigido por un líder mogol que piensa vivir para siempre? ¿Hay algo de cuerdo en eso? ¿Es, acaso, el resultado lógico de quinientos años de imperialismo occidental? ¿Y los ojos espías por todas partes? ¿Eh? ¿Los vectores de vigilancia que están grabando mis palabras en este mismo momento y transmitiéndolas a Dios sabe qué clase de máquina para que tal vez nadie las recopile ni las analice de aquí a tres mil años? ¿Y los policías robot? ¿Y los depósitos de órganos? Cualquiera que tome este mundo en serio tiene que ser un loco, y eso es lo que somos, todos, absolutamente todos, Avogadro, Horthy, Lindman, Labile, yo, toda la pandilla. Menos usted, tan solemne, tan controlado, tan complaciente, cumpliendo con su trabajo, usted y Warhaftig, cosíéndole el nuevo hígado al Khan, nunca una sonrisa, ninguno de los dos le dice al otro "Esta forma de vida es una locura", no, ni siquiera perciben la locura porque son básicamente cuerdos. No, Warhaftig no, él es un robot o un lunático, pero usted, Sadrac, nunca se inmuta, está lleno de horribles aparatitos microscópicos y ni siquiera eso lo altera. ¿Nunca tiene ganas de gritar y patear? ¿Por qué tiene que aceptar todo, hasta la idea de que Genghis Mao lo expulsará de su propio cuerpo? ¿Por qué... -Ficifolia se contiene de pronto. Le tiemblan los músculos faciales en una serie de tics convulsivos. Logra controlarse y recuperar la calma. Cambiando el tono de voz dice:- Realmente, Sadrac, tiene un problema muy grande. Tiene que huir mientras pueda hacerlo.

Sadrac menea la cabeza. -Esconderme iría contra mis principios.

-¿Y cuáles son sus principios? ¿Morirse?

-No, pero no me esconderé. No está de acuerdo con mi forma de ser. Mi gente pasó la vida escondiéndose. La época del subterráneo terminó para siempre.

-"Mi gente pasó la vida escondiéndose" -Ficifolia hace la mímica en tono agudo y grotesco-. ¡Dios! ¡Dios! Quizá lo subestimé. Quizás es tan loco como el resto de nosotros. Genghis Mao lo ha sentenciado a muerte, lo agregó a la lista negra, y para usted es más importante su orgullo racial que su vida. ¡Bravo, Sadrac! Muy noble de su parte. Muy estúpido.

-¿En dónde me voy a esconder? Los aparatos espías del Khan me encontrarían en cualquier parte. Aparatos que usted ayudó a inventar.

-Hay formas.

-¿Disfrazarme? ¿Pintarme la piel de blanco? ¿Usar una peluca rubia?

-Podría desaparecer como lo hizo Buckmaster.

Sadrac tose.

-No estoy para bromas pesadas, Frank.

-No me refiero a los depósitos de órganos. Estoy hablando de desaparecer. Nosotros lo hicimos desaparecer a Buckmaster y podríamos hacer lo mismo con usted.

-¿Buckmaster no está muerto?

-Vivito y coleando. Alteramos el sistema de la computadora maestra del registro de personal. Transpusimos seis dígitos binarios y los registros marcaron que Roger Buckmaster había sido enviado al depósito de órganos tal y tal día y que había sido debidamente descuartizado. Y si eso está registrado, es más real que la realidad. La realidad de las máquinas es una realidad más fidedigna que la realidad real. Si Buckmaster aparece en alguno de los rasares del Khan, la computadora rechazará la información, porque los registros indican que Buckmaster ha muerto, y, por consiguiente, es imposible encontrar a un muerto caminando.

-¿En dónde está?

-Eso no importa ahora. Lo importante es que nosotros lo salvamos y podemos salvarlo a usted.

-¿Nosotros? ¿Quiénes son nosotros?

-Eso tampoco importa.

-No sé si debo creer todo esto, Frank.

-No, no. No me crea. Son todas mentiras. La verdad es que soy espía del Khan, y le estoy haciendo hablar para que caiga en la trampa. ¡Por Dios, Sadrac, use la cabeza! ¿Qué cree? ¿Que quiero ocasionarle problemas? Usted ya tiene problemas. Me estoy jugando el pellejo para...

-Está bien. Déjeme pensar, Frank.

-Y bueno, piense.

-Ustedes arreglan todo y yo desaparezco. Ahora bien, me transformo en una persona sin identidad y sin profesión. ¿Usted cree que podré practicar la medicina escondido en un sótano? Estudie para ser médico. Quizás, no para ser el médico de Genghis Mao, pero el médico de alguna otra persona.. Frank. Si no me dedico a eso, no soy nadar sino un desperdicio de habilidad y talento. Yo mismo voy a sentir que no soy nadie. ¿(qué sentido tiene desaparecer para llevar una vida de ese tipo? ¿Y cuánto tiempo tendría que estar bajo tierra? Pasar el resto de mi vida encerrado en un sótano no es mucho mejor que dejar que Genghis Mao me use para Avatar. En realidad, no se que prefiero.

-Tendría que, estar escondido mientras Genghis Mao viva, pero después...

-¿Después? ¿Qué después? Genghis Mao puede llegar a vivir cien años más. Yo no.

-El tampoco -la voz de Ficifolia sugiere un tono de amenaza.

Sadrac está atónito. Ni siquiera sabe si creer una palabra de todo esto. ¿Buckmaster vivo? ¿Ficifolia subversivo? ¿Una conspiración para eliminar al Khan? Necesita calmar su intriga, saber las respuestas de las mil y una preguntas que se agolpan en su mente, pero, por el rabillo del ojo, alcanza a ver a dos individuos vestidos de gris y azul: son policías que están haciendo la ronda. Por lo tanto, no habrá respuestas ahora. Ficifolia también los ve y, asintiendo con la cabeza más disimuladamente que nunca, dice:

-Piénselo. Haga sus evaluaciones y después dígame qué piensa hacer.

-Está bien.

-¿Ha visto alguna vez el río tan crecido como hoy?

-Este invierno nevó más que lo acostumbrado -dice Sadrac, al tiempo que pasan los policías.

CAPÍTULO 18

27 de mayo de 2012

Anoche tuve pesadillas. La boca llena de telarañas, los dedos transformados en raíces. Presagios de muerte. ¿Acaso se aproxima el fin de Genghis Mao? Horrible, horrible, horrible... despertarme y descubrir que ya no existo. Estrellarme contra el silencio. Me lastima. Despertarme y descubrir que ya no existo, que me he ido a otra parte, o que me he ido al inmenso vacío de las tinieblas. Cuanto más larga es nuestra vida, más nos aferramos a ella: vivir se transforma en un hábito que es difícil abandonar. ¡Qué vacío quedaría el mundo si yo lo dejara! Puf, adiós Genghis Mao. ¡Qué vacío! Los vientos se precipitarían desde los cuatro puntos para llenar mi espacio. Tornados. Huracanes.

Me encanta pensar y pensar en la muerte.

La muerte nos puede enseñar. La muerte nos puede decir muchas cosas de nuestra verdadera personalidad. Y pienso que hasta nos puede dar placer. La muerte es una experiencia que nos devuelve pureza e integridad. ¡Sí, el cuerpo, ya viejo y dañado por la vida, entrega el alma, de buena gana! Supongo que para algunos ha de ser el éxtasis más intenso que jamás hayan experimentado.

¡Ay! La muerte me aterra.

¿Cómo moriré, cómo será mi partida? Creo que mi temor más grande son los asesinatos. Dejar el mundo es una cosa, natural e inevitable. Pero que nos arrebatan de él es otra completamente distinta, una afrenta a la personalidad, un insulto al ego. No podré soportar la idea de mi destitución. No seré capaz de sentir la transición en el momento antes de mi partida, de enfrentar al asesino, de contemplar mi desaparición a medida que el asesino se acerque con el cuchillo o el revólver o lo que fuera. Que sea una bomba, si líela. Que pongan veneno en mi plato de sopa. Pero no hará asesinatos. Estoy muy bien custodiado. El error fue no haber protegido a Mangú de la misma manera. De todos modos, Mangú no es Genghis Mao: su desaparición no significó nada para mí. La idea de la muerte es ajena a mi persona. Mi espíritu tiene demasiado alcance, ocupo demasiado espacio en la conciencia de la humanidad. El mundo no puede, de ninguna manera, aceptar que me arranquen de esta vida. Y, sin duda, yo tampoco lo puedo aceptar.

¿Por qué estos pensamientos tan mórbidos? Es extraño, teniendo en cuenta mi perfecto estado de salud. Soy un poderoso torrente de vitalidad después del trasplante de aorta. La cirugía hace que la salud florezca en mí. Tendría que hacerme operar todas las semanas. Cambio de riñones el primero de cada mes, cambio de bazo cada quince días. Sí. Pero mientras tanto, a pesar de mi buena salud, la muerte juega con mi alma cuando mi cuerpo duerme. Pienso que estos juegos con la fantasía de la muerte son un entretenimiento, un exquisito deporte. Necesitamos cargar nuestras vidas de tensión para mitigar esa insoportable continuidad de la existencia, ese fluir de acontecimientos, un día detrás de otro, el amanecer, el mediodía, el atardecer, la oscuridad. Puede llegar a aplastarnos; a enloquecernos. Recurramos al deleite de explayar nuestros pensamientos en el fin de toda percepción, es decir, en el fin de todas las cosas. Descubrimos alegría al internarnos en la tristeza, especialmente, aunque no siempre, cuando esa tristeza se aplica a los demás. Hay un término alemán, Schadenfreude, la alegría del pesar, el placer que se siente al contemplar las desgracias de los demás. Este siglo apesadumbrado ha sido la edad de oro de Schadenfreude. Hemos conocido el éxtasis de vivir el fin de una era, hemos compartido benditos momentos de decadencia y ruina. El bombardeo de las catedrales en 1914, las tropas inglesas muertas en el fango, las masacres soviéticas, el primer gran desastre económico, la guerra como consecuencia, Auschwitz, Hiroshima, la época de los asesinatos, la caída de los gobiernos, la Guerra del Virus, la descomposición orgánica. Demasiadas razones para llorar, aunque siempre hubo otros, desde luego, que sufrieron más que yo, y por eso mi llanto fue dulce. Nueve décadas de tinieblas que viví

una tras otra. ¿Por qué, entonces, no habría de invertir las razones de mi llanto y llorar por la muerte de Genghis Mao? Es más agradable el duelo que la muerte. Quiero saborear en la fantasía mi lamentable partida. ¡Cuántas lágrimas por mi muerte! Soy el único que se enluta de pesar por mi muerte. Me encantan estas fantasías. Siento un dolor tan exquisito por mi mismo... ¿Será ésta mi muerte verdadera? Lamo a Sadrac, que me informa acerca de mi estado de salud esta mañana. Todo normal, todo sano. Soy un fenómeno. No será hoy el día de mi muerte. ¡Que viva el Khan! ¡Que viva diez mil años!

En un corredor de uno de los pisos inferiores de la Gran Torre, Béla Horthy se le acerca a Sadrac, y, con disimulo suficiente como para que nadie advierta que se dirige a él, le dice:

-Frank me dijo que piensa quedarse aquí.

-Por ahora -dice Sadrac-. Necesito pensar.

-Pensar resulta efectivo, sí. Pero, ¿por qué no piensa lejos de Ulan Bator?

-Ulan Bator es el lugar en donde vivo.

-Por ahora -dice Horthy. Vuelve la cabeza y lo mira a Sadrac de frente, con ojos audaces, intrépidos. Un velo de inquietud cubre su mirada salvaje e hipertiroidea. Sadrac advierte entonces, que Horthy es, seguramente uno de los conspiradores, pero no se sorprende en absoluto-. Huya, Sadrac -continúa Horthy con voz suave.

-¿Qué sentido tiene? Me atraparán.

-¿Está seguro? Aún no han atrapado a Buckmaster.

-¿No tiene miedo de decir esas cosas, cuando pueden haber...?

-¿Radares en la pared?

-Sí.

-En todas partes hay radares. Todas las conversaciones quedan grabadas. ¿Y con eso qué? ¿Quién va a controlar todas las cintas? La policía está ahogada de información. Los canales espías están atorados con conspiraciones, casi todas dementes e imaginarias - Horthy hace un guiño-. Váyase como lo hizo Buckmaster.

-No tiene sentido.

-No estoy de acuerdo. Le aconsejo que huya. Le aconsejo firmemente que huya. Algunos piensan mejor cuando escapan, sabe.

Horthy sonrío. Toma la mano de Sadrac por un momento. Está a punto de irse cuando Sadrac lo llama y le dice:

-¿Usted también esta en el asunto?

-¿Qué asunto? -pregunta Horthy, y se ríe.

28 de mayo de 2012

Más pesadillas. Soñé que en el centro de la plaza Sukhe Bator habían construido una estatua con mi imagen. Una mole colosal de por lo menos cien metros de altura. Era de bronce, ya cubierto por verdes tintes de pátina. Mis brazos, abiertos de par en par, bendecían al mundo, pero mi rostro era horripilante: arrugado, cavernoso, deformado, el rostro de un hombre de quinientos años. La estatua no tenía piernas, terminaba a mitad de muslo. Genghis Mao tullido. Lo más curioso es que la estatua flotaba en el aire. Todo sugería que alguna vez había tenido piernas, pero que se las habían cortado y que, aun con las piernas truncadas, mantenía su altura original. "¿Genghis Mao ha muerto?", le pregunté a un anciano que barría las flores marchitas desparramadas por el suelo. "Sí, se ha muerto y se ha ido para siempre. Enviaron sus restos a Dalan-Dzadagad. Por fin nos liberamos de él", me respondió el anciano. Los restos, enviaron los restos. Esto no me gusta nada. Pienso demasiado en la muerte últimamente. El juego ya ha perdido su encanto. Debo tomar medidas.

Después del desayuno, decidí inspeccionar los laboratorios en donde se reparan los proyectos. Cuando estés obsesionado con la muerte, acuérdate de aquellos que pueden ayudarte a vivir para siempre.

Buena idea. Casi instantáneamente, me sentí mejor. Fue la primera visita personal después de muchos meses. Debería ir a los laboratorios con más frecuencia.

Primero visité el Laboratorio del Fénix. Sarafrazi, la encargada del proyecto, una muchacha delicada, de ojos fascinantes y rasgos bellísimos, estaba aterrada. Me mostró los monos, las cubas con burbujeantes sustancias químicas, los cerebros conservados en campanas de vidrio. Se mostró optimista con respecto a los resultados de su labor. Su voz delataba su perturbación. Dice que me hará rejuvenecer. Yo tengo mis serias dudas con respecto a eso, pero le dije que siguiera trabajando con esmero. Estaba dura de miedo. Hasta pensé que se iba a arrodillar cuando me iba.

De allí, fui al laboratorio de Talos. Entré sin anunciarme, pero la doctora Lindman ni se inmutó. Una barra de hielo.

La última noticia es que Lindman es la nueva amante de Sadrac. No sé qué le ve a esa mujer. Su boca tiene algo que no me gusta, le arruina la cara. Parece la boca de un roedor salvaje. En su laboratorio vi a un Genghis Mao de plástico, enorme. La parte inferior, debajo de la cintura no está terminada aún, tiene sólo la estructura. Y no tiene piernas. No tiene piernas. La Estatua Recordatoria de Genghis Mao. "Termine las piernas", le dije. Me miró de una manera extraña y me dijo que las piernas es lo último que hará, porque ahora lo más importante es terminar con el mecanismo interno. Ella sabe perfectamente lo que tiene que hacer y no va a aceptar que yo le sugiera tonterías, aunque yo sea el presidente del Comité Revolucionario Permanente. Yo, Genghis II Mao IV Khan, soy el que manda. Si, señor... no. El robot de Talos guiña el ojo, sonrío y agita los brazos: Gonchigdorge, que estaba conmigo, dijo: "Es igual a usted, señor, tiene un notable parecido", pero yo no estoy de acuerdo. Será ingenioso, pero es mecánico. No querría que fuera mi sucesor. No cancelaré el Proyecto Talos por ahora, pero no creo que pueda lograr lo que yo necesito.

Luego visité el laboratorio de Avatar, el proyecto de Nikki Crowfoot. ¡Ah, sí! Hermosa mujer, aunque estos últimos días se la ve tensa, deprimida, introvertida. Supongo que se debe sentir culpable por el destino de Sadrac. Claro, es lógico, pero sigue siendo fiel servidora del Khan. ¿Y eso es bueno? ¿Cuándo estará todo listo para hacer la transferencia?", le pregunté. "Es sólo una cuestión de meses", me contestó. Fue tan intensa mi emoción, que Sadrac me llamó desde arriba para ver si estaba bien. Le dije que se preocupara por sus cosas, pero lo que ocurre es que yo soy sus cosas. La verdad es que tengo muchas esperanzas en Avatar. Pronto luciré un cuerpo nuevo y sano. Antes de que llegue el invierno, le hablaré al mundo con los labios de Sadrac, respiraré el aire con los pulmones de Sadrac.

Promedia la tarde y Sadrac se dirige al laboratorio del Proyecto Avatar. Entra sin anunciarse. Apenas atraviesa la puerta, se enfrenta con Manfred Eis, el asistente principal de Nikki Crowfoot, que emerge de un laberinto de equipos, se acerca caminando a grandes trancos como un Thor belicoso y se detiene en una majestuosa posición de alto, tan típica de los guerreros que sólo le falta el chasquido de talones.

-Estamos muy ocupados en este momento -anuncia Eis en desafiante declaración.

-Me alegro.

-¿Vino por qué...?

-Una inspección de rutina -responde Sadrac indulgente-. Quiero ver cómo marchan las actividades. Hacía mucho que no venía.

Efectivamente, hace varias semanas que Sadrac no pasa por el Laboratorio Avatar. La última vez que estuvo fue exactamente antes de la muerte de Mangú, y, según su plan de actividades, debe visitar los laboratorios por lo menos una vez por mes, pero la conducta de Eis está muy lejos de ser una bienvenida. Manfred Eis es un hombre frío, apático para elegir un adjetivo mejor, es típicamente teutónico, rígido, de mandíbulas cuadradas y hombros cuadrados, vidriosos ojos azules, dientes perlados cabello rubio y largo, un prototipo nórdico, si no fuera por la cicatriz desafiante. Sadrac esta acostumbrado a la

descortesía aria del doctor Eis, pero hoy hay algo distinto en sus modales, una suerte de hostilidad gratuita, un aire de superioridad vagamente despectivo que perturba a Sadrac, ya que supone que esta actitud tiene que ver con su participación repentina y significativa en los objetivos del Proyecto Avatar.

A Eis le alegra la idea de que hayan elegido a Sadrac. Eis se siente complacido, le parece perfecto que Sadrac sea el donante. Sí. eso es: tal vez haya sido Eis el que convenció a Genghis Mao para que eligieran a Sadrac. No, no, un empleadito como Eis no habría podido tener acceso al Khan. sin embargo, debe haberse regocijado ante la idea, como se regocija en este preciso momento, y a Sadrac no le gusta que nadie goce su mala suerte. Se pregunta qué posibilidades habrá de encontrar alguna aplicación experimental apropiada para el bello cuerpo nórdico de Eis.

De todas maneras, Sadrac es el director general de los tres proyectos, y Eis tendrá que reconocer su autoridad y permitirle que inspeccione el laboratorio, por más atareados que estén. Obviamente, hoy es un día de mucho trabajo en el laboratorio, demasiado: toda clase de experimentos con toda clase de animales; técnicos alterados, empapados en sudor arrastrando aparatos electrónicos de una sala a la otra; hombres y mujeres corriendo de aquí para allá, enloquecidos, revoloteando manojos de papeles impresos. Realmente, parece un circo, un circo maníaco y cómico un circo de científicos lunáticos en plena actividad, que se afanan desesperadamente por cuadrar el círculo antes de que llegue el momento de la largada.

Sadrac contempla el ir y venir de gente y la idea de que el es el círculo que deben cuadrar lo descompone. El es el hazmerreír, el bobalicón, la víctima, el alimento de toda esta maquinaria, y la razón de esta atmósfera maníaca del laboratorio Avatar, es la necesidad de hacer, lo antes posible, todos los cambios necesarios de los parámetros de Mangú para adecuarlos a los parámetros de Sadrac. Probablemente, unas cuantas personas de las que están aquí sepan tanto de su cuerpo como el, de los patrones de sus ondas cerebrales, de los elementos que componen sus circuitos neurales, de sus niveles de serotonina. Es posible que lo hayan estado analizando secretamente durante días. (¿Cómo hacen? ¿Roban pedacitos de uñas? ¿Recortes de pelo?) Sadrac se pregunta cuántos de los técnicos del laboratorio están al tanto del cambio de donante, y se imagina que todos lo saben, que todos lo miran con secreta fascinación, aun los que corren de aquí para allá, que lo miden desde lejos, comparando su tamaño natural al del simulacro abstracto y sintético de Sadrac Mordecai con el cual trabajan. Pero tal vez no. Aparentemente muy poca gente de Avatar sabía que Mangú iba a ser el donante, y, por lo tanto, es muy probable que sean aún menos los que conocen la identidad del reemplazante de Mangú.

Nikki, sin embargo, no presenta el aspecto frenético de todos los demás. Lo saluda a Sadrac con voz serena y le explica que el proyecto se desarrolla satisfactoriamente. Lo dice en tono seguro y calmado, sin apartar su mirada de los ojos de Sadrac. Que este proyecto se desarrolle satisfactoriamente significa exactamente que cada vez falta menos para la destrucción de Sadrac, y Nikki, sin duda, sabe muy bien que ésa es la interpretación que él le dará, pero, es obvio que la doctora Crowfoot ha tomado la determinación de dejar de sentirse culpable y de no evadir preguntas y situaciones. Ya han puesto las cartas sobre la mesa: ella admitió que prefería traicionar a su amante antes de desobedecerle a Genghis Mao. Ahora, pues, la vida continúa -nadie sabe hasta cuándo- y Nikki debe seguir adelante con su trabajo. Todo esto transcurre en un espacio de noventa segundos, expresado no con palabras, sino con el tono de la voz y la expresión de los ojos. Es un alivio para Sadrac, ya que la idea de que alguien se sienta culpable por su causa, lo hace sentir culpable a él.

-Me gustaría ver los equipos -dice Sadrac.

-Ven.

Nikki lo pasea por el laboratorio, mostrándole el zoológico de animales transmigrados, el último logro de las metempsicosis electrónicas: aquí hay un perro con el alma de un mapache, que, con mucho esmero, lava sus alimentos en un recipiente lleno de agua; y allí hay un águila, en cuyo cerebro han codificado la mente de un pavo real, que se pasea engreída, se acomoda las plumas y extiende las alas; ¿y aquello? Es una leona con alma de oveja, plácidamente echada, masticando forrajes que, con seguridad, dañarán su sistema digestivo. Todas estas criaturas reencarnadas tienen la mirada inmóvil, perpleja, como si un insaciable parásito les estuviera devorando las entrañas. Sadrac, entonces, le pregunta a Nikki si esa característica estará también presente en los avatares humanos, si el alma anulada del cuerpo donante no permanecerá como un miasma para perturbar la vida de su reemplazante.

-Creemos que no -dice Nikki-. Recuerda que los animales que te he mostrado fueron sometidos a implantaciones de las mentes codificadas de otras especies, de otras clases genéricas. Un pavo real nunca estará cómodo en el cuerpo de un águila, o una oveja en el cuerpo de un león. Con el tiempo el animal aprende a dominar su nuevo cuerpo, pero siempre tenderá a volver a sus reflejos originales.

-¿Por qué, entonces, molestarse en conmutaciones transgenéricas? ¿Qué sentido tiene? ¿Demostrar lo inteligente que eres?

-¿Qué sentido tiene? Que las disparidades entre la entidad donante y el recipiente son tan notables que inmediatamente podemos confirmar el éxito de la implantación. Si transferimos el alma de un spaniel al cuerpo de otro spaniel, si transferimos un chimpancé a otro chimpancé, una cabra a otra cabra, ¿cómo sabemos si cumplimos con nuestro objetivo? La cabra no nos puede decir. El spaniel no nos puede decir.

Sadrac frunce el ceño.

-Sin duda, los patrones eléctricos del cerebro de un spaniel son diferentes a los de otro spaniel, y eso se puede detectar enseguida. ¿Si todos los individuos tienen los mismos patrones de ondas cerebrales, en qué consiste tu proyecto, entonces?

-Desde luego que no todos los patrones de ondas cerebrales son iguales -dice la doctora Crowfoot-. Pero para poder probar el éxito de la transferencia necesitamos observar niveles de conducta más evidentes. Hicimos implantaciones y codificaciones con animales de la misma especie, muchísimos, pero una vez implantamos el alma de un chimpancé en otro chimpancé, por ejemplo, las diferencias de conducta son demasiado sutiles como para poder sacar conclusiones, y, por otra parte, los cambios que detectamos de las ondas cerebrales son, según nuestros conocimientos, producto de nuestra intromisión. En cambio, si codificamos la mente de una oveja y la transferimos al cuerpo de una leona y la leona, entonces, adquiere los hábitos de la oveja, tenemos una confirmación muy ilustrativa de que hemos logrado algo. ¿No?

-Pero sería mucho más ilustrativo, naturalmente, si conmutaran mentes humanas, y resultaría mucho más fácil confirmar que la conmutación fue inducida.

-Naturalmente.

-Pero no han hecho nada de eso.

Todavía no -dice Nikki-. Creo que la semana que viene haremos nuestra primera implantación humana.

Sadrac siente un escalofrío que le corre por la espalda. Hasta ahora, ha logrado mantener una impersonalidad admirable desde que Nikki comenzó a pasearlo por el laboratorio, ha llevado la conversación como si su único interés en el Proyecto Avatar fuera pura y exclusivamente profesional. Sin embargo, ahora que Nikki ha comenzado a hablar del traslado de mentes humanas de un cuerpo a otro, no puede dejar de pensar en las consecuencias finales de esta ardua investigación. Es incapaz de ignorar el objetivo de Avatar, la transmigración del tigre en gacela: Genghis Mao es el tigre, y Sadrac la miserable gacela. ¿Qué pasa con la gacela cuando invade al tigre? Sadrac piensa por un momento en una posibilidad de salvación que antes no había considerado: si pueden

trasladar la mente de una oveja al cuerpo de una leona, y la mente de Genghis Mao al cuerpo de Sadrac, de la misma manera pueden transplantar la mente de Sadrac a algún otro cuerpo, y dejarlo que viva en él, un tiempo más.

Pero la fantasía se desvanece en el instante que nace. No quiere trasladarse a otro cuerpo, quiere conservar el suyo. Qué parecido a un sueño es todo esto, piensa Sadrac. La única diferencia es que se trata de un sueño del cual no despertará.

-¿Durante cuánto tiempo harán experimentos con implantaciones humanas -pregunta Sadrac- antes de estar preparados para...

-¿Transplantar al presidente?

-Sí.

Nikki se encoge de hombros.

-No te puedo responder. Depende de los problemas que surjan con los trasplantes humanos experimentales. En caso de que surjan problemas de adaptación psicológica más complicados de lo que esperamos, en caso de que el trasplante provoque anomalías psicóticas, o trastornos cerebrales o pérdida de la identidad o algo por el estilo, pueden llegar a pasar meses o tal vez años antes de que nos atrevamos a trasladar a Genghis Mao a otro cuerpo. Nuestros experimentos con animales no han indicado que sucederá ese tipo de cosas, pero la mente humana es más compleja que la de un spaniel, y debemos aceptar la posibilidad de que una mente compleja reaccione de una manera complicada ante algo tan traumático como es un cambio de cuerpos. Por lo tanto, procederemos con cautela, a menos que Genghis Mao esté a punto de morir, en cuyo caso será necesario realizar un trasplante de emergencia y ver qué sucede. No es ese nuestro deseo, desde luego.

-Desde luego -repite Sadrac indiferente.

-Preferiríamos hacerlo de una manera organizada. Un período de experimentos con sujetos humanos, y luego, si no han surgido inconvenientes, nos gustaría hacer dos o tres trasplantes preliminares de Genghis Mao antes de...

-¿Qué?

-Sí. Insertar el modelo de la mente de Genghis Mao en varios cuerpos donantes temporarios, simplemente para observar cómo reacciona el presidente al ser transplantado, que adaptaciones serán necesarias para...

-¿Y qué harán con todos los Genghis Mao de sobra? -pregunta Sadrac-. Ya sé que es una bellísima redundancia mantenerlos en reserva, pero si todos empiezan a dar órdenes al mismo tiempo...

-Ah, no -dice la doctora Crowfoot-. La mente de Genghis Mao no permanecerá en los sujetos experimentales.

Ese tipo de redundancia no nos interesa en absoluto. Nuestra idea es destruir todos los sujetos experimentales, una vez hechas ¡as pruebas, anularles la mente por completo.

-Ah, sí. Siempre que el sujeto se los permita.

-No te entiendo.

-Recuerda que una vez hecho el trasplante, el sujeto con el que tratarán no será un pobre diablo indefenso, será Genghis Mao contenido en un nuevo cuerpo. Tendrán que enfrentarse con el alma dominante de esta era, y pueden llegar a tener problemas.

-Lo dudo -dice Nikki airosa-. Tomaremos precauciones. Ven por aquí, por favor.

Lo conduce hacia una inmensa computadora, toda una pared de metal gris y verde, de donde sobresalen extrañísimos aparatos. Aquí, explica Nikki, está conservada la esencia codificada de Genghis Mao, todo lo que se ha registrado hasta el momento, un modelo de persona digitado, casi completo, capaz de responder a estímulos en la misma medida que responde el verdadero Genghis Mao, calculado para una probabilidad de siete a ocho decimales. Nikki se ofrece a activar el aparato creador de estímulo para demostrar la reacción del modelo de la persona de Genghis Mao, pero Sadrac, que de pronto se siente deprimido, no muestra mucho interés. Nikki le sigue mostrando las maravillas de Avatar,

pero como advierte el poco entusiasmo de Sadrac y comprueba que él ha decidido dejar de fingir interés por sus milagros tecnológicos, lo conduce a su oficina privada y cierra la puerta con llave.

Están de pie, mirándose de frente, a menos de- un metro de distancia. Sadrac siente, de pronto, una excitación física intensa, intensidad que lo sorprende. Creía que, después de saber que Nikki lo había traicionado, habla perdido para siempre todo el deseo por ella. Pero no, el deseo perdura, y más apasionado que nunca. La tentación de su cuerpo cobrizo y suave, el recuerdo de su fragancia, el brillo de sus enormes ojos oscuros y penetrantes. La princesa india, Pocahontas, Sacajawea, aún ahora lo atrae. Ya no ve en ella a la ingeniosa mujer de ciencia cuyo talento lo ha arruinado: sólo ve a la mujer hermosa, apasionante, irresistible. Se siente seducido por el cuerpo de Nikki y sabe que ella siente lo mismo por él.

¿Qué hay de extraño, sin embargo, en que un hombre y una mujer, que han sido amantes por muchos meses, que están solos en una habitación cerrada con llave, se sientan invadidos por el deseo, a pesar de todo? Sadrac, no obstante, está aturdido por este súbito cambio de ánimo, por esta atmósfera erótica; el sexo que se estrella inesperadamente contra el escenario de la traición, la depresión, la condena, resulta inadecuado, indeseable, fuera de lugar y grotesco.

Fingiendo indiferencia, permanece inmóvil.

-¿Cómo te sientes Sadrac? -pregunta Nikki con ternura, después de un momento-. ¿La pasas muy mal?

-Sigo adelante.

-¿Tienes miedo?

-Un poco. Más que miedo es indignación, pienso. -¿Me odias?

-Yo no odio a nadie.

-Todavía te amo, sabes.

-Guárdatelo, Nikki.

-En serio. Por eso estuve tan mal este último tiempo.

La fuerza de la preocupación de la doctora Crowfoot es como una presencia tangible en la pequeña oficina.

-No me interesa saberlo.

-Entonces me odias.

-No. Simplemente no me importa tu remordimiento. -¿Y mi amor?

-¿Tal como es?

-Tal como es.

-No sé -dice Sadrac- No tengo ganas de pensar en cosas que me compliquen más de la que estoy.

-¿Qué harás, Sadrac?

-¿Qué quieres decir con "que harás"?

-No te quedarás en Ulan Bator, supongo.

-Todos me dicen que me escape.

-Sí.

-No tendría sentido.

-Podrías salvarte -le dice la doctora Crowfoot.

Sadrac menea la cabeza.

-Imposible todo el planeta está vigilado, Nikki. Observa el Vector de Vigilancia Uno durante quince minutos, y te darás cuenta de lo que digo. Ya lo sabes. Tú misma me dijiste que es imposible escapar. Hay un localizador para cada individuo. Además, si desaparezo tu proyecto volvería a arruinarse.

-¡Ay, Sadrac!

-En serio. Yo soy el hombre clave, ¿no es cierto? -No seas idiota.

-Tendrían que buscar otro donante y, entonces, tendrías que volver a recalibrar todo otra vez y tú...

-Basta. Por favor.

-Está bien -dice Sadrac-, pero, de todas maneras, es inútil tratar de escapar del Khan.

-Ni siquiera lo intentarás.

-Ni siquiera lo intentaré.

Nikki lo mira tranquila y en silencio durante unos cuantos minutos al cabo de los cuales dice:

-Pienso que lo que dices debería tranquilizarme.

-¿Por qué?

-Si tú no asumes la responsabilidad de salvarte, entonces yo no tengo que sentirme responsable por lo... por...

-¿Por lo que me sucederá si me quedo aquí?

-Sí.

Tienes razón. No tienes por qué sentirte culpable. Ya me han prevenido lo suficiente y yo decido, por propia voluntad, quedarme y aceptar mi destino. Estás absuelta, Nikki, y libre de culpa.

-¿Lo dices con ironía?

-No precisamente.

-Nunca me doy cuenta cuando hablas con ironía. -Esta vez no.

Una vez más, sus miradas se encuentran, extrañas y penetrantes. Sadrac siente aún esa misteriosa excitación sexual, ese deseo grotesco y fuera de lugar. Sabe que si se acerca a ella y la abraza hasta caer en el piso alfombrado de esta oficina, entre el escritorio y los ficheros, harán el amor, sí, aquí, ahora, en la oficina de la doctora Crowfoot, y será el último acto de amor enloquecido y frenético. Luego piensa en Eis y los demás miembros del laboratorio, que corren de un lado a otro, detrás de esa puerta cerrada, ocupados con sus computadoras y sus chimpancés, haciendo transferencias simuladas de la persona de Genghis Mao a la corteza física de Sadrac Mordecai. Este pensamiento sofoca apenas la pasión que lo invade, pero sólo apenas.

Nikki echa a reír.

-¿Qué es lo que te causa gracia? -pregunta Sadrac. -¿Te acuerdas -dice Nikki- de la vez que hablamos sobre el concepto de que tú y Genghis Mao eran un sólo sistema de vida, una unidad de procedimiento de datos autocorrectiva? Fue antes de que sucediera todo esto. Mangú estaba vivo aún, creo. Yo decía que el mazo y el formón y la piedra eran aspectos del escultor, o para ser más precisa, que el escultor y sus herramientas y materiales forman en conjunto una única entidad de pensamiento y acción, una sola persona, y que tú y Genghis Mao...

-Sí. Me acuerdo.

-Ahora se ajustará más aún a la realidad, ¿no es así? En su sentido más literal. Me parece una horrible ironía. Tu sistema nervioso y el de él entrelazados, unidos, indivisibles. Cuando hablamos aquella vez, tú me decías que no, que no era una analogía verdadera, que Genghis Mao podía enviarte información a ti pero no tu a él, de manera que hay una limitación en la corriente de información, un límite que separa a los dos individuos. Eso cambiará ahora. Resultará imposible decir dónde termina uno y dónde empieza el otro.

Pero aun aquella vez, yo intentaba explicarte que no habías captado la idea, que el mármol no puede diseñar la escultura pero, sin embargo, es parte de todo el sistema involucrado en la realización de la escultura, y que aunque tú no puedas transmitirle información metabólica a Genghis Mao eres parte de todo el sistema que constituye Genghis Mao. Hay interacción, hay una relación de realimentación que los une, hay... - Nikki detiene de pronto este veloz torrente de palabras. En un tono de voz completamente distinto dice: ¿Ay, Sadrac, por qué no quieres esconderte?

-Ya te lo dije. Es inútil. Ya lo repetí hasta el cansancio, pero parece que no me quieren creer.

Sadrac piensa en su persona como parte de todo el sistema que constituye Genghis Mao. Analiza las analogías.

No cabe duda de que sus sensores y sus nódulos lo unen al Khan de una manera muy especial, pero él no es ni más ni menos importante para el sistema que constituye Genghis Mao que lo es el trozo de mármol de Miguel Ángel para todo el sistema involucrado en la realización de la estatua. Si Miguel Ángel hubiera considerado que un trozo de mármol dejaba de ser necesario para el sistema, lo hubiera descartado y hubiera introducido otro.

Nikki tiembla.

-Si tú no tratas de salvarte -le dice-, entonces nadie podrá hacer nada por ti.

Una vez que el y Genghis Mao compartan el mismo cuerpo, serán verdaderamente una unidad integrada de procesamiento de datos. Desde luego, una unidad semejante necesitará una sola biocomputadora, un cerebro, una mente, un individuo, y ese individuo no será Sadrac Mordecai. -Ya lo sé -dice Sadrac- Eso ya lo hablamos. Yo soy el único responsable.

-¿No te importa?

-Tal vez no. Ya no. No sé.

-Sadrac...

Nikki hace un gesto de acercamiento, un gesto tentativo, tal vez erótico, o tal vez simplemente sea un gesto de ayuda a un hombre cuya vida está al borde del colapso. Sadrac se echa hacia atrás. Un muro invisible los separa, una barrera impermeable de palabras y temores y dudas y titubeos y culpas. Pero a Sadrac no le importa, se refugia detrás de ese muro. Sin embargo, la atracción sexual perdura, esa línea rígida e incandescente de tensión erótica, una línea que los une, que atraviesa la barrera, la perfora, la quema, la res quebraja hasta hacerla desaparecer. Sadrac ama a Nikki, odia, la desea, la detesta. Hace un ademán tentativo de acercamiento, pero se detiene. Parecen dos adolescentes inseguros de ellos mismos, una inseguridad absurda, llenos de prejuicios, jugándose tretas ridículas, acercándose con ímpetu y luego retrocediendo nerviosos. Los dos sonríen tensos. Los dos están perfectamente conscientes de los súbitos cambios de equilibrio que ocurren dentro de ellos y entre ellos. Es como si fueran viajeros a bordo de un vapor que navega en un mar de aguas turbulentas y agitadas. Están atrapados en un diminuto camarote, donde un cofre de metal macizo se desliza de un lado a otro con el vaivén convulsiva de las olas, estrellándose contra la pared, amenazando con golpearlos si no logran esquivarlo mientras se balancea a sus pies. Hay una suerte de comicidad innegable en esta situación, pero el peligro existe y no es de ninguna manera divertido. ¿Cuánto tiempo más podrán resistir? El cofre es tan pesado, el mar está tan embravecido el camarote, es tan pequeño, ellos ya están agotados...

De pronto se abrazan, se fusionan uno con el otro, bocas, que se buscan, dedos que se entierran en la carne. Sadrac está aterrado por el poder de esa fuerza ciega e irracional que se ha descargado sobre él y que él ha descargado.

-No -murmura. Sin embargo se aferra a las ropas de Nikki, la abraza apasionado, busca la plenitud de sus pechos. por debajo del delantal tan poco erótico.

-No -dice Nikki en un quejido, aparentemente tan aterrorizada como Sadrac. Sin embargo, ninguno de los dos resiste. Se tambalean de una manera casi cómica, se balancean, hasta caer en el piso alfombrado, entre el escritorio y los ficheros.

Ninguno de los dos se desviste: Sadrac se baja el cierre del pantalón y Nikki se sube la pollera. Esto no es un acto de amor tierno, de ninguna manera, ni siquiera un despliegue de atletismo sexual, es un acoplamiento salvaje, una unión de carne, desesperada y poco sofisticada. Sadrac desliza los dedos por los muslos de Nikki hasta encontrar y palpar esa ranura secreta, ya humean y caliente, oculta entre sus piernas. Nikki jadea y empuja la

pelvis hacia Sadrac, quien la penetra en una embestida ciega y violenta. Apenas tienen lugar para moverse: Nikki se inclina hacia arriba, los pies apuntando el cielo raso, y Sadrac la toma por las nalgas para sostenerla. Los cuerpos se oprimen con frenético vigor. Nikki alcanza el orgasmo casi inmediatamente, entre convulsiones y risitas poco características en ella; después de unos minutos, Sadrac la sigue, entre espasmos nerviosos y descontrolados que le arrancan un grito grotesco y esforzado. Luego en grosera culminación, se hunde, agotado, en los pechos de Nikki, que lo aprieta entre sus manos con paciencia tierna y maternal, como si estuviera dispuesta a tenerlo entre sus brazos durante horas o semanas. AL cabo de dos o tres minutos, sin embargo, él se aparta, aturcido, confundido, sin poder creer lo que acaba de suceder.

Se miran. Sadrac hace un guiño y Nikki le devuelve el gesto. La perturbación se refleja en sus sonrisas débiles y tenues.

Sadrac se pone de pie y Nikki permanece tendida en el piso con las piernas extendidas sobre la alfombra, la pollera plegada le rodea las caderas, la cara le brilla con gotas de sudor, la mirada, enrojecida y divagante. Sadrac, curiosamente fastidiado, aparta la mirada del cuerpo de Nikki: no es que ese pubis descubierto le parezca repulsivo, pero, por alguna razón que no logra entender, no tiene deseos de merarlo. Tal vez lo asuste el poder que esa caverna oscura y húmeda ejerce sobre él, ese primitivo abismo femenino, irresistible, arrollador. Finalmente, se arregla la ropa, tose como para darse seguridad y se inclina para ayudar a Nikki a levantarse, pero ella lo aparta suavemente y se pone de pie, prescindiendo de la mano de Sadrac. Se miran de reente, él no tiene nada que decir; y Nikki, salvando este momento de tensión, lo toma de la mano, y, con una sonrisa dulce y cariñosa, le sella los labios en un beso suave e inocente, un beso de bocas que se acarician, un beso que, al tiempo que agradece la intensidad de lo que acaba de ocurrir lo cancela en el pasado. Sadrac, entonces, se prepara para irse.

-Sálvate -murmura Nikki-. Nadie puede hacerlo por ti.

-Todavía tengo mucho que analizar.

-Vete, entonces, y piensa. Te amo, Sadrac.

Sadrac sabe que debe responder, pero, a falta de palabras, oprime la mano de Nikki con todas sus fuerzas y se retira.

CAPÍTULO 19

Todo este último tiempo, Sadrac aseguró que no escaparía. Se lo dijo a Ficifolia, a Horthy, a Nikki, a Katya, a todos los amigos bien intencionados que quieren que trate de salvarse. Sin embargo, decide alejarse de Ulan Bator, después de todo.

No se trata exactamente de un intento de huida, ya que Sadrac sigue creyendo que no hay manera alguna de eludir los ojos espías de Genghis Mao. Su intención no es mantener reserva con respecto a su decisión: piensa decírselo incluso al Khan. Lo que hará será algo así como un viaje de placer, unas vacaciones. Lo hará por lo que le dijo Horthy, que "algunos piensan mejor cuando escapan", y, además, porque Nikki le ha dado algunas ideas, al volver a hablar de la noción de que él y Genghis Mao conforman un solo sistema. No está muy seguro de la utilidad que pueden llegar a tener esas ideas y, por lo tanto, quiere analizarlas en detalle. Tal vez, pueda pensar realmente mejor cuando esté de viaje, y aunque así no fuera, se irá de todas maneras. No ve el momento de que llegue el día de su partida: será un entretenimiento divertido y es probable que también resulte instructivo. La idea lo alegra y le levanta el ánimo. Sadrac el Glorioso, saltando de continente a continente, en lo que tal vez sea la última gran aventura de su vida.

Por la noche, visita a Genghis Mao, quien, cómo siempre, se recupera magníficamente de su última intervención quirúrgica. A pesar de su aspecto febril, de sus mejillas apenas sonrojadas, y del extraño brillo que ilumina sus ojos astutos y pequeños, se lo ve alerta, vigoroso y fuerte. Ha pasado casi todo el día revisando los planes para el espectacular funeral público de Mangú, suspendido a causa del trasplante de aorta y luego programado para dentro de diez días. Mientras Sadrac realiza su rápido diagnóstico a través de los métodos acostumbrados, palpación, auscultación y todo lo demás, Genghis Mao revuelve pilas de documentos y, sin prestarle atención al aplicado trabajo de su médico, habla de la gran ocasión con efervescente entusiasmo infantil.

-¡Cinco mil tropas agrupadas en la plaza, Sadrac! Cohetes lanzados en todas las direcciones, escuadrillas aéreas, mil banderas, desfile de seis bandas. Luces, colorido, emoción. El Comité en pleno estará en un palco iluminado por un inmenso reflector de púrpura y oro. El catafalco será arrastrado por trece yeguas salvajes de Mongolia. Habrá pelotones de arqueros lanzando flechas de fuego. Una inmensa hoguera en el lugar exacto donde cayó Mangú. Equipos de atletas que... -el Khan se detiene-. Supongo que no está buscando nada nuevo para intervenirme, ¿verdad? No quiero más operaciones ahora. El funeral no puede ser suspendido por segunda vez.

-No veo por qué habrían de suspenderlo, señor.

-Bien. Bien. Será un acontecimiento que pasará a la historia. Cuando muera una figura importante, hablarán de ofrecerle un funeral "tan majestuoso como el de Mangú-. Usted estará en el palco sentado a mi derecha, Sadrac. Es una especie de honor que le hago, y todos lo sabrán.

Sadrac respira hondo. Puede llegar a tener problemas.

-Con su permiso, señor, creo que no voy a estar en Ulan Bator el día del funeral.

Las cejas imperiales se elevan en un gesto de asombro, pero casi inmediatamente recuperan su posición natural.

-¿Cómo dice? -pregunta Genghis Mao finalmente.

-Quiero salir de viaje una temporada -le explica Sadrac-. Tuve mucho trabajo últimamente y estoy agotado.

-Es cierto. Se lo ve pálido -acota el Khan indiferente.

-Muy tenso. Muy cansado.

-Sí. Pobre Sadrac, tan dedicado que es.

-Usted ha recuperado las fuerzas después del trasplante de hígado, señor. No necesitará atención intensiva y, además, yo podría volver de inmediato a Ulan Bator en caso de emergencia.

Los ojos húmedos del presidente lo estudian con calma. Lo extraño es que el anuncio de Sadrac parece no haber perturbado a Genghis Mao, actitud que, de alguna manera, resulta alarmante. Sadrac no quiere ser indispensable, dado todas las responsabilidades que eso supone, pero, por otra parte, desea que el Khan lo considere una persona indispensable, ya que eso es lo único que puede salvarlo.

-¿Adónde irá? -pregunta Genghis Mao.

-Aún no lo he decidido.

-Ni siquiera tiene una idea.

-Ni siquiera tengo una idea. Todo lo que sé es que me alejaré de Ulan Bator.

-Entiendo. ¿Y por cuánto tiempo?

-Unas pocas semanas. Un mes, a lo sumo.

-Me parecerá extraño no tenerlo a mi lado.

-¿Quiere decir que tengo su permiso, señor?

-Lo tiene, desde luego -una sonrisa serena se dibuja en el rostro de Genghis Mao, como si se sintiera reconfortado por su propia bondad. Un cambio súbito e inesperado, sin embargo, le oscurece la expresión, le frunce el ceño y le ilumina la mirada con brillo tenso y preocupado. ¿Acaso ha recapacitado? Sí-. Pero, ¿qué pasa si me enfermo? ¿Un ataque? ¿El corazón? ¿El estómago?

-Señor, puedo regresar inmediatamente si...

-Me preocupa no tenerlo cerca, Sadrac -interrumpe el Khan con voz grave, áspera, casi temerosa-. ¿Qué pasaría si se produce el rechazo, o si se obstruye el intestino, o si surgen problemas renales? Usted detecta los trastornos tan rápido, reacciona casi instantáneamente... -el Khan echa a reír. Es obvio que se ha vuelto a producir un cambio en su ánimo: los temores de hace un momento se desvanecen de pronto, y una sonrisa nítida y extraña le ilumina el rostro. Con la voz renovada, dulce, casi melodiosa, dice:

-¿Sabía que a veces escucho voces, Sadrac? Como los santos, como los profetas. Consejeros invisibles vienen a mí cuando necesito ayuda. Son murmullos que me guían y me aconsejan.

-¿Voces, señor?

Genghis Mao pestañea.

-¿Dijo algo?

-Voces, dije. Usted me acaba de decir que a veces escucha voces.

-¿Yo dije eso? Yo no hablé de voces. ¿Qué voces? ¿Qué está diciendo, Sadrac? - Genghis Mao estalla una vez más en carcajadas toscas y desconcertantes-. ¡Voces! ¡Qué locura! Bueno, no nos compliquemos con tonterías -estira el cuello y lo mira a Sadrac con los ojos entreabiertos. Así que se tomará un descanso de este anciano y sus rezongos, ¿eh?

Sadrac esta empapado en sudor. Sadrac está aterrado. Qué es esto, una falla psicótica o no es más que uno de los juguetos del Khan?

-Una especie de descanso, sí señor -dice Sadrac inseguro.

El presidente queda pensativo durante unos segundos.

-Sí. Pero que no esté presente en el funeral... qué lástima...

-Lo siento señor -dice Sadrac-, pero necesito irme.

-Sí, sí. Por favor. Haga su viaje, Sadrac, si lo necesita. Si lo necesita.

Listo. Hecho. Sadrac suspira. Un poco de tensión, pero tiene el permiso para partir.

¡Qué extraño! Le resultó tan fácil.

29 de mayo de 2012

¡Qué cara tenía Sadrac cuando apareció con la cuestión de las vacaciones! Aterrado. Seguramente tenía miedo de que yo me negara. ¿Qué habría hecho si yo le hubiera dicho que no? ¿Hubiera ido igual? Probablemente sí. Tiene la mirada de un hombre desesperado que lucha atrapado en un rincón. Hay que tener cuidado con éstos: uno tiene

que controlar al adversario, pero no atraparlo en un rincón. Al contrario, hay que dejarle mucho espacio, porque ésa es una manera de darnos mucho espacio a nosotros.

Me pregunto por qué se va.

Dijo estar cansado y tenso. Y bueno, puede ser, pero sé que hay algo más, algo que tiene que ver con Avatar. ¿Pensará desaparecer? Es demasiado inteligente para pensarlo, tiene que saber que no puede desaparecer. ¿Qué es entonces? ¿Rebeldía? ¿Quiere ver qué pasa si le dice a este anciano que se va por un mes de viaje sin rumbo fijo?

Yo no me iba a negar, naturalmente: es mucho más interesante dejarlo ir y ver qué hace.

La primera llamita de independencia que se enciende en Sadrac. También, ya era hora.

¿Qué pasa si me enfermo de gravedad durante su ausencia?

El corazón, el hígado, los pulmones, los riñones, hemorragia cerebral, pleuresía, pericarditis aguda, uremia tóxica. ¡Qué frágil, endeble y vulnerable es mi cuerpo, tan solo trozos de carne unidos, que pueden desintegrarse en cualquier momento!

No debo preocuparme por eso. Me siento perfecto. Me siento perfecto. Me siento perfecto. Mi estado de salud es extraordinario.

No dependo de Sadrac Mordecai.

No dependo de Sadrac Mordecai.

¿Y qué pasa si sabe de alguna forma de desaparecer realmente? Hay muy pocas probabilidades, pero... ¿qué pasaría con Avatar entonces? ¿Habría que buscar otro donante? Pero yo lo quiero a él. Cada vez que lo veo, pienso en la belleza de su cuerpo, su agilidad, su elegancia. Yo estaré dentro de él algún día. ¡Ah, sí!

¿No será peligroso perderlo de vista?

Genghis Mao no pierde a nadie de vista. Correcto.

De todas maneras, lo conozco bien a Sadrac, y su viaje no me preocupa. Se irá, tendrá su aventura, y después volverá a mí. Por propia voluntad. Volverá, sí, sí. Por propia voluntad.

Ya es hora de que piense qué lugares le gustaría visitar. Puede ir a cualquier parte, sin preocuparse por el costo. ¿Acaso no es miembro de la élite gobernante, un aristócrata en un mundo de plebes putrefactas, un privilegiado que goza de la bendición del Antídoto? Pero, ¿adónde irá?

Se dirige al Vector de Vigilancia Uno para analizar sus opciones. A pesar de que muchas veces se detiene frente a las pantallas del Vector de Vigilancia Uno para contemplar, de paso, las actividades del mundo exterior que llama Sala de Traumas, ésta es la primera vez que se ubica en el trono imperial, donde están los controles del inmenso aparato de ojos espías. El tablero de control es un enjambre de botones de todos colores: una hilera de rojos, una cuña de verdes, amarillos, azules, violetas, naranjas. Las manos de Sadrac revolotean sobre la botonera como las de un organista novicio que se enfrenta con su órgano por primera vez. No hay rótulos por ninguna parte. ¿Hay algún sistema para manejar esto? Toda la sala está iluminada con un torbellino vertiginoso de imágenes que, reflejadas en las miles de pantallas, relampaguean intermitentes. Sadrac oprime un botón verde. ¿Se produjo algún cambio? Las pantallas siguen bailando sin orden ni concierto. Cubre una serie de botones verdes con las palmas extendidas. Ah, ahora es posible detectar un patrón de respuestas determinado. En una hilera de pantallas, en el ángulo superior derecho del inmenso aparato, se reflejan ciudades imposibles de confundir: son ciudades europeas, París, Londres, quizás Praga, Viena, Estocolmo. Entonces, es probable que la codificación por color corresponda a los distintos continentes.

Sadrac libera las teclas verdes y oprime un puñado de botones anaranjados. Una búsqueda sistemática a través del remolino enloquecido y luminoso de las pantallas le muestra, finalmente, un grupo de escenas norteamericanas que aparecen en el extremo

izquierdo: pantallazos de lo que seguramente es Los Ángeles, Nueva York, Chicago, Boston, Pittsburgh. Pues bien.

Sadrac, rápido para las investigaciones, ha logrado manejar el sistema después de media hora de trabajo concentrado y paciente: el violeta es África, el azul es Asia, el rojo es América latina, etc. Descubre, además, que hay ciertos botones maestros el rojo de los rojos, por así decirlo, el azul de los azules- que, al ser oprimidos, borran de las pantallas la información acerca de todos los continentes excepto la del continente cubierto por ese color, de manera que no es necesario lidiar con todo ese torrente enloquecido de información que el Vector de Vigilancia Uno es capaz de ofrecer. También aprende a obtener imágenes de determinadas ciudades: las teclas que comprenden cada grupo de colores están dispuestas en un orden análogo a la posición geográfica de dichas ciudades, y, activando una pantalla ubicada a su izquierda, obtiene imágenes de mapas cuadriculados que le indican qué tecla debe pulsar. Así pues, Sadrac examina la Sala de Traumas sistemáticamente, para decidir qué lugares visitará.

Sí, las capitales famosas del mundo. Las antiguas capitales. ¿Roma? Desde luego. Oprime el botón correspondiente. Aparece el Coliseo, el Foro, la Plaza España. Sí. Y Jerusalén, sí, con una ojeada basta. Piensa en Egipto, y oprime la tecla correspondiente a El Cairo, pero rechaza la idea cuando ve a los mendigos que se tambalean al pie de la Gran Pirámide; los ojos de los mendigos están cubiertos por costras pobladas de moscas. Sadrac ha oído rumores acerca de Egipto, y ahora esos rumores parecen confirmarse: la descomposición orgánica no lo asusta, pero no conoce ningún antídoto para ese horrible tracoma, la bilharziasis endémica, y las mil y una plagas de El Cairo que le muestran las pantallas. Su alma de médico estaría dispuesta a ir a Egipto a hacerse cargo de los enfermos, a prescribir medicamentos, pero éste es un viaje de vacaciones, y Sadrac no irá en calidad de médico, sino de antimédico; por lo tanto no acepta el desafío de Egipto. En cambio, elige Estambul, después de contemplar una escena en la que se ven las imponentes mezquitas construidas sobre colinas. Luego se decide por Londres, pasa por alto una escena de Filadelfia, su ciudad natal, y de Nueva York. Elige San Francisco y finalmente Pekín. El gran paseo. La gran aventura.

Esa noche duerme solo y, por suerte, logra conciliar el sueño, como si la perspectiva de su viaje alrededor del mundo hubiera apaciguado su estado de ánimo ya agotado. Se despierta antes del amanecer, cumple con su rutina calisténica, prepara la valija, lo cual le lleva sólo un rato, por la poca ropa que empaca. El círculo verde de la pantalla informativa indica que hoy es viernes - 1 de junio - 2012.

No se despide de nadie. Cuando el sol despunta en el horizonte, pide un automóvil que lo lleva al aeropuerto.

1 de junio de 2012

Finalmente le dije lo de las voces, a pesar de que dudaba en hacerlo. Tal vez, no tendría que habérselo dicho, pero no lo tomó muy en serio. ¿Acaso yo lo tomo en serio? ¿Acaso tomo en serio lo que me dicen las voces? Tal vez se trató de síntomas de algún trastorno mental serio. ¿Entonces, quiere decir que los santos también eran locos? Las voces me murmuran. Siempre han estado junto a mí en épocas de crisis. Durante la Guerra del Virus las escuché con más claridad que nunca. Una voz me dijo: "Yo soy Temujin Genghis Khan, y tú eres mi hijo, y serás Genghis II". Una voz de trueno, aunque sólo murmuraba. Otra voz, suave como una seda, me dijo: "Y yo soy Mao, tú eres mi hijo, Y serás Mao II". Pero ya habíamos tenido un Mao II un maldito cobarde que destruyó a su país con su imbecilidad y aun habíamos tenido un Mao III que gobernó durante poco tiempo, antes de que estallara la Guerra del Virus, entonces le dije a Mao que estaba fuera de época, que era demasiado tarde para que yo fuera Mao II, que debería nombrarme Mao N. Él me entendió: y así me bendijeron y consagraron y fui entonces Genghis II Mao IV. Así fue como mis voces me nombraron rey, y me guiaron desde

entonces. ¿Es acaso una señal de perturbaciones esquizoides, escuchar voces? Podría ser. ¿Entonces soy esquizoide? Muy bien, soy esquizoide, pero también soy Genghis II Mao IV y gobierno el mundo.

CAPÍTULO 20

Esta mañana no hay vuelos con destino a Jerusalén, ni a Roma, ni a Estambul, ni a ningún otro punto en donde Sadrac pueda trasbordar a otro avión que lo lleve a alguna de esas ciudades. Hay un vuelo a Pekín, que saldrá en unos minutos, pero Pekín está demasiado cerca de Ulan Bator y los chinos se parecen mucho a los mogoles, y lo que Sadrac necesita es, precisamente, un cambio de escenario. Más tarde, partirá un avión con destino a San Francisco, pero San Francisco queda muy a trasmano con respecto a los demás puntos del itinerario. Y hay un vuelo a Nairobi, que parte casi inmediatamente. En ningún momento se le había ocurrido a Sadrac viajar a Nairobi, ni a ninguna de las ciudades de africanos negros, a pesar de los lazos ancestrales. Pero la espontaneidad, piensa Sadrac, reconforta el alma, y en este preciso instante la idea de viajar a Nairobi resulta curiosamente atractiva. Así pues, todo impulso y decisión, Sadrac sube a bordo del avión.

Hacia dos años y medio que Sadrac no salía de Ulan Bator. La última vez fue cuando Genghis Mao decidió, de pronto, presidir en persona un ridículo congreso mundial del Comité, celebrado en la ya vieja y descuidada sede de las Naciones Unidas en Nueva York. En ese entonces, Sadrac no era aún el médico personal del Khan, dicha función era desempeñada por un portugués, astuto y diplomático, llamado Texeira, que se especializaba en medicina interna, pero como a Texeira le quedaba poco tiempo de vida ya que padecía de leucemia, Sadrac se preparaba poco a poco para reemplazarlo. El trabajo de Sadrac era, aparentemente, el de médico auxiliar, un simple escolta en el numeroso séquito que acompañaba a Genghis Mao, pero cuando el Khan tuvo un ataque de presión después de pronunciar un discurso de seis horas desde el estrado de lo que entonces era la sala de Asamblea General, fue Sadrac quien tuvo que hacerse cargo del problema mientras Texeira yacía, dopado e inútil, en su habitación. Como consecuencia de este penoso viaje, Genghis Mao inventó a Mangú para que se encargara de dirigir ceremonias tales como congresos del Comité, y desde entonces, no se alejó más de Ulan Bator. Y Sadrac tampoco. Sin embargo, hoy, después de tanto tiempo, mirando a través de la ventanilla de este avión supersónico, se despide de la desierta estepa de Mongolia, que ya casi no alcanza a divisar. Dentro de muy pocas horas estará en África.

¡África! Las señales telemetradas de Genghis Mao ya comienzan a esfumarse y a perder intensidad, a medida que Sadrac se acerca al límite de los mil kilómetros. Todavía recibe información, unos tenues golpecitos y ruiditos y cosquilleos del sistema de nódulos, pero a medida que el avión avanza vertiginoso en dirección Sudoeste, a Sadrac le resulta cada vez más difícil interpretar los equivalentes analógicos de los procesos físicos del Khan: Genghis Mao, sus riñones, el hígado y el páncreas, el corazón y los pulmones, las arterias y los intestinos, se han transformado en algo remoto, han dejado de ser reales. Muy pronto, las señales desaparecen por completo, ya están por debajo del umbral de percepción. Sadrac queda solo en su cuerpo. ¡Qué extraño y súbito estallido de silencio! ¡La ausencia de percepción subconsciente! Se ha olvidado qué sensación se experimentaba, sin esas pulsaciones de información constante que le inunda la conciencia, y en los primeros momentos después de superar el límite del alcance de la telemedición, se siente despojado de algo esencial, como si hubiera perdido uno de los sentidos principales. Poco a poco se acostumbra al silencio interior y se relaja.

El avión es confortable, los asientos son mullidos, enormes, mucho espacio para las piernas. Probablemente tenga unos veinte años. Sin duda ha sido construido antes de la guerra del Virus. Muchas industrias han desaparecido después de la Guerra, y la industria aeronáutica es una de ellas. Como consecuencia de la Guerra, el número de habitantes del mundo ha disminuido tan notablemente, que para la población actual, dado un programa de mantenimiento adecuado, bastan los aviones heredados del mundo populoso y agitado de la década del ochenta, cuando la industria económica pasaba por

su último período de expansión convulsiva, a pesar de la terrible escasez y desorden general. Esto no significa, sin embargo, que la Guerra y la descomposición orgánica marcaran el fin del progreso tecnológico: en la época de Sadrac, la energía de fusión ha salvado al mundo de la crisis energética, por medio de taladros subterráneos se ha creado un sistema totalmente nuevo de túneles para tránsito masivo en casi todas las áreas urbanas, se han ideado sistemas de comunicación de los más sofisticados, la aplicación de computadoras ya está casi totalmente difundida, etcétera. El progreso continúa. Las cosas han cambiado, pero no completamente: aún perduran las sociedades mercantiles y las bolsas de cambio, no hubo una ruptura absoluta con respecto al pasado, simplemente porque un tercio de la población de antaño ha muerto y una estructura política cuasi dictatorial se ha impuesto sobre el resto. Pero ésta es una sociedad decreciente, que disminuye día tras día con el flagelo de la descomposición orgánica, oprimida por un cierto sentido de estancamiento e ineficacia, que el régimen de Genghis Mao no logra disipar. Una sociedad semejante, por consiguiente, no necesita nuevos jets de pasajeros, habiendo aviones antiguos que todavía funcionan.

1 de junio (continuación)

¿El hecho de que el gobernante del mundo sea esquizoide, no trae serias consecuencias en perjuicio de sus súbditos? Creo que no. Yo estudié historia muy detalladamente. A través de la historia, los pueblos tuvieron los gobernantes que merecieron, los gobernantes apropiados. Un soberano refleja el espíritu de su época y expresa los rasgos más característicos de su pueblo. Hitler, Napoleón, Atila, Augusto, Ch'in Shih Huang Ti, Genghis Khan, Robespierre: ninguno de ellos fue un accidente o una anomalía, todos fueron una consecuencia orgánica de las necesidades de la época. Aun cuando un gobernante impone su voluntad por medio de la conquista, que no es mi caso, rige el imperativo histórico: ese pueblo quería ser conquistado, necesitaba ser conquistado, de no ser así no se hubieran sometido al conquistador. Lo mismo sucede ahora. Una época esquizoide exige un gobierno esquizoide. Los habitantes del mundo padecen la muerte lenta de la descomposición orgánica; existe un antídoto, pero no lo distribuimos por todo el mundo; los habitantes del mundo aceptan esta situación, actitud que defino como locura. Un gobierno loco, pues, para ciudadanos locos, un gobierno que ofrece promesas de antídotos pero nunca cumple. Sí, claro, es cierto que las reservas del Antídoto no alcanzan para todos, pero algo podría repartirse. No le damos prioridad a la expansión de las provisiones. Ofrecemos esperanzas pero no inyecciones, y esto, de alguna manera, mantiene a nuestros súbditos. Locura. Un mundo que se destruye con un antígeno nacido de las nubes está loco; un mundo que se entrega a una oligarquía de extraños está loco; es perfectamente lógico, entonces, que los mismos oligarcas estén locos.

¿Pero estamos locos? ¿Estoy loco? Pasé toda la mañana investigando acerca de los síntomas de esquizofrenia, consultando los libros de medicina de Sadrac, aprovechando su ausencia. Aquí tengo un texto que dice que los dos síntomas más comunes de la esquizofrenia son los delirios y alucinaciones. "Un delirio", dice, es una convicción persistente, contraria a la realidad según la percibe la mayoría de la gente, que no se logra disipar con argumentos lógicos. Por lo general se trata de delirios de grandeza o persecución: un individuo puede sostener la convicción de que es Jesucristo o que es perseguido por una organización mundial supersecreta." Yo nunca sostuve la convicción de ser Jesucristo. Estoy convencido, sí, de que soy Genghis II Mao IV Khan. ¿Es eso una convicción delirante? Creo que esta convicción es congruente con la realidad según la percibe la mayoría de la gente. Creo que mi convicción de esta convicción está fundamentada en la realidad. Creo que realmente soy Genghis II Mao IV Khan, y que, por consiguiente, esta convicción no es esquizofrénica, no es delirante. Por otra parte, creo que corro el riesgo de que me asesinen, que hay una conspiración mundial que atenta

contra mi vida. ¿Es eso un típico delirio esquizofrénico? Pero Mangú está realmente muerto, alguien lo empujó por una ventana del piso setenta y cinco de un edificio. ¿Acaso imagino la muerte de Mangú? Mangú está realmente muerto. ¿Acaso le doy una interpretación equivocada a la muerte de Mangú? Sé que hay quienes creen que se suicidó. Eso es un delirio. Mangú fue asesinado. Pueden atacarme a mí en cualquier momento, a pesar de mis precauciones. Si mis pensamientos son delirantes, pues acepto mis delirios, delirios que se adecuan a mi posición en la historia. ¡Y si el peligro es real, muy astuto de mi parte haberme protegido con las Interfaces!

Veamos ahora qué dice de las alucinaciones. "Una alucinación es una percepción visual, auditiva, olfativa o táctil que no es real. Las alucinaciones esquizofrénicas toman, por lo general, la forma de voces." ¡Aja! "Las voces pueden atormentar a un paciente ordenándole que salte por una ventana o acusándolo de haber perpetrado crímenes atroces" ¿Qué es esto de ventanas? ¿Es posible que Mangú haya sido esquizoide? No. No. Lo dudo, Mangú no era lo suficientemente inteligente como para ser esquizoide. Yo soy el que escucha voces, y mis voces no dicen locuras. "A veces, la alucinación consiste simplemente en ruidos o palabras aisladas, y otras veces, al paciente le parece oír sus pensamientos. Otras alucinaciones incluyen visiones aterradoras, olores raros o sensaciones físicas extrañas. "

Creo que puede aplicarse a mi caso, y si es así, lo acepto abiertamente. Aquí sigue: "los delirios y alucinaciones no son síntomas exclusivos de la esquizofrenia" dice, "ya que también pueden manifestarse cuando se producen trastornos orgánicos (ejemplo: infecciones de la sustancia cerebral o disminución de la corriente sanguínea que va al cerebro causada por la arterioesclerosis)-. ¿Es ésa la explicación? ¿Quiere decir, entonces que los murmullos del Padre Genghis no son más que un microbio en mi cerebelo? Debería hablar sobre esto con Sadrac, cuando regrese. Él siempre se preocupa por mis arterias, y tal vez quiera hacer otro trasplante. Hay que tener en cuenta que todavía conservo algunos de mis vasos sanguíneos originales, y ya están envejeciendo. Tengo... ¿cuánto, ochenta y siete años? ¿Ochenta y nueve, noventa y tres? Sí, quizás noventa y tres. Me cuesta tanto recordar mi edad exacta, pero sé que soy viejo, muy viejo.

¡Soy viejo, Gran Padre Genghis!

El aire de Nairobi es claro, seco y fresco. No es un clima tropical a pesar de que está a sólo un grado aproximadamente del Ecuador, en la misma latitud que el ardiente Cotopaxi y la destruida ciudad de Quito. Por estar en un país de tierras altas y montañosas, la ciudad de Quito también era fresca, pero aquello fue sólo un sueño, una ilusión transtemporal, mientras que ahora Sadrac está realmente, según el concepto general de realidad, en Nairobi.

-Estamos a mucha altura sobre el nivel del mar -le explica el taxista-. Aquí nunca hace demasiado calor -el conductor del taxi, de enormes anteojos ahumados y viejísimo uniforme azul, es un hombre cordial, amable y conversador: pertenece a la tribu de los Kikuyu, dice. Tiene un aspecto saludable, a pesar de que Sadrac pensaba que fuera de Ulan Bator todos padecían de descomposición orgánica-. Hablo seis idiomas anuncia el taxista-: kikuyu, masai, swahili, alemán, francés e inglés. ¿Usted es inglés?

-Norteamericano -dice Sadrac. Le resulta extraño decirlo, pero, ¿qué otra cosa podría responder, que es mogol?

-¿Norteamericano? ¡Ah! ¿Nueva York? ¿Los Ángeles? En una época venían muchos norteamericanos aquí. Antes de la gran muerte, sabe. ¡Los aviones en que venían eran grandes, enormes, siempre venían repletos, ¡Cuántos norteamericanos! Venían a ver los animales, ¿sabe? Se internaban entre la vegetación, con cámaras. Después, nunca más. Hace tanto que no vienen los turistas norteamericanos. Ningún turista -se echa a reír-. Los tiempos cambiaron. Estamos mal, mal. Todos, menos los animales. Los animales la pasan bien. ¡Mire, mire, allí, al costado del camino! Una hiena. Ahí no más, al costado del camino. ¿Ve?

Sí, Sadrac ve: un animal siniestro y desagradable, como un oso pequeño y sin gracia, agazapado al borde de la carretera. El taxista le explica que ahora hay animales salvajes por todas partes, que las avestruces desfilan por las calles principales de Nairobi, que los leones y leopardos buscan sus presas en las granjas de los suburbios, que las gacelas se pasean en manadas enormes y revoltosas por los jardines de la universidad.

-Porque hay muy poca gente -dice el conductor del taxímetro-, y la mayoría está muy enferma. Se practica muy poca caza. La semana pasada un elefante inmenso arrancó un espino frente al hotel New Stanley. Un espino viejísimo, muy famoso. Un elefante inmenso, lógico, como el nivel de población mundial es tan bajo como a comienzos del siglo XIX, los animales han comenzado a reclamar su dominio. Ninguno de ellos ha sufrido las consecuencias de la Guerra, ni los simios más parecidos al hombre: sólo los pobres humanos fueron atacados por el virus de la descomposición.

En el trayecto del aeropuerto a la ciudad, Sadrac ve más animales, dos cebras bellísimas, algunos jabalíes, y un grupo de antílopes zanquilargos y jorobados.

-Esos son gnus -le informa el taxista. Sadrac se deleita ante este despliegue de naturaleza, pero al mismo tiempo una suerte de tristeza lo invade, ya que si los gnús pastan junto a las grandes carreteras y las hierbas crecen en las calles de la ciudad, es porque se aproxima el final de la era del hombre, y Sadrac no está preparado para enfrentarlo.

En realidad, no crecen tantas hierbas en las calles de Nairobi, por lo menos no las hay en el ancho y elegante bulevar por el que el taxi entra a la ciudad. Aquí y allá, arbustos florecidos restallan en belleza natural. En contraste con la monocromática Ulan Bator, Nairobi deleita la mirada con su colorida vegetación: cascadas de buganvilla roja y violeta y anaranjada adornan las paredes; también las plazuelas de la calle están cubiertas por una alfombra espesa y mullida de capullos de bungavilla color lavanda; áloes de espeso follaje pueblan las esquinas como centinelas pensativos. De todos estos árboles y arbustos que colman las calles con acuarelas multicolores, Sadrac sólo reconoce a los jaracandaes y a los hibiscos. El efecto de todo el conjunto es alegre, chispeante y curiosamente conmovedor. ¿Quién puede sentir desesperación, piensa Sadrac, en un mundo que ofrece tanta belleza? Sin embargo, en el momento mismo de esta alegría trascendental creada por la ciudad florida, luminosa e impecable de Nairobi, surge la negación a esa alegría, puesto que Sadrac también se pregunta cómo es posible que, gozando de plena libertad en este bellísimo mundo, lo hayamos transformado en semejante calamidad. A pesar de todo, esta ciudad que le ofrece tantas maravillas desconocidas, lo colma de placer más que de melancolía.

Y así, Sadrac Mordecai pasea por esta ciudad africana amada del sol y las flores, en un taxi viejo y lento que lo lleva a su hotel, el Hilton, un lugar cavernoso y añejo donde probablemente sea el único huésped. El personal del hotel lo trata con extraordinaria deferencia, como si fuera un príncipe que ha venido de visita a Nairobi. De alguna manera, lo es para esta gente, que sabe que Sadrac vive en la capital y que maja con un pasaporte del CRP, por lo cual deben pensar, seguramente, que está sentado a la diestra de Genghis Mao, lo que de hecho es verdad, aunque no está en absoluto vinculado con el gobierno en sí. No obstante, aun la gente que no ha visto su pasaporte se dirige a él como si fuera alguien superior. El trato que recibe le recuerda algo que muchas veces olvida: que es un hombre de mucha presencia y dignidad, un hombre capaz, seguro de sí mismo y de aspecto atractivo, que irradia una aureola que impulsa a los demás a tratarlo con amabilidad. Viviendo a la sombra de Genghis Mao, es difícil recordar que uno es una persona, una persona considerable y no una simple extensión del presidente. Nairobi, vuelve a confirmárselo.

Media hora después de registrarse en el hotel, Sadrac sale a caminar por la ciudad y hace otro descubrimiento de algo que es obviamente natural: todos los habitantes de Nairobi son negros. Casi todos, bueno. Hay unos pocos comerciantes chinos, un par de

indios, algunos blancos de edad ya avanzada, pero son las excepciones, y resaltan con la misma notoriedad que él en Ulan Bator. ¿Por qué habría de sorprenderse por las, caras negras que ve en este lugar? Esto es África, y en África la gente es negra, como lo era en Filadelfia donde vivió su infancia: los blancos muy pocas veces se atrevían a ir a su vecindario, y siempre pensaba, o al menos lo pensaba cuando era muy pequeño, que el ghetto era el mundo, que los negros eran la norma y que esas criaturas de caras rosadas, ojos azules y cabellos lacios y sueltos, que se veían de tanto en tanto, eran seres raros y extravagantes como las jirafas que aparecían en su libro de lectura. Pero esto no es el ghetto. Esto es una nación, un universo, en donde los policías y los maestros y los delegados de Comité dos bomberos son negros, los ingenieros de la planta de fusión son negros, los neurocirujanos y los optometristas son negros, negros de pies a cabeza. Hermanos y hermanas por todas partes, y, sin embargo, Sadrac está alejado de ellos, no siente el parentesco, sino que se sorprende ante la universalidad de la raza negra. Lo que ocurre, es, posiblemente, que habiendo vivido tanto tiempo en Mongolia como parte de esa amalgama políglota y multirracial que rodea a Genghis Mao, ha perdido en cierta medida su identidad racial. Por otra parte, el hecho de vivir entre millones de mogoles ha creado en él la sensación de ser un observador, un extraño, lo cual lo aliena aun entre los de su propia especie, si es que se puede decir que esta gente que habla el swahili, que vive entre avestruces y leopardos, gente de sangre puramente negra, son hombres y mujeres de su misma especie.

Hay algo más que Sadrac descubre, algo que es también obvio: Nairobi no es solamente espléndidos bulevares, aire claro y vibrante, glorietas de buganvilla e hibiscos. Este lugar, por encantador que sea, es también parte de la Sala de Traumas, y Sadrac no necesita alejarse mucho de las inmediaciones del hotel para encontrar a las víctimas del flagelo mundial, que vagan por las calles de la ciudad. Todas ellas ofrecen un panorama de las distintas fases de la enfermedad; en algunos individuos sólo se reflejan los primeros síntomas de deterioro físico, caras pálidas y paso lento; otros se estremecen de dolor, inclinándose aturcidos, y algunos, ya al borde de la muerte, con sus rostros con manchas de sudor brillante, se tambalean vomitando torrentes de sangre, y caminan en órbitas solitarias, sólo Dios sabe por qué, luchando con incomprensible determinación para llegara algún destino inalcanzable antes del desenlace final. A veces se detienen y clavan los ojos en Sadrac, como si supieran que es inmune y esperaran de él una dádiva de fortaleza, una especie de infusión carismática que les proporcione esa inmunidad, que cure sus lesiones y reintegre sus cuerpos. Sin embargo, no hay nada de reproche ni de envidia en esos ojos perdidos: es una mirada serena, inalterable y persistente, como la del ganado en las praderas, una mirada insondable, pero que no amenaza, que no nos carga de culpa por su muerte.

Al principio, Sadrac no puede enfrentar esa mirada continua. Hace mucho tiempo le enseñaron que un médico no debe sentirse culpable ante un paciente por gozar de buena salud, pero este caso es distinto: estos individuos no son sus pacientes, y él goza de buena salud sólo porque sus conexiones políticas le dan acceso a una protección de la que ellos no pueden gozar. A Sadrac le interesa indagar todo lo que se relacione con la descomposición orgánica; y, cada vez que se le presenta la oportunidad, analiza las características de esta enfermedad, el gran fenómeno médico de esta era, como lo fue en su momento la Peste Negra, la plaga más terrible de la historia, pero ni su interés ni la frialdad que, por ser médico, lo caracteriza, le bastan para mirar a estos individuos de frente. De tanto en tanto los mira de reojo hasta que se da cuenta de que sus sentimientos de culpa carecen de significado para estas débiles ruinas humanas a quienes no les importa si Sadrac los mira o no. Ya no les importa nada. Se están muriendo, aquí mismo, en la vía pública, presas de un mal que les quema las entrañas y les nubla la mente: ¿Qué importancia tiene la mirada de un extraño? Sadrac enfrenta, entonces, esos ojos extraviados. Barreras invisibles lo separan de esas víctimas.

Luego, las barreras desaparecen. Sadrac se aparta momentáneamente de la procesión de enfermos, para investigar la vidriera de un negocio de curiosidades: grotescos tallados en maderas, tambores de piel de cebrá, ceniceros de pata de elefante, escudos y lanzas de Masaj, todo tipo de artículos regionales producidos en serie para los turistas que ya han dejado de venir. De pronto, un golpe fuerte y doloroso en el codo lo hace girar. Sadrac se pone en guardia. ¿Quién fue? Un anciano enjuto, pálido, harapiento, cadavérico, de cabellos canos, se tambalea a su lado emitiendo un ronquido grave y profundo.

Un caso en la etapa terminal: los ojos turbios y manchados, el vientre distendido. La enfermedad perfora de a poco el tejido epitelial, llogando indiscriminadamente todo cuanto encuentra a su paso. Los más afortunados son aquellos cuyos órganos vitales se ulceran rápido, pero son los menos. Han pasado dieciocho años desde que la Guerra del Virus lanzó a la humanidad en manos de la descomposición orgánica. Sadrac leyó que muchos de los que fueron atacados por la enfermedad en los primeros años de su difusión; todavía están esperando el final. Este hombre parece ser uno de ellos, pero su aspecto indica que no tendrá que esperar mucho más. Todos los mecanismos internos de su organismo deben estar quemados y corroídos, una masa de agujeros unidos por debites jirones de carne. La próxima erosión, cualquiera sea el lugar que afecte, seguramente será fatal.

El anciano quiere llamar la atención de Sadrac, pero no logra mantenerse en equilibrio y ubicarse en el lugar exacto.

Como un robot oxidado, se encamina hacia Sadrac entre convulsiones y sacudidas, pero pasa de largo; luego se detiene, acciona los cambios internos, gira con un bamboleo de brazos flojos y débiles, vuelve atrás para un nuevo intento. Finalmente, en una embestida desesperada, alcanza el brazo de Sadrac, apoya la mano, y permanece en esa posición meciéndose suavemente.

Sadrac no lo aparta de su lado. ¿Cómo habría de negarle su apoyo a esta criatura desfigurada, si eso es lo único que puede hacer por ella?

Con una voz que parece un graznido apocalíptico, un murmullo chillón, el anciano dice algo que aparentemente es muy importante.

-Perdón -dice Sadrac-. No lo entiendo.

El anciano se acerca un poco más, tratando de alcanzar el oído de Sadrac, y repite las palabras en un tono más apremiante aún.

-Pero yo no hablo swahili -dice Sadrac con expresión triste-. ¿Me está hablando en swahili? No entiendo.

El anciano piensa, tratando de encontrar una palabra. Se concentra, frunciendo la cara y articulando los labios curtidos. Un aroma dulce y seco lo envuelve, el aroma de lirios marchitos. En la mejilla tiene una lesión que le atraviesa la carne: podría muy bien sacar la lengua por el agujerito.

-Muerte -dice el anciano finalmente. Pronuncia la palabra con una fuerza monstruosa que se desploma a los pies de Sadrac.

-¿Muerte?

-Muerte. Usted... provoca... mi... muerte.

Las palabras brotan de esa garganta destruida, una detrás de otra, sin expresión, sin inflexión, sin énfasis. Usted. Provoca. Mi. Muerte. ¿Lo está acusando de haberle transmitido la enfermedad, se pregunta Sadrac, o le está pidiendo que lo sacrifique?

-¡Muerte! ¡Usted! ¡Provoca! ¡Mi muerte! -después más swahili. Después una tos áspera y espesa. Lágrimas abundantes que le inundan las mejillas cadavéricas. La mano del anciano oprime el brazo de Sadrac con fuerza súbita e increíble, estrujándole los huesos con tal intensidad que le causa dolor. Luego, la presión inesperada desaparece y el anciano permanece de pie, tambaleándose sin sostén. Emite un ruido ronco, un castañeteo, es el temblor de la muerte. La vida lo abandona tan de pronto que a Sadrac le

parece ver el cráneo y los huesos del anciano dentro de las ropas andrajosas. Cuando el cuerpo cae, Sadrac lo levanta en los brazos y lo deposita en la vereda. No debe pesar más de cuarenta kilos, piensa Sadrac.

¿Y ahora qué? ¿Hay que notificar a las autoridades? ¿Qué autoridades? Sadrac busca un policía pero, qué curioso, la ciudad, que estaba tan activa hace sólo unos minutos, ahora está totalmente desierta. Se siente responsable de ese cadáver, no puede dejarlo tendido en la calle. Entra al negocio de curiosidades en busca de un teléfono.

El propietario es un indio rollizo y de aspecto saludable, ojos grandes y brillantes, cabellos negros, abundantes, sombreados de plateado. La indumentaria de trabajo que lleva puesta le da un aire elegante y próspero. Es obvio que ha observado el pequeño melodrama que acaba de tener lugar en el cordón de la vereda, porque al verlo entrar a Sadrac, se apresura hacia él con las palmas unidas y los labios comprimidos en una expresión de "qué barbaridad".

-¡Qué lamentable! -declara el indio-. ¡Que le hayan ocasionado esta molestia! ¡No tienen decencia, no tienen sentido de...

-No fue ninguna molestia -dice Sadrac tranquilo-. El pobre hombre se estaba muriendo. Ni tiempo de pensar en decencia tuvo.

-Aun así. Importunar a un extraño, a un visitante...

Sadrac menea la cabeza.

-No es nada. Si es que algo quería de mí, no se lo pude dar. Ya está muerto. Me hubiera gustado hacer algo por él. Soy médico -confiesa Sadrac, esperando que esta revelación surta el efecto apropiado.

Surte el efecto que Sadrac espera:

-¡Ah! -grita el propietario-. Entonces. entiende de estas cosas -la susceptibilidad de un médico no es igual a la de un individuo comente. Por lo tanto, el vendedor del negocio ya no se siente incómodo porque uno de sus andrajosos compatriotas haya afligido a un turista con su muerte.

-¿Qué haremos con el cuerpo? -pregunta Sadrac.

-Vendrán los policías. Se corre la voz.

-Pensé que podríamos telefonar a alguien.

El propietario se encoge de hombros.

-Vendrán los policías. No tiene importancia. Según me dijeron, la enfermedad no es contagiosa. Mejor dicho, estamos todos infectados desde la época de la Guerra, pero no tenemos nada que temer de aqueas personas que manifiestan síntomas reales, o de sus cuerpos. ¿Es verdad eso?

-Es verdad, sí -responde Sadrac. Mira inquieto el pequeño cadáver tendido afuera, frente al negocio, como una vieja frazada en desuso-. Tal vez, tendríamos que llamar, de todas maneras.

-Los policías vienen en seguida -repite el vendedor, como dejando de lado el tema-. ¿Quiere tomar una taza de té conmigo? Rara vez tengo oportunidad de atender a un visitante. Soy Bhishma Das. ¿Usted es norteamericano?

-Nací allá, sí. Ahora vivo en el exterior.

-Ah.

Bhishma se mueve detrás del mostrador, donde hay un calentador y algunos paquetes de té. Sadrac sigue angustiado por la indiferencia de este individuo ante el cuerpo tendido en la calle, pero aparentemente Das no es un hombre insensible o ignorante. Tal vez aquí, en la Sala de Traumas, la costumbre sea prestarle la menor atención posible a estos recordativos de la mortalidad mundial.

De todas maneras, Das tiene razón: los policías llegan de inmediato, en un automóvil largo y sombrío similar a un coche fúnebre. Son tres individuos negros que visten el típico uniforme policial. Dos de ellos cargan el cuerpo en el automóvil y el tercero espía a través

de la vidriera; clavando su mirada en Sadrac, haciendo gestos de afirmación, de una manera incomprensible y perturbadora. Finalmente se va.

-Tarde o temprano todos moriremos de descomposición orgánica ¿no es cierto? -pregunta Das-. ¿Nosotros y nuestros hijos, también? Estamos todos infectados, dicen. ¿Es cierto?

-Cierto, sí -responde Sadrac. Aun él lleva el DNA en sus genes. Aun Genghis Mao- Está el antídoto...

-El antídoto, ¡ah! ¿Usted cree que en realidad hay un antídoto?

Sadrac pestañea.. -¿Lo duda?

-Yo no sé nada de eso a ciencia cierta. El presidente dice que hay un antídoto que pronto será distribuido por el mundo, pero el mundo sigue muriéndose. ¡Ah, el té está listo! ¿Hay un antídoto, entonces? Yo no tengo idea.. No sé qué creer.

-Hay un antídoto -dice Sadrac, aceptando la delicada taza de té de porcelana que le ofrece el comerciante-. Sí, hay, y un día será repartido a todo el mundo.

-¿Acaso usted sabe que eso es un hecho?

-Lo sé, sí.

-Y, claro, usted debe saberlo porque es médico.

-Sí.

-Ah -dice Bhishma Das. Toma un sorbito de té, y después de una larga pausa dice:- Claro que muchos de nosotros moriremos de descomposición antes de que se reparta el antídoto. No sólo los que vivieron durante la Guerra, sino también nuestros hilos. ¿Cómo puede ser? Nunca lo pude entender. Mi salud es perfecta, mis hijos son fuertes, y ¿sin embargo, llevamos la plaga dentro nuestro? ¿Duerme en nuestro cuerpo, esperando el momento de entrar en acción? Duerme en el cuerpo de todos?

-Todos -dice Sadrac ¿Cómo le puedo explicar? -¿Si le habla de las similitudes estructurales entre el virus de la descomposición orgánica y el material genético humano normal, si le explica cómo el virus liberado en la guerra pudo integrarse al ácido nucleico y al germen plasmático y entrelazarse tan íntimamente con el sistema genético humano que pasó de generación en generación como un gen celular normal, una masa mortífera de DNA que puede entrar en acción en cualquier momento, cuánto puede llegar a entender Bhishma Das de todo esto? ¿Puede hablar acaso de la inextricabilidad del material genético letal, de la manera implacable en que se incorpora a las características genéticas de cualquier niño concebido desde la Guerra del Virus y lograr que Das lo interprete? El gene de la descomposición orgánica es un intruso, pero está tan íntimamente ligado a la herencia humana como lo está el gene que hace crecer el cabello en el cuero cabelludo o el que proporciona calcio a los huesos: ya desde nuestro nacimiento los tejidos están programados para deteriorarse y morirse cuando se da una determinada señal interna desconocida. Pero para Bhishma Das esto puede llegar a ser tan desconcertante como los sueños de Brahma. Después de un momento de silencio, Sadrac continúa: Todo individuo que estaba con vida cuando se liberó el virus, lo absorbió a su cuerpo, a la parte de su cuerpo que determina lo que ese individuo transmite a sus hilos. Una vez que el virus entra en esa parte, no se puede erradicar, por lo tanto se transmite de generación en generación, como el color de la piel, el color de los ojos, la textura del pelo...

-Linda herencia. ¡Que triste! ¿Y el antídoto, doctor? ¿Nos liberaría de esa herencia?

-El antídoto que tienen ahora -dice Sadrac- evita que el virus afecte al cuerpo. Lo neutraliza, lo estabiliza, lo mantiene en estado latente. ¿Entiende?

-Sí, sí, entiendo. ¡Lo congela!

-Algo así. Los que reciben el antídoto deben renovar la dosis cada seis meses, para controlar el virus, para evitar que estalle la descomposición orgánica.

-¿Un poco más de té, doctor?

-Por favor.

-¿Y usted? ¿Recibió el antídoto?

La pregunta lo incomoda a Sadrac. Sin embargo, después de un momento responde:

-Sí.

-Ah. Porque es médico, y a los médicos debemos mantenerlos vivos. Entiendo. Ya me parecía que usted había recibido el antídoto. Hay algo especial en usted, como si no fuera uno de nosotros. Usted no se levanta cada día preguntándose si ése es el día en que su cuerpo comenzará a descomponerse. ¡Ah! Algún día también nosotros recibiremos el antídoto.

-Sí. Algún día. El gobierno hace todo lo posible para aumentar las reservas -la mentira le amarga la boca-. Ojalá pudieran hoy mismo recibir la primera dosis.

-Por mí no importa dice Das sereno-. Soy viejo y siempre gocé de buena salud, y fui muy feliz toda mi vida, aun en los momentos más difíciles. Estoy preparado para enfermarme mañana mismo, pero no quema que sufran mis hijos y los hijos de mis hijos. ¿Qué significado tienen para ellos las guerras del pasado? ¿Por qué habrían de padecer muertes horribles por naciones que ya habían caído en el olvido antes que ellos nacieran? Quiero que vivan. Mi familia ha estado en Kenya durante ciento cincuenta años, desde que nos fuimos de Bombay, y nuestra vida aquí fue muy feliz. ¿Por qué habríamos de morirnos ahora? Triste, doctor, triste. Una maldición para la humanidad. ¿Podremos alguna vez erradicar la putrefacción que nosotros mismos creamos?

Sadrac se encoge de hombros. No hay manera de eliminar el nuevo gen asesino del sistema genético, pero, en teoría, un antídoto permanente es posible, un DNA híbrido que puede integrarse a los genes contaminados para absorber y detoxificar el material genético letal. Sadrac ha oído decir que algunos miembros del gobierno están trabajando sobre ese antídoto. Claro que los rumores pueden ser falsos, y que el grupo de investigación sea sólo un mito y que, incluso el mismo antídoto permanente sea sólo un mito.

-Creo que estos últimos veinte años. fueron una depuración que la humanidad tenía que sufrir necesariamente -dice Sadrac- Tal vez haya sido un castigo por las estupideces y tonterías acumuladas. Toda la historia del siglo XX es como una flecha que apunta derecho a la Guerra del Virus y sus consecuencias. Pero creo que sobreviviremos a la prueba.

-¿Y todo volverá a ser como antes?

Sadrac sonríe.

-Espero que no. Si volvemos a donde estábamos antes, todo se repetirá y finalmente terminaremos en el lugar donde estamos ahora, y no creo que sobrevivamos a la próxima versión de la Guerra del Virus. No, pienso que, de las ruinas, construiremos un mundo mejor, más tranquilo, menos ambicioso. Llevará tiempo y no sé bien cómo lo lograremos. Primero sucederán cosas desagradables. Millones de hombres y mujeres padecerán muertes horribles e innecesarias. Pero finalmente, finalmente, el sufrimiento terminará, y no habrá más muertes, y los que queden volverán a mar en un mundo feliz.

-¡qué reconfortante es oír palabras tan optimistas!

-¿Yo soy optimista? Nunca me vi como un optimista. Realista, quizá, pero no optimista. ¡Qué extraño descubrir de pronto que uno es un apóstol de la fe y la buena esperanza!

Los ojos le brillaban. Parecía que estaba viviendo en ese mundo mejor mientras hablaba.

-¿Quiere retractarse de su profecía? No lo haga, por favor. Usted cree que ese mundo mejor llegará.

-Espero que llegue -dice Sadrac con voz grave.

-Usted sabe que sí.

-No estoy seguro. Tal vez parecía seguro hace un momento, pero... -Sadrac menea la cabeza. Trata de recuperar el optimismo de esas palabras tan alentadoras e inesperadas que dijo hace un momento-. Sí -dice-, no me cabe duda de que todo será mejor -ya no habla con tanta naturalidad, pero sin embargo continúa-. La decadencia no será eterna.

Podemos vencer a la descomposición orgánica. La reducida población actual podrá vivir más cómodamente en un mundo incapaz de contener a los millones y millones de habitantes que vivían antes de la guerra. una depuración, una prueba de fuego, un castigo necesario por los abusos del pasado, todo en pos de un mundo mejor. El amanecer después de la larga oscuridad.

-¡Ah! ¡Es optimista!

-Tal vez sí. A veces.

-Me gustaría que un hombre como usted fuera el líder de ese mundo nuevo -dice Bishma Das como embelesado.

Sadrac rechaza la idea:

-No, yo no. Déjeme vivir en ese mundo, sí. Pero no me pida que lo gobierne.

-Cambiaría de idea cuando llegue el momento. Le ofrecerán el gobierno, doctor, porque usted es inteligente y bueno, y usted lo aceptará. Porque es inteligente y bueno -Das sirve más té. Esta fe ingenua es conmovedora. Sadrac toma un sorbo de té y, de pronto, se imagina el grito de sorpresa y felicidad de Das Bishma cuando, dentro de uno o dos años, vea reflejada en la pantalla de su televisor la figura del nuevo presidente del Comité Revolucionario Permanente, y descubra que el rostro del presidente es el rostro negro y de bellos rasgos de aquel médico norteamericano, bueno e inteligente, que una vez visitó su negocio. Sadrac tose y se atora y casi vuelca el té de su tasa. Ese rostro será el rostro del doctor Mordecai, sí, pero la mente alojada detrás de esa mirada cálida y penetrante será la mente fría y oscura de Genghis. Desde que llegó a Nairobi, Sadrac casi ha logrado olvidarse del Proyecto Avatar. Casi.

-Debo irme -dice Sadrac-. Ya es tarde, y usted seguramente quiere cerrar el negocio.

-Quédese un rato más. No hay apuro. Lo invito a cenar a mi casa esta noche.

-Creo que no puedo...

-¿Otro compromiso? ¡Ay, qué lamentable! Prepararíamos un exquisito curry en su honor y abriríamos una botella de vino bueno. Algunos amigos íntimos, lo mejor de la comunidad hindú, profesionales, profesores, filósofos. Temas de conversación muy interesantes... ¡ah, sí, sí, sería una noche espléndida, si nos honrara con su presencia!

Una tentación: si no acepta la invitación, cenará solo en el hotel, un extraño en esta extraña ciudad, solitario y en peligro. Pero no, imposible. Uno de esos profesionales de la comunidad hindú le preguntará seguramente dónde vive, qué clase de medicina practica, y tendrá que mentir, lo cual le repugna, o bien tendrá que decir la verdad, que es miembro de la privilegiada élite dictatorial, médico del aterrador Genghis Mao, y todo lo demás. Eso afectará su nueva reputación de benefactor humanitario: su verdadera identidad asqueará a los amigos de Bishma Das y humillará al mismo Das. Sadrac se lamenta no poder aceptar la invitación con excusas que parecen sinceras. Mientras se dirige a la puerta, Bishma lo sigue, diciendo:

-Por lo menos acepte un obsequio de mi parte, un recuerdo de esta hora tan agradable -el comerciante recorre los estantes con la mirada, buscando entre las lanzas, los collares de cuentas, las estatuillas de madera, todo aparentemente demasiado crudo, demasiado insignificante, demasiado barato, o demasiado grande, para ofrecérselo a tan distinguido huésped, y por un momento parece que Sadrac se irá sin recibir ningún regalo. Pero, finalmente, Das arrebatada de una de las repisas un pequeño cuerno de antílope en cuyo vértice hay un orificio taponado con cera. Es un cuerno para ventosas, explica Das, que usaba una tribu de la frontera del sur para echar los dolores y los espíritus malos del cuerpo de los enfermos: se apoya la ventosa sobre la piel, se succiona, se crea un vacío y luego se sella con el tapón de cera. Se lo entrega a Sadrac, diciéndole que es un regalo agro fiado para un médico. Al principio, Sadrac se niega a regirlo por puro convencionalismo, pero después lo acepta gustoso: en su colección no tiene utensilios médicos de África Oriental.

Todavía lo usan -le informa Das-. Lo usan mucho ahora, para ahuyentar el espíritu de la descomposición orgánica -se despide de Sadrac con una reverencia, diciéndole una y otra vez lo honrado que se siente por su visita, lo agradable que fue haber escuchado aquellas palabras de esperanza del doctor..

En las siete cuadras que camina para volver al hotel, Sadrac cuenta cuatro cuerpos muertos, y uno a punto de morir.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, Sadrac viaja a Jerusalén, el próximo punto de su itinerario. El avión sobrevuela la curva del planeta, la redondez del mundo, y Sadrac lo percibe y se asombra, como ya lo ha hecho otras veces, de su complejidad, su riqueza; un globo que aloja a Atenas y Samarcanda, Lhassa y Rangún, Timbuktu, Benarés, Chartres, Gante, y todas las fascinantes obras de la humanidad que se está extinguiendo, y todas las maravillas naturales, el Gran Cañón, el Amazonas, los Himalaya, el Sahara... tanto, tanto, para una diminuta esfera cósmica, tanta variedad, tanta magnificencia multitudinaria. Y todo a su disposición, hasta que llegue el llamado de Genghis Mao, y deba, entonces, renunciar al mundo y decirle adiós.

Él no es como Bhishma Das, que está preparado para marcharse cuando llegue la orden de partida. Ahora que está libre en medio de toda esta belleza que es el mundo, Sadrac descubre todo lo que le queda por ver, las montañas que no escaló, ríos que no cruzó, vinos que no probó. Él, que se ha salvado del flagelo de la descomposición orgánica, no quiere entregarse a los deseos de inmortalidad de otro hombre. La pasividad que lo caracterizaba a Sadrac lo ha abandonado: ya no acepta el destino que le espera. Bhishma Das le dijo que es optimista, que es un hombre bueno e inteligente cuyo rostro brilla cuando habla del futuro, de un mundo mejor; aunque ése nunca fue el concepto que Sadrac tuvo de sí mismo, la opinión de Das lo hace feliz, como lo hacen feliz las palabras de esperanza que brotaron de sus labios. Lo reconforta el hecho de que lo vean como un hombre de espíritu luminoso, como una fuente de fe y confianza. Se prueba esa imagen y le gusta como le queda. Es algo así como sonreír cuando no se está con ánimo de sonreír, y sentir que la sonrisa se proyecta hacia adentro, desde los músculos faciales hacia el alma: ¿por qué no sonreír, por qué no vivir en la esperanza de una resurrección gloriosa? No cuesta nada y hace más felices a los demás. Y si comprobamos que estamos equivocados, como sin duda lo estaremos, al menos tenemos la recompensa de haber vivido durante un tiempo en una esfera, cálida y pequeña, de luz interior y no en la desesperación húmeda y oscura.

Sin embargo, resulta difícil creer en nuestro optimismo con ciega convicción cuando la amenaza de la muerte cercana ensombrece nuestra vida. Debo hacer algo con el problema del Proyecto Avatar, resuelve Sadrac.

8 de diciembre de 2001.

Así que no tendré que sufrir la descomposición orgánica, después de todo. Hoy recibí la primera dosis de la droga Roncevic. Dicen que si el material genético no muestra rastros del virus en su estado activo antes de la primera inyección, no hay peligro de enfermarse, pero el antídoto no puede hacer nada una vez que el proceso ha entrado en la fase letal. Mi material genético estaba libre de descomposición: estoy fuera de peligro. Siempre supe que me salvaría. Yo no debía morir en la Guerra del Virus, sino resistir, sobrevivir al holocausto general y entraren mi época verdadera y única. Y ésta es mi época. "Vivirá cien años" me dijo Roncevic esta mañana. ¿Qué quiere decir? ¿Cien años más? ¿O cien años en total? Si es así, entonces me quedan veinticinco años solamente. No es suficiente, no es; suficiente.

Pase lo que pase, viviré más años que el pobre Roncevic. A él ya lo atacó la descomposición, que brilla y arde en su vientre. ¡Cómo trabajó para desarrollar su droga, qué deseos de salvarse que tenía! Pero llegó tarde. El virus del su cuerpo entró en actividad demasiado rápido, y ahora Roncevic se va. El se va, yo me quedo: él interpreta el papel de la obra que le corresponde y luego deja el escenario, e tanto que o sigo viviendo, tal vez por cien años más. vitalidad física siempre ha sido extraordinaria. No cabe duda alguna de que mi energía física es superior, porque aquí estoy, tengo más de setenta años, y el vigor de hombre joven. Resistiendo enfermedades, superando fatiga.

Dicen que el presidente Mao, cuando ya había pasado los setenta, nadaba en el Yangtzé ocho millas en una hora y cinco minutos. A mí no me interesa nadar, pero sé que si fuera necesario, nadaría diez millas en esos sesenta y cinco minutos. Nadaría veinte.

Se acerca el fin de la primavera en Jerusalén. Es una ciudad fría, más fría de lo que Sadrac esperaba, casi tanto como Ulan Bator, y más pequeña también, demasiado compacta por ser un lugar tan cargado de historia. Sadrac se aloja en el hotel International, un edificio viejo y desvencijado de mediados del siglo XX, extrañamente ubicado en la cima del monte de los Olivos. Desde su balcón, Sadrac tiene una magnífica vista de la vieja ciudad rodeada de muros. El panorama lo estremece y despierta en él una sensación de temor reverente. Aquellas dos cúpulas grandes y brillantes -según el mapa la dorada es la Cúpula de la Roca, en el asiento del templo de Salomón, y la plateada es la mezquita de el-Aksar- y la formidable muralla almenada, y las antiguas torres de piedra, y la maraña de calles sinuosas, todo le habla de la resignación humana, de la marejada lenta y constante de la historia, del engrandecimiento y la caída de monarcas e imperios. La ciudad de Abraham e Isaac, de David y Salomón, la ciudad que destruyó Nabucodonosor y reconstruyó Nehemías, la ciudad de los macabeos, de Herodes, la ciudad en que Jesús sufrió y murió y resucitó de entre los muertos, la ciudad donde Mahoma, en una visión, subió a los cielos, la ciudad de los Cruzados, la ciudad de leyenda, de fantasía, de peregrinos, de conquistas, de ola tras ola de acontecimientos, olas más altas y revueltas que aquellas de Troya, esa pequeña ciudad de bajos edificios de piedra aleonada que se elevan en el profundo valle frente a su balcón, le aseguran que después de la hora apocalíptica llega la resurrección y el resurgimiento, que ningún desastre es eterno. La disposición de ánimo que logró en compañía de Bhishma Das se prolongó durante todo el viaje, y aún persiste aquí en Jerusalén, una ciudad de luz, una ciudad de alegría verdadera. Sadrac recuerda a sus tías abuelas, Ellie y Hattie, que solían cantar himnos religiosos. al son de las palmas, canciones como...

Hay una estrella en mi camino,
la luz divina de la fe.
Ella señala mi destino:
llegar a ti, Jerusalén.

...y de pronto; vuelve a tener seis o siete años, a ser un niño de pantalones azules ceñidos al cuerpo y camisa blanca almidonada. Está de pie entre aquellas dos tías, negras y colosales, vestidas de domingo, y los tres cantan, baten palmas, y Sadrac tararea o inventa las palabras cuando se olvida la letra, ah, sí, sí. ¡Jerusalén, Jerusalén, llévame a Jerusalén, Señor! La tierra prometida, allá lejos, hace tiempo, aquella ciudad de profetas y reyes, Jerusalén ciudad dorada, bendita de miel y de leche. Y aquí está Sadrac, a sus puertas, temblando a la expectativa.

Sadrac toma un taxi. Cuando entra a la ciudad propiamente dicha, atravesando la puerta de San Esteban en dirección a la Vía Dolorosa, el romance y la fantasía de hace un momento comienzan a evaporarse inesperadamente, y Sadrac se pregunta cómo pudo haberse mostrado tan jovial, hablándole a Das de un futuro próspero. Jerusalén es sin duda una ciudad pintoresca, sí -pero decir de una ciudad que es pintoresca es lo mismo que maldecirla-, con sus calles estrechas y empinadas y su antiquísima edificación maciza, sus bazares atestados de gente, colmados de cacharros y vasijas, pescados y frutas, pasteles y corderitos desollados, con sus fragancias de exóticas especies, sus ancianos de mirada penetrante adornados con distintivos beduinos. Pero un viento frío silba a través de las sucias callejuelas, y toda la gente de la ciudad, niños y mendigos, comerciantes y vendedores, mandaderos y albañiles, todos muestran una triste expresión de desesperanza, una mirada quebrantada y hueca, una mirada que no refleja resignación, sino que anticipa el desastre y la derrota: Ya se acercan los asirios, ya se

acercan los romanos, ya se acercan los persas, ya se acercan los sarracenos, ya se acercan los turcos, ya se acerca la descomposición orgánica, y con ella la destrucción, y la ruina eterna.

Es imposible escaparse de las garras del siglo XXI, aun bajo o la protección de estas murallas medievales. Sadrac sube la cuesta hacia el Gólgota, y en el trayecto ve por todas partes los clásicos carteles de duelo donde se refleja el rostro joven y manso de Mangú, quien también estaba presente en Nairobi, desde luego, pero en aquella ciudad espaciosa y aireada, las imágenes parecían menos imponentes, disimuladas entre el colorido de las buganvillas y los jacarandaes. Aquí, las compactas murallas de piedras que se elevan sobre pasajes estrechos donde sólo tres personas caben a lo ancho, ofrecen llamativas figuras de Mangú, manchones amarillos imposibles de eludir, y al mirarlos, se siente como si la mano maléfica de Genghis Mao pasara sobre la ciudad, imponiéndole un dolor que no siente por la muerte del joven virrey. Genghis Mao también está presente: sus característicos rasgos curtidos brillan en las principales bocacalles, en estandartes que flamean con la brisa. Para los nativos del lugar estas imágenes extrañas son, sin duda, tan naturales como lo fueron alguna vez los carteles o estandartes de Nabucodonosor, de Tolomeo de Tito; de Cosroes, de Saladino, de Solimán el Magnífico y de todos los demás intrusos pasajeros. Para Sadrac, en cambio, estos rostros mogoles doblan en su conciencia como un millar de campanas tristes que cuentan una a una las horas de su vida que se consumen poco a poco.

También Jerusalén sufre el azote de la descomposición orgánica, aunque aquí tal vez no se haga tan visible como en Nairobi, donde los individuos que ya estaban en la etapa terminal de la enfermedad tambaleaban por las grandes avenidas de la ciudad, zigzagueando por senderos vacíos que les pertenecían. La vieja Jerusalén es una ciudad demasiado comprimida donde no hay, senderos vacíos para los enfermos, peyó sin embargo las víctimas están: y se las ve temblando, empapadas en sudor, caminando a tientas por la Vía Dolorosa. De tanto en tanto, alguna se detiene, se desploma sobre el muro, y hunde los dedos entre las piedras en busca de sostén. Las Estaciones de la Cruz están indicadas en placas de mármol insertadas en la pared: aquí Jesús recibió la cruz, aquí cayó por primera vez, aquí encontró a su Madre, y ase. Y aquí, por la Vía Dolorosa, van los moribundos, cada uno, cargando su cruz. Como en Nairobi, clavan la mirada en Sadrac, pero no lo ven. Algunos le tienden la mano como implorándole su bendición. En esta ciudad los milagros no fueron una cosa poco común, y este extraño de piel carbón inspira dignidad y prestigio: ¿Quién sabe? Tal vez el nuevo Mesías esté en Jerusalén. Pero no, Sadrac no tiene ningún milagro que ofrecer, sino impotencia, la impotencia de un hombre muerto, tan muerto como los que están a su alrededor, a -pesar de que sigue caminando... como ellos.

Sadrac se siente demasiado conspicuo, demasiado alto, demasiado negro, demasiado ajenos demasiado sano. Los mendigos, la mayoría de ellos niños, se agrupan a su alrededor cómo moscas de verano.

-Di-ne-ro -imploran-. ¡Di-ne-ro, di-ne-ro! -pero Sadrac no lleva monedas, usa una tarjeta de crédito del gobierno que cubre todos los gastos y, por lo tanto, no sabe cómo deshacerse de ellos. Sadrac levanta en el aire a un niño de unos cinco años, con la intención de subírselo a los hombros para divertirlo en lugar de la limosna, pero la expresión de terror que se refleja en los inmensos ojos del niño inspira tal lástima en Sadrac que lo baja, se arrodilla y trata de consolarlo. El temor del niño desaparece de inmediato.

-Di-ne-ro -repite. Sadrac se encoge de hombros, y el niño lo escupe y sale corriendo. Hay demasiados niños aquí, demasiados niños en todas partes, desatendidos, correteando en bandadas por las ciudades del mundo, huérfanos descarriados que conforman una generación salvaje. En las investigaciones demográficas de Donna Labile, Sadrac ha visto. que los peores impactos de la descomposición orgánica han afectado a

los individuos que ahora tendrían entre veinticinco y cuarenta años, contemporáneos de Sadrac, que eran niños durante la época de la Guerra del Virus. Resistieron el ataque del virus hasta llegar a adultos, algunos de ellos llegaron a casarse y atener hijos, luego murieron, habiendo sembrado el mundo con pequeños salvajes. El CRP ha creado asilos para estos niños abandonados, pero no son mucho más atractivos que una cárcel y el sistema no resulta.

Esto es demasiado para Sadrac: los niños salvajes, los enfermos que se tambalean por las calles, la suciedad, la tremenda densidad de habitantes que se agolpa en esta diminuta ciudad amurallada. No hay manera de escapar a la agobiadora tristeza del lugar. No tendría que haber entrado a la ciudad, hubiera sido muchísimo mejor contemplar el panorama desde el balcón del hotel y pensar en románticas fantasías de Salomón y Saladino. Lo empujan, lo tocan, lo patean, lo codean; voces ásperas y toscas le hablan en idiomas que no entiende; lo aturden pidiéndole que venda su ropa, que compre joyas, ofreciéndole excursiones a los lugares religiosos. Sin la ayuda de guías, Sadrac se dirige a la iglesia del Santo Sepulcro, un edificio feo y sin gracia, pero no entra porque en la puerta principal de la iglesia acaba de estallar una batalla campal entre sacerdotes de distintas sectas que se tironean de las barbas y se destrozan las sotanas unos a otros. Sadrac se retira, camina unos pasos y descubre que detrás de la iglesia hay un bullicioso azar, mejor dicho ¡in mercado de "pulgas" donde están a la venta saldos y retazos de la era pasada: radios rotos, antiguos tubos de televisión, motores fuera de borda, una variedad de engranajes, ruedas y cámaras, afeitadoras eléctricas y bombas, giroscopios y aspiradoras, baterías y lasers, manómetros y grabadores, calculadoras y microscopios, fonógrafos y lavarropas, prismas y amplificadores, y todos los escombros del torrencioso siglo XX depositados en esta extraña orilla. Todos los objetos están rotos, aparentemente, o tienen algún desperfecto, pero todo el mundo compra. A Sadrac no se le puede ocurrir qué uso pueden llegar a tener estos fragmentos y restos en la región palestina. Acaba de ver algo que le gustaría incluir en su colección médica, un ultramicrotomo pequeño y brillante que antes se usaba para preparar las secciones de tejido para el microscopio electrónico, pero cuando muestra su tarjeta de crédito sin discutir el precio, el vendedor lo mira con indiferencia y enojo. El CRP decretó que las tarjetas del gobierno deben ser aceptadas como oferta formal de pago en todas partes, pero este anciano atabe, después de examinar la lustrosa planchuela de plástico sin mucho interés, se la devuelve a Sadrac y da media vuelta. A la entrada del mercado hay un policía que aparentemente ha estado observando la transacción frustrada. Sadrac podría recurrir a él y pedirle que le obligue al vendedor a aceptar la tarjeta, pero prefiere no hacerlo: tal vez surjan complicaciones imprevisibles, y aun peligros, y Sadrac no tiene ningún interés en llamar la atención en este lugar. Así pues, deja el microtomo y se dirige hacia el distrito residencial, al Sur, donde las calles son más tranquilas.

Luego de caminar unos minutos llega a unos escalones que descienden a un gran espacio abierto, una plaza de guijarros, en el fondo de la cual se eleva un inmenso muro e gigantescas piedras desbastadas. Sadrac atraviesa la plaza en dirección al muro mientras estudia su mapa y trata de ubicarse. Recuerda haber doblado hacia la izquierda, luego otra vez a la izquierda por la Calle de la Cadena... tal vez esté en el barrio hebreo, y esté caminando en dirección a la Cúpula de la Roca y la mezquita el-Aksar, en cuyo caso...

-Debería cubrirse la cabeza en este lugar -le dice una voz serena a su izquierda-. Está en tierra santa.

Un hombre pequeño, compacto, de setenta años o más, de piel cobriza y ojos vivaces se le ha acercado. En la cabeza lleva un solideo negro y, en un gesto cortés pero insistente, saca otro del bolsillo y se lo entrega a Sadrac.

-¿Pero no es que toda esta ciudad es tierra santa? -pregunta Sadrac mientras toma el solideo.

-Sí, la ciudad entera es santa. Los árabes tienen su barrio, los coptos, los griegos ortodoxos, los armenios, los sirios cristianos, todos, pero éste es nuestro barrio. ¿No conoce el Muro? -es imposible dejar de advertir las mayúsculas en su voz.

-El muro -dice Sadrac, dirigiendo la mirada a los inmensos bloques de piedra y luego a su mapa-. Ah, desde luego. ¿Usted se refiere al Muro de las Lamentaciones? No me había dado cuenta...

-El muro Occidental lo llamábamos después de la reconquista de 1967, cuando ya no hubo más lamentaciones. Ahora se ha vuelto a llamar el Muro de las Lamentaciones, aunque yo no creo mucho en las lamentaciones, aun en tiempos como éstos -el hombrecito sonrío-. Cualquiera sea su nombre, para nosotros, los judíos, es lo santo de los santos. Lo último que queda del Templo -otra vez la mayúscula.

-¿El Templo de Salomón?

-No, ése no. Los babilonios destruyeron el Primer Templo hace dos mil setecientos años. Ésta es la muralla del Segundo Templo, el Templo de Herodes, derribado por las tropas romanas de Tito. El Muro es lo único que los romanos dejaron en pie. Lo veneramos porque para nosotros es un símbolo no sólo de persecución, sino también de resignación y supervivencia. ¿Es la primera vez que viene a Jerusalén?

-Sí.

-¿Norteamericano?

-Sí -responde Sadrac.

-Yo también, podría decirse. Mi padre me trajo aquí cuando tenía siete años, a un kibbutz en Galilea. Después de la proclamación del Estado de Israel en 1948. Luché en el Sinaí en 1967, en la Guerra de los Seis Días, y después de la victoria estuve aquí para rezar en el Muro. Desde entonces, viví siempre en Jerusalén. Y para mí el Muro sigue siendo el centro del mundo. Vengo aquí todos los días. Aunque ya no exista el Estado de Israel, aunque ya no existan más Estados, aunque mis sueños... -se detiene-. Perdóneme, hablo demasiado. ¿Le gustaría rezar en el Muro?

-Pero yo no soy judío -dice Sadrac.

-¿Qué importa? Venga conmigo. ¿Es cristiano?

-No precisamente.

-¿No profesa ninguna religión?

-Ninguna religión oficial. Pero me gustaría ir al Muro.

-Vamos, entonces -a pasos agigantadas, atraviesan la plaza el pequeño anciano y el apuesto joven. De pronto, el acompañante de Sadrac dice:

-Yo soy Mesach Yakov.

-¿Mesach?

-Sí, es un nombre de la Biblia, del Libro de Daniel. Mesach fue uno de los tres judíos que desafió a Nabucodonosor cuando el rey les ordenó...

-¡Lo sé! -interrumpe Sadrac riendo- ¡Lo sé! -Sadrac desborda de alegría. Es un momento delicioso-. No necesita contarme la historia. ¡Yo soy Sadrac!

-¿Perdón?

-Sadrac. Sadrac Mordecai. Ése es mi nombre.

-Su nombre -dice Mesach Yakov, también entre risas-. Sadrac. Sadrac Mordecai. Es un hermoso nombre. Podría ser un bello nombre israelí. ¿Con ese nombre no es judío?

-No, no tengo, sangre judía, pero supongo que si me convirtiera, no necesitaría cambiarme el nombre.

-No, no. Un hermoso nombre judío. ¡Shalom, Sadrac!

-¡Shalom, Mesach!

Los dos ríen juntos. Parece una función de variedades, piensa Sadrac. Aquel policía tan misterioso, ¿no será Abdenego? Al llegar frente al Muro, dejan de reírse. Los enormes bloques dañados por el tiempo parecen antiquísimos, tan antiguos como las Pirámides,

tan antiguos como el Arca. Mesach Yakov cierra los ojos, se inclina hacia adelante y, a manera de saludo, toca el Muro con la frente. Luego lo mira a Sadrac.

-¿Cómo rezo? -pregunta Sadrac.

-¿Cómo? ¿Cómo? ¡Rece como quiera! ¡Hable con el Señor! Dígale cosas. Pregúntele cosas. ¿Acaso tengo que enseñarle a un adulto cómo rezar? ¿Qué le puedo decir? Sólo esto: es mejor agradecer que pedir. Si puede. Si puede.

Sadrac afirma con la cabeza y se inclina frente al Muro. Tiene la mente vacía. Tiene el alma vacía. Lo mira a Mesach Yakov. El israelí se mece suavemente hacia adelante y hacia atrás con los ojos cerrados, murmurando en hebreo, según supone Sadrac. Los labios de Sadrac, en cambio, permanecen inmóviles: no puede pensar en plegarias, sino en los niños descarriados, en la descomposición orgánica, en esos rostros huecos y desesperanzados de la Vía Dolorosa, en los carteles de Mangú y de Genghis Mao. Este viaje ha sido un fracaso. No ha aprendido nada. No ha logrado nada. Podría volverse mañana mismo a Ulan Bator y enfrentar lo que tarde o temprano tendrá que enfrentar, pero apenas termina de elaborar estos pensamientos, los rechaza. ¿Qué ocurrió con aquel súbito torrente de o tomismo mientras bebía té en compañía de Bhishma Das? ¿qué ocurrió con aquel momento de alegría, de cálida identificación que experimentó al oír por primera vez el nombre de Mesach Yakov? ¿Acaso no ha asimilado nada de la fuerza de estos dos ancianos, del hindú y del judío, de estos dos hombres de alma tan vigorosa, que soportan el peso de la catástrofe mundial con tanta paciencia y constancia?

Permanece de pie frente al Muro un largo rato, escuchando el silencio que en su cuerpo crea la ausencia de las señales de Genghis Mao, y decide que aún no es momento de regresar a Ulan Bator. Seguirá su camino. Completará el itinerario que había planeado.

Respira hondo y, de manera tal que Mesach Yakov lo escuche, dice:

-Gracias, Señor, por haber hecho este mundo y por haberme dejado vivir en él hasta hoy. -Es mejor agradecer que pedir. Sin embargo no está prohibido pedir-. Y déjame vivir en él un poco más, Señor -pide Sadrac para sus adentros-. Y enséñame cómo puedo ayudar para que el mundo sea lo que tu querías que fuera -esta plegaria le parece tonta, cursi, ingenua. Sin embargo, no es una plegaria despreciable, no es despreciable. Si tuviera la oportunidad de volver a vivir este momento, no la cambiaría, pero tampoco estaría dispuesto a confesarle a nadie lo que ha rezado.

Una vez concluidas las plegarias, Mesach Yakov lo invita a Sadrac a cenar, y Sadrac, que finalmente lamentó haber rechazado la invitación de Bhishma Das, acepta. Yakov vive en la parte moderna de Jerusalén, al Oeste de la ciudad vieja, pasando el edificio del parlamento y la universidad, en la cima de una altísima colina descampada. La casa de departamentos, una de las veinte y tantas que conforman todo un complejo construido, como toda la parte nueva de Jerusalén, a fines del siglo XXI, conserva un aspecto lustroso y cristalino, aunque no deja de mostrar señales de deterioro: ventanas sucias e incluso rotas, puertas desvencijadas, balcones manchados de herrumbre, ascensores que crujen y rechinan. Ya casi no vive nadie aquí, le explica Yakov. A medida que la población disminuye los servicios empeoran, la gente se aleja de estos suburbios, que antes eran los lugares preferidos, para vivir más cerca del centro de la ciudad, pero él ha vivido aquí durante cuarenta años, dice con orgullo, y piensa vivir otros cuarenta, hasta el fin de sus días.

El departamento de Yakov es pequeño. Está muy bien mantenido y decorado con unos pocos muebles antiguos de muy buen gusto.

-Mi hermana Rebeca -dice-. Mis nietos, Joseph y Leah -Yakov les presenta a Sadrac, y cuando oyen su nombre festejan la coincidencia con alegres carcajadas, la estrecha asociación bíblica. La hermana tiene unos setenta años, Joseph dieciocho aproximadamente, Leah doce o trece. En la pared hay retratos de marcos negros: la

esposa de Yakov, supone Sadrac, y tres niños mayorcitos, todos víctimas de la descomposición orgánica probablemente. Yakov no dice nada, Sadrac no pregunta.

-¿Usted es judío? -pregunta Leah.

Sadrac sonríe y niega con la cabeza.

-Hay judíos negros -dice la niña-. Yo lo sé. Incluso hay judíos chinos.

-Genghis Mao es judío -dice Joseph, y echa a reír con ganas. Pero se ríe solo. Yakov lo mira severo; la hermana de Yakov está escandalizada, Leah incómoda. Aun Sadrac se siente aturdido por la súbita intrusión de ese extraño nombre en este hogar tan controlado y sereno.

-No hables tonterías -le dice Yakov a su nieto en tono enérgico.

-No quise decir nada malo -protesta Joseph.

-Cierra la boca entonces -dice Yakov enojado, y luego, dirigiéndose a Sadrac dice-: En esta casa no somos grandes admiradores del presidente, pero preferiría no tocar esos temas. Me disculpó por la pavada que dijo mi nieto.

-No es nada -dice Sadrac.

-¿Por qué tiene un nombre judío? -pregunta Leah.

-Entre mi gente era costumbre tomar nombres de la Biblia -responde Sadrac- Mi padre era pastor, él lo sugirió. Tengo un tío llamado Absalon. Tenía. Y primos llamados Salomón y Saúl.

-Pero su apellido -insiste la niña-. Eso es lo que quiero decir. Es judío también. Una vez hubo un famoso rabino llamado Mordecai en Alemania, hace mucho tiempo. Me lo dijeron en la escuela. ¿Quiere decir que los negros tomaban también los apellidos de la Biblia?

-No, los apellidos nos los dieron nuestros dueños. Tal vez mi familia haya tenido un dueño que se llamaba Mordecai.

-¿Dueño?

-Cuando eran esclavos -murmura Joseph en tono áspero.

-¿Ustedes también fueron esclavos? -pregunta la niña-. No lo sabía. Nosotros fuimos esclavos en Egipto, sabe. Hace miles de años.

Sadrac sonríe.

-Nosotros fuimos esclavos en América y no hace tantos años.

-¿Y tenían un dueño judío? No puedo creer que un judío tuviera esclavos. ¡Nunca!

Sadrac trata de explicar que ese dueño llamado Mordecai, si es que alguna vez existió, no tiene por qué haber sido judío, o que pudo muy bien haberlo sido, ya que ni aun los judíos dejaban de tener esclavos en la época de la colonia. Es evidente que Mesach Yakov no se siente del todo cómodo con esta conversación, porque de pronto interrumpe el diálogo para preguntarle a su hermana cuánto falta para la cena. Cambia de tema tan abruptamente que los niños quedan con las palabras cortadas a flor de labios.

-Faltan quince minutos -responde la hermana, que se dirige a la cocina.

Como obedeciendo a una tácita advertencia de dejar al huésped en paz, Joseph y Leah se retiran a un sota y se ponen a conversar; da una manera algo rígida y extraña, de cosas de la escuela: Joseph está enojado, porque el día del funeral de Mangú se ha declarado feriado mundial, lo cual lo privará de ir a una excursión al Mar Muerto. Leah hace referencia a un comentario hecho por el presidente del CRP de Jerusalén sobre la importancia de rendir homenaje al difunto virrey. Al oír esto, Rebeca da un gritito burlón y hace una brusca acotación acerca de la inteligencia y la cordura de ese funcionario de gobierno, y pronto todo se degenera en una ruidosa e incomprensible discusión sobre cuestiones políticas locales, que une a los cuatro Yakovs en un combate feroz y bilingüe. AL principio, Mesach trata de explicarle a Sadrac algo acerca del elenco de personajes y ubicarlo en tema, pero a medida que la disputa continua, se enreda tanto en ella que no puede seguir con sus comentarios aclaratorios. Sadrac, desconcertado y entretenido al mismo tiempo, mira cómo discuten estas personas tan expresivas y enérgicas hasta que la llegada de la cena indica el fin del debate. No tiene idea de cuál era el tema de

discusión -cree que hablaban del reemplazo de un árabe cristiano por un musulmán en el concejo local, pero le alegra ver este despliegue de energía y de convicciones tan determinantes. En Ulan Bator, tan vigilada y controlada, nunca ha presenciado semejante oposición de opiniones. Pero tal vez la vigilancia no tenga nada que ver, tal vez sea sólo por que ha mudo tanto tiempo fuera del marco familiar que se ha olvidado cómo es una verdadera conversación.

A Sadrac le preocupa la cena: ¿tendrá que usar el solideo para comer? ¿Hay alguna otra costumbre que él no conoce? Pero, afortunadamente, no surge ningún problema. Ni Mesach ni su nieto se cubren la cabeza con el solideo; nadie reza antes de empezar a comer, sólo Mesach y su hermana hacen un momento de silencio; la comida es abundante y succulenta, y Sadrac no observa ningún tipo de costumbre dietética en la mesa de los Yakov. Una vez terminada la cena, Joseph y Leah se retiran a sus habitaciones a estudiar, y Sadrac, abrigado por las bondades de un vino tinto israelí y un brandy fuerte, queda en compañía del viejo Yakov, estudiando mapas de los alrededores, porque durante la cena se han puesto de acuerdo en hacer una excursión mañana a la mañana. Visitarán la ciudad vieja, desde luego, las torres e iglesias y mercado, la supuesta tumba de Absalón en el valle del Cedrón y la tumba de David en el Monte Sión, y el museo arqueológico el museo nacional y...

-Un momento -dice Sadrac- ¿Todo esto en un día?

-Dos días, entonces -dice Mesach.

-Aun así, ¿cree usted que podremos ver tanto en tan poco tiempo?

-¿Por qué no? Usted es un hombre saludable. Creo que puede seguir mi ritmo -el anciano estalla en carcajadas.

CAPÍTULO 22

Unos días más tarde, Sadrac está en Estambul. Aquí está solo, sin guía, caminando confundido por esta intrincada ciudad de distintos relieves, deseando encontrar a un Mesach Yakov o a un Bhishma Das, pero no aparece nadie que pueda ayudarlo. El mapa que le dieron en el hotel no le sirve, porque indica el nombre de muy pocas calles, y cada vez que se aleja de un bulevar termina perdido en un laberinto de callejuelas anónimas. El turismo ha muerto en Estambul después de la Guerra del Virus, y los taxistas no hablan otra cosa que turco, y sólo entienden las instrucciones evidentes: "Santa Sofía", "Santa Teodosia", pero cuando Sadrac quiere ir a visitar el antiguo muro bizantino en las afueras de la ciudad, no encuentra manera de hacérselo entender al taxista, y finalmente, como último recurso, le pide que lo lleve a la mezquita de Kariya, en las afueras de la ciudad, y de ahí caminará hasta el primer muro que encuentre. Tendrá que jugar a las adivinanzas, ya que no sabe exactamente en donde queda el muro que busca.

Estambul es una ciudad arenosa, sucia, arcaica, extraña e irritante. Sadrac está fascinado por la mezcla de estilos arquitectónicos, los opulentos palacios otomanos y las gloriosas mezquitas coronadas de alminares y las casas de madera del siglo XVIII y las inmensas avenidas del siglo XX y los deteriorados fragmentos de la vieja Constantinopla que sobresalen de la tierra como dientes rotos, restos de acueductos y cisternas y basílicas y estadios. Este lugar, sin embargo, es demasiado caótico para él. A pesar de su poderosa atracción histórica, de su pasado tan rico y complejo, esta ciudad le resulta deprimente y repulsiva.

Además, Sadrac no puede soportar semejante densidad humana, ya que aún ahora hay más de un millón de habitantes en este lugar. Como en todas partes, la tragedia de, la descomposición orgánica se hace visible en toda su magnitud, un sin fin de niños vagabundos, algunos no más de tres o cuatro años, se apiñan en las calles como animalitos desesperados, y en todos los rincones se ven policías al acecho, caminando de a dos. Sadrac sabe que lo vigilan a él. No, no es paranoia, lo persiguen a él. Genghis Mao, no muy conforme por haberle dado piedra libre a su médico para que salga a vagar por el mundo, lo mantiene bajo control, de manera que, cuando al Khan se le ocurra, lo pueden llevar de vuelta a Ulan Bator. Sadrac no pensó en desaparecer, en ningún momento -por el contrario, volver a Ulan Bator constituye un factor esencial para llevar a cabo el plan de acción que está preparando, aunque todavía no sabe cuándo será el momento apropiado para regresar-, pero la idea de que lo estén espiando no le atrae en absoluto. Después de dos días en Estambul, un paseo a la ligera que solo le permitió ver las atracciones turísticas más conocidas, vuela a Roma, donde permanece una semana.

Se aloja en un antiguo hotel, suntuoso y decadente, a unas pocas cuadras de las Termas de Diocleciano. También en Roma hay una gran densidad de habitantes y el ritmo urbano es enérgico y frenético, pero por alguna razón esta ciudad no soporta muchas heridas de la Guerra del Virus y de toda la pesadilla que siguió a la guerra. Sadrac logra relajarse en este, lugar, y tranquilizarse en un agradable ritmo de vida mediterráneo pasea por las espléndidas calles, saborea aperitivos en los cafés de las aceras, se deleita hasta hastiarse con pastas y vino blanco en trattorias alejadas del centro, y todos los traumas de la Bala de Traumas se vuelven insignificantes. Es cierto que ésta es una Ciudad Eterna capaz de absorber los daños más fuertes de todos los tiempos, y de no abandonar nunca su resistencia. ¿Los monumentos imperiales? Desde luego, cómo iba a dejar de verlos; el Arco de Tito, símbolo de invasión romana a Jerusalén, los templos y palacios del Capitolino y Palatino, la magnífica maraña que es el Foro, la ruina encantada del Coliseo. Visita la basílica de San Pedro, y al mirar hacia el Vaticano recuerda la voz burlona y agitada de Genghis Mao cuando le ofreció elegirlo Papa. Visita la Capilla Sixtina, la colección Etrusca en Villa Giulia, la galería Borghese, y una docena de iglesias más, las mejores iglesias barrocas. A medida que descubre las infinitas antigüedades de Roma,

Sadrac siente que sus energías aumentan en lugar de flaquear. Lo curioso es que no responde con intensa alegría a los famosos monumentos clásicos, sino a aquellos viejos edificios de color gris, altos y angostos que ve en Trastevere y en el barrio judío. ¿Son acaso los mismos edificios de la época del Cesar, edificios que una vez fueron mansiones y que ahora son conventillos? ¿Es posible que aún estén habitados, después de dos mil años? ¿Por qué no? Los antiguos romanos sabían construir edificios de seis pisos de alto y aún más altos, y los hacían de material muy resistente. No hubiera sido difícil, a pesar de los saqueos, de los incendios y de las revoluciones, mantener estos edificios intactos, reconstruirlos, volver a revocarlos, enmendar lo viejo y renovarlo, retocarlo y restaurarlo constantemente. Es probable, por lo tanto, que estas torres grises hayan alojado alguna vez a los súbditos de Calígula, y Tiberio, y un agradable escalofrío lo estremece a Sadrac, al pensar que estos edificios han estado continuamente habitados a través de los siglos. Pensándolo bien, sin embargo, es posible que no haya sido así, recapacita Sadrac, porque no hay nada de uso cotidiano que pueda durar tanto tiempo. Lo más probable es que sean edificios del siglo XII, o del XIV, o aun del XVII. Si, son viejos, pero no son tan antiguos, aunque lo serían si se tiene en cuenta el concepto de que todo lo que antedata a la llegada de Genghis Mao, que haya sobrevivido alas penurias de la Guerra del Virus, al mundo prediluviano, es antiguo.

Desearía quedarse en Roma para siempre. Es una lástima, piensa Sadrac, que lo de nombrarlo Papa fuera una broma. Después de una semana, sin embargo, decide seguir viaje: es demasiado agradable este lugar, demasiado tranquilo. Además, la otra noche, una noche cálida y húmeda, mientras saboreaba un Strega en su café favorito, advirtió a dos policías sentados en una mesa del café de enfrente, que lo único que hacían era mirarlo, no conversaban ni bebían. ¿Acaso lo están cercando, están ajustando las redes? ¿Acaso lo atraparán mañana o pasado y le dirán que debe volver a Ulan Bator,? Compra un pasaje a Londres, lo cancela a último momento, y sube a bordo de un avión que lo llevará a California, en el otro extremo del mundo.

En un abrir y cerrar de ojos está en San Francisco, una ciudad de juguete, blanca y delicada, elevada sobre formidables colmas y ceñida por una bahía rutilame. Sadrac nunca había estado aquí antes, y se sorprende al descubrir que San Francisco, como Jerusalén, es una ciudad pequeña. ¿Por qué siempre espera que las ciudades famosas sean gigantescas? Tan pequeña es San Francisco, que si se la trasladara a Roma, a Nairobi, o a la despereja y frenética Estambul, se esfumaría por completo. También el clima frío es sorprendente. Sadrac siempre pensó que California era un lugar de piscinas y palmeras, de partidos de fútbol bajo el cálido sol de espléndidas tardes de enero, pero la California de sus sueños probablemente este en otra parte, más al sur, en Los Ángeles: en el mes de junio, la ciudad de San Francisco tiene esa atmósfera triste de fines de invierno, cargada de neblinas grises y espesas, y vientos intensos y penetrantes. Aun al atardecer, cuando la niebla se consume y la ciudad se ilumina de luz brillante bajo un cielo límpido y claro, el aire conserva todavía el frío de la brisa marina, y Sadrac se acurruca en su chaqueta de verano, muy poco apropiada para este clima.

Aquí no hay palacios antiguos, ni gacelas y avestruces salvajes, ni muros medievales ni iglesias barrocas. Pero sí hay, en cambio, calles elegantes de casas victorianas, desde inmensas mansiones hasta bungalows de madera, todas ellas decoradas con adornos de voluta y cornisas y frisos y capiteles y aun con vidrios de colores. Casi todos los edificios están perfectamente conservados, todos han sobrevivido a los incendios, terremotos, rebeliones, a la guerra bioquímica, y a la decadencia de toda esta nación americana. Hay árboles y arbustos por todas partes, casi todos florecidos: esta ciudad, fría o no, se parece mucho a Nairobi en el colorido de sus flores. Sadrac se deleita mirando los árboles que arden con retoños colorados, y los gigantescos pinos y los cipreses que el aire ondula y modela con el viento, y las laderas de las colinas ocultas bajo fragantes arboledas de eucaliptos. Un día de sol generoso, Sadrac sale a caminar, atraviesa la ciudad desde la

bahía hasta el mar, y, alejándose de esa exuberante vegetación de ensueño, se retira a la playa. De pie a orillas del Pacífico, contempla absorto el horizonte. A miles de kilómetros al Noroeste, en la lejana Mongolia, Genghis Mao acaba de despertarse y se dispone a cumplir con su gimnasia matutina. Sadrac piensa en las funciones renales del Khan, en el ritmo del pulso, en los niveles de fosfato y calcio, en el equilibrio endocrino, y en los miles y millones de datos que estaba tan acostumbrado a recibir. Advierte que ha comenzado a echar de menos la transmisión que le enviaba el cuerpo de Genghis Mao. Extraña ese desafío cotidiano de mantener en funcionamiento los mecanismos internos de Genghis Mao, indómitos pero cada vez más vulnerables. Y aun es probable que eche de menos al mismo Genghis Mao. ¡Qué extraño, qué sombrío, qué misterioso! ¡Ah, las obligaciones hipocráticas!

¿Cómo está el Khan? El Khan sigue viviendo y prosperando a juzgar por el diario que compra Sadrac, -es la primera vez que se digna a leer un diario desde que salió de majerepleto de fotografías del funeral de Mangú, celebrado la semana pasada con pompa y majestuosidad faraónica. Aquí está Genghis Mao, cabalgando en la inmensa procesión. Aquí está otra vez, dando su benévola bendición a los millones de súbditos agolpados en la plaza Sukhe Bator. (¿Millones? Bueno, eso es lo que dice. Miles, más bien.) Y otra vez, y otra vez, el Khan haciendo esto, el Khan haciendo aquello, el Khan combinando los restos de energía de este destrozado planeta en un despliegue de dolor mundial. Sadrac descubre que la ciudad de Ulan Bator ahora se llamará Altar Mangú, -Mangú Dorado". Para Sadrac, todo esto es ridículo y excesivo, pero supone que -ya se acostumbrará al nuevo nombre. El otro nombre, que significa "Héroe Rojo", ya era obsoleto desde la caída de la República Popular en 1995, y todos estos años Genghis Mao tenía en mente cambiar el nombre de la capital por otro más adecuado. Bueno, Altar Mangú, está bien, decide Sadrac., un ruido en lugar de otro ruido.

¡Páginas y más páginas dedicadas a las ceremonias del funeral! Ni la muerte de un presidente de los Estados Unidos de América hubiera tenido tanta difusión. Y el funeral fue la semana pasada. ¿Quiere decir que desde entonces los diarios estuvieron publicando esta infinidad de fotografías? Es probable. Es probable. El funeral es el relato importante del mes, más importante aún que la muerte de Mangú, que fue demasiado repentina, que la faltó la extensión temporal necesaria para que una noticia sea realmente importante. En fin, ¿Que otras noticias hay? ¿Qué la gente se muere de descomposición orgánica? ¿Qué el Comité dedica sus nobles esfuerzos para aumentar a la mayor brevedad posible las reservas del Antídoto? ¿Que el médico personal del Khan está libre en un paseo sin rumbo alrededor del mundo, mientras en algún recóndito lugar de su mente, planea frustrar el proyecto que tiene el presidente de tomar posesión de su cuerpo? Las imágenes del funeral son mucho más interesantes que cualquiera de esas noticias.

Pensar que un diario norteamericano hace tanta alharaca por un funeral que tuvo lugar en Mongolia. Sadrac se acuerda del último presidente de los Estados Unidos de América - cree que se llamaba Williams, o tal vez Richards de todas maneras era un nombre transformado en un apellido-, y del funeral que ese presidente tuvo. Seguro que el entierro fue en un día lluvioso y que la tumba estaba embarrada y que no había más de siete personas en el funeral. (¿Roberts? ¿Edwards? El nombre se le ha borrado por competo de la memoria y no logró recordarlo). Todavía había presidentes cuando Sadrac era niño, incluso quedaban con vida uno o dos ex presidentes en ese entonces. Trata de recordar quién era el presidente cuando él nació. Era un individuo llamado Ford, ¿no es así? Sí, Ford. Sadrac recuerda que a la mayoría de la gente le gustaba Ford. Antes de él había otro llamado Nixon, que a la gente no le gustaba, y uno llamado Kennedy, que fue asesinado, y Truman, Eisenhower, Johnson, Roosevelt... nombres de resonancia, nombres que tienen esencia norteamericana. Nuestros líderes, nuestros grandes hombres. ¿Cómo se llama nuestro líder actual? Genghis II Mao IV Khan. ¿Quién hubiera

creído semejante cosa, en los Estados Unidos de América, antes de que estallara la Guerra del Virus? ¿Lo hubiera creído Jorge Washington? ¿Y Lincoln? El último año antes de que el CRP asumiera el poder, hubo siete presidentes, algunos de ellos ocupando el cargo simultáneamente. Pensar que antes tenían que pasar treinta o cuarenta años para que el país tuviera siete presidentes, y en 1995 hubo siete presidentes en un año. También había emperadores en Roma, y Augusto o Adriano probablemente se hubieran sorprendido ante la calidad y el origen racial de algunos de ellos hacia fines de la era imperial, de los emperadores que eran godos, de los que eran niños, de los que eran locos y de los que gobernaban sólo seis días hasta que los guardias de su propio palacio los estrangulaban, llenos de odio y repugnancia. Bueno, Lincoln se hubiera sorprendido al ver que los norteamericanos aceptaban como líder a alguien llamado Genghis II Mao IV Khan. O tal vez no. Quizá hubiera dicho que la gente tiene el gobierno que merece, y que Genghis Mao era lo que nosotros merecíamos. Incluso es probable que a Lincoln le hubiera gustado ese viejo monstruo astuto.

San Francisco es una linda ciudad para caminar. El lugar es pequeño y de características muy humanas, de una textura urbana agradable, que varía constantemente. En un paseo corto y rápido Sadrac va de un barro a otro, de las mansiones del Pacific Heights al soleado Marina, del Russian Hill al Warf, del Mission al Hight. Ni el viento, ni la neblina, ni las colinas empinadas constituyen un obstáculo grave en este ambiente tan agradable. En esta ciudad hay vida, hay negocios, restaurantes, cafés; en los distritos de la ribera hay caedlas de carpintería de distintas sectas, una cueva de transtemporalistas, un local en donde se practica el rito de la muerte onírica; la gente que camina por las calles da la ilusión de salud y alegría, y a pesar de que Sadrac sabe que es sólo una ilusión, es una imagen convincente. El único defecto de San Francisco es la gran cantidad de policías.

En esta ciudad hay más policías que en todos los demás lugares que visitó, aun más que en Ulan Bator. Es como si uno de cada nueve habitantes se hubieran matriculado en la Brigada de la paz. Tal vez sea sólo un delirio de su mente confundida, tal vez la extraordinaria vitalidad de la ciudad requiera un extraordinario número de policías: sea como fuere, por todas partes se ven los típicos uniformes grises y azules, por todas partes; por lo general se los ve de a dos, pero muchas veces están en grupos de tres, cuatro o cinco. La mayoría tiene ese aspecto mecánico, esa apariencia de bicho raro, muy característica en ellos, que le hace pensar que los policías no son seres humanos que nacen y se entrenan para cumplir su función, sino que se los fabrica en serie en algún horrible lugar en las profundidades del Cáucaso. Y todos lo miran a él. Lo miran, lo miran, lo miran... no puede ser paranoia. ¿O sí? ¿Qué significan esas miradas opacas, grises, acechantes, rígidas, estúpidas, intencionadas, que lo estudian desde distintas perspectivas mientras camina por la ciudad? ¿por qué lo miran con tanta atención? ¿Qué es lo que quieren saber?

"Pronto me arrestarán", piensa Sadrac.

Está seguro de que lo han estado vigilando desde que partió de Ulan Bator, como así también de que Avogadro recibe día a día información completa de todos sus movimientos, información que le transmite al Khan. La intensidad de la vigilancia parece haber aumentado, de Nairobi a Jerusalén, de Jerusalén a Estambul, de Estambul a Roma. ¿Es acaso su propia tensión que aumenta gradualmente que le hace ver las cosas de esa manera, o es la tensión de Genghis Mao? Primero se veía uno o dos policías de tanto en tanto que lo miraban impensadamente, después el escrutinio se hizo más evidente, y a medida que pasa el tiempo aumenta el número de policías que lo siguen, que revolotean a su alrededor, que lo miran, que conversan entre ellos, que controlan sus movimientos, hasta que, tal vez en San Francisco, o tal vez cuando llegue a Pekín, reciban la orden de la capital para dar el paso final. Será entonces cuando uno de ellos se le acerque y le

diga: "Bueno Mordecai, venga tranquilo que no le haremos daño", mientras los demás vigilen ocultos desde sus puestos de umbrales, techos y esquinas.

Luego, cuando esta en Broadway y Grant, a punto de doblar en dirección al populoso Barro Chino, pensando preocupado en un grupo de policías parados en la acera de enfrente en la puerta de un almacén oriental, escucha una voz que lo llama desde el otro extremo de Broadway:

-¿Mordecai? ¡Hey, Sadrac Mordecai!

Al oír su nombre, se le hiela la sangre: al fin ha llegado el momento que tanto temía. Se siente rodeado, sabe que el juego ha terminado.

Sin embargo, el hombre que se le acerca, tambaleándose lentamente entre la gente, no es un policía, no. Es un hombre robusto, calvo, de rostro abatido y agrietado, barba gris, espesa y desgredada; viste un overol verde desgastado, una gruesa camisa escocesa y una capa roja desteñida.

Cuando llega junto a Sadrac, lo toma del brazo como si, además de querer llamar su atención, buscara apoyo. Acerca su cara a la de Sadrac con tanta intimidad y desfachatez que Sadrac no puede resistir el abuso. Los ojos del hombre están húmedos e hinchados, uno de los síntomas de la descomposición orgánica. Pero sin embargo sonrío:

-Doctor -dice. Su voz es suave, apacible, insinuante- ¿Qué tal, doctor, cómo van las cosas?

Un borracho. Probablemente no sea peligroso, aunque su voz sugiere un dejo de amenaza.

-No sabía que era tan conocido aquí.

-Conocido. Conocido. Es famosísimo. Por lo menos para mí. Lo vengo siguiendo desde que dobló por Broadway. No cambió mucho -este hombre está borracho, decididamente borracho. Su voz es excesivamente cálida, insinuante. Prácticamente, está colgado del brazo de Sadrac-. ¿No me reconoces, eh?

-¿Acaso debería reconocerlo?

-Depende. Hace mucho tiempo fuimos muy amigos. Sadrac estudia ese rostro deteriorado y robusto, que le resulta remotamente familiar, pero no logra recordar ningún nombre.

-Harvard -adivina-. Tiene que ser de Harvard. ¿Sí?

-Dos puntos. Sigue.

-¿De la escuela de medicina?

-Dime qué facultad.

-Eso es más difícil. Ya pasaron más de quince años.

-Sácame quince años, unos veinte kilos y la barba. Caramba, tú no has cambiado para nada. Lógico, llevas una vida tranquila. Sé a qué te dedicas -el hombre restrega los pies en el suelo, y sin soltar el brazo de Sadrac, vuelve la cabeza, tose y escupe un esputo lleno de sangre-. Ahí tienes un pedazo de mis tripas -dice con una sonrisa-. Todos los días pierdo un poquito más. No me reconoces realmente. ¡Qué cosa, estos blancos somos todos iguales!

-¿Por qué no me da más pistas?

-Ahí va una grande. Estábamos en el mismo equipo de atletismo.

-Lanzamiento de peso -dice Sadrac instantáneamente, como si la palabra surgiera de sólo Dios sabe qué recóndito lugar de su banco de memoria. Está seguro de que acertó.

-Dos puntos. Ahora el nombre.

-Todavía no. Estoy tratando de recordar -Sadrac transforma esta ruina humana en un joven sin barba, musculoso, de shorts y remera, levantando una brillante esfera de metal, preparado para el lanzamiento...

-El torneo NCAA, Boston, 1995. Estábamos en segundo año. Tú ganaste la carrera de sesenta metros. La hiciste en seis segundos. -Muy bueno. Y yo gané el lanzamiento, veintiún metros. Nuestras fotografías en todos los diarios. ¿Recuerdas? El primer

encuentro de atletismo después de la Guerra del Virus, una señal de que las cosas se estaban normalizando. Ja, normalizando. Eras una bala corriendo, Sadrac. Apuesto que todavía lo eres. Caramba, yo ni siquiera podría levantar el peso. ¿Como me llamo?

-Ehrenreich -responde Sadrac inmediatamente-. Eres Jim Ehrenreich.

-¡Seis puntos! Y tú eres el médico del hombre de los hombres. Recuerdo que decías que serías útil a la humanidad, que no te dedicarías a la medicina para llenarte los bolsillos, ¿eh? Y así lo hiciste. Sirves a la humanidad, mantienes con vida a nuestro glorioso líder. ¿Por qué estás tan sorprendido? ¿Crees que nadie conoce el nombre del médico del presidente?

-Trato de evitar la publicidad -dice Sadrac.

-Cierto. Pero nosotros nos enteramos de algunas cosas que pasan en Ulan Bator. Yo estaba en el Comité, sabes. Hasta el año pasado. ¿Ibas al barrio Chino? Vayamos juntos. No puedo quedarme parado mucho tiempo, me hace mal a las vérices. Estaba en el Comité de California del Norte, ocupaba un cargo encumbrado y tenía acceso al antídoto. De mas está decir que me sacaron. Pero no te preocupes: no tendrás problemas si hablas conmigo, aun con esos policías Que nos están mirando. No soy un paria, sabes. Soy sólo un ex miembro del Comité y puedo hablar con quien quiera.

-¿Qué pasó?

-Fui un estúpido. Tenía una amiga que también estaba en el Comité, ocupaba un puesto bajo... al hermano lo había atacado la descomposición y me pidió que hiciera un cambio en la computadora, que aumentara el pedido del antídoto para salvar al hermano. Cómo no, le dije, lo hago por ti. Yo conocía al tipo de la computadora y le hedí que cambiara las cifras. Y lo hizo, al menos yo pensé que lo hacía, pero era una trampa, me engañaron como a un tonto. Un día aparecieron los policías y me hicieron justificar la cuota extra que yo había pedido -el rostro de Ehrenreich se ilumina-. A ella la mandaron al depósito de órganos. El hermano murió, y a mi me sacaron del Convite, ése fue el único castro. Tuve suerte. Lo hicieron por todos los años de servicio que yo había dedicado a la Revolución Permanente. Incluso recibo un pequeño sueldo, que para el vodka me alcanza. Pero fue un desperdigo, Sadrac, un estúpido desperdicio. Tendrían que haberme mandado al depósito de órganos a mí también, mientras estaba sano. Porque ahora me estoy muriendo. Tú lo sabes. ¿verdad?

-Sí.

-Dicen que si uno ha recibido el antídoto y después lo deja, la enfermedad ataca casi en seguida. Es como si el virus acorralado reventara y conquistara el cuerpo.

-Sí, eso es lo que escuché -dice Sadrac.

-¿Cuánto tiempo me queda? Tú puedes decírmelo ¿verdad?

-Tendría que examinarte primero. Y aun así no sé si lo sabría porque no soy experto en casos de descomposición orgánica.

-Me imagino. En Ulan Bator nadie se enferma de descomposición. Yo hace seis meses que me enfermé. En ese entonces tenía la barba negra y la cabellera espesa. Mírame ahora. Me voy a morir, Sadrac.

-Todos vamos a morir. Excepto Genghis Mao, quizás.

-Tú me entiendes. Ni siquiera tengo treinta y siete años y, me voy a morir. A pudrir. Y a morar. Porque fui un estúpido, porque quise ayudar al hermano de una amiga. Yo ya estaba seguro para siempre, estaba tranquilo en mi casa, cada seis meses una dosis de antídoto...

-Realmente fuiste un estúpido -le dice Sadrac-, porque nada de lo que hubieras hecho habría ayudado al hermano de tu amiga:

-¿Eh?

-El antídoto no cura. Inmuniza. Una vez que el virus entra en la etapa letal, no hay nada que se pueda hacer. No se puede invertir el proceso de la enfermedad. Yo pensé que todos sabían eso.

-No. No.

-Arruinaste tu carrera por nada. Perdiste la vida por nada.

-No -dice Ehrenreich aturdido. No puede ser, no lo puedo creer.

-Averígualo.

-No -dice- Quiero que tú me salves, Sadrac. Quiero que me des el antídoto.

-Ya te dije... -Sabías lo que te iba a pedir y te atajaste de antemano.

-Por favor, Jim...

Tú puedes conseguir el remedio. Seguramente llevas cientos de ampollas en tu valijita negra. ¡Pero, hombre, eres el médico de Genghis Mao! Puedes hacer cualquier cosa. No es lo mismo que tener un cargo encumbrado en el Comité regional. Oye, estábamos en el mismo equipo, ganamos, trofeos juntos, publicaron nuestras fotografías en los diarios...

-Sería inútil, Jim.

-Tienes miedo de ayudarme.

-Tendría que tener miedo, después de lo que me contaste. Dices que te echaron por distribución ilegal del antídoto y ahora me pides a mí que haga lo mismo.

-Es distinto. Tú eres el médico de...

-Aun así. No tiene sentido darte el antídoto por las razones que acabo de explicarte. Y aunque tuviera sentido, no podría dártelo. Sería mi perdición.

-No quieres arriesgar tu pellejo, ni por un viejo amigo.

-No, no quiero. Y no quiero que me hagan sentir culpable por algo que no tiene ningún sentido -la voz de Sadrac no es en absoluto amable-. El antídoto no te servirá de nada ahora. De nada. Entiéndelo de una vez por todas.. -¿Ni siquiera lo intentarías? ¿Tan sólo para probar?

-Es inútil. Inútil.

Después de una larga pausa, Ehrenreich dice:

-¿Sabes lo que te deseo, viejo? Que alguna vez te veas en apuros, que estés a punto de caerte a un precipicio, que estés colgado del acantilado, y que pase un viejo camarada y le pidas a gritos que te salve, y que el te pise las manos, que son tu único sostén y que siga caminando. Eso es lo que deseo, así te das cuenta de lo que se siente. Eso es lo que deseo.

Sadrac se encoge de hombros. No puede indignarse con un hombre que está al borde de la muerte, ni tampoco tiene interés de hablar de sus propios problemas. Simplemente dice:

-Si pudiera curarte, lo haría, pero no puedo.

-Ni siquiera eres capaz de intentarlo.

-No puedo hacer nada. ¿No me crees?

-Yo estaba seguro de que tú serías mi salvación. Ni siquiera te acordabas de mí. No harás nada por ayudarme. -¿Has hecho carpintería alguna vez, Jim? -pregunta Sadrac.

-¿Te refieres a las capillas? Nunca me interesó.

-Podría ayudarte. No te curará, pero te ayudará a superar tu enfermedad anímicamente. La carpintería te muestra pautas que no puedes llegar a ver solo. Te ayuda a diferenciar lo realmente importante de lo insignificante.

-¿Entonces eres un adicto fanático?

-Voy de tanto en tanto, cuando los problemas se complican demasiado. Hay algunas capillas en Fisherman's Wharf. No tendría inconveniente en ir ahora. ¿Qué te parece si vienes conmigo? Te haría bien.

-Hay un bar en Washington y Stockton. Siempre voy. ¿Qué te parece si vamos allí? ¿Qué te parece si pagas unos tragos con tu tarjeta del CRP? Eso me haría mucho mejor todavía.

-¿Primero al bar, después a la capilla?

-Vamos a ver -dice Ehrenreich.

El bar es un lugar triste, oscuro, abandonado. Sadrac coloca la tarjeta en la ranura de la máquina de servicio automático, oprime la placa de identificación y pide dos martinis. Después del segundo trago, la ferocidad de Ehrenreich parece disiparse para dar lugar a la nostalgia y al sentimentalismo. Con voz mas calmada, murmura:

-Perdóname por lo que te dije hoy.

-No es nada.

-Realmente pensé que tú serías mi salvación.

-Ojalá pudiera.

-No quiero que tengas problemas.

-Ya los tengo -dice Sadrac- Estoy a punto de caer a un precipicio -echa a reír. Otra vuelta de martinis. Levanta la copa-. No importa. Salud, amigo.

-Salud, viejo.

-Después de esta vamos a la capilla, ¿eh?

Ehrenreich niega con la cabeza:

-Yo no. Esas cosas no son para mí, ¿sabes? Ahora no, en este momento no. Ve solo. No insistas. Ve sin mí.

-Está bien -dice Sadrac.

Sadrac termina el martini y toca ligeramente el brazo de su ex camarada a modo de despedida. Ehrenreich tiene la mirada perdida, está tan abatido que ni siquiera tiene fuerzas para hablar. Sadrac sale y toma un taxi que lo lleva al Wharf, pero esta vez, no logra tranquilizarse en la capilla de carpintería: las manos le tiemblan, no puede centrar la mirada se siente incapaz de alcanzar la etapa de meditación. Después de media hora se va de la capilla. Al salir ve un automóvil lleno de policías. Todavía lo siguen vigilando. Entre los policías alcanza a distinguir a un hombre de barba vestido de civil, ¿Ehrenreich? ¿Es posible? A esa distancia no puede divisar las caras, pero la espalda corpulenta y el cabello ralo le resultan familiar. Sadrac frunce el ceño, llama un taxi, vuelve al hotel, empaca y se va al aeropuerto. Tres horas más tarde está en el avión, camino a Pekín.

CAPÍTULO 23

En Pekín, Sadrac se aloja en el hotel Hundred Gates, en el viejo distrito de las embajadas junto a la Ciudad Prohibida, donde habían reinado Kublai Khan y Ch'ien-lung. Sadrac vuelve a detectar otra vez la corriente de información de Genghis Mao. Todavía está a unos mil doscientos o mil trescientos kilómetros de Ulan Bator, calcula Sadrac, más allá del alcance máximo de la telemedición; por lo tanto las ondas que recibe son borrosas y tenues. Después de estas dos semanas de separación, Sadrac ya no se adapta a la transmisión del cuerpo de Genghis Mao como lo hacía antes, pero cuando permanece sentado sin moverse, y logra sintonizar su atención en la tarea, no tiene ninguna dificultad en leer la bioinformación del viejo líder con una claridad que se acentúa gradualmente.

Las funciones generales son las que percibe con más nitidez, desde luego: los latidos del corazón, la presión sanguínea, la respiración, la temperatura. Los sistemas principales del Khan retumban, como siempre, con una irreprimible vitalidad. Las funciones hepática y renal funcionan normalmente. El sistema metabólico basal, normal. Las respuestas neuromusculares, normales. Sadrac se maravilla, como de costumbre, por la buena salud, por la fortaleza del anciano, y siente al mismo tiempo una especie de orgullo vicario por la heroica resistencia y longevidad de Genghis Mao.

A medida que se acerca a Ulan Bator, Sadrac comienza a captar información más sutil y detallada, y percibe algunas anomalías que no esperaba. Realmente es confuso, ya que estas percepciones se contradicen con las indicaciones generales. La descomposición de fosfato no es normal, la actividad enzimática es reducida. El nivel de viscosidad sanguínea es menor al normal y el potencial de hidrógeno de la sangre tiende a alcalinizarse. También se observan disminuciones en el nivel de absorción intestinal y en el nivel de transpiración.

En realidad todas estas indicaciones no son motivo de alarma en un hombre de la edad del presidente, que acaba de ser sometido a intervenciones quirúrgicas de envergadura - es apenas razonable esperar que goce de un perfecto estado de salud-, pero lo extraño es la combinación de los factores. Sadrac supone que tal vez estas lecturas sean sólo producto de la distancia de los ruidos que interfieren la línea: se está forzando para captar la información que recibe del Khan, y es probable que no la interprete correctamente. Sin embargo, las anomalías, si es que son anomalías, son notablemente uniformes. Las lecturas de todos los sensores coinciden.

Poco a poco; Sadrac comienza a elaborar una hipótesis.

Determinar un diagnóstico a más de mil kilómetros de distancia es bastante complicado. Sadrac echa de menos su bibliografía médica y sus computadoras, pero tiene una idea de qué tipo de problema puede llegar a ser, y sabe qué información necesita para confirmar su teoría. Lo que Sadrac no sabe es si el sistema ideado por Buckmaster es lo suficientemente eficaz como para transmitir a tanta distancia los análogos de fenómenos de tan pequeña escala.

Si la viscosidad de la sangre es reducida y el potencial de hidrógeno sanguíneo es alcalino, es probable que los niveles de proteínas plasmáticas sean inferiores a los normales, y que la presión osmótica, que lleva los líquidos de los tejidos a los capilares, sea baja. Si la presión sanguínea hidrostática es normal, como lo indica el modulador de las funciones generales, y la presión sanguínea osmótica es reducida, es probable que los tejidos de Genghis Mao estén acumulando un exceso de líquidos. No es un problema serio ni peligroso por ahora, pero la acumulación de tejido puede provocar eventualmente un edema, una hinchazón por exceso de agua, lo cual puede constituir un síntoma de futuras fallas en la función renal, en la función hepática o en el sistema cardíaco. Sadrac se concentra entonces, y recorre el cuerpo de Genghis Mao, tratando de distinguir señales que indiquen exceso de líquido. El nivel del sistema linfático, sin embargo, es normal, según lo indican los puntos de referencia correspondientes. La función del

pericardio, la pleura y el peritoneo son normales. La acción renal y hepática, perfectas, tal como lo había comprobado antes. Aparentemente todo es normal. Sadrac comienza a abandonar su hipótesis. Es probable que el Khan no tenga dificultades, y que aquellas indicaciones negativas fueran simplemente interferencias en la línea, y entonces...

Sin embargo, Sadrac advierte que algo no anda del todo bien en el cráneo del presidente: la presión intracraneal es más alta que de costumbre.

Los nódulos que le transmiten datos del cráneo del presidente no incluyen tanta información como aquellos que corresponden a otras partes del cuerpo. Genghis Mao nunca ha tenido ataques cerebrales ni ningún otro problema cerebrovascular. Por lo tanto, nunca hubo necesidad de invadir el cráneo imperial, y dado que la mayor parte del equipo de telemedición implantado en el cuerpo de Genghis Mao ha sido instalado en el transcurso de intervenciones quirúrgicas rutinarias, la información que Sadrac recibe no incluye muchos datos acerca del estado del cerebro del presidente. Pero sí tiene un sensor que le proporciona información acerca de la presión intracraneal, cuyo aumento Sadrac advierte al realizar el examen general del cuerpo de Genghis Mao. Probablemente sea en el cráneo, entonces, donde se está produciendo la acumulación de líquidos.

Sadrac hace todo lo posible para obtener los datos necesarios basándose en todo tipo de información correlativa que esté a su alcance. ¿Presión osmótica en los capilares craneales? Baja. ¿Presión hidrostática? Normal. ¿Distensión meníngea? Alta. ¿Estado de los ventrículos cerebrales? Congestionados. Es obvio que hay alguna falla en el sistema que transporta el líquido cerebroespinal desde el interior del cerebro de Genghis Mao al espacio subaracnoideo, cerca de la pared craneal, desde donde normalmente pasa a la sangre.

Esto significa, entonces, que probablemente Genghis Mao haya sufrido fuertes dolores de cabeza en estos últimos días, que los dolores aumentarán su intensidad si Sadrac Mordecai no regresa de inmediato a Ulan Bator, y que tal vez surjan complicaciones cerebrales -posiblemente fatales- si no se trata el problema cuanto antes. Significa, además, que las vacaciones de Sadrac han terminado, que no podrá hacer turismo en Pekín, no. No visitará la Ciudad Prohibida, el museo histórico, las tumbas de los Ming, la Gran Muralla, el templo de Confucio, el Palacio de Cultura de los trabajadores. Esas cosas ya no tienen importancia para él: llegó el momento que ha estado esperando durante sus viajes de continente a continente. Durante la ausencia del devoto médico del Khan, el sistema inestable que constituye Genghis II Mao IV Khan ha comenzado a decaer, señal de que el doctor Mordecai es indispensable, de que su presencia se requiere de inmediato. Por lo tanto, Sadrac debe cumplir con sus obligaciones hipocráticas: acudir a su paciente y tomar las medidas necesarias.

Además, tiene que pensar en su propia salvación...

Sadrac baja al hall del hotel y reserva un pasaje para el próximo vuelo con destino a Ulan Bator, que saldrá esa noche dentro de dos horas. Luego anuncia en conserjería que dejará la habitación. El conserje, un chino joven y delgado, que, sin poder disimular su admiración por el color de la piel de Sadrac, lo mira y lo mira con ojeadas subrepticias, hace un comentario con respecto a su breve estada en Pekín.

-Cambio de planes -declara Sadrac con voz resonante-. Asuntos urgentes. Debo regresar de inmediato.

Sadrac recorre con la mirada el hall del hotel -un salón perfumado, de poca iluminación, como el vestíbulo de un enorme restaurante chino colmado de biombos de caoba y jarrones de porcelana e inmensos potes de laca sobre pedestales de palo de rosa- y distingue a unos pocos metros la figura robusta y pesada de Avogadro. Se miran y Avogadro sonríe, mueve la cabeza a modo de saludo y agita la mano. Aparentemente acaba de llegar al hotel. Sadrac no se sorprende en absoluto al descubrir la presencia del jefe de seguridad: era inevitable que tarde o temprano apareciera Avogadro para arrestarlo en persona.

Ninguno de los dos hace comentarios acerca de la coincidencia de sus visitas a este exótico lugar. Avogadro pregunta en tono amable:

-¿Cómo le fue en su viaje, doctor?

-Conocí muchísimos lugares del mundo. Muy interesante.

-¿Eso es lo único que se le ocurre decir? Interesante? ¿No fue fantástico, esplendoroso, trascendental?

-Interesante -repite Sadrac deliberadamente-. Un viaje muy interesante. ¿Y cómo se mantiene Genghis Mao durante mi ausencia?

-No del todo mal.

-Está bien cuidado. A él le gusta pensar que yo soy indispensable, pero el personal auxiliar puede perfectamente encargarse de cualquier tipo de dificultad que surja.

-Es probable.

-Pero tuvo dolores de cabeza en estos últimos días, ¿verdad?

Avogadro parece levemente alarmado.

-Ah, usted sabe eso, ¿no es así?

-Estoy aquí justo en el límite del alcance de la telemedición.

-¿Puede detectar los dolores de cabeza?

-Puedo captar determinados factores que me dan pistas -dice Sadrac-, de las cuales deduzco el dolor de cabeza.

-¡Qué sistema ingenioso! Usted y el Khan están conectados de tal manera que son una sola persona, ¿no es así? Él sufre los dolores y usted los siente en su cuerpo.

-Exactamente -dice Sadrac- En realidad, fue Nikki la primera que lo enfocó desde ese punto de vista. Genghis Mao y yo somos una persona, una sola unidad de procesamiento de datos, comparable al escultor y el mármol y el formón.

Avogadro no interpreta el sentido de la analogía. Continúa sonriendo con esa expresión de amabilidad rígida e impuesta con que lo saludó a Sadrac cuando se encontraron en el hall.

-Pero no es una unión excesivamente estrecha -continúa Sadrac- El vínculo podría ser aún más íntimo. Pienso hablar con los ingenieros para que modifiquen el sistema, cuando vuelva a Ulan Bator.

-¿Y cuándo regresará?

-Esta noche -le dice Sadrac- Reservé un pasaje para el próximo vuelo.

Avogadro levanta las cejas;

-¿Ah sí? Qué oportuno. Me evita el problema de...

-¿Pedirme que regrese?

-Sí.

-Me imaginé que usted había venido para eso.

-La verdad es que Genghis Mao lo echa de menos. Él me mandó hablar con usted.

-Por supuesto.

-Para pedirle que volviera.

-Él lo mandó para pedirme eso. No para traerme, sino para pedirme que volviera. Por mi propia voluntad.

-Para pedirle, sí.

Sadrac piensa en los policías que lo vigilaron por todo el mundo, que caminaban en grupitos, que consultaban, que le transmitían comunicados a sus colegas de ciudades lejanas. Sadrac sabe, y está seguro de que Avogadro sabe que él sabe que la verdadera situación no es tan casual como Avogadro le quiso hacer creer. El hecho de haber comprado un pasaje para el vuelo de esta noche, le evitó a Avogadro la violencia de tener que custodiarlo y hacerlo volver a Ulan Bator por la fuerza. Sadrac espera que Avogadro se sienta agradecido por eso.

-¿Son muy fuertes los dolores de cabeza del Khan?

-Muy fuertes, según me dijeron.

-¿No lo ha visto?

Avogadro menea la cabeza.

-Solo por el videoteléfono. Estaba ojeroso y cansado.

-¿Cuándo fue eso?

-Anteanoche, pero ya hace una semana que se habla de los dolores de cabeza del presidente.

-Entiendo -dice Sadrac- Yo me imaginé que sería algo así. Por eso decidí volver antes de lo planeado -la mirada de Sadrac se clava en los ojos de Avogadro- Usted entiende eso, ¿verdad? ¿Que compré el pasaje de vuelta al instante que advertí que Genghis Mao no se sentía bien? Porque esa es la responsabilidad que tengo para con mi paciente. Esa responsabilidad es siempre el factor que controla mis actividades. Siempre. Siempre. Usted es consciente de eso, ¿verdad?

-Desde luego -dice Avogadro.

23 de junio de 2012

¿Qué pasaría si muriera antes de cumplir con mi labor en esta tierra? No es en absoluto una pregunta vana. Yo soy importante para la historia de la humanidad. Soy uno de los grandes reorganizadores de la sociedad. Si no hubiera estado en escena en el año 1995, en 1998 y aun en 2001, todo se hubiera hundido en el caos. Soy para esta sociedad lo que fue Augusto para el mundo romano, lo que fue Ch'in Shih Huan Ti para la China. ¿Cómo sería el mundo de hoy si yo hubiera muerto hace diez años? Miles y miles de principados en constante guerra, sin duda, cada uno con su patético ejército, con su propia legislatura, moneda, pasaportes, guardias de frontera, derechos de aduana Millones y millones de pequeñas aristocracias, señores feudales, conspiraciones secretas, revoluciones constantes... caos, caos, caos. Seguramente estallarían nuevas guerras del virus. Y finalmente la extinción de la humanidad. Todo eso hubiera sucedido si Genghis Mao no hubiera estado presente en los momentos críticos de la historia. Soy el salvador del mundo.

Suena realmente jactancioso. ¡El salvador del mundo! El héroe de la civilización, el mito, yo, Krishna, yo, Quetzalcoatl, yo Genghis Mao. Y, sin embargo, es la verdad: yo soy un salvador, más de lo que lo fue cualquiera de ellos, porque sin mí la humanidad toda estaría muerta, y eso no tiene precedente en la historia de los salvadores. Yo puse fin a la lucha, yo sofoqué el virus, yo fomenté la labor de Roncevic... sí, ya no cabe duda, esto sería un planeta muerto si yo me hubiera ido a la tumba hacia diez años. Y la historia lo reconocerá. Y sin embargo, y sin embargo, ¿qué importa? Nadie olvidará a Genghis Mao después de mi muerte, nunca me olvidarán, pero moriré. Tarde o temprano se agotarán mis subterfugios. Ni Tatos ni Fénix ni Avatar podrán sostenerme indefinidamente. Algo fracasará, o tal vez me invada el aburrimiento y sea yo quien ponga fin a mis propios sistemas, y moriré. ¿Qué sentido tendrá, entonces, haber sido el salvador del mundo? Todo lo que he hecho finalmente carece de sentido para mí. Finalmente, el poder que he adquirido es vacío. Finalmente, no inmediatamente, porque aquí estoy, rodeado de esplendor y bienestar, ¿o no? Yo me engaño pensando que mi imperio tiene sentido, pero no lo tiene. Esta es una filosofía que siguen los jóvenes, y también los viejos, supongo. Tengo que fingir, tengo que demostrar que el poder es importante para mí, tengo que pensar que la historia será el mayor consuelo, pero todo eso ya me frene sin cuidado, ya soy demasiado viejo. Ya me he olvidado qué sentido tuvo para mí hacer todo lo que hice. Estoy jugando un juego tonto, me resisto a que ese juego llegue a su fin, pero tengo dudas con respecto a la naturaleza del gambito que me dará la victoria. Y entonces sigo, sigo, y sigo. Yo, Genghis II Mao IV Khan, salvador del mundo, tratando de ocultar ante los que me rodean ese vacío profundo y paralizador que yace en lo más recóndito de mi espíritu. Creo que he perdido la hebra de la trama de mi propia vida. Estoy agotado. Estoy aburrido. Me estalla la cabeza.

Me estalla la cabeza.

-¡Sadrac! -ruge Genghis Mao- ¡Este maldito dolor de cabeza! ¡Cúrame, Sadrac!

El viejo bucanero esboza una sonrisa forzada. Recostado sobre una pila de tres almohadas, se lo ve fatigado, desgastado. Una sonrisa pétrea le endurece la expresión, y sus ojos, iluminados por un brillo áspero, oscilan en las órbitas como si lucharan desesperadamente por centrar la mirada. Ahora que está cerca del Khan, Sadrac puede detectar fácilmente diversos síntomas que indican una acumulación de líquidos en las cavidades del cerebro del presidente. Ya se observan distintas señales de deterioro en las funciones cerebrales de Genghis Mao. No cabe duda con respecto al diagnóstico. No cabe duda.

-Estuvo mucho tiempo lejos de aquí -murmura el presidente-. ¿Disfrutó su viaje? Sí, pero el dolor de cabeza, Sadrac, este horrible y maldito dolor de cabeza... no tendría que haberlo dejado ir. Su lugar es aquí, a mi lado. Su función es controlarme, curarme. Fue dejar que mi mano derecha se fuera de viaje a recorrer el mundo. No volverá a irse, ¿verdad, Sadrac? ¿Y hará que mi cabeza se cure? Me asusta. Siento un latido, como si algo tratara de escaparse de mi cerebro.

-No hay razón para preocuparse, señor. Pronto mejorará.

Los ojos de Genghis Mao vibran de angustia.

-¿Como? ¿Me agujerearán el cráneo? ¿Liberarán el demonio, dejando que escape como un soplo de gas nocivo?

-No estamos en el neolítico dice Sadrac- El trépano es obsoleto. Tenemos métodos mejores -Sadrac toca las mejillas del Khan con la yema de los dedos, palpando los pómulos compactos, salientes-. Relájese, señor. Afloje los músculos -ya es muy tarde y Sadrac está agotado: en un solo día voló de San Francisco a Pekín, de Pekín a Ulan Bator. En cuanto llegó fue a visitar al Khan, sin refrescarse siquiera ni cambiarse de ropa. Su mente confundida ha perdido noción del tiempo, no sabe si es sábado, domingo o viernes, pero en lo más profundo de su espíritu hay una nítida esfera de transparente claridad-. Relájese -dice en tono melodioso-. Relájese. Despeje la tensión del cuello, de los hombros, de la espalda. Tranquilo, tranquilo... -No me va a curar con masajes y con palabras sedantes, supongo -dice Genghis Mao en tono burlón.

-Pero podemos aliviar los síntomas, mitigarlos, señor.

-¿Y después?

-Si es necesario, podemos recurrir a una intervención quirúrgica.

-¿Se da cuenta? ¡Me agujerearán el cráneo! ¡Como yo dije!

-Será algo muy simple, lo prometo -Sadrac se aparta de Genghis Mao y se ubica a sus espaldas, de manera de no distraerse con la necesidad de enfrentar la mirada de este feroz anciano y se concentra en las percepciones para elaborar el diagnóstico definitivo. Desequilibrio hidrostático, sí; congestión meníngea, sí; acumulación de desperdicios metabólicos en el cerebro, sí. La situación no es crítica, de ninguna manera. La operación podría postergarse durante semanas, e incluso meses, y no se correría ningún riesgo, pero Sadrac piensa tratar el problema lo antes posible. Y no sólo por el bien de Genghis Mao.

-Me alegra que haya vuelto -le dice Genghis Mao.

-Gracias, señor.

-Tendría que haber estado en el funeral. Hubiera ocupado un lugar de honor. Fue magnífico, Sadrac.. ¿Vio el funeral por televisión?

-Desde luego -miente Sadrac- En... eh... en Jerusalén. Creo que fue en Jerusalén. Sí. Magnífico. Sí.

-Magnífico -dice el Khan, regodeándose en cada sílaba-. Nunca lo olvidaran. Fue uno de los grandes espectáculos de la historia. Yo estaba orgulloso. Ni los asirios hubieran hecho algo mejor para Sardanápalo -el Khan echa a reír-. Ya que no podemos asistir a

nuestro propio funeral, por lo menos podemos satisfacer el deseo organizando un espléndido funeral para otra persona. ¿Eh, Sadrac? ¿Eh?

-Ojalá hubiera estado, señor.

-Pero estaba en Jerusalén. ¿O era Estambul?

-Creo que era Jerusalén, señor -Sadrac palpa las sienes de Genghis Mao, haciendo una presión leve pero firme. Una expresión de dolor se dibuja en el rostro del presidente.

Cuando Sadrac oprime los costados del cuello, debajo de las orejas, Genghis Mao, emite un quejido.

-Despacito ahí -dice el Khan.

-Sí.

-¿Es un problema grave?

-No hay peligro inmediato, pero el problema está, evidentemente.

-Explíquemelo.

Sadrac se para donde Genghis Mao pueda verlo. -El cerebro y la médula espinal -dice Sadrac- flotan, sí, flotad, en lo que llamamos líquido cerebroespinal, que se elabora en unas cavidades del cerebro conocidas como ventrículos. Este líquido protege y nutre al cerebro, y al pasar a los espacios que rodean el cerebro, lleva consigo los desperdicios metabólicos resultantes de la actividad cerebral. Cuando, por determinadas circunstancias, el pasaje de los ventrículos a estos espacios meníngeos se bloquea, el líquido cerebroespinal se acumula en los ventrículos.

-¿Y eso es lo que pasa en mi cabeza?

-Aparentemente, sí. ¿Por qué?

Sadrac se encoge de hombros y responde:

-Por lo general, la causa del bloqueo es una infección o un tumor en la base del cerebro. A veces, surge espontáneamente, sin lesiones que lo provoquen, como consecuencia de la edad, tal vez.

-¿Y cuáles son los efectos?

-En los niños, se agranda el cráneo y se inflaman los ventrículos, anomalía conocida como hidrocefalia, ascua en el cerebro. Pero en los adultos, como el cráneo no tiene capacidad de extensión, el cerebro debe soportar toda la presión. Los primeros síntomas son, naturalmente, fuertes dolores de cabeza. Luego se observan fallas en la coordinación física, vértigos, parálisis facial, pérdida gradual de la vista, períodos de coma, deficiencias generales en las funciones cerebrales, ataques de epilepsia...

-¿Y la muerte?

-Sí, eventualmente, la muerte.

-¿Inmediata?

-Depende de la magnitud del bloqueo, del vigor del paciente y de muchísimos factores más. Algunos viven años con condiciones hidrocefálicas leves e incipientes sin saberlo. Incluso ocurren casos de enfermos agudos en los que durante años y años no se manifiestan los síntomas. Por otra parte, se dan casos de enfermos que mueren unos pocos meses después de la primera congestión, y si se produce, por ejemplo, un edema medular, o una inflamación intracraneal que desbarate los sistemas autonómicos, la muerte puede ser aún más inmediata.

A Genghis Mao siempre le ha apasionado la narración de la sintomatología y el pronóstico, pero en este momento además del brillo de interés que le ilumina los ojos, Genghis Mao está como espantado, en su rostro se refleja una expresión de terror, que Sadrac nunca había observado en él.

-¿Y en mi caso? -pregunta el presidente.

Tendremos que hacer una serie completa de pruebas, naturalmente. Pero, basándome en la información que recibo de mis nódulos, sugiero que se realice la intervención quirúrgica cuanto antes.

-Nunca me han intervenido el cerebro.

-Lo sé, señor.

-No me gusta nada la idea. Un riñón o un pulmón es algo insignificante. No quiero el laser de Warhaftig en mi cabeza. No quiero que corten pedazos de mi mente.

-No habrá necesidad de hacerlo.

-¿Qué harán, entonces?

-Se trata estrictamente de terapia descompresora. Instalaremos conductos con válvulas para desviar el exceso de líquido directamente al sistema yugular. La operación es relativamente simple y mucho menos riesgosa que un trasplante de órganos.

Una sonrisa gélida se dibuja en el rostro de Genghis Mao.

-Sin embargo, estoy acostumbrado a los trasplantes de órganos. Hasta podría decir que me gustan los trasplantes de órganos. La cirugía cerebral es algo nuevo para mí.

Mientras prepara el sedante para Genghis Mao, Sadrac dice en tono jovial:

Tal vez termine por gustarle la cirugía cerebral también, señor.

A la mañana siguiente, Sadrac va a verlo a Ficifolia al nexo principal de comunicaciones, en uno de los subsuelos de la torre.

-Me enteré de que había regresado -le dice Ficifolia-. No lo podía creer. Dios santo, ¿por qué volvió?

Sadrac mira sigiloso las pantallas y los monitores.

-¿Es peligroso hablar aquí?

-Por Dios, ¿qué cree, que instalo ojos espías en mi propia oficina?

-Alguien pudo haberlo hecho sin decírselo a usted.

-Hable -dice Ficifolia-. Aquí no hay peligro.

-Si usted lo dice.

-Yo lo digo. ¿Por qué no se quedó en donde estaba?

-La policía sabía en donde estaba. Me controlaban constantemente. El mismo Avogadro fue a buscarme a Pekín.

-¿Y qué esperaba? Si se la pasó viajando en transporte de uso público. Hay maneras de esconderse, pero... ¿entonces Avogadro lo hizo volver?

-Yo ya haba comprado el pasaje.

-Por Dios, ¿por qué?

-Volví porque vi una manera de salvarme.

-La única manera de salvarse es esconderse.

-No -dice Sadrac en tono categórico-. La manera de salvarme es regresar y continuar con mis funciones de médico del presidente. ¿Sabe que el presidente está enfermo?

-Me dijeron que tiene dolores de cabeza muy fuertes.

-Dolores de cabeza muy peligrosos. Tendremos que operarlo.

-¿Cirugía cerebral?

-Eso es.

Ficifolia comprime los labios y estudia el rostro de Sadrac como quien examina un mapa de El Dorado.

-Yo le dije una vez que usted no era lo suficientemente loco como para vivir en esta ciudad. Tal vez me haya equivocado. Tal vez, esté totalmente loco. Tiene que estar loco si piensa que puede estropear una operación intencionalmente sin que lo descubran. ¿No piensa que Warhaftig se dará cuenta y evitará que lo haga? ¿O que lo delatara si logra hacerlo? ¿Qué sentido tiene matar al Khan, si al final va a terminar en el depósito de órganos? ¿Cómo...

-Los médicos no matan a sus pacientes, Frank.

-Pero...

-Usted se adelantó a sacar conclusiones. Tal vez esté imaginando cosas. Le digo que lo único que haré será operar al Khan y curarle los dolores de cabeza, y ocuparme de que conserve su buen estado de salud -Sadrac sonrío-. No haga preguntas. Simplemente ayúdeme.

-¿Ayudarlo, cómo?

-Quiero que encuentre a Buckmaster. Necesitaré una pieza especial, y él es la persona adecuada para construirla. Después necesitaré que usted arme los circuitos de telemedición para activarla.

-¿Buckmaster? ¿Por qué Buckmaster? Si aquí está lleno de gente experta en microingeniería.

-Yo lo quiero a Buckmaster para este trabajo: él es el mejor en su campo y, además, que- precisamente él quien construyó el equipo que llevo implantado. Por lo tanto, debe ser él quien construya la pieza adicional que necesito -la mirada de Sadrac es penetrante, inflexible-. ¿Me ayudará a encontrar a Buckmaster?

Después de un momento, Ficifolia afirma con la cabeza.

-Lo llevaré adonde está Buckmaster -dice-. ¿Cuándo quiere ir?

-Ahora.

-¿Ahora mismo? ¿En este preciso instante?

-Ahora -insiste Sadrac- ¿Está muy lejos de aquí?

-No muy lejos.

-¿En dónde está?

-Karakorum -responde Ficifolia-. Lo escondimos entre los transtemporalistas.

2 de enero de 2009

Insistí y finalmente me permitieron experimentar una sesión transtemporalista. Decían que no era conveniente, por los riesgos, por los efectos colaterales, por mis responsabilidades de soberano. Finalmente me impuse. No estoy acostumbrado a tener que insistir. Resulta extraño que hable de que "me permitieron". Pero fue una verdadera lucha, que gané, por supuesto, pero me dio trabajo. Visité Karakorum después de la media noche. Nevaba, pero era una nieve liviana. La carpa estaba despejada y los guardias estaban apostados en sus respectivos lugares. Antes de ir, Texeira me hizo una revisión completa, por las drogas que usan. Patente de sanidad limpia: puedo beber el más potente de los brebajes transtemporalistas. A la carpa entonces. Un lugar oscuro, un olor desagradable. Un olor que recuerdo de mi infancia, olor a estiércol quemado, a cuero de cabra sin curtir. Se me acerca un lama pequeño y encorvado. No está impresionado por mi presencia, no está aterrado. Por qué habría de sentir terror por Genghis Mao, si con sólo beber una droga puede visitar al César, a Buda, a Genghis Khan? Luego comienza a preparar la mezcla para mí. Aceites, polvos. Me da la copa y bebo: dulce, gomoso, no tiene sabor agradable. El transtemporalista me toma las manos, murmura algunas palabras y, de pronto, la carpa se transforma en una nube y desaparece, y me encuentro en otra carpa, ancha y baja. Banderas blancas y colgaduras de brocado, y allí está él ante mis ojos, un hombre de edad madura, corpulento, de baja estatura, de largos bigotes negros, ojos pequeños y labios carnosos. Su cuerpo despide olas de sudor como si no se hubiera bañado en años, y, por primera vez en mi vida, me invade el deseo de caer de rodillas frente a otro ser humano, porque este individuo es Temujin, el Gran Khan, sí, es él, el fundador, el conquistador.

No me arrodillo, sino en mi alma. En mi alma caigo tendido -a sus pies, le ofrezco la mano, inclino la cabeza.

Padre Genghis -digo-, he viajado a través del tiempo, a través de novecientos años para rendirte homenaje.

Me mira sin mucho interés. Después de un momento me ofrece una vasija.

-Bebe airag, anciano.

Compartimos la vasija. Yo bebo primero, después el Gran Khan. La indumentaria del Padre Genghis es simple: no viste una túnica de color escarlata, ni ribetes de armiño, ni corona, sino ropas de guerrero. El cabello le llega a los hombros, pero nace desde la nuca. La parte superior de la cabeza está afeitada.

-¿Qué quieres? pregunta.

-Verte.

-Me estás viendo. ¿Qué. más?

Decirte que vivirás para siempre.

-Moriré como todos los hombres, anciano.

-Tu cuerpo morirá, Padre Genghis. Tu nombre vivirá por los siglos de los siglos.

Genghis Khan piensa en lo que acabo de decir.

-¿Y mi imperio? ¿Qué será de mi imperio? ¿Acaso mis hijos gobernarán después de mi muerte?

-Tus hijos gobernarán la mitad del mundo.

-La mitad del mundo -dice Genghis Khan con voz suave-. ¿Sólo la mitad? ¿Es cierto eso, anciano?

-Serán dueños de Catay...

-Catay ya es mía.

-Sí, pero ellos serán los dueños de toda Catay, de las junglas, de las montañas, de Rusia, de Turkestan, de Afganistán, de Persia. ¡De la mitad del mundo, Padre Genghis!

El Khan de los Khanes gruñe.

Algo más, Padre Genghis. Dentro de novecientos años un khan llamado Genghis gobernará el mundo entero, de polo a polo y todas las almas de esta tierra lo reconocerán como amo del mundo:

-¿Un khan de mi sangre?

-Un verdadero tártaro -aseguró.

Genghis Khan permanece en silencio un largo rato. Es imposible leerle la mirada. Es más pequeño que lo que me hubiera imaginado, y su cuerpo emana un olor desagradable, pero es un hombre de tanta fortaleza y determinación que me siento humillado, porque yo pensaba que era como él; de alguna manera lo soy, y, sin embargo, él es mucho más grandioso que yo. Genghis Khan no sabe de dudas: es un hombre firme, decidido, un hombre que vive el presente, un hombre que, seguramente, nunca se ha detenido a reconsiderar una determinación, y cuya primera determinación ha sido siempre la correcta. Él es más que un príncipe bárbaro, un impetuoso jinete del Gobi, para quien las características de mi vida cotidiana serían un destello de magia esplendorosa. Sin embargo, si Genghis Khan llegara a Ulan Bator sería capaz de entender el funcionamiento del Vector de Vigilancia Uno en tres horas. Un bárbaro, sí, es un bárbaro, pero no simplemente un bárbaro, nada de su personalidad merece ser subestimado, y, a pesar de que en algunos aspectos yo soy superior a él, a pesar de que mi vida y mi poder están más allá de su comprensión, yo soy inferior a él desde todo punto de vista. Me aterra e infunde el respeto que yo esperaba. Al verlo, me invade el deseo de renunciar a la autoridad que ejerzo sobre la humanidad, porque, a su lado, no soy digno. No soy digno.

-Novecientos años -dice finalmente. La sombra de una sonrisa se proyecta en su rostro-. Bien. Bien -llama a un sirviente batiendo las palmas-. ¡Más airag! -grita. Volvemos a compartir la bebida y luego él dice que debe partir: es hora de dejar Karakorum y cabalgar hasta las tierras de su hijo Chagadai, donde la familia real celebrará un torneo. No me invita. No tiene interés en mí. a pesar de que vengo de tiempos lejanos, a pesar de que le traigo bellas historias del imperio mogol del futuro. No soy importante para él. Ya le conté todo lo que le interesa saber; ahora he pasado al olvido. Lo único que importa es el torneo. Monta la yegua y echa a cabalgar, seguido por los guerreros de su corte. Todos se han ido, excepto el sirviente y yo.

CAPÍTULO 24

De las profundidades de la carpa de los transtemporalistas emerge Roger Buckmaster, que se dirige al encuentro de Sadrac, acompañado por dos acólitos vestidos con una rústica túnica negra de tela de crin. Buckmaster también lleva una túnica, pero no es igual a la de los transtemporalistas: es una gruesa sotana marrón con capucha, de lana prolijamente tramada. Unas sandalias abiertas le dejan los pies al desnudo, y del cuello pende un macizo colgante cruciforme. AL echarse la capucha hacia atrás, deja ver una tonsura que le cubre la cabeza.

Buckmaster se ha transformado en una especie de monje.

No sólo la austeridad de su ropa indica que Buckmaster ha cambiado. Antes era un hombre impulsivo, violento e inquieto, un hombre en cuyo interior circulaba una especie de energía furiosa y malhumorada, una energía que nunca lograba descargar. Ahora se muestra misteriosamente sereno y reservado, es un hombre que habita un insondable territorio de paz y soledad. Está pálido, muy delgado, casi cadavérico. De pie frente a Sadrac, totalmente inmóvil sino fuera por el movimiento de los dedos, espera y espera en silencio.

Finalmente, Sadrac dice:

-Nunca me imaginé que volvería a verte con vida.

-La vida está llena de sorpresas, doctor Mordecai -la voz de Buckmaster también es distinta, más profunda, una voz sepulcral, sonora, como si toda la agresividad y la furia que la caracterizaba se hubiera consumido.

-Había corrido la noticia de que estabas en el depósito de órganos, descuartizado.

Imbuido de piedad, Buckmaster dice:

-El señor eligió eximirme del castigo.

Sadrac no acepta la piedad de Buckmaster.

-Querrás decir que tus amigos salvaron tu pellejo -dice Sadrac. No termina de hacer el comentario que se arrepiente de su agresividad: no es muy prudente de su parte hablarle de esa manera a una persona cuyos servicios necesita. Sin embargo, Buckmaster no parece ofendido.

-Mis amigos son Sus agentes: Al igual que todos los hombres de la tierra, doctor Mordecai.

-Has estado aquí todo el tiempo.

-Sí. Desde el día siguiente al interrogatorio.

-¿Y la policía no ha venido a husmear?

-La información oficial, doctor Mordecai, es que yo estoy muerto, que mi cuerno ha sido descuartizado al servicio de los miembros del gobierno que necesiten de mis órganos: eso es lo que le dirá la computadora. La policía no busca hombres muertos. Para ellos no soy más que un conjunto de piezas sueltas, un páncreas aquí, un hígado allá, un riñón, un pulmón. Roger Buckmaster ha usado al olvido -por un momento, un destello de malicia le ilumina el rostro curiosamente solemne-. Si les dijera que estoy aquí, lo negarían.

-¿Y qué has estado haciendo? -pregunta Sadrac.

-Los transtemporalistas me consideran un ser sagrado. Todos los días bebo de la copa del tiempo. Todos los días retrocedo en los siglos hasta llegar a los años de la vida de nuestro Señor. Muchas veces he presenciado la Pasión del Salvador en el Calvario, doctor. Caminé entre los apóstoles. He tocado las vestiduras de la Virgen María. He visto los milagros: Caná, Cafarnaum, Lázaro de Betania. He visto cómo lo traicionaron en Getsemaní. He visto cuándo lo llevaban frente a Pilatos. Lo vi todo, doctor Mordecai, todo lo que dicen los Evangelios. Todo es verdad. Es la verdad. Mis ojos son testigos.

Sadrac permanece en silencio un momento, sorprendido ante la inesperada intensidad de la convicción de Buckmaster, ante el sonido de su voz, que parece venir de otro mundo. Es imposible dejar de creer que este pobre hombre haya vagado por Galilea junto

con Jesús y Pedro y Santiago, y que haya escuchado los sermones de Juan el Bautista y los lamentos de la Magdalena. No importa que se esté engañando a sí mismo, que sean delirios, ilusiones o alucinaciones. La realidad es que Buckmaster rebosa de alegría, que se ha transformado.

Con aspereza intencionada, Sadrac pregunta:

-¿Puedes seguir haciendo trabajos de microingeniería?

Esta pregunta tan fuera de lugar toma a Buckmaster desprevenido. Está perdido en fantasías sagradas, oculto en una mística serenidad y alegría trascendental. Entre asombrado y confundido, emite un suspiro entrecortado como si le hubiera golpeado la espalda. Está desconcertado. Tose y, frunciendo el ceño, dice:

-Pienso que podría. Nunca se me había cruzado por la mente.

Tengo un trabajo para ti.

-No sea absurdo, doctor.

-Estoy hablando muy en serio. He venido a verte porque hay un trabajo que tú y sólo tú puedes hacerlo bien. Eres el único en quien confío para esta tarea.

-El mundo se ha alejado de mí, doctor. Y yo me he alejado del mundo. Aquí es donde vivo. Los intereses del mundo ya no son mis intereses.

-Antes te interesabas por las injusticias que cometían Genghis Mao y el CRP.

-Mi vida actual está más allá de la justicia y la injusticia.

-No digas eso. Tú crees que impresionas con lo que dices, Roger, pero es una tontería peligrosa. El pecado del orgullo, ¿no es así? Tus compañeros te salvaron. Les debes la vida. Se arriesgaron por ti, y tú estás en deuda con ellos.

-Rezo por ellos todos los días.

-Hay algo mucho más útil que puedes hacer.

-La oración es lo mejor que conozco -dice Buckmaster-. Considero que es más importante que la microingeniería. No logro entender cómo un trabajo de microingeniería puede ayudar a mis compañeros.

-Yo sé de un trabajo que puede ayudarlos.

-No logro entender como...

-Genghis Mao será sometido a otra operación dentro de muy poco tiempo.

-¿Qué es Genghis Mao para mí? El me ha olvidado. Yo lo he olvidado a él.

-Una operación en el cerebro -continúa Sadrac- Se ha producido una acumulación de líquido en el cráneo de Genghis Mao. Es necesario drenar ese líquido, de lo contrario morirá. La operación consistirá en instalar un sistema de drenaje con una válvula a través de la cual se eliminará el líquido. Al mismo tiempo, instalarán un nuevo nódulo de telemedición en mi cuerpo. Y ésta es la pieza que quiero que tú construyas, Roger.

-¿Qué función tendrá?

-Me permitirá controlar la acción de la válvula -responde Sadrac.

Dos horas más tarde, Sadrac se encuentra entre formones y mazos y serruchos, en la Gran capilla de carpintería en el complejo recreativo de Karakorum. Trata de alcanzar el estado de meditación inicial, pero no logra hacerlo bien. Por momentos siente que comienza a concentrarse, y cuando cree que por fin ha logrado el grado de concentración adecuado, vuelve a perderlo de nuevo. Buckmaster tiene la culpa. Buckmaster no desaparece del primer plano de la conciencia de Sadrac.

Si le hubiera hecho caso a Buckmaster, Sadrac no estaría aquí en este momento, sino entre los transtemporalistas, dormido bajo el efecto de la droga, y su alma estaría viajando a través de los milenios para presenciar el rito del Calvario.

-Venga conmigo -le insistió Buckmaster-. Visitaremos juntos la Pasión del Señor -pero Sadrac se negó. Algún otro día, fue la respuesta, cortés por cierto, que le dio a Buckmaster. Los viajes transtemporales consumen demasiada energía, y Sadrac necesita todas sus fuerzas para la difícil empresa que lleva a cabo en los próximos días. Buckmaster entendió, o por lo menos, parecía estar dispuesto a perdonar que Sadrac no

tuviera deseos de beber la droga transtemporalista en ese momento. Y Sadrac se fue de la carpa, con la promesa de Buckmaster de que terminaría el diseño del nuevo nódulo en un día o dos.

Sadrac, sin embargo, ha quedado obsesionado con la conducta de Buckmaster. ¡Qué extraña y sorprendente fue su reacción al comprender todo lo que el pedido de Sadrac implicaba: se le iluminó el rostro, sus ojos recuperaron aquel brillo frenético que los caracterizaba! Comenzó a respirar agitado, despojado ya de esa apacible imagen monástica. De sus labios, se desprendió un torrente de preguntas acerca de las especificaciones, de los umbrales de rendimiento, de los parámetros de tamaño, del lugar del cuerpo en que sería instalado el nuevo aparato. Como poseído por la furia, tomaba apuntes, trazaba esquemas y al cabo de sólo media hora el borrador del diseño estuvo terminado. Necesitaría la ayuda de una computadora para el diseño definitivo. dijo, pero eso no era problema: Ficifolia podría instalarle un relevados que lo conectaría directamente con la computadora maestra de Genghis Mao. Buckmaster reía con carcajadas estridentes. De pronto, se transfiguró, volvió a recuperar la serenidad, olvidándose de la microingeniería, transformándose nuevamente en el monje calmo, remoto y glacial. Luego dijo:

-Venga conmigo. Visitaremos juntos la pasión del Señor.

-Pobre Buckmaster. Pobre loco.

Sadrac, tratando de recobrar su propia serenidad, toma una lezna, vuelve a dejarla en su lugar, toma un taladro, desliza los dedos por la hoja curva de un formón, toma una lima bastarda, se la lleva a la frente y la oprime con todas sus fuerzas. Mejor. Un poco mejor. El frío del metal en la piel le aplaca los nervios. Pobre Buckmaster. Pobre loco. Seguramente ya habrá bebido la copa del tiempo, y estará viajando entre sueños para ver a Jesús coronado de espinas, ver cómo lo clavan en la cruz y lo hieren con la lanza. ¿Loco? Buckmaster es un hombre feliz. Ha superado la barrera del dolor. Fue mucho más astuto que todos los serviles colaboradores del Khan. Logró evadirse de su tormento y vivir en la santidad, caminando entre los apóstoles y el Salvador. Para Buckmaster, la Palestina de Jesús es más real que la Mongolia de Genghis Mao, ¿Y quién puede discutirsele? Sadrac haría lo mismo si pudiera. Desde luego, tarde o temprano, la realidad invadirá la fantasía de Buckmaster, porque muy pronto, la última dosis de antídoto que recibió Buckmaster quedará sin efecto, y lo más probable es que no vuelvan a inyectarle un refuerzo. Pero evidentemente eso no le preocupa.

Pensando en la paz que Buckmaster acaba de encontrar, Sadrac lo logra alcanzar su propia paz. Esta vez se concentra por completo, internándose en ese lugar claro y luminoso donde no llegan las tormentas. Buckmaster desaparece; Genghis Mao desaparece; Sadrac desaparece. Durante horas trabaja sereno en total armonía con sus herramientas y madera. Al atardecer, deja la capilla casi en estado de éxtasis.

Llega a Ulan Bator una hora después del anochecer. Lo primero que hace es llamar a Katya Lindman.

-Quiero verte -le dice.

-Esperaba que me llamas. Sabía que habías vuelto.

Se encuentran en la sala de reunión del piso quince, un lugar frecuentado por el personal de categoría media. Aquí el servicio es discreto. La sala es un luminoso óvalo abovedado, decorado con delgados banderines metálicos de color dorado que, colgados del cielo raso, flamean suavemente agitados por las corrientes de aire. Un gigantesco retrato de Genghis Mao ocupa toda una pared de la sala, y en el extremo opuesto hay otro retrato con la imagen de Mangú.

Katya lleva un vestido liviano de color ladrillo, ceñido al cuerpo, rasgo poco común en su vestimenta. Un amplio escote le hace resaltar los hombros corpulentos y deja ver el nacimiento de sus pechos voluminosos. Es probable que hasta se haya puesto perfume. Sadrac nunca ha observado en Katya el más mínimo detalle de femineidad convencional,

y el hecho de que hoy ella haya optado por este estilo tan obviamente seductor lo asombra y desilusiona. No se adecua en absoluto a su personalidad, y, además, no es necesario. Pero tal vez Katya esté cansada de su naturaleza fría de mujer de ciencia, cansada de su mirada indiferente, sus dientes filosos, su boca cruel. Ella ya le ha confesado su amor, y quizás quiera jugar a ser una mujer digna de amar y de ser amada. Muy tonto de su parte, si ése es su juego: Sadrac prefiere mucho más a la Katya que conoce. O cree que conoce. El amor no es una fiesta de disfraces.

-No pensé que volverías dice Katya.

-Nunca pensé en no volver. Mi intención no era desaparecer, sino alejarme de Ulan Bator para pensar algunas cosas.

-¿Conseguiste lo que querías?

-Espero. Pronto lo sabré.

-No haré preguntas.

-No. No las hagas.

Katya sonríe.

-Me alegra que hayas regresado, pero al mismo tiempo me preocupa por el peligro que corres aquí.

-Si yo no me preocupo, por qué tienes que preocuparte tú?

-No necesito responderte a esa pregunta -su voz es grave, casi teatral. Acercándose a Sadrac, dice-: Te extrañé, Sadrac. No sabes cuánto te extrañé. No te gusta que diga estas cosas ¿verdad?

-¿Qué es lo que te hace pensar eso?

-Tu cara. Parece que no te sientes cómodo. No quieres escucharme hablar con dulzura, porque no es propio de la malvada y cruel doctora Lindman hablar de esa forma.

-Lo que sucede es que no estoy acostumbrado a verte de esa manera. Es una faceta de tu personalidad que desconozco.

-Incluso es probable que no te guste mi ropa. Pero si quieres puedo volver a ser la otra Katya. Espérame, que me voy a poner el delantal del laboratorio.

Parece que hablara en serio.

-No seas tonta -dice Sadrac, tomándola de la mano-. Estás hermosa esta noche.

-Gracias -dice con voz cortante, retirando la mano.

-Pero es cierto Y se supone que yo te lo tengo que decir, y te lo dije. Así es el juego. Ahora tú me tienes que decir...

-Terminemos con los juegos, Sadrac. ¿Eh?

-Está bien. ¿Te vestiste así por mí o por ti?

-Por los dos.

-Ah. Simplemente porque se te ocurrió, ¿verdad? Porque tenías ganas de estar sexy, ¿verdad?

-Verdad -dice Katya-. ¿Te parece bien?

-Muy bien.

-¿Te parece bien que te haya extrañado? No me obligues a ser una especie de máquina, Sadrac. No hagas que conserve la imagen que tú tienes de mí. No te pido que me digas que me extrañaste, pero déjame que exprese lo que yo siento. Déjame comportarme como una tonta, déjame ser dulce, ser distinta, si quiero serlo, aunque más no sea una vez cada tanto, sin preocuparme en pensar cuál es la verdadera Katya. Yo soy siempre la verdadera Katya, en este momento y en otros momentos también. ¿Está claro?

-Está claro dice Sadrac. Vuelve a tomarla de la mano, y esta vez Katya no lo rechaza. Después de un momento dice-: ¿Qué paso durante mi ausencia?

-Supongo que sabes de los dolores de cabeza del Khan.

-Desde luego. Fue por eso que decidí volver. Estaba en Pekín cuando comencé a recibir información de la salud de Genghis Mao.

-¿Es algo serio?

-Tendremos que operar -dice Sadrac-. En cuanto esté listo ese equipo especial que mandé construir.

-¿Son muy peligrosas las operaciones de cerebro? -No tan peligrosa como puedes llegar a imaginarte, pero al Khan no le gusta para nada la idea de la operación, del laser en la caza, etcétera, etcétera. Nunca lo vi tan aterrado por una operación, pero no le pasará nada. ¿Qué otra cosa pasó?

-El funeral.

-Ah, sí. Ya sé. Yo estaba en Jerusalén o en Estambul. Vi las fotos unos días más tarde.

-Fue monstruoso -le dice Katya- Duró días y días. Sólo Dios sabe todo lo que habrá costado. Prácticamente se detuvieron todas las actividades mientras duró el funeral. Hubo discursos, desfiles, bandas militares y todo tipo de rituales y celebraciones. Y Genghis Mao contemplaba la ceremonia sentado en el medio de la plaza.

-¡Qué lastima que no estuve!

-Me imagino lo que habrás sufrido por perdértelo.

-Sí. Terriblemente -los dos echan a reír. Sadrac está empezando a pensar que en realidad le gusta cómo le queda el vestido a Katya-. ¿Qué más? -pregunta-. ¿Cómo marcha tu proyecto?

-Muy bien. En este momento estamos preparando los equivalentes de diecisiete rasgos cinéticos. Hemos adelantado más en estas últimas tres semanas que en los tres meses anteriores.

-Muy bien. Quiero ver tu autómatas terminado cuanto antes. Quiero que sea tu proyecto el primero que esté listo.

-¿Hablaste con Nikki desde que llegaste?

-No -dice Sadrac-. Todavía no.

-Me dijeron que Avatar también va muy rápido. Dicen que prácticamente han terminado de convertir los parámetros de Mangú a los... a los del nuevo donante. Mucho antes de lo que pensaban. Me aterra, Sadrac.

-No debería aterrarte.

-No puedo dejar de pensar en lo que pasaría si logran...

-No lo lograrán -interrumpe Sadrac- No ocurrirá lo que tú temes. Valgo demasiado para Genghis Mao tal cual soy ahora.

-"La redundancia es nuestro principal sendero de supervivencia", recuérdalo. ¿Cuántos otros médicos crees que gene esperando? ¿Completo, con nódulos y todo?

-Ninguno.

-¿Como puedes estar tan seguro?

-Si se hubiera construido un duplicado del sistema de telemedición, Buckmaster lo sabría, y el no ha escuchado nada al respecto.

-Buckmaster está muerto, Sadrac. Sadrac deja pasar el comentario.

-Sé que no hay ningún duplicado de Sadrac Mordecai listo para reemplazarme cuando yo me vaya. Me doy cuenta en que medida Genghis Mao depende de mí, exclusivamente de mí. Soy irremplazable para él, y se me ocurre que en un futuro próximo mis servicios serán mucho menos redundantes, mucho más indispensables. Avatar no me preocupa, Katya.

-Espero que sepas lo que haces.

-Yo también lo espero -Sadrac hace un gesto, señalando la salida, debajo del inmenso retrato de la imagen pálida y triste del pobre Mangú-. Vamos arriba -sugiere Sadrac. Katya sonrío asintiendo con la cabeza.

Llegó el día de la operación. El Khan yace de espaldas en la mesa de operaciones. Está despierto, totalmente consciente, y de tanto en tanto vuelve la cabeza y fija su amarga mirada en los médicos reunidos a su alrededor, Sadrac, Warhaftig y Mali, un neurólogo israelí, asesor de Warhaftig. No cabe ninguna duda con respecto al estado del

presidente: está asustado, y aunque trate de ocultar su temor detrás de sus típicos comentarios jactanciosos, no logra disimularlo. Dentro de diez minutos, Warhaftig activará el bisturí láser que le perforará el cráneo, panorama que, no le seduce en absoluto. Si no hubiera sido por los dolores de cabeza, cuyos efectos se hacen visibles en los gestos de dolor que se reflejan en el rostro imperial, nada de esto estaría ocurriendo.

La cabeza del presidente está afeitada: Resulta curioso que sin la espesa melena negra Genghis Mao parezca más joven, más vigoroso: ese cráneo protuberante y macizo, desprovisto de su cabellera, habla de la fuerza inmensurable del anciano, de la intensa energía arrolladora que bulle en su interior. La musculatura del cuero cabelludo del presidente es poderosa y conspicua, un escarpado relieve de montañas y valles, un borrascoso paisaje de cordones y lomas nutridos y perfeccionados después de largos noventa años de hablar, pensar, morder y masticar. Una marca de tinta luminosa dibujada en la piel del cráneo indica el ángulo de entrada del rayo láser.

Warhaftig está listo para hacer la primera incisión -La estrategia de la operación ha sido desarrollada durante tres días de reunión. No abrirán cerca de los centros cerebrales, sino a la altura de la curvatura occipital, y el aparato de drenaje será insertado en la base del cerebro, en el puente, debajo del cuarto ventrículo cerca de la médula oblonga. Todos coinciden en que ése es el mejor lugar para la válvula, porque de esa manera los rayos del bisturí láser no afectarán el asiento de la razón, aunque cualquier descuido quirúrgico puede, en efecto, dañar la médula, que controla las funciones vasomotoras y cardíacas y otras respuestas autonómicas vitales. Pero Warhaftig no sabe de descuidos.

El cirujano le echa una mirada a Sadrac.

-¿Está todo bien?

-Perfecto. Pueden empezar cuando quieran.

Warhaftig toca suavemente el cuello de Genghis Mao, que no reacciona. Tampoco responde ante un fuerte pellizco en la base del cráneo, ya que está bajo el efecto de la anestesia local, administrada, como de costumbre, a través de la sonicupuntura.

-Ahora -dice Warhaftig-. Empezamos.

El cirujano imprime el primer corte..

Genghis Mao cierra los ojos, pero Sadrac sabe, por la información que le transmiten los monitores internos, que el Khan está aún totalmente consciente, tenso, agazapado como un cauteloso leopardo en lo alto de la copa de un árbol. La piel se separa y pinzas retractoras la sujetan. Warhaftig se aparta a un lado y deja que Malin realice la incisión craneal. La mano del neurocirujano no es tan diestra como la de Warhaftig, pero Malin lleva treinta años de experiencia en operación de cráneos, y sabe, en la misma medida en que tal vez Warhaftig no lo sepa, qué margen de error pueden tener sus cortes. Ahí está: una ventana en la cabeza del Khan. Sadrac, mirando en puntas de pie, contempla aterrado el cerebro que concibió los principios de la depolarización centrípeta, que engendró el Comité Revolucionario Permanente, que liberó a la humanidad del caos de la Guerra del Virus. Sí, sí todo eso nacido de esta misteriosa masa gris que Sadrac tiene ante sus ojos.

Ahora se disponen a buscar el lugar donde será insertada la válvula de drenaje. Warhaftig reasumió el mando. En lugar de un bisturí láser, utiliza en esta etapa una aguja hueca cargada de nitrógeno líquido, cuya temperatura fue reducida, por medio de un criómetro, a -160° C. La aguja, que se desliza en las profundidades de la base del cerebro del Khan congela las células en contacto, y si el contacto continúa las matará. Mientras Malin concluye con la lectura de los instrumentos y Sadrac proporciona información telemetrada del estado de las actividades autonómicas del presidente, Warhaftig, ya seguro de que no está destruyendo os centros neuronales vitales, abre un espacio para la inserción del aparato de drenaje. Todo se lleva a cabo sin dificultades. El cuerpo del Khan continúa respirando, bombeando sangre y generando el patrón normal de ondas electroencefalográficas. Ahora aloja un tubo que desvía el exceso de líquido

cerebroespinal al sistema circulatorio, una válvula a través de la cual se transporta el líquido, una pieza de telemedición que le dará al doctor Mordecai informes constantes acerca del funcionamiento de la válvula y de los niveles de líquido de los ventrículos craneales. Warhaftig vuelve a ubicar piel y hueso en su lugar original. Los ayudantes llevan a Genghis Mao, ahora sonriente a pesar de las ojeras y la palidez de su rostro, a la sala de recuperación.

Volviéndose a Sadrac, Warhaftig dice:

-Si todo está preparado, procedamos de inmediato a la operación siguiente. ¿Sí? Toma la mano izquierda de Sadrac-. Usted quiere la pieza de telemedición aquí, ¿correcto? Insertada en los músculos del tenar, pero no en la base del pulgar ¿no? Aquí, mas cerca del centro de la palma, ¿esta bien? Perfecto. Lo desinfectaremos y ya comenzaremos entonces.

Sadrac se encuentra con Nikki por primera vez después de su regreso. Los dos están incómodos. El trata de sonreír, pero sabe que su sonrisa no es natural, como tampoco es natural la cordialidad de Nikki.

-¿Cómo está el Khan? -pregunta Nikki finalmente.

-Se está recuperando -responde Sadrac-. Como siempre.

-¿Y tu? -pregunta Nikki, mirando la mano vendada de Sadrac.

-Un poco dolorido. Esta pieza es un poco más grande que las demás. Más compleja. En uno o dos días me sentiré mejor.

-Me alegro de que todo haya salido bien.

-Sí. Gracias.

Otra vez las sonrisas forzadas.

-Es una alegría verte -dice Sadrac.

-Sí. Una gran alegría verte.

Permanecen en silencio pero, a pesar de que la conversación ha claudicado, ninguno de los dos se va. Nikki está más hermosa que nunca, pero su belleza no impacta a Sadrac, a quien realmente le sorprende no sentir nada, nada sino una admiración abstracta, la misma admiración que podía sentir por una estatua de mármol o un atardecer espectacular. Trata de recordar su pasado con Nikki para poner a prueba sus sentimientos. Revive la frescura de sus muslos cobrizos, los besos, las caricias, la solidez de sus pechos, los suspiros de placer al sumergirse entre sus piernas, la fragancia del oscuro torrente de sus cabellos.

Nada. Las noches interminables en que tanto tenían para contarse. Nada. Nada. ¿Hasta qué punto puede la traición carbonizar el amor! Sin embargo, la belleza de Nikki es eterna.

-Sadrac...

Nikki balbucea en busca de palabras. Sadrac espera. Sabe lo que ella le quiere decir: quiere explicarle una vez más cuanto siente todo lo ocurrido, explicarle que no tenía otra alternativa, que si ella lo traicionó fue porque sabía que no había forma de evitar que sucediera lo inevitable. Es un momento delicado, interminable.

Finalmente, Nikki dice: Todo marcha perfecto en el laboratorio.

-Así me dijeron.

-Tengo que seguir con el proyecto, sabes. No tengo otra alternativa. Pero quiero que sepas que mi deseo es que nunca se aplique. Sé que es una valiosa investigación, un gran avance de la ciencia, pero quiero que quede como un ogro de laboratorio, nada más, que sea sólo... -la voz le tiembla. No puede seguir hablando.

-Esta bien, Nikki -le dice Sadrac. Una extraña ternura se enreda en su voz-. No te atormentes. Cumple con tu trabajo, cumple a conciencia. Eso es lo único que tienes que pensar. Cumple con tu trabajo -por un instante, sólo un instante, Sadrac siente la tibieza de lo que alguna vez sintió por ella-. No te preocupes por mí -le dice con dulzura-. Yo estaré bien.

Al tercer día, quitan la venda de la mano de Sadrac. Sólo tiene una tenue línea rosada en el lugar donde fue hecha la inserción, una estría apenas perceptible sobre el rosado más oscuro de la palma. Como su amo, Sadrac es un individuo que se cura rapado. Flexiona la mano -siente un leve dolor muscular-, pero se cuida de no cerrar el puño. Todavía no está listo para poner a prueba el nuevo aparato.

Genghis Mao se recupera satisfactoriamente. El fin de semana, entonces, Sadrac decide pasar una noche, solo, en Karakorum. Es una mansa noche de verano; en el aire, flota el perfume de los nuevos retoños y se insinúa el olor de la lluvia. Sadrac entra al pabellón de la muerte onírica, ocupa un cubículo, se cubre con el taparrabos, se envuelve el pecho con las bandas de colores, toma el talismán que le ofrece la guía enmascarada, centra la mirada en el brillante remolino y se hunde en alucinaciones. Una vez más se muere. Abandona la esperanza y el temor y la lucha y la angustia y la ansiedad y la necesidad, abandona el aire y la vida, muere en este mundo y renace en otro lugar, se desprende de su cuerpo, flota sobre él y lo ve transformarse en una figura alargada y hueca, una telaraña marrón de miembros inertes y yertos. Luego se pierde en el fragante vacío, donde el espacio y el tiempo se liberan de las amarras, donde todo está a su alcance, porque está muerto. Entra a una ciudad de carros tirados por bueyes y de callejuelas y casitas de madera alineadas en serpentinadas de laberintos impenetrables, un lugar de pintoresca suciedad y de inmundicia medieval, donde damas y caballeros vestidos de trajes de brocado verde y escarlata se tambalean por las calles de barro, bañados en sudor, gimiendo, sollozando, temblando, ahogados en un grito, pidiéndole al Señor que calme el dolor infernal que late entre sus piernas y debajo de sus brazos. Sí, sí, es la Peste Negra. Sadrac camina entre ellos, diciéndoles yo soy Sadrac, el que los sanará, el que ha venido de la tierra de los muertos para salvarlos, y toca sus heridas ardientes y les devuelve a la vida y ellos cantan himnos en su honor. Luego flota a otra ciudad, un lugar de bambú y seda, de jardines colmados de crisantemos y juníperos y pequeños pinos encorvados, y en la quietud del día una bola de fuego estalla en el cielo, un inmenso penacho de nubes cubre el firmamento, las casas restallan en lenguas de fuego, la gente corre desesperada por las calles envueltas en llamas; son hombres y mujeres pequeños, de ojos almendrados y tez amarilla, y Sadrac se eleva sobre ellos como una torre de ébano y les dice con dulzura que no se asusten, que es sólo un sueño lo que los angustia, que todavía pueden vencer al dolor y aun a la muerte, y les tiende la mano, y los calma, y los libera del fuego. El cielo se cubre de cenizas y hollín y pumita y otra vez es la noche del Cotopaxi, y el volcán ruge y silba y zumba, el aire se vuelve veneno, el joven médico de piel carbón se arrodilla en las calles, respira en las bocas de los caídos, los ayuda a levantarse y los consuela. Y sigue su viaje. Las hordas de asirios van por las calles de Jerusalén, ahogados en alaridos, azotando sin piedad, y Sadrac cura con paciencia los cuerpos destrozados que yacen en el suelo, y les dice, levántense, caminen, yo soy el Único que os sanará. Las enormes bestias prehistóricas huyen despavoridas a medida que las nieves glaciales se derriten bajo el sol colosal, y los habitantes de las cavernas se transforman en seres esqueléticos y enfermizos, y Sadrac les enseña a comer hierbas y semillas, a recoger los frutos de las malezas recién florecidas, a encordar canales en los arroyos para los peces, y todos lo alaban y pintan su imagen en las paredes de la caverna sagrada. Y saca a Cristo de la cruz cuando los soldados romanos se van a la taberna, carga el cuerpo inerte en el hombro y corre a ocultarse en una oscura cabaña, y frota las heridas de Jesús con ungüentos y unturas, y prepara un remedio con mezclas de jugos y hierbas y se lo da a beber a El y le dice "Anda, vete, vive, predica". Sumerge una red en el Nilo y libera de sus aguas los fragmentos de Osiris, y junta los miembros desunidos, y le devuelve la vida al dios vencido y llama a Isis, diciendo aquí está Osiris. Yo, Sadrac, lo he hecho revivir para ti. El cielo se cubre de extrañas nubes que tiñen el aire de verde, y la Guerra del Virus estalla sobre los pueblos del mundo, y la extraña podredumbre penetra en los cuerpos de la

humanidad, y los habitantes de la tierra gimen y caen, y Sadrac los ayuda a levantarse, diciéndoles no teman, la muerte es pasajera, la vida los aguarda. Y en los cielos se refleja el rostro sonriente de Genghis Mao. Sadrac viaja a la deriva a través de los siglos, libre en el tiempo y el espacio, y poco a poco toma conciencia de que ya no está solo, que hay una mujer; a su lado que lo toma del brazo, tratando de decirle algo. El la ignora. Oye los coros celestiales cantando su nombre: "¡Sadrac! ¡Sadrac!" Y las voces del cielo gritan: "¡O Sadrac! ¡Tú eres el único que nos sanará, tú eres el príncipe de los príncipes! ¡Sadrac te llamabas, Genghis te llamarás! ¡Alabado sea Sadrac!" Y una voz de trueno anuncia: "¡De ahora en adelante, serás Genghis III Mao V Khan!"

Y la mujer lo toma del brazo, y él descubre que es Katya y le dice: "¿Qué quieres?" Ella responde: Es demasiado tarde. El dice: "¿Ya han elegido al próximo donante?". Sí. "No creo que tengas inconveniente en decírmelo. "No sé si debo." ¿Quién es? "Tú", responde Katya. El mundo estalla en una ola de fuego. La risa de Genghis Mao vibra a través de los cielos, se estrella en las montañas.

Sadrac se despierta. Se incorpora.

Cierra el puño y lo mantiene cerrado con todas sus fuerzas.

Desde Ulan Bator, a cuatrocientos kilómetros hacia el Oeste, llega la terrible convulsión de la agonía de Genghis Mao, el grito mudo de sensores que transmiten la onda de dolor que arrolla el cuerpo del Khan.

Sadrac se acerca a la Interfaz Tres y anuncia:

-Sadrac Mordecai para servir al Khan. Controlado, aprobado y admitido, atraviesa la mole de acero.

Ya es casi la medianoche. Sadrac se dirige de inmediato a la habitación del Khan, pero Genghis Mao no está allí. Mordecai frunce el ceño. En los últimos días, el Khan ha recuperado las fuerzas necesarias como para dejar su habitación, pero resulta extraño que no esté en la cama a estas horas de la noche. Un sirviente le informa a Sadrac que el Khan ha pasada casi toda la noche en la sala de reclusión conocida como Refugio del Khan, y es probable que esté allí en este momento.

A buscarlo, entonces. La oficina del Khan está vacía; en el comedor imperial, no hay nadie. Luego Sadrac entra a su propia oficina, donde se detiene por un momento para reunirse con sus tan amados objetos de colección, sus esfignomanómetros y escalpelos, sus micrótomos y treparlos. Aquí, en un frasco, está la aorta abdominal auténtica de Genghis Mao, sin duda un tesoro de la historia de la medicina. Y aquí está la última pieza que Sadrac incluyó en su museo, un mechón de la preternatural cabellera negra, espesa y abundante de Genghis Mao, una reliquia tal vez más apropiada para un museo de brujerías o vudú que para un museo de medicina, pero que sin embargo no está fuera de lugar, ya que fue extraída del cráneo del célebre paciente cuando se lo preparaba para la operación de cerebro llevada a cabo con éxito en el nonagésimo (u octogésimo quinto, o nonagésimo quinto) año de su vida. Y bien. Adelante. Sadrac enfrenta la puerta que comunica con el Refugio del Khan y pide entrada.

La puerta se desliza y le abre paso.

El refugio del Khan es la habitación de este piso que menos se usa. Está totalmente aislada del resto de las habitaciones, excepto de la oficina de Mordecai, que es el único lugar que está directamente comunicado con el Refugio del Khan. Es una sala baja, decorada con muebles orientales y rebuscados, gruesos cortinados y alfombras trabajadas. Genghis Mao está recostado en un mullido diván dispuesto a lo largo de la pared en el extremo izquierdo de la habitación. La cabeza afeitada del Khan ya está cubierta por una delgada película de cerda negra. La vitalidad del anciano es irreprimible. Sin embargo se lo ve alterado, casi aturdido.

-Sadrac -dice. Su voz es grave y ronca-. Sabía que vendría a verme. Lo sentí, ¿verdad? Hace aproximadamente una hora y media. Creía que la cabeza me estallaba.

-Lo sentí, sí.

-Usted me dijo que me insertarían una válvula en el cerebro. Para drenar el líquido -dijo.

-Eso es lo que hicimos.

-¿No funciona bien?

-Funciona a la perfección, señor -dice Sadrac en tono moderado.

Genghis Mao está confundido.

-¿Entonces qué fue lo que me provocó ese dolor de cabeza tan fuerte hace un rato?

-Esto fue -dice Sadrac. Sonríe, extiende la mano izquierda y cierra el puño.

Nada sucede por un momento. Luego los ojos de Genghis Mao se agrandan sorprendidos e impactados. Entre quejidos, el Khan se oprime las sienes con las manos, se muerde los labios, inclina la cabeza calva, se frota los ojos con los puños, se lamenta atragantado, presa de la angustia. Sadrac percibe las reacciones internas de Genghis Mao, a través de los sensores que proveen información acerca de las funciones físicas del Khan: el ritmo del pulso y la respiración se acelera de una manera alarmante, la presión sanguínea es baja y la presión intercraneal aumenta sin piedad. Genghis Mao se acurruca de dolor, tiembla, gruñe. Sadrac vuelve a extender el puño. Poco a poco el dolor abandona a Genghis Mao, el cuerpo toma su posición normal, y los sensores de Sadrac dejan de transmitir los síntomas del shock.

Genghis Mao levanta la vista y la fija en Sadrac durante un largo rato.

-¿Qué me han hecho? -pregunta Genghis Mao en un ronco murmullo.

-Le instalamos una válvula en el cráneo, señor. Para drenar la peligrosa acumulación de líquido cerebroespinal. Sin embargo, debo decirle que la válvula fue diseñada para ejercer acción reversible, ya que a través de la telemedición es posible hacer que la válvula bombee líquido al cráneo, en lugar de desviar el líquido fuera del cráneo. Yo controlo la acción de la válvula, por medio de un cristal piezoeléctrico insertado en la palma de mi mano. Apenas contraigo los músculos de la mano, el líquido deja de drenar. Si la contracción es más fuerte, la válvula comienza a bombear el líquido al cerebro. Puedo interrumpir la marcha de su organismo. Puedo hacerle sentir el dolor que hoy ha experimentado dos veces, y en sólo un instante puedo causarle la muerte.

La expresión facial de Genghis Mao es totalmente opaca. Analiza la declaración de Sadrac en silencio. Finalmente, dice:

-¿Por qué me hizo esto, Sadrac?

-Para protegerme, señor.

-¿Pensó que iba a usar su cuerpo para el Proyecto Avatar?

-Estaba seguro de ello, señor.

-Se equivocó. Nunca lo hubiera hecho. Usted es muy importante para mí, tal cual es ahora.

-Sí señor. Gracias, señor.

-Cree que miento. Le digo que nunca existió la posibilidad de activar Avatar, utilizándolo a usted como donante. No me malinterprete, Sadrac. No me estoy defendiendo. Simplemente le estoy diciendo cómo son las cosas en realidad.

-Sí señor. Pero yo conozco sus enseñanzas con respecto a la redundancia. Tenía miedo de dejar de ser indispensable, y ahora puedo estar seguro de que lo soy, creo.

-¿Sería capaz de matarme? -pregunta Genghis Mao.

-Si sintiera que mi vida está en peligro, sí.

-¿Qué diría Hipócrates de eso?

-Aun los médicos tenemos el derecho a la defensa personal, señor.

La sonrisa de Genghis Mao se vuelve más cálida. Es como si la conversación lo divirtiera. Su rostro no refleja en absoluto la más mínima indignación.

Con voz calma, propone una hipótesis especulativa:

-¿Qué pasaría si yo lo atrapara sin que usted lo advirtiera, si lo inmovilizara antes de que pueda cerrar el puño, y lo condenara a muerte?

Sadrac menea la cabeza.

-La pieza que llevo insertada en la mano está programada para la energía eléctrica de mi cerebro. Si me muero, si me anulan la mente, si por equis causa se interrumpe el impulso eléctrico de mi cerebro, la válvula comienza automáticamente a bombear el líquido cerebroespinal a su médula. El momento de mi muerte será el preludio de su propia muerte, señor. Nuestros destinos se han unido. Cuide de mi vida, señor, por su propio bien.

-¿Y si hago que me extraigan la válvula de la cabeza, para reemplazarla por otra que no se adapte a la pieza que usted lleva insertada en la mano?

-No, señor. De ninguna manera podrán operarlo sin que mi sistema interno me lo notifique. Apenas me enterara que lo están operando, me defendería, desde luego. Somos una entidad en dos cuerpos distintos, señor. Y lo seremos para siempre.

-Muy ingenioso. ¿Quién diseñó esa maravilla mecánica?

-Buckmaster lo hizo, señor.

-¿Buckmaster? Pero si Buckmaster murió en mayo. Es imposible que en ese entonces usted supiera que...

-Buckmaster está con vida aún, señor -dice Sadrac con voz suave.

Genghis Mao piensa en lo que Sadrac acaba de decir.

Permanece meditabundo y en silencio un largo rato.

-Aún con vida. ¡Qué extraño!

-Sí.

-No entiendo.

Sadrac no responde.

Después de un momento, Genghis Mao dice:

-Me ha puesto una bomba en la cabeza.

-Sí, señor. Es algo así.

-Yo tengo poder sobre la humanidad, y usted tiene poder sobre mí, Sadrac. ¿Se da cuenta en qué se ha transformado? ¡Usted es el verdadero Khan ahora! Alabado sea, Genghis III Mao V -Genghis Mao estalla en una carcajada salvaje-. ¿Se da cuenta? ¿Es consciente de lo que ha logrado?

-Lo pensé -admite Sadrac.

-Podría obligarme a renunciar. Podría exigirme que lo nombre mi sucesor. Podría matarme y asumir la presidencia, con toda legitimidad. ¿Se da cuenta? Ya lo creo que se da cuenta. ¿Es esa su intención?

-No, señor. La última cosa que deseo es ser presidente del mundo.

-Vamos, Sadrac. Dé un golpe de estado. Tome el poder. Yo ya estoy viejo, cansado, aburrido y agotado. Quiero que me derroquen. Admiro su astucia. Estoy fascinado con lo que ha hecho. Nadie me había engañado como usted, ¿sabe? Usted ha logrado lo que no lograron cientos de enemigos. Sadrac, tan tranquilo, tan leal, tan dependiente, me ha vencido. Soy suyo. Soy su marioneta. ¿Se da cuenta? Vamos. Conviértase en presidente. Se lo ha ganado, Sadrac.

-Eso no es lo que quiero.

-¿Qué quiere, entonces?

-Continuar siendo su médico. Proteger su salud y hacer todo lo posible para extender su vida. Permanecer a su lado y servirlo de acuerdo con mi juramento.

-¿Eso es todo?

-Eso es todo. No, hay algo más, señor.

-A ver.

-Solicito un cargo en el Comité.

-Ah.

-Específicamente, quiero ejercer autoridad en la esfera de salud pública. Política médica del gobierno.

-Ah. Sí.

-Quiero controlar la distribución del antídoto, señor. Mi intención es desarrollar cuanto antes un programa de tratamiento mundial para la población sana -dice Sadrac-. Y expandir todos los programas existentes para la investigación de la cura permanente de la descomposición orgánica. Según mi entender, sería cambiar totalmente la política actual del CRP.

-¡Ah! -Genghis Mao echa a reír-. ¡Ahora entiendo! ¡Entonces sí que quiere ser Khan! Yo ocupo la presidencia, pero usted dirige la batuta. ¿Es eso, Sadrac? ¿Es eso lo que maquinó? Muy bien. Soy suyo. Estará en el Comité a partir de la próxima reunión. Elabore los enunciados de su política y preséntelos -mira con ojos sombríos la mano izquierda de Sadrac-. ¡Alabado sea Genghis III Mao V!

Sadrac sale del Refugio del Khan y se dirige a su habitación, pasando por su oficina, atravesando el Vector de Comité Uno y luego el Vector de Vigilancia Uno, donde se detiene por un momento, como es su costumbre, para contemplar el luminoso espectáculo de las pantallas. Todo duerme en la Gran Torre del Khan. La oscuridad de la noche baña el continente asiático, pero en todo el planeta, en la Sala de Traumas, la vida sigue, y también la muerte. De pie ante la multitud de pantallas, Sadrac contempla el alocado vaivén de imágenes, el sufrimiento, la lucha, el agotamiento, la muerte. Los muertos en vida que vagan por las calles de Nairobi, Jerusalén, Estambul, Roma, San Francisco, Pekín; caminan con paso vacilante a través de todos los continentes, como en una procesión camino a la condena, a la perdición, a la tortura, al castigo. Allí, en algún lugar de la tierra está Bhishma Das, Mesach Yakov, Jim Ehrenreich. Sadrac les desea alegría y salud por el resto de sus vidas. ¡Alegría a todos! ¡Salud a todos!

Piensa en la risa de Genghis Mao ¡Qué alegre la mirada del Khan al escuchar el anuncio de Sadrac! ¡Qué expresión de alivio, casi, al ser despojado de su poderosa autoridad! Sin embargo, resulta imposible llegar a percibir los verdaderos sentimientos del Khan: es un ser extraño, misterioso, insondable, de conducta inescrutable. Sadrac no sabe con certeza qué es lo que sucederá. No logra imaginar qué contratreta puede llegar a concebir Genghis Mao, qué trampas ya estará maquinando. Sadrac actuará con cautela y esperará lo mejor. Ha alojado una bomba en el cerebro de Genghis Mao, sí, pero también ha tomado a un tigre por la cola y por lo tanto, debe tener mucho cuidado, no sea que tropiece entre las metáforas y termine destruido.

Contempla como hipnotizado la danza resplandeciente de las pantallas del Vector de Vigilancia Uno. Hoy es miércoles 4 de julio de 2012. Gotas de lluvia mansa bañan la ciudad de Ulan Bator, que, desde la próxima semana, se llamará Altan Mangú en honor al virrey asesinado, a quien la humanidad ya ha dejado caer en el olvido. Esta noche la muerte vagará por el planeta, recogiendo a sus miles de víctimas, pero mañana, jura Sadrac, todo comenzará a ser distinto. Sadrac extiende la mano izquierda y la mira como quien analiza una valiosa pieza de jade. Flexiona ligeramente los dedos, cuidando de no cerrar el puño. Sonríe y llevándose la mano a los labios, besa en un soplo a toda la humanidad.

FIN